

A man with dark hair and a beard, wearing a dark suit jacket over a white shirt, is the central figure. He is looking slightly to the right. The background is a city skyline at night, with a bridge and buildings illuminated. The scene is reflected in water.

Ganar siempre

ELSIE SILVER



Phoebe

ELSIE SILVER

Ganar siempre

Traducción de Silvia Barbeito



Phoebe

Título original: *The Front Runner*

Primera edición: febrero de 2024

Copyright © 2021 by Elsie Silver

© de la traducción: Silvia Barbeito, 2024

© de esta edición: 2024, ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena, 18
28033 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-10070-04-2

BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®

Fotografías de cubierta: innervision/rabbit75_dep/depositphotos.com y macniak/freepik

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24

25

26

27

28

29

30

31

32

EPÍLOGO

NOTA

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO ESPECIAL

A todas las mujeres a las que les han dicho que deberían sonreír más.

A la mierda con todo: frunce el ceño cuanto quieras.

1

HACE SEIS MESES

STEFAN

—Dalca, pedazo de...

Y ahí está: la mujer que trabaja para mi mayor competidor —y que también es su prometida— está a punto de perder los papeles de nuevo. A Billie Black se le da genial comportarse así. Me recuerda a mi hermana pequeña: arrogante e impulsiva. La diferencia es que a mi hermana le gusto.

A esta mujer no. Tengo que reconocerle el atrevimiento de montar una escena en un sitio como este: estamos en un lugar público, en el prestigioso Bell Point Park, y nuestros caballos ya están preparados para la carrera. De hecho, el suyo está justo detrás de ella, montado por la pequeña *jockey* rubia, la única que corre para ellos ahora mismo.

Me meto las manos en los bolsillos del traje y enarco una ceja a modo de desafío. Mentiría si dijera que no disfruto cabreando a los demás. Es el comportamiento típico de alguien al que no le dedicaron tiempo suficiente cuando era niño: todo vale con tal de llamar la atención, y esta forma en concreto me divierte muchísimo.

Pero la veterinaria morena se adelanta a las otras dos mujeres y me dedica una mirada que habría hecho que se le encogieran las pelotas a cualquier otro hombre.

—Stefan, vamos a dar un paseo. —Dobla el dedo y va en dirección opuesta sin siquiera mirar atrás, convencida de que voy a seguirla.

No tengo muy claro lo que va a pasar, pero me da la sensación de que me he metido en un lío y me espera una reprimenda. Me paso las manos por las solapas de la chaqueta del traje, me despido de las dos mujeres con un carraspeo y doy media vuelta. Billie finge una náusea en un gesto infantil cuando me marchó, pero me limito a levantar la barbilla y a seguir a la mujer que despertó mi interés en cuanto la vi por primera vez.

La doctora Mira Thorne es mi veterinaria favorita en esta zona por muchas razones: es muy guapa, desde luego, pero también es inteligente, astuta y de mente ágil. Es increíble en muchísimos sentidos.

Pero más que eso: es un reto.

Y a mí me encantan los retos.

He visto cómo salvaba a más de un caballo del hipódromo con su rapidez mental; tal vez sea más joven que el resto de los veterinarios, pero algo me dice que podría ganarles de calle.

Aunque su impresionante cerebro no me impide admirar el contoneo de sus caderas cuando va hacia los establos delante de mí. Gira a la izquierda, cerca de un tractor, y se aleja hasta donde nadie podrá vernos ni escucharnos. Siento un cosquilleo en el estómago.

¿Qué demonios me pasa?

La doctora Thorne es una mujer muy seductora, y aún me queda la suficiente humanidad como para reconocerlo. Bajo su gélida superficie hay una cierta arrogancia, y una gran inteligencia se esconde tras su aguda mirada. Es como una bomba de relojería que podría explotar en cualquier momento.

Se vuelve para mirarme y sus ojos oscuros se clavan en los míos. Me gusta que no rehúya el contacto visual, aunque una pequeña parte de mí está preocupada por lo que va a decir a continuación. Algo no encaja.

—¿En qué puedo ayudarte, doctora Thorne? —Me obligo a utilizar un tono suave y firme, aunque me asaltan las preguntas.

—Se trata más bien de cómo puedes ayudarte a ti mismo. —Ladeo la cabeza y contemplo su rostro: la línea recta de su nariz, el arco de las cejas, los labios carnosos y la línea obstinada de su mandíbula—. Voy a darte un consejo, Stefan. —Me gusta cómo suena mi nombre en sus labios—. Los que se dedican a los caballos de carreras en esta zona están muy unidos; esta es una área muy pequeña y Ruby Creek lo es todavía más. Enemistarte con Billie y los Harding es lo peor que puedes hacer: compites en la pista, no fuera de ella.

Intento no poner los ojos en blanco.

—Gracias por el consejo, doctora Thorne, pero, por desgracia para Billie y los Harding, me gusta competir en todas partes.

Asiente despacio, como si meditara mis palabras, y se cruza de brazos. Ese gesto hace que me fije en sus pechos, que son magníficos. Hace un par de años que me he dado cuenta de que trata de ocultarlos bajo capas y más capas de ropa. A veces, cuando el tiempo es húmedo y hace frío, lleva un abrigo

Carhartt marrón, pero hoy viste un chaleco ajustado sobre una camiseta de manga larga, y esa ropa sí que le hace justicia: se le ciñe en la cintura y la cremallera no le sube del todo.

Evito mirarla fijamente: no soy un troglodita.

—En ese caso, tendrás que buscarte a otra veterinaria.

—Estás de broma —resoplo—. ¿Todo esto porque le hice una oferta perfectamente justa por uno de sus caballos?

Sus ojos color chocolate echan chispas.

—En primer lugar, fue un intento disimulado de chantaje, y los dos lo sabemos, aunque te felicito por la sutileza. Pero esto es diferente y ha ido demasiado lejos, Stefan. No trabajo para hombres que contratan a acosadores.

Doy un paso atrás. Una sensación gélida me recorre la columna y mi cuerpo entero se tensa.

—¿Cómo dices?

Mira baja la barbilla y me dedica una mirada sarcástica.

—Ya me has oído. Eres un hombre inteligente, así que no te hagas el tonto con lo de Patrick Cassel. Usar a tu empleado como instrumento para tu venganza es ir demasiado lejos.

Mi buen humor se esfuma de golpe, y miro a la mujer que acaba de acusarme de algo que yo jamás haría. Patrick Cassel es el *jockey* que he contratado para que monte a mis caballos. ¿Me cae bien? No demasiado, pero gana, y a mí me gusta ganar.

—Jamás en un millón de años yo...

—Derribó a Violet en la pista a propósito —me interrumpe—. Hizo que una compañera resultara herida...

Es mi turno para interrumpir.

—Ese asunto todavía se está investigando. —Hundo las manos en los bolsillos, con el cuerpo en tensión.

—No debería. Escuché cómo lo confirmaba cuando la acorraló, la aterrorizó y le dijo que no volvería a hacerlo si se acostaba con él.

Se me hace un nudo en la garganta y parpadeo como un idiota, intentando asimilar lo que acaba de decirme, pero me esfuerzo por controlar la ira que burbujea en mi interior: no puedo permitir que se note lo angustiado que estoy.

—¿Está bien? —pregunto; es lo primero que se me ha ocurrido.

Lo que me acaba de contar Mira me da ganas de asesinar a alguien.

Ella parpadea un par de veces y me estudia como si intentara evaluarme.

—Sí. Es pequeña pero fuerte.

Suspiro. Mira no tiene por qué mentirme: siempre se ha comportado de forma profesional a pesar de que sus amigos y sus jefes me han etiquetado como el malo de la película.

Pero, al parecer, tiene más que decir para terminar de alterarme los nervios.

—También tengo mis sospechas sobre lo que les hace a los caballos.

—¿Qué quieres decir?

—Vi cómo le inyectaba algo a uno el fin de semana pasado.

—¿A uno de los míos?

—No. Pero eso da igual. Actuaba de forma extraña, mirando a su alrededor como si no quisiera que lo vieran. Como si estuviera haciendo algo malo. Entre tú y yo: ten cuidado. Esto podría volverse contra ti y contra tu negocio.

—Yo... no tenía ni idea.

Y Patrick Cassel está muerto y no lo sabe.

Sacude la cabeza y deja escapar un suspiro hastiado.

—Lo peor de todo es que te creo. No me parece que seas tan malvado como piensan todos, Stefan, y esta es tu oportunidad de demostrarlo. Encuentra a un nuevo *jockey* y seguiré trabajando para ti.

Se muestra tan terriblemente seria que casi me echo a reír.

—¿Y eso no es chantaje, doctora Thorne?

Me dedica una sonrisa que más parece una mueca. Alarga la mano y me da una palmadita en el pecho, justo sobre el bolsillo de la chaqueta del traje. Es un gesto un tanto condescendiente.

—No, señor Dalca: es una oferta perfectamente justa.

Da media vuelta para alejarse y suelta una carcajada. Me ha devuelto mis propias palabras con una sonrisa; sabe que me tiene cogido por las pelotas y está encantada con ello. Además, ha dicho la última palabra.

Y detesto no tener la última palabra.

—Sal conmigo y tenemos un trato. Despediré a Patrick Cassel —digo, bromeando a medias.

Su risa se desliza en mi interior, melódica y cargada de diversión.

—No puede ser, Stefan: te enamorarías de mí y entonces sí que no podría ser tu veterinaria.

Me dedica un guiño cargado de astucia y se va; rodea el tractor y desaparece entre la multitud que ha asistido a las carreras de Bell Point Park, pensando

que me voy a quedar pillado de su personalidad de listilla y de su seguridad en sí misma.

Reto aceptado.

HACE CINCO MESES

Hemos quedado en el segundo puesto. Otra vez.

Los sonidos de las pistas después de una carrera importante retumban a mi alrededor; estoy junto a la valla, mirando a los caballos, que intentan calmarse después de una carrera reñida. Estoy decepcionado. Odio perder, y no me importa admitir que lo odio más cuando pierdo contra el Gold Rush Ranch, con su alegre y deslumbrante actitud positiva y su ambiente familiar. Hasta juraría que puedo oír por encima del barullo cómo lo celebran.

Estoy celoso, y me consta que es mezquino, pero es que estaba convencido de que este iba a ser mi año. Creía que tenía un caballo capaz de vencer al pequeño semental negro de ellos. Cascade Calamity está bien entrenado y en forma, y le encanta competir, pero el caballo del Gold Rush Ranch es especial.

Estamos en la recta final de la Northern Crown y llevaban dos carreras de ventaja, así que tenía claro que no podía arrebatárles la corona, pero sí confiaba en evitar que la conquistaran de nuevo. Ganar dos competiciones seguidas con ese caballo solo va a hacer que Billie y su novio se vuelvan más engreídos y odiosos de lo que ya son.

—Ha corrido bien. —Nadia desliza su mano entre mis dedos y la aprieta con fuerza.

Hago un breve gesto con la cabeza sin apartar la mirada de la pista.

—Sí.

—Quizá el año que viene —dice con dulzura, aunque no tiene ni idea de lo que habla.

En este deporte no hay ninguna seguridad. Algunos caballos tienen largas y fructíferas carreras, pero no son mayoría. Se resienten, se lesionan, y no voy a forzar mis caballos más allá del límite. No voy a echar a perder a un animal solo para ganar una carrera, y algo me dice que este está a punto de retirarse. Está sano, es feliz y ha llevado una trayectoria estupenda, así que puedo conservarlo como semental para que pase el resto de sus días comiendo hierba y teniendo crías. Lo respeto lo suficiente como para permitir que deje este

deporte mientras todavía esté en forma. ¿Podría explotarlo otra temporada y ganar algo de dinero? Puede ser, pero me niego a hacerle eso a un animal que se ha dejado la piel por mí y por mi negocio; se merece algo mejor.

A pesar de lo que Billie Black —que me aborrece— va diciéndole a todo el mundo, no soy tan capullo. Bueno, al menos no con mis caballos.

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

Miro los ojos color caoba de Nadia. Me dedica una mueca porque sabe cuánto temo lo que toca ahora.

—Sí. —Dejo escapar un suspiro tan hondo que me tiemblan los hombros.

Le doy un rápido apretón en el delicado hombro y me abro paso entre la multitud hacia el círculo de ganadores. Odio ver la carrera desde el palco de los propietarios, rodeado de gente a la que no soporto, de todo aquello de lo que pretendía escapar cuando me fui de Europa: el dinero, los excesos, la falta de sentido común, la gente obsesionada con su imagen...

Aborrezco todo eso.

Así que asisto a las carreras a pie de pista, entre la gente normal y corriente. Desde ahí, todo parece más auténtico, más alejado del modo en que crecí y del que haría cualquier cosa por distanciarme.

Paseo entre un mar de sombreros enormes y ropa elegante. El día del derby está lleno de encanto, la emoción se palpa en el ambiente y es difícil no dejarse llevar. Pero ahora mismo, mientras me acerco al círculo de ganadores, estoy aterrorizado.

Tengo que felicitar a mis competidores, el equipo del Gold Rush Ranch: los hermanos Harding y la pequeña *jockey* rubia que siempre me mira como si le diera lástima, lo que es todavía peor que el absoluto desagrado de su fogosa entrenadora.

Vacilo antes de entrar en el círculo. La doctora Mira Thorne también está ahí, con una sonrisa sensual en los labios y un brillo especial en sus grandes ojos oscuros. Al verla, siento un cosquilleo en el estómago, como siempre. Debo de ser masoquista, porque que me rechace se ha convertido en mi pasatiempo favorito.

Hay una gran multitud agolpada en el círculo: periodistas, cámaras, propietarios y jinetes, todos esperando para darles la enhorabuena o hacerles alguna pregunta.

Esto es lo que dicta la buena educación y no pienso seguirles el juego con lo que piensan de mí. Soy muy consciente de que me odian, mucho más de lo que

los deportistas normales suelen odiar a sus competidores, pero no tengo por qué darles más motivos para ello.

Mátalos suavemente.

Me acerco con una sonrisa forzada e intento no mirar fijamente a Mira. Tengo muy claro cómo va a acabar todo esto, pero aun así debo hacerlo, así que me detengo frente a Billie, que es la que más me odia y la cabecilla de la campaña en mi contra; lo sé de sobra, y una parte de mí no puede culparla.

Para ella, no todo vale en el amor y en la guerra, y no ha sido capaz de superar el resentimiento.

—Señorita Black. —Le tiendo la mano—. Felicidades por su victoria en la Northern Crown. Ha sido increíble.

Lo digo en serio: dos victorias consecutivas es lo nunca visto. Una hazaña excepcional. Pero sus bien dibujadas cejas se enarcan con puro desdén.

—¿En serio crees que voy a darte la mano?

Tendría que haberme imaginado que iba a montarla.

Mi sonrisa falsa se convierte en una mueca de suficiencia.

—He pensado que valoraría la deportividad.

Se acerca y mira a su alrededor con una sonrisa fingida.

—¿Tú me hablas de deportividad? —susurra.

—Me alegro de ver que hemos dejado atrás el pasado.

Me mira fijamente, boquiabierta.

Si las miradas mataran...

—Yo no hago pactos con el diablo, Dalca. Quizá todos estén dispuestos a hacer la vista gorda, pero yo no.

—Billie. —Vaughn, su prometido, se acerca a su espalda y le rodea la cintura con el brazo. Se inclina hasta su oído, y juraría que le dice algo así como «*Si no tienes nada bueno que decir, no digas nada*».

Ella se vuelve para mirarlo, asiente y se aparta de mí, pero él no.

Si las miradas mataran...

—Supongo que tú tampoco quieres estrecharme la mano. —No he debido decirlo, pero son todos tan infantiles que es difícil no rebajarse a su nivel.

Sacude la cabeza y me da la espalda con un suspiro de desaprobación. Me siento un poco avergonzado e intento no mirar a mi alrededor: me reconcome que algunos de los hombres más importantes de este negocio me ignoren, pero no estoy dispuesto a dejarlo ver.

Yergo los hombros y me vuelvo hacia Violet, que está radiante a lomos del

caballo negro.

—Una victoria magnífica, señora Harding.

Me mira con una leve sonrisa y me estrecha la mano. Ella nunca me ha tratado con rudeza, sino más bien con lástima, lo que, desde luego, es mucho peor.

—Muchas gracias, señor Dalca. Su semental también ha hecho una gran carrera.

Tras Violet, veo cómo su marido se abre paso entre la multitud como si estuviera dispuesto a arrancarme la cabeza. Es un tío enorme y aterrador, y podría darme una paliza sin despeinarse.

—Stefan. —Mira se acerca a mí y me agarra del codo—. Es hora de que te vayas.

Ladeo la cabeza y hago una mueca.

—Pero ¿por qué, doctora Thorne? Me lo estoy pasando genial.

Frunce los labios como si estuviera intentando reprimir una sonrisa.

—Porque Cole Harding está a punto de matarte por venir aquí a montar follón.

—No pretendo montar follón. Solo he venido a felicitar a la ganadora, como haría cualquier competidor educado.

Deja escapar un suspiro y me dedica una mirada severa.

—Ya lo sé, pero ellos no. —Señala con el dedo a sus amigos—. Me temo que ellos no lo ven de ese modo, así que mejor envía una tarjeta si quieres felicitarlos, y, por favor, no hagas una escena. Déjalos disfrutar de la victoria.

—La miro con incredulidad. Billie Black será su mejor amiga, pero los dos sabemos que no soy yo el que va a montar una escena—. Ya lo sé. Lo sé. Por favor.

—¿Por favor qué? —Esa palabra suena genial viniendo de ella.

—Por favor, vete. —Sus ojos se abren de par en par, suplicantes, y no puedo apartar la mirada de ellos.

Me doy unos golpecitos con el dedo en los labios, como si estuviera considerando su petición.

—¿Y yo qué gano?

—Stefan... —me regaña.

—Dime que saldrás conmigo y lo haré.

Sacude la cabeza, y esta vez no puede reprimir una sonrisa.

—Estás loco, ¿sabes?

No puede culparme por intentarlo.

Le guiño un ojo y doy media vuelta, pero antes de irme la miro por encima del hombro.

—Sí, pero eso es lo que te gusta de mí.

Ella suelta un gemido y yo me marchó, riendo entre dientes.

Sí, estoy lo bastante loco como para seguir intentándolo.

2

EN LA ACTUALIDAD

MIRA

Cuando bajo las empinadas escaleras de mi apartamento el aliento se me escapa en bocanadas que se recortan en blanco contra el cielo nocturno. Estaba calentita y alejada del mundo, flotando en un profundo sueño, hasta que ha sonado la alarma.

Solo he tenido que echar un vistazo a la cámara web instalada junto a mi cama para darme cuenta de que vamos a tener un nuevo habitante en el Gold Rush Ranch. El último de la temporada, gracias a Dios.

Así han sido todas las noches de esta semana: estamos a finales de febrero, la temporada de partos, al menos para los caballos de carreras, que tienen que nacer a principios de año, y parece como si todas las yeguas del Gold Rush Ranch se hubieran sentado alrededor de un fardo de heno y hubieran quedado en sincronizar sus partos solo para fastidiarme. Me las imagino como mujeres, sentadas en círculo y saboreando un batido vegetal, planeando lo bonito que sería tener todas sus crías al mismo tiempo: cómo podrían jugar todas juntas, ir juntas a la escuela... *«Ja, ja, ja. Imagínate que un día salieran juntos. Qué maravilla».*

Queríamos que este año los potros nacieran lo antes posible para darles ventaja en las pistas, pero ¿uno detrás de otro? Esto es una tortura.

Es una noche serena y húmeda, y la lluvia incesante cala los huesos y se cuele en todas las capas de ropa que llevo para protegerme de ella. La primavera en Ruby Creek es muy diferente a la de la ciudad por culpa del cambio de altitud, y los inviernos canadienses no son famosos precisamente por su suavidad, lo que significa que hace mucho frío incluso aunque no nieve: frío en invierno y calor abrasador en verano.

Agarro la puerta de acero con mis manos protegidas por guantes de cuero y las ruedas chirrían al abrirla con fuerza. Un relincho quedo me saluda cuando voy al último box. Está iluminado por una cálida luz infrarroja que espanta las

sombras con su tono anaranjado.

Teníamos siete yeguas en el rancho que salían de cuentas este año, y seis ya han parido, cuatro de ellas esta semana. Y en medio de la noche, para más señas.

Por desgracia, la yegua que parió anoche no ha sobrevivido. Todo iba bien, la cría estaba despierta y mamando, y ella se desplomó sin más. No ocurre a menudo, pero sí pasa. Y siempre es una mierda.

He querido ser veterinaria desde que tengo memoria, y soy muy consciente de que no todo son arcoíris y unicornios, pero eso no evita que me escuezan los ojos cuando pienso en ello.

Así que ahora tenemos a este precioso potro rojizo, con llamativas patas blancas y una gran llama en la testuz, que no tiene madre. Lo peor es que es el primer —y único— potro engendrado por DD, el famoso semental del rancho, dos veces ganador del Denman Derby: el potro especial que todos estábamos esperando.

Llevamos veinticuatro horas turnándonos para darle el biberón, y todos en el rancho están buscando a una yegua que haya perdido a su cría, porque lo que necesita este pequeño huérfano es que lo adopten. Necesita una nodriza, y, sin ella, sus posibilidades de supervivencia son muy reducidas porque precisa de leche materna.

Me asomo a su box conteniendo las lágrimas al ver su diminuta forma dormida, y paso al siguiente. *Una cosa a la vez, Mira. No puedes salvarlos a todos.*

—Hola, mamá —saludo a la oscura yegua alazana que está en el suelo con el cuello bañado en sudor—. ¿Qué tal vamos?

Le paso los dedos por las crines y ella ladea la cabeza y cierra los párpados bajo mi suave caricia. Esta no es la primera vez para Flora: hasta donde yo sé, ha parido varios potros para el rancho y es la bisnieta del primer caballo de carreras del Gold Rush, Lucky Penny.

Es casi empalagoso cómo está todo interconectado: los dos nietos de la pareja que fundó este lugar lo dirigen con sus parejas y acaparan los titulares de la prensa internacional, y siguen criando caballos de carreras a partir de esa primera línea de sangre.

No soy una mujer dada al sentimentalismo, pero hasta yo tengo que admitir que es adorable.

Me agacho detrás de Flora y le levanto la espesa cola negra; le paso las manos por el anca para ver si tiene contracciones y miro el reloj para

cronometrarlas. Llega la segunda, pero no tan rápido como para tener que quedarme aquí atosigándola.

Esa es mi filosofía con los animales a los que trato: ¿cómo me gustaría que actuara un médico en esta situación? No he tenido hijos, pero creo que soportar a alguien rondándome y controlándome debe de ser estresante, así que le ofrezco la misma cortesía a Flora y voy a la sala de personal anexa a los establos para prepararme un café. Otro café, quiero decir.

Enciendo las luces, pongo una monodosis en la cafetera y, cuando me dejo caer en el mullido sillón, el agotamiento cae sobre mí como si mis huesos se hubieran convertido en plomo. Me pesa todo el cuerpo. Pero esto es lo que siempre he deseado, y he trabajado demasiado duro toda mi vida como para quejarme ahora que por fin lo he conseguido.

La gente sobrevive a cosas peores, Mira.

Saco el teléfono del bolsillo para enviarle un mensaje a Billie, como había prometido, mientras espero a que el agua caliente pase por el circuito y prepare mi bebida cargada de cafeína. Billie es la entrenadora jefa del rancho y la prometida del dueño, pero también se ha convertido en una de mis mejores amigas desde hace un par de años. Nos unió una llamada de urgencia con su semental, DD, pero luego se ha convertido en una especie de mosca que no he sido capaz de espantar: no dejaba de abrazarme ni de invitarme a noches de chicas, y me hablaba como si nos conociéramos de toda la vida. Es una de esas personas que quieres tener a tu lado: su energía es tan adictiva como pintoresco es su lenguaje.

Mira: Ginger está pariendo. Estoy en el establo.

Ha estado durmiendo con el sonido activado, esperando por este último potro. Billie suele actuar con calma bajo presión, pero lo de anoche la ha puesto nerviosa, como si le hubiera recordado que las cosas pueden salir mal, y no la culpo por ello.

Responde enseguida a pesar de que son más de las dos de la madrugada.

Billie: Tienes que contratar a un ayudante.

No estoy muy segura de eso: soy un poco solitaria. Soy hija única, y disfruto de la soledad. Hay muy poca gente con la que pueda pasar largos períodos de tiempo sin ponerme nerviosa, así que le ofrezco la única respuesta posible:

Mira: ¿Me lo dices o me lo cuentas?

Vuelvo a guardarme el teléfono en el bolsillo, cojo la humeante taza de café y regreso al establo. La respiración agitada y los suaves gruñidos de Ginger son normales; me asomo y noto otra contracción. El tiempo entre ellas se está reduciendo y pronto acabará todo: si las cosas van como deben, los potros no tardan demasiado en nacer.

Le doy un sorbo al café y me acerco de nuevo al box del potrillo huérfano acurrucado en la paja para ver cómo asciende y desciende su caja torácica. Estoy muy preocupada por él. Soy una mujer de ciencia, así que me gusta considerarme racional, pero por mucho que me haya preparado para ver lo que les ocurre a los animales en este trabajo como el ciclo natural de la vida, de vez en cuando, sin venir a cuento, lo siento como una patada en el estómago: es tan injusto que me deja con el corazón en un puño, y eso es lo que me pasa con este pequeño sin nombre.

Me siento impotente porque no puedo ayudarlo, y lo detesto. Me entran ganas de despertarlo y darle de comer otra vez, aunque en el gráfico que hemos colgado en su caseta veo que Hank ha estado aquí hace tan solo unas horas para darle el biberón. Necesita descansar, y debo reconocer que solo quiero hacerlo para hallar algo de consuelo y convencerme de que de verdad va a volver a abrir los ojos y a ponerse de pie sobre esas patitas temblorosas y desgarradas. No es así como se suponía que iba a venir al mundo la primera cría de DD; este debería ser un momento de celebración, no de tristeza.

Cuando suena el teléfono en mi bolsillo ni siquiera me molesto en mirar el número antes de pulsar el icono para responder.

—Duérmete, histérica. Ya te llamaré si necesito tu ayuda.

Pero no es la voz de Billie la que responde.

—¿Doctora Thorne? Soy Stefan Dalca.

Todo el mundo detesta a Stefan Dalca: es el enemigo público número uno para la mayoría del personal del rancho por su arrogancia de mierda y por los arrogantes de mierda de sus empleados. Aunque, para ser sincera, a mí me cae bien. Es un buen cliente, es muy meticuloso con el cuidado de sus caballos, paga las facturas a tiempo y jamás falta a una cita. En muchos aspectos, es un buen tío.

—Si me has llamado en mitad de la noche para pedirme una cita otra vez, la respuesta sigue siendo no.

Stefan también es incansable, y debo reconocer que eso me divierte. Hace seis meses me invitó a salir en broma, y ahora se ha convertido en una especie de chiste privado: sonrío y me ofrece una cita como pago de una factura; me guiña un ojo y me ofrece una cita a cambio de amañar una carrera... Una mujer con más sentido común le habría dicho que lo dejara, pero, en contra de mi buen juicio, me resulta atractivo, así que suelo contestarle con un asentimiento, una mirada de soslayo y un «*Ni en sueños*», aunque no puedo evitar que los acompañe una pequeña sonrisa.

—He llamado a la clínica, pero...

—Eso es porque está cerrada. No puedes llamarme a altas horas de la noche, Stefan. Ni siquiera sé cómo has conseguido mi número privado, y no estoy de guardia. Abro a las nueve.

—Es una emergencia. Tienes que venir al rancho lo antes posible —me interrumpe con la voz quebrada.

Me dirijo a las puertas del establo principal de Cascade Acres. Mis pisadas resuenan en el silencioso lugar cuando corro hacia las luces de la parte trasera.

—¿Stefan? —lo llamo sin aliento—, ya he llegado.

—¡Estoy aquí! —dice, unos cuantos boxes más adelante.

Veo a Leo, el encargado del establo, salir con los ojos abiertos de par en par; frunce los labios y sacude la cabeza, y voy hasta el enorme box. Stefan se implica mucho con los caballos, y es irritante que Leo, que se supone que sabe todo lo que hay que saber sobre este negocio, se haya quedado como una estatua mientras yo me he pasado todo el trayecto hablando con su jefe para ayudarlo a solucionar esta peligrosa situación.

Stefan está en el suelo del establo, arrodillado junto a un potro inmóvil, con las manos en las rodillas y la cabeza agachada.

—He intentado reanimarlo como me has explicado, pero creo que está muerto —dice, con voz serena y un ligero acento.

Me acerco y examino con rapidez a la yegua castaña que está de pie junto al cuerpo del potro. Parece agotada, pero no sangra demasiado. Por suerte, no hace falta atenderla con urgencia: es el potro lo que me preocupa.

—La madre está bien por ahora.

—He roto la bolsa, como me has dicho. —Su voz suena enronquecida y la sangre le cubre los brazos bronceados y la camiseta blanca.

Los partos con placenta previa son peligrosos, complicados y rara vez terminan bien: la placenta se separa y el potro nace prematuro.

Inspiro hondo y me arrodillo junto a Stefan.

—Lo has hecho muy bien. Has hecho lo que has podido.

Cuando me mira, sus ojos verdes tienen el color del musgo bajo la tenue luz. Parece muy abatido.

Aparto la mirada, saco el estetoscopio y ausculto el corazón del potro. No encuentro el latido, y pongo la mano con cautela sobre las de Stefan.

—Lo siento, Stefan.

Asiente sin mirarme a los ojos. Odio esta parte de mi trabajo como veterinaria: tratar con la gente, con las emociones. Los animales viven el presente, son los eternos optimistas porque no conocen nada mejor. Las personas son complejas, y no se me da bien enfrentarme a sus emociones. No soy de las que hablan de sus sentimientos.

Le acaricio la espalda con torpeza. Soy consciente de que mi forma de tratar a los clientes deja mucho que desear, pero soy buena con los animales y, en mi opinión, eso es lo que importa. En momentos como este se me traba la lengua y mi coeficiente intelectual, por lo general bastante excepcional, entra en cortocircuito.

—¿Qué he hecho mal? —pregunta, con la voz tan tomada que parpadeo para evitar las lágrimas.

Me siento sobre los talones y dejo escapar un suspiro.

—No has hecho nada mal. Es ley de vida, y a veces es triste y dura. Lo que sí has hecho es salvar a la yegua. En la naturaleza o sin supervisión, habrían muerto los dos.

Asiente, pero sigue esquivando mi mirada, así que me siento a su lado en silencio para velar al potro perdido.

¿Qué puedo decir? La vida a veces es dura.

3

STEFAN

Ya sabía que la muerte es una mierda, pero ver morir a un potro tan joven e inocente es distinto, está mal. Me revuelve el estómago. Todos los preparativos, todo el dinero invertido, todos los conocimientos: nada de eso importa cuando el universo te la juega.

Me levanto y acaricio a la yegua; se le cierran los ojos por el cansancio.

—Lo has hecho muy bien, bonita —digo, pasándole la mano por la testuz—. Lo has hecho muy bien.

Voy al baño para intentar limpiarme la sangre. Estoy hecho un desastre: parezco Carrie en el baile de graduación y, por mucho que odie admitirlo, estoy al borde del llanto.

Hace años que no lloro: me he encerrado demasiado en mí mismo para eso. Y, desde luego, no pienso llorar delante de la doctora Thorne; eso solo serviría para que sus molestos amiguitos tuvieran algo con lo que burlarse de mí.

No soy tonto, sé que piensan que soy lo peor, y soy muy consciente de que en el Gold Rush Ranch se burlan de mí a mis espaldas. ¿Recurrí a tácticas cuestionables para intentar comprarles el semental que había ganado el campeonato? Sí. ¿Contraté a un *jockey* que intentó hacerles daño a ese caballo y a su jinete, y que además resultó ser un depredador sexual? Sí, pero yo no lo sabía. Y jamás le habría ordenado que hiciera algo así. Tal vez no pueda describirse como «un buen hombre», pero mi esquema de valores no está tan deteriorado como para hacerle daño a alguien. Y no he terminado con ese tipo: voy a darle su merecido aunque sea lo último que haga. Hay un lugar especial en el infierno para los que maltratan a las mujeres, y pienso asegurarme de que le reservan una plaza. En cualquier caso, lo último que quiero es darles más munición para que acaben conmigo cuando lo único que deseo es triunfar en este negocio.

Alcanzar la cima ha sido mi único objetivo durante años. He hecho todo lo

necesario para salir adelante y consolidar mi posición. Le prometí a mi madre en su lecho de muerte que iba a hacer realidad sus sueños frustrados, así que aquí estoy, esforzándome todo lo que puedo y sin molestarme en hacer amigos por el camino.

Espero a que el agua de color rosa oscuro que se desliza por el desagüe salga limpia, me seco y regreso al establo. La doctora Thorne está atendiendo a Farrah, la yegua que acaba de perder a su potro. La ha conectado a bolsas de suero y a quién sabe qué más. Mira la ha tapado con una manta y la ha sacado del establo.

—¿Va a ponerse bien? —pregunto, apoyándome en el marco de la puerta.

Mira vuelve sus ojos oscuros e insondables hacia mí. Está seria y parece cansada, y unas bolsas oscuras bajo sus ojos deslucen su bello rostro. Mira Thorne es una mujer muy seductora, y yo no soy inmune a sus encantos: tiene el pelo negro, los ojos oscuros y almendrados, y siempre luce una ligera sonrisa en los labios, como si supiera que es más lista que todos los que la rodean.

Y quizá tenga razón, aunque estoy seguro de que podría demostrarle que estoy a su altura. Pero no voy a hacerlo: en Ruby Creek hay pocos veterinarios, y la doctora Mira Thorne es una de las mejores en su trabajo.

—Sí. Voy a encargarme de que esté bien hidratada y a darle unos antibióticos por si acaso, y hay que tenerla controlada durante unos días.

Me limito a asentir. La pena por el potro perdido es como una losa sobre mi conciencia: me siento responsable, como si no hubiera hecho lo suficiente. Debería haber contratado a gente más capacitada, debería haber llamado antes a Mira, debería haber tenido mi propio veterinario... Debería haber hecho algo.

Como si pudiera leer mi confusión, Mira me estudia con sinceridad, sin rastro de la sonrisa burlona que suele dedicarme.

—Oye, has hecho todo lo que has podido. Has hecho más de lo que habría hecho la mayoría de la gente. No ha sido culpa tuya.

En momentos como este me siento fuera de lugar. No me crié en un rancho ni tengo experiencia en el sector: llegué a él a golpe de talonario y dotado tan solo con una mente despierta y ganas de aprender, así como de contratar y comprar lo mejor. Tal vez Mira solo intenta ser amable. Podría haber hecho algo más.

Mira trabaja con tranquilidad y delicadeza junto a la yegua, murmurándole unas palabras que no alcanzo a oír. Admiro cómo trata a los animales. A veces

no me vendría mal un poco de esa dulzura; mi forma de actuar suele molestar a los demás, aunque su opinión me trae sin cuidado. En lugar de eso, pienso en mi madre, a la que se cargó el gilipollas con el que se casó, al que le ponía cachondo maltratarla. Pienso en ella, conectada a tubos y cables después del accidente de avión, diciéndome que nunca debería haber dejado Ruby Creek, un lugar del que yo jamás había oído hablar; diciéndome que debería haberse quedado entrenando caballos de carreras, una parte de su vida que no llegué a conocer.

Pienso en ella dejando caer la bomba que me cambió la vida.

Y después, murió.

Él también murió y se llevó a mi madre con él, en su estúpido avioncito privado, uno de esos en los que los ricos tienen la mala costumbre de morir. Su último acto de desprecio hacia el hijo que nunca había querido tener. Ella no fue capaz de dejarlo, así que el accidente de avión acabó con la vida de los dos, de un modo amargo y dulce a la vez. Y yo perdí años de estar con ella porque me enviaba a colegios privados para mantenerme a salvo, alejado de él, de mi supuesto padre.

Maltrecha, magullada, malherida como estaba, deslizó la mano entre las mías y exhaló su último aliento, y yo hice la promesa de llevarla de regreso a Ruby Creek, un pueblito al otro lado del mundo. Y después, con la enorme cantidad de dinero que heredé de ese imbécil, me dispuse a hacer realidad sus últimas voluntades.

La vida no es justa, pero yo tampoco, y menos cuando tengo que cumplir una promesa.

Atravieso el establo, cojo una pala y salgo. Está oscuro, hace frío y llueve de nuevo, pero me da igual: ya estoy hecho un desastre.

Con la pala en la mano, voy hasta el pequeño lago que hay en mi propiedad, el que separa mi casa de los establos, en el que esparcí las cenizas de mi madre. Y bajo el gran sauce llorón, al este del lago, cavo un hoyo.

Este lugar está a punto de convertirse en un cementerio para todos aquellos a quienes no consigo salvar.

—Stefan, siéntate.

Apenas oigo su voz dulce bajo el estruendo de la lluvia al caer. Sacudo la cabeza y sigo cavando. Cuando cojo el cuerpo del potro, Mira me contempla con tristeza. No quiero que me mire así, no deseo su compasión. Solo quiero enterrar al potro y seguir con mi vida como si esta puta noche nunca hubiera

pasado.

Me quedo congelado cuando siento cómo su mano se posa en mi espalda y sus delicados dedos se pasean entre mis hombros, templándome la piel a través de la camisa empapada.

—Siéntate. Ahora. —Su tacto es cálido, pero su voz no.

—No puedo. Tengo que terminar de rellenar el hoyo.

Levanta la otra mano y coge el mango de madera de la pala.

—No. Es mi turno.

Me yergo y la miro desde arriba.

—No te pago para eso.

Pone los ojos en blanco y tira de la pala.

—Ya lo sé, pero aun así voy a hacerlo, así que quítate de en medio.

—Pareces cansada —digo, mirándola de arriba abajo: su rostro severo asoma bajo la capucha de la gabardina.

Me echa un vistazo y esa sonrisa tan suya aparece en sus labios.

—Supongo que hacemos buena pareja.

Me distraigo con su boca el tiempo suficiente para que me arranque la pala de las manos. Espero algún comentario desvergonzado, pero se limita a dar media vuelta y a echar paladas de tierra pesada y húmeda al enorme hoyo.

Clavo los pies en el suelo y miro cómo trabaja, con la llovizna y la niebla a nuestro alrededor y el sol asomando por encima de las Cascades y proyectando un resplandor azulado sobre el valle. Es sobrecogedor y hermoso a la vez, y de pronto me siento tan cansado como Mira me ha acusado de parecer.

Me siento en el suelo justo donde estoy, sin preocuparme de mojarme o de llenarme de barro. Puedo soportarlo. Estoy tan agotado y aturdido que me siento como si estuviera viviendo una experiencia extracorpórea.

—¿Por qué me estás ayudando? —le digo a la mujer que tengo delante, a la que habría jurado que le era totalmente indiferente, pero que en este momento se está desviviendo por echarme una mano. Sus amigos me detestan; para ellos, que me preste ayuda debería ser ilegal.

No alza la vista. La pala repiquetea contra los guijarros que se esconden entre el montón de barro. Huele a tierra mojada por culpa del lago y de la lluvia.

—Porque necesitabas ayuda —dice por fin.

—¿Y qué van a pensar tus amigos?

Se detiene, clava la pala en el suelo y pone el pie en el borde sin apartar de mí

esa mirada sagaz. Tiene las mejillas sonrojadas y su pecho sube y baja por el esfuerzo de cavar.

—No lo sé. No tengo por costumbre pedirles permiso para hacer lo que considero correcto.

Suelto un resoplido; una gota se desliza por la punta de su nariz respingona. Entiendo que esa mujer que se gana la vida salvando otras se sienta moralmente superior a mí y a mi moral situacional. Me pregunto qué pensará en realidad de mí.

—Ya sabes lo que dicen de juzgar por las apariencias, Dalca. Y, desde luego, no deberías juzgarme a mí. —Me fulmina con la mirada de tal forma que aparto la vista.

Ahora mismo no estoy de humor para enfrentarme a nadie, así que sigo ahí sentado, ensimismado y calado hasta los huesos, mientras mi veterinaria termina de rellenar la tumba. Ni siquiera me molesto en pedirle que me devuelva la pala: no me parece la clase de mujer que necesita ayuda.

Además, seguro que no espera que sea un caballero.

Cuando termina, deja la pala en el suelo y vuelve a mi lado. El vapor de su aliento revolotea frente a ella cuando habla.

—Volveré más tarde para ver cómo está Farrah. Deberías dormir un rato.

—¿Son órdenes del médico? —Mi tono es condescendiente: mi actitud por defecto. A veces se me escapa y sueño como un niño rico y malcriado discutiendo con su madre, aunque tengo treinta y cuatro años. *Adorable*.

Pone los brazos en jarras y arquea una de sus bien dibujadas cejas en mi dirección a modo de silenciosa regañina.

—Nunca he pensado que seas tan imbécil como te pintan, pero cuando te pones así tengo mis dudas.

Aprieto la mandíbula y rechino los dientes, reprendiéndome para mis adentros. Cuando por fin levanto la vista para ofrecerle una disculpa, ya va hacia su camioneta del Gold Rush Ranch, y sus caderas se contonean con una forma de andar que desafía lo agotada que debe de estar.

Debería haberle dado las gracias por haberme ayudado esta noche, bajo la lluvia. Pero no: he actuado como un capullo malhumorado.

Sus amigos me llaman «Dalca el capullo», y esta es la primera vez que me siento como si lo fuera.

4

MIRA

Billie y yo nos derrumbamos juntas en el sofá de la sala de personal del establo y cerramos los ojos mientras esperamos a que el café esté listo. Estoy tan cansada que me siento como si estuviera borracha, con la clase de agotamiento que te lleva al mareo. Necesito dormir, pero no puedo. Tenemos una hermosa potra nueva en el rancho, a la que Billie ayudó a nacer anoche después de que Stefan me llamara urgentemente.

Flora tuvo un parto sano y sin complicaciones, y dio a luz a una potra igualita a ella, de color bayo oscuro y largas pestañas.

Ver a esa potranca sana y feliz era justo lo que necesitaba tras haberme marchado del rancho de Dalca esta mañana. Perder a un potro nunca es fácil, pero ver lo mal que se lo tomaba fue aún peor. Soy consciente de que no se me da bien ofrecer consuelo: no soy la clásica persona que te sostiene la frente mientras vomitas, no está en mi ADN, pero sí sé cómo resultar útil, y esa también es una forma de consolar a alguien.

—Gracias por sustituirme con Flora —murmuro.

—No te preocupes, ha sido divertido. Además, es infalible para quitarte las ganas de tener un bebé. —Resoplo—. En serio, Mira, ver cómo sale algo tan grande de algo tan pequeño es terrorífico.

—Las vaginas son muy elásticas, te recuperarías.

—Ag, ¿por qué tienes que ser tan literal? —gime—. Hablando de otra cosa, ¿qué tal con Dalca el capullo? Te tuvo allí un montón de tiempo.

—Su potro murió —digo sin rodeos. A veces Billie necesita que la pongan en su sitio.

—Bueno, joder. Ahora me siento como el culo.

Sus ojos color ámbar están empañados. Esa pérdida le toca de cerca, con el potro huérfano de DD tumbado solo en un establo a menos de cien metros.

—Deberías. Placenta previa. Ha sido una noche difícil.

Suelta un gruñido y parpadea con rapidez.

—¿La yegua está bien?

—Sí —respondo, en tono intencionado.

Billie se vuelve a mirarme con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué lo dices de ese modo?

—¿Estás siendo obtusa a propósito por la persona de la que hablamos o es que estás tan cansada que no te funcionan todas las neuronas?

Billie es muy inteligente, y es absurdo creer que no ha pensado en nuestro potro huérfano. A solo diez minutos de trayecto por carretera hay una yegua sin potro repleta de leche.

Solo hay que sumar dos más dos.

Parpadea de nuevo y se muerde el labio.

—¿Me creerías si te dijera que estoy supercansada?

Suelto una carcajada y sacudo la cabeza; me levanto y voy hasta la máquina de café.

—Deberías reconsiderar tu actitud, Billie. Dalca el capullo acaba de convertirse en tu mejor opción para salvar a ese potro.

Llego a Cascade Acres con dos cafés. Ahora mismo, soy café: tengo la sangre inundada de cafeína, y es justo lo que necesito para poder pasar el resto del día. No solo estoy cansada físicamente, sino también mentalmente. Vaughn, uno de los propietarios del rancho y prometido de Billie, me ha dicho que cerrara la clínica que tengo ahí y que me fuera a dormir. Aún estoy de guardia, pero al menos no tengo que quedarme dormitando en las nuevas instalaciones con tecnología de última generación mientras finjo que trabajo. Ni siquiera estoy segura de que pudiera tratar en condiciones a un caballo ahora mismo si hiciera falta.

Esta es la parte del trabajo que nadie ve: algunos días estás completa y absolutamente triste, y es difícil sacudirse ese sentimiento. Pero siempre me quedará el café.

En este caso, el dulce café del soborno, porque soy la única capaz de convencer a Stefan Dalca para que nos preste a su yegua para amamantar al potro huérfano, probablemente porque también soy la única que se lleva bien con él. He intentado convencer al encantador encargado del rancho, Hank, de que gestionara esto, pero se ha reído en mi cara, de buen humor, y me ha

dicho que es demasiado mayor para verse envuelto en «los dramas de los niños».

Ese comentario me ofende: evito el drama a toda costa, pero Hank es demasiado adorable y no he insistido más. Violet se ha ofrecido a ir, pero el ceño fruncido de Cole —como si fuera capaz de estrangularme si aceptaba— ha hecho que rechazara su oferta; ese cabrón da miedo cuando quiere. ¿Y Billie y Vaughn? Ni pensarlo: ambos detestan a Stefan, y esta situación requiere de cierta delicadeza.

Así que me he rendido y he decidido ayudar al equipo.

Entro por la gran puerta corredera y echo un vistazo. Normalmente, el Gold Rush Ranch bulle de actividad a estas horas, pero esto está bastante tranquilo, quizá porque es mucho más pequeño. Aun así, esperaba encontrar a más gente trabajando.

—¿Stefan? —Mi voz resuena en el pasillo.

Me detengo para aguardar respuesta y, al no recibirla, sigo hasta el tractor que está al final del establo, con un remolque repleto de serrín sucio. Al pasar junto a las puertas de madera oscura de los boxes, veo cómo los desperdicios salen volando de una pala hasta el remolque; está claro que alguien está limpiando los establos, así que quizá pueda darme indicaciones.

Pero cuando me asomo no veo al empleado al que esperaba encontrar, sino a Stefan Dalca, con unos vaqueros negros ajustados, una camiseta negra y el ceño fruncido. Lleva puestos unos auriculares, y es evidente que no se ha percatado de mi presencia, así que lo contemplo un momento.

Su pelo rubio oscuro y la piel dorada resplandecen; sus largas extremidades musculosas se mueven con una confianza que en la mayoría de los hombres solo es fingida, pero que en él parece natural; su aura de peligro y ese acento misterioso tienen algo de seductor.

Todo el mundo ve a Stefan muy arreglado con el traje caro que lleva al hipódromo y piensa que ese es su aspecto habitual, pero no tienen ni idea de cómo es la versión de él que hace el trabajo sucio del rancho: Stefan lanzando balas de heno desde un camión con una camiseta ajustada y unos vaqueros es un recuerdo que atesorar para los días malos; cómo se mueven sus brazos y cómo se le desliza el sudor por las sienes. Apartado de ojos ajenos, ese hombre es un ranchero de los pies a la cabeza, con la piel morena por trabajar al sol.

—¿Le está dando un ataque, doctora Thorne?

Levanto la cabeza, sobresaltada por el sonido de su voz. Ha recuperado la

sonrisa de suficiencia.

Esta es la versión de Stefan a la que estoy acostumbrada: ingeniosa y sarcástica, y, la verdad, es más fácil de llevar que la triste, que me estaba destrozando.

Sonríó porque me ha pillado. Hay algo en la forma de mirarme de este hombre que me resulta muy atractivo.

—No, pero creo que me he quedado dormida.

Se apoya en la horca que lleva en la mano y yo me reclino sobre la puerta del box. Ladea la cabeza como si me estuviera evaluando. Stefan Dalca es un hombre muy inteligente: se ve en el brillo de sus ojos verdes cuando habla. No tiene nada de cortito, como diría mi abuela.

—¿En qué puedo ayudarte?

Así, apoyado en la horca, parece una especie de granjero salido de una peli porno.

—¿Dónde están tus empleados? —Señalo los establos con uno de los vasos de café.

—Los he mandado a casa. Quería estar solo.

—¿Estás limpiando los establos tú solo?

—Elemental, querido Watson.

—Capullo —murmuro riendo entre dientes, y le tiendo su café.

—¿Es para mí? —Lo coge despacio y me mira con desconfianza.

—Sí.

—¿Está envenenado? —Sus ojos verdes se iluminan con su humor ácido.

Y aquí estoy, riendo y bromeando como una traidora; como cuando me invita a salir y lo rechazo con una risita estúpida.

—No, solo es tan negro como tu alma.

Baja la mirada y sus labios dibujan una sonrisa irónica. Esperaba que se riera, pero es como si mis palabras hubieran tocado fibra sensible. Se hace un silencio sepulcral, y me esfuerzo por encontrar algo que pueda reavivar la charla. No puedo fallar: necesito su ayuda. Ese potro necesita su ayuda.

—¿Quieres que te eche una mano? —Hago un gesto hacia la horca.

Frunce el ceño.

—¿Por qué?

—Porque soy una buena persona —digo alegremente.

—¿Es porque te sientes mal por mí después de lo de anoche?

—Nooo. —Alargo la vocal para sonar más convincente.

Ladea la cabeza como un felino, como si me tuviera bien calada.

—¿Es porque quieres algo de mí?

Suspiro, frustrada por su capacidad para ver a través de mis artimañas.

—Oye, ¿quieres que te eche una mano o no?

—Hay más horcas colgadas en el almacén de herramientas al final del pasillo.

—Señala con la barbilla—. Puedes encargarte del otro lado —dice, y vuelve a revolver el serrín y a echar el sucio en el remolque con habilidad.

Sin decir nada más, cojo una horca y me pongo a trabajar. Crecí en una granja: mis padres cultivaban arándanos y teníamos ganado. Gallinas, cabras, esas cosas, así que limpiar el estiércol no es nada nuevo para mí. Me abstraigo de mi entorno y me dejo llevar por la naturaleza repetitiva del trabajo: raspar, sacudir, lanzar. Es terapéutico, y estoy tan cansada que mi cerebro se apaga y deja que mi cuerpo y mi memoria muscular tomen el control.

Stefan y yo trabajamos en silencio, de forma eficiente. Mentiría si dijera que no estoy sorprendida por su ética de trabajo. Siempre que lo veo va acicalado y arreglado como un pincel: traje caro, perfectamente peinado, siempre controlado, así que estas veinticuatro últimas horas han supuesto una auténtica sorpresa.

Frunzo el ceño al intentar reconciliar las dos versiones tan distintas de este hombre. Es una contradicción con patas, y no puedo evitar que mi mente se regodee con su estupenda versión centrada en el trabajo físico, que es justo la que me gusta en un hombre y la que me está volviendo loca. Pensar en Stefan Dalca como cualquier otra cosa que no sea un competidor y un capullo, así, en general, casi suena a traición. Si mis amigos pudieran leerme la mente, me dirían cuatro cosas.

Sobre todo cuando se sube al tractor, gira la llave de contacto y pasa la lengua por su labio inferior cuando el motor ruge bajo él. Lo conduce con despreocupación, avanza por el pasillo y alinea el remolque con el box en el que está trabajando. Los músculos de su antebrazo se mueven sobre el enorme volante.

Está claro que el agotamiento tiene la culpa de todo lo que estoy pensando sobre Stefan. Si estuviera en pleno uso de mis facultades, no estaría devorándolo con la mirada.

Se vuelve hacia mí y yo agacho la cabeza y me pongo a rastrillar el serrín ya limpio como si hubiera perdido algo ahí, con la esperanza de que no se haya dado cuenta de cómo lo miraba. Otra vez.

Terminamos de limpiar los establos, llenamos los pesebres de heno y volvemos a meter los caballos. No hablamos, solo trabajamos. Debe de estar tan cansado como yo, y estoy segura de que me he ganado un montón de buen karma por ayudarlo.

Bueno, quizá para Billie no me merezca buen karma, pero no tiene por qué saber cómo voy a conseguir ablandarlo, solo alegrarse de que sea así.

Cierra las puertas del establo con un tintineo metálico y por fin se vuelve para mirarme. Una ligera capa de polvo de serrín cubre su pelo dorado, y me arden los dedos por el deseo de sacudírselo.

—¿Vas a decirme ya lo que quieres?

En lugar de eso, me sacudo el serrín de mi abrigo de lana, meditando la mejor forma de responder, y me doy cuenta de que hacerme la tonta con Stefan no va a servir de nada.

—Sí —sonrío.

Mira al cielo y suelta una carcajada, sacudiendo la cabeza.

—Debe de ser algo que deseas mucho para haber pasado las últimas horas trabajando conmigo.

Desecho su comentario con un gesto.

—No me molesta el trabajo físico. Pero necesito tu ayuda.

Se apoya en la caseta y enarca una ceja para animarme a continuar.

Inspiro hondo y parpadeo. Sé que suena mal, pero a lo largo de los años he aprendido algunos trucos para llevar a los hombres a mi terreno. Mis miraditas inocentes han conseguido que muchos viejos y rudos rancheros se rasquen el bolsillo en un procedimiento que podría salvarles la vida a sus caballos. ¿Me convierte eso en una mala persona? No lo sé, pero estoy dispuesta a seguir haciéndolo. En lo que a mí respecta, se trata de hacer el trabajo lo mejor posible.

Stefan resopla y me dedica una sonrisa burlona.

—No me mires así, Mira, y suéltalo de una vez.

Por el amor de Dios, este tío es lo peor.

—Vale. Tengo un potro que necesita una yegua nodriza o no sobrevivirá. — Clava sus ojos verdes en mí—. Y tú tienes una...

—¿Y a quién pertenece ese potro? —Su voz es tranquila, controlada, sin rastro de sorpresa.

—Al Gold Rush Ranch —suelto sin más.

Frunce los labios, pensativo, y me paso las manos sudorosas por los

vaqueros. Fue lo bastante decente como para despedir a Patrick Cassel el mismo día que le conté lo que le había dicho a Violet: se fue a los establos y largó a esa rata sin pensarlo. Lo sacó de la carrera en la que estaba a punto de participar y cargó con la cuota de inscripción sin decir palabra.

Ojalá sea lo bastante decente como para acceder a esto.

—De acuerdo —dice. Su respuesta es tan simple que me deja fuera de juego.

—¿De verdad? ¿«De acuerdo» y ya está?

Esboza una sonrisa depredadora, aunque repleta de encanto infantil; las bolsas oscuras bajo sus ojos no le restan ni un ápice de atractivo.

—Sí. —Hace una pausa—. Bueno, tengo un par de condiciones...

Abí está. Cabrón tramposo.

Pongo los ojos en blanco sin poder evitarlo y le hago un gesto para que vaya al grano.

—Primero, quiero que estén en mi rancho.

Por Dios, eso va a ser complicado.

—Tiene más sentido que estén en el Gold Rush Ranch porque tengo ahí la clínica.

Stefan rechaza esa propuesta alzando la mano.

—Es un trayecto de cinco minutos. Todo irá bien.

El modo en que se ha deshecho de mis objeciones me hace rechinar los dientes, pero controlo mi genio y me concentro en lo mucho que ese potro necesita una madre.

—De acuerdo —acepto.

—Y segundo —está disfrutando con esto—, tendremos una cita.

Cabrón.

Se rasca la barbilla, pensativo.

—En realidad, serán tres citas.

Ca-brón.

—Venga ya —susurro; sus ojos tienen un brillo extraño. Creo que en el fondo le encanta sacar de quicio a la gente con sus capulladas—. ¿En serio vas a convertir nuestra broma en parte del trato?

Esboza una sonrisa.

—Eso es muy gracioso viniendo de una mujer que me ha traído café, se ha pasado horas ayudándome y ha intentado conquistarme con su mejor cara de damisela en apuros para conseguir lo que quiere.

Sacudo la cabeza con los ojos abiertos de par en par y los brazos en jarras.

—Vale, tengo que reconocer que me has ganado por la mano. ¿Estás dispuesto a utilizar a un potro moribundo para obligarme a aceptar? Me siento como si acabaras de darme una lección.

—Porque lo he hecho. —Sonríe con suficiencia, muy satisfecho consigo mismo. Sabe que no puedo negarme, no solo por salvar a ese potro, sino también porque no voy a defraudar a mis amigos.

—¿Por qué tres citas?

—Porque son más que una.

Taconeo en el suelo.

—¿Por qué no dos?

—¿Porque son menos que tres? —responde con tono interrogativo.

—Vale, entonces, ¿por qué no cinco?

—¿Quieres más, doctora Thorne?

La sonrisa que me dedica es, sin más, devastadora.

—Entonces, ¿te has limitado a poner como condición lo que me pides siempre y a añadirle dos citas más como castigo?

—Para mí no van a ser un castigo —dice con una sonrisita que me muero por borrarle de la cara.

Ojalá no estuviera tan desesperada por salvar a ese potro, o no aceptaría; ojalá no admirara su tenacidad; ojalá no me cosquilleara el estómago al pensar que Stefan Dalca quiere salir conmigo.

Soy una mujer muy lista a punto de hacer algo muy estúpido.

—De acuerdo. Pero tendrán lugar fuera de Ruby Creek, serán puramente platónicas y no puedes decírselo a nadie. —Doy media vuelta y voy hacia la puerta, deseando huir a la seguridad de mi camioneta.

—Como quieras —responde con voz suave—. Y no puedo enamorarme de ti, ¿verdad?

Me río entre dientes y giro el pomo de la puerta.

—Ay, Stefan, creo que ese barco ya ha zarpado.

Salgo al aire fresco de la tarde y sonrío al escuchar su risa a mis espaldas. Quizá me haya pillado, pero no voy a ponérselo fácil.

No puedo permitir que gane siempre todas las batallas.

5

MIRA

—No. De ninguna puta manera, Mira. No.

Violet pasea la mirada entre Billie y yo, con los ojos azules muy abiertos, intentando averiguar cómo suavizar las cosas.

Acabo de contarles lo de Stefan Dalca, aunque he omitido lo de las citas por razones obvias. Hay cosas que la gente a la que quieres no debe saber. Me sacrificaré en secreto. Más que nada, porque no quiero ver cómo Billie entra en ebullición.

—Le he dicho que me parecía bien.

Billie está furiosa: tiene sus ojos color ámbar entrecerrados y mueve la cabeza con vehemencia en un gesto de negación.

—De ninguna manera voy a mandar a la primera cría de DD a la boca del lobo. Por encima de mi puto cadáver.

—Bueno, será tu cadáver o el del potro.

—Dios, Mira, qué macabra —dice Violet, pasándose las manos por el pelo.

Billie me fulmina con la mirada; no le hace ninguna gracia lo que he dicho, pero tampoco puede negar la evidencia.

—Ese tío es un capullo, y lo detesto —dice con un suspiro entrecortado.

Sus sentimientos hacia Stefan son bien conocidos. Sus tácticas le parecen mal a casi todo el mundo, pero casi echaron a perder su relación con Vaughn, y eso le resulta imperdonable.

—No es tan malo. —Violet es mucho más indulgente.

—Es igual. Es lo que hay. ¿Vamos a salvar a ese potro o no? Porque, tal y como yo lo veo, nos tiene cogidas por las pelotas. Está a cinco minutos de trayecto por carretera, así que puedo ir a ver al potro todos los días y ponerte al tanto de su estado. En otoño lo destetaremos y nos olvidaremos de todo esto. Y entonces todos podremos volver a odiar a Stefan Dalca sin disimulos.

Billie suspira.

Violet asiente.

Y como estoy convencida de que esto es lo más cerca que voy a estar de conseguir un consenso, me doy una palmada en las rodillas y me pongo de pie.

—¿Quién me ayuda a cargar el remolque?

Las dos me miran, frustradas y con expresiones resignadas, pero se levantan y me siguen para echarme una mano. No tardamos mucho en levantar al potro y ponerlo en el remolque. Aún está muy débil e inestable, y transportarlo no es lo mejor, pero el camino es tan corto que compensa el riesgo.

—Voy contigo. —La mandíbula de Billie está tensa, pero también se tambalea un poco.

Está intentando ser fuerte, pero esto la está destrozando. Siente y ama muy profundamente. Por fuera parece pura alegría, pero es muy sensible.

Le pongo una mano en el hombro y la miro a los ojos.

—Esta vez no, B. Déjame hacer esto por ti. Déjame hacer mi trabajo. —Lo que no le digo es que cabe la posibilidad de que la yegua no acepte al potro, y no quiero que esté ahí si eso ocurre—. Mañana podemos ir juntas a ver cómo están, pero hoy es mejor que todo sea lo más tranquilo e íntimo posible.

Acepta con un breve asentimiento. Estamos hablando de animales asustadizos; ella sabe que lo que queremos para ellos no es siempre lo mejor y está dispuesta a sacrificarse. Es parte de lo que la convierte en una entrenadora excepcional.

Violet se acurruca contra ella como una pieza de puzle: son tan monas cuando están juntas que casi me dan arcadas, y pronto serán cuñadas porque cada una está con uno de los dos hermanos dueños del Gold Rush Ranch.

Todos somos amigos, pero a veces me siento como si fuera la tercera en discordia, y no es culpa de ellas, sino mía. Nunca me ha gustado eso de los grupitos de chicas, pero estas dos no me sueltan, y no voy a quejarme: Billie y Violet son las mejores amigas que he tenido, aunque me resulta raro tener que rendirle cuentas a alguien cuando siempre he sido una solitaria.

Me subo a la camioneta, me abrocho el cinturón, bajo la ventanilla y salgo lentamente del camino que se abre en círculo frente al edificio principal.

—¡Deseadme suerte! —digo, despidiéndome con un gesto. Dios sabe que la voy a necesitar.

—¿Quién es usted?

La chica de la puerta me mira como si fuera una mendiga: hasta ella sabe que no debería estar aquí. Lleva unos auriculares y una camiseta demasiado grande con unos pantalones cortos que apenas asoman bajo el dobladillo. Puedo ver el chicle que está masticando cada vez que abre la boca, y se sujeta el pelo rubio con un coletero rosa. Todo en ella grita «Problema con patas».

La casa en sí es preciosa, como si se integrara en el paisaje que la rodea: es pura piedra de río y vigas de madera natural, con una puerta en forma de arco con un ventanuco de hierro forjado en la parte superior. Es grande, pero no ostentosa. Tiene clase, como Stefan.

—Soy Mira, la veterinaria. —Señalo por encima del hombro hacia los establos, donde he dejado al potro sin nombre en su remolque porque no encuentro a Stefan por ninguna parte y necesito ayuda—. Estoy buscando a Stefan.

Me mira de arriba abajo, sin dejar de masticar el chicle, como una vaca pastando. No sabría decir cuántos años tiene, pero parece muy joven. Demasiado joven para Stefan.

O eso espero.

Por Dios. Espero que no sea tan baboso como para salir conmigo tres veces cuando tiene novia.

Me sobresalto cuando se da la vuelta y da un grito hacia la escalera curva que está tras ella.

—¡Stefan!

Al cabo de un momento baja las escaleras vestido con unos vaqueros rotos que se ciñen a sus piernas de un modo alucinante.

—Nadia, ¿tanto te cuesta moverte e ir a buscarme?

Nadia pone los ojos en blanco y se va. Stefan me dedica una sonrisa tensa y se agacha para calzarse unas botas de trabajo desgastadas. Desde este ángulo puedo ver a la perfección cómo se tensan los músculos de su espalda, y pienso que, si voy a tener que pasar por tres citas falsas con este hombre, bien puedo disfrutar de las vistas.

Soy humana, al fin y al cabo.

Una humana sobrecargada de trabajo y que ha disfrutado muy poco del sexo últimamente.

—Disculpa lo de Nadia. Acoger a mi hermana pequeña no es tan fácil como pensaba.

Suspiro aliviada. *Hermana.* Aleluya.

Mete la mano en el armario y saca un chaquetón marrón forrado con borreguillo. Hay algo delicioso e hipnótico en la forma en que Stefan se mueve, tan seguro de sí mismo. No puedo apartar la vista de su cuerpo, de las venas que recorren el dorso de su mano cuando sus largos y hábiles dedos abotonan el chaquetón.

—La vista al frente, doctora Thorne —murmura con una sonrisa de complicidad.

Me gusta esta versión juguetona de Stefan Dalca; mucho más que la estirada y excesivamente tranquila que muestra en las pistas, así que decido seguirle la corriente.

—¿Por qué?

—Porque podrías enamorarte de mí si me miras de ese modo durante demasiado tiempo.

Hasta su acento es más marcado en la intimidad de su rancho, como si no se esforzara tanto por mantener una imagen y se permitiera mostrarse relajado y bromista.

Es raro. Y lo peor es que esas bromas tuyas me dan la vida.

—Pfff, no te preocupes —resoplo—. No eres mi tipo.

Extiende un brazo y me hace un gesto para que baje la escalinata de su casa, situada en lo alto de la colina. La propiedad no es tan extensa como el Gold Rush Ranch, pero sí más pintoresca, con sus vistas al valle y a un pequeño lago. Los establos están en la ladera opuesta y hay un enorme sauce llorón junto al camino de grava que une los dos edificios. Me gusta el conjunto: es muy acogedor.

Nuestros pasos se acompañan cuando bajamos hacia los establos por el camino de grava.

—¿Y por qué no soy tu tipo?

Lo miro de reojo: lleva las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros con aire despreocupado. Su porte, con la espalda recta y la cabeza alta, es casi regio. Si alguien parece de la realeza, debe de ser Stefan Dalca, así que no entiendo por qué le preocupa no ser mi tipo.

—Eres rubio. —Me río, y mi aliento forma una nubecilla blanca frente a mí.

No me apetece nada reconocer que en realidad no es tan rubio. Bajo cierta luz se ven hebras de un dorado brillante, y seguro que de niño tenía el pelo mucho más claro, pero ahora es de un color más desvaído. Sea como sea, no es el tono oscuro que suele atraerme.

Se encoge de hombros.

—Siempre puedo teñirme.

No puedo evitar que mis labios dibujen una sonrisa boba. Es como si me moviera en el limbo. *¿Qué demonios estamos haciendo? ¿Somos amigos? ¿Flirteamos?*

—Vale, pero es que además eres un arrogante.

Me mira de reojo con expresión pícaro y esboza una sonrisa torcida... y arrogante.

—Te acostumbrarás.

Sacudo la cabeza.

—Me estás dando la razón. —No responde, pero veo que se tensa cuando pasamos junto a la tumba que cavamos anoche. Clava la vista en los establos—. ¿Y tus conexiones con la mafia? Todo el mundo sabe que estás relacionado con la mafia.

Los chismorreos de los pueblos pueden ser bastante crueles, y no sé cómo o dónde empezó ese rumor, pero ha corrido como la pólvora. Probablemente por culpa del acento, el pasado misterioso y su inexplicable fortuna.

Como hija de un granjero de la India y su esposa *hippie* blanca, los prejuicios rurales no me son ajenos y sé lo que es tener que esforzarse más que los demás para encajar o triunfar.

Se detiene ante la pregunta y se vuelve lentamente hacia mí; el ambiente pasa de relajado a algo más ominoso.

—¿Y tú qué opinas?

Nos retamos con la mirada, y juraría que puedo ver cómo se esfuma el buen humor de sus ojos.

—Perro ladrador, poco mordedor.

Suelta una carcajada y reanuda la marcha, meneando la cabeza.

—Eres de lo que no hay, doctora Thorne.

Doy un par de zancadas para ponerme a su altura.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Deberías —responde con absoluta sinceridad. Nos acercamos al remolque del Gold Rush Ranch que he dejado en el aparcamiento que tenemos enfrente. Antes de que pueda darle vueltas a ese comentario, continúa—: De acuerdo, ¿y ahora qué, doc?

Me aparto un mechón de pelo de la cara.

—Voy a necesitar tu ayuda para llevarlo al establo porque está muy débil. Al principio vamos a meterlo en un box a él solo. Me van a hacer falta un poco de

estiércol del box de la yegua y Vicks VapoRub.

Frunce el ceño.

—¿Para qué?

—Tenemos que untar el estiércol en el potro. El Vicks VapoRub es para esconderlo a su olfato. Ojalá sea suficiente. ¿La yegua es tranquila? Si no, podemos ponerle un sedante suave.

—Siempre ha sido muy tranquila. No creo que haga falta serenarla más.

Abro la puerta del remolque y le echo una mirada.

—Podría reaccionar mal y rechazar al potro. No hay ninguna garantía de que esto vaya a funcionar.

Stefan yergue los hombros con un gesto tenso, y sus labios se fruncen en una línea sombría.

—No sabía que eso podía pasar.

—A veces me pregunto cómo te has metido en este negocio —murmuro, y subo al remolque. Él se acerca a mi espalda, pero no responde—. Hola, amiguito. —Acaricio al potro, encantada al ver que sigue de pie—. Vamos a salir, Stefan. Encárgate de sostenerlo si tropiezo.

Entre los dos sacamos al pequeño potro del remolque y lo metemos en un box calefactado. Stefan se queda de pie junto a la puerta, mirándolo con cara de tristeza mientras yo le pongo Vicks VapoRub en las fosas nasales a la yegua que está un par de puertas más adelante. Después, con una mano enguantada, cojo un puñado de estiércol de su establo y lo froto contra el lomo del potro, más o menos donde podría olfatearlo cuando mame. *O eso espero.*

En honor a Stefan, debo decir que ni se inmuta. Y cuando todo está listo me vuelvo en su dirección: la expresión sombría de su rostro y sus ojos enrojecidos son un perfecto reflejo de los míos.

—¿Listo?

Asiente.

—Sí, vamos.

Las líneas angulosas de su mandíbula están tensas y parece nervioso: ya no hay lugar para bromas.

—De acuerdo, vamos a levantarlo.

No suelo rezar, pero murmuro una pequeña plegaria. Estoy dispuesta a aceptar toda la ayuda posible para que esto funcione.

6

STEFAN

El corazón me martillea en el pecho mientras llevamos al potrillo por el pasillo de cemento; sus cascos repiquetean con suavidad en el establo. Me siento como un imbécil. Yo ahí, bromeando y coqueteando con Mira, todo orgulloso de mí mismo por haberle arrancado la promesa de tres citas, y mientras la vida de un caballo estaba en juego.

Y quizá todo esto no funcione.

Normalmente estoy cómodo tomando decisiones empresariales que se mueven en el territorio de lo moralmente dudoso, pero en esta ocasión me siento como un capullo. El trabajo de Mira es salvar vidas, y yo me he aprovechado de eso para mi propio beneficio. Pedirle las tres citas fue un tiro a ciegas, como la primera vez que lo hice y todas las demás desde entonces, pero es que su rechazo me tiene obsesionado. Quiero conocer a Mira Thorne de formas que ni siquiera se imagina.

La verdad es que debería sentirme aún peor, pero verla trabajar de un modo tan seguro y concentrado solo hace que me atraiga aún más. Me he partido el culo estudiando desde que empecé con esta aventura para aprender todo lo posible sobre el negocio. Mi mejor amigo, Griffin, al que le compré este lugar, es mi fuente de información sobre cualquier cosa que tenga que ver con los caballos, pero aún no hemos llegado al tema de los potros huérfanos.

Mira abre la puerta del establo e inspira hondo. Cruza la mirada conmigo por encima del lomo del potro y me hace un gesto de ánimo con la cabeza antes de entrar en el establo.

No es propio de mí estar tan nervioso, pero, Dios, en serio quiero que esto funcione. Ni siquiera me importa quién es el dueño del potro, y lo habría hecho aunque ella no hubiera aceptado salir conmigo. Además, Billie Black o la familia Harding no me desagradan tanto como para desearles algo así. Ver morir a mi potro fue desgarrador. He aprendido a amar a estos animales, y

verlos sufrir es el peor de los infiernos.

—Hola, mamá. Te presento al bebé. Es una criaturita muy dulce. —La voz de Mira es profunda y suave. No usa esa voz aguda que se suele emplear para hablar con los niños. Es como si pudiera hipnotizar a los caballos con ese tono. O a mí. Me encanta esa voz sensual.

Me hace un gesto con la cabeza para que me aparte, sujeta al potrillo rojo y deja que la yegua vaya hacia él. Regreso a la puerta y la contemplo, embelesado. No soy un hombre supersticioso, pero esta noche no quiero dejar nada al azar, así que me meto las manos en los bolsillos y cruzo los dedos. Y cruzaría hasta los de los pies si pudiera.

Los ojos oscuros de la yegua se clavan en el potro, y mueve las orejas, confusa, mientras lo olfatea. El potro está muy débil, pero no le falla el olfato, así que acerca la cabeza hacia la ubre, con las orejas apuntando en esa dirección y vacilando sobre sus patitas enjutas. El lomo queda justo bajo las fosas nasales de la yegua, brillantes por el Vicks VapoRub que Mira le ha untado, pero aun así debe de captar algún rastro del olor a estiércol, porque le da al potro un pequeño golpecito con los ollares en la columna huesuda.

Mira suelta un gritito ahogado que no me pasa desapercibido, aparta las manos del potro como si quemara y retrocede muy despacio, con cuidado, como si intentara no romper la conexión que han establecido los dos caballos.

Me duelen los dedos de tanto apretarlos. No muevo ni un músculo cuando el cuerpo de Mira se detiene a escasos centímetros del mío.

Poco después, el potro mete la cabeza bajo el vientre de la yegua y tantea la ubre rebotante como si intentara descubrir cómo hacer algo que todavía no ha aprendido.

Miro el cuerpo tenso de Mira: tiene los hombros rígidos y las manos entrelazadas frente a su pecho, y su calor se desliza por la parte delantera de mi cuerpo. Lo único que mueve es el pecho al respirar.

El box está en absoluto silencio hasta que llega hasta nosotros el ruido del potro al mamar, seguido por un suspiro entrecortado de la mujer que está frente a mí. Contemplo con asombro cómo la yegua, satisfecha, vuelve a prestarle atención al heno que tiene frente a ella. La espesa coleta negra de Mira cae hacia delante cuando esconde la cara entre las manos.

Me dejo contagiar por su alivio, saco una mano del bolsillo y la poso en su esbelta nuca para darle un apretón tranquilizador.

—Lo has conseguido.

Se limita a asentir, pero no me aparta la mano. Deja que la mantenga ahí, sobre su suave piel, mientras mira cómo la yegua y el potro se aceptan, como si su destino fuera estar juntos a pesar de las trágicas circunstancias.

—Joder, qué alivio. —Tiene la voz ronca, pero no alcanzo a ver su rostro para confirmar lo emocionada que está. Le acaricio la base del cráneo con el pulgar con un gesto distraído y, al cabo de un rato, carraspea y se aparta—. Vamos a dejarlos tranquilos un rato.

Se da la vuelta para salir del box, pero no me mira a los ojos.

Normalmente esconde su vulnerabilidad tras una sonrisa, pero hoy no.

No debería haberla tocado así, como si estuviera jugando al ratón y el gato, pero solo quiero que se dé cuenta de que no soy un mal tipo. No siempre sigo las reglas, pero no soy un mal tipo. Crecí con uno, y me niego a ser como él.

Me aparto para dejarla pasar, añorando el tacto de mis manos sobre ella. No sé por qué me embriaga de esa manera. Sus ojos, sus labios, esa fachada de frialdad, el tono sensual de su voz..., todo me ha desconcentrado desde la primera vez que la vi en el hipódromo. El contraste entre su forma de tratarme, sin pelos en la lengua, y la dulzura y delicadeza que muestra siempre con los caballos me fascinó en su momento y me sigue fascinando ahora.

Es un misterio que me encantaría desentrañar.

O quizá el niño perdido que se esconde en mi interior solo quiere que me trate como trata a los caballos: con cariño. Sacudo la cabeza y doy media vuelta para seguirla. La idea de que se ablande ante mí es demasiado tentadora: lo único que quiero es ver cómo se derrite.

No estoy enamorado de la doctora Mia Thorne; apenas la conozco. Pero me embelesa y me siento inexplicablemente atraído por ella, y estoy demasiado acostumbrado a conseguir lo que quiero como para dejarlo pasar.

—¿Y ahora qué? —le pregunto cuando vamos hacia la sala de estar, con sus cómodos sofás de cuero marrón, su mesa de billar y su bar bien surtido. Me ignora unos segundos y se deja caer en el sofá con un sonoro suspiro.

—Ahora vamos a esperar un poco a ver qué pasa.

La imito y me dejo caer en el sofá que está frente a ella; apoyo los pies en la mesa y las manos sobre el estómago.

—Pareces cansada.

Me dedica una mirada sarcástica.

—Qué encantador eres, Stefan.

—¿Por qué no duermes un poco mientras yo me quedo de guardia?

—No.

Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos.

Si está la mitad de agotada que yo, debe de estar hecha polvo, pero no discuto. Mira no da la sensación de ser la típica persona que admite que la mimen, así que, si quiere aguantar, perfecto: yo me limitaré a apoyarla.

—¿De dónde es tu acento? —pregunta sin abrir los ojos.

—Rumano. —Yo, en cambio, tengo los ojos bien abiertos. A decir verdad, es que no puedo apartar la vista de ella.

—¿Eres rumano?

—Me crie ahí.

—Pues pareces..., no sé..., ¿no rumano?

Sí, vale. No sé cómo no me he dado cuenta antes. Estoy a punto de preguntarle por sus orígenes, pero sus dedos se separan y abre los labios: se ha apagado como una llama.

Parece más joven y más dulce cuando está dormida; más inocente. Esa visión despierta en mí un instinto olvidado y solo quiero cuidarla, asegurarme de que esté cómoda y descansa un rato.

Me acerco a la enorme cesta de mimbre que hay junto a sofá, saco una manta de lana con dibujos de inspiración azteca y la tapo con delicadeza. Se remueve un poco, pero solo para apoyar la mejilla en el sofá.

Parece agotada.

Mañana yo podré dormir, mientras que ella tendrá que trabajar. Le echo un último vistazo y salgo al pasillo del establo para ver a la yegua y al potro. Abro el pestillo del box y entro sigilosamente. Una cálida sensación me recorre el pecho al ver a la yegua de pie y dormitando, con la cría despatarrada, durmiendo feliz a su lado. Hacen una pareja perfecta, los dos pelirrojos. Cualquiera diría que son parientes.

Entro en el box, cierro la puerta y me deslizo por el suelo hasta la cabeza del potro. Apoyo la espalda en la pared y recorro con la mirada su cuerpo enjuto y cálido bajo el resplandor de la lámpara roja que cuelga sobre nosotros. Parece débil, pero está tranquilo.

Por un momento, viajo en el tiempo para recordar al caballo que tuve de niño, del mismo color que este potro, pero sin esas llamativas patas blancas y la mancha blanca en la testuz. Era un caballo muy distinto, pero era mío, mi remanso de paz en el infierno que era la casa de mi infancia.

Me echo hacia delante y acaricio la pata del potro dormido hasta la babilla,

donde la media blanca se funde con el marrón cobrizo de su pelaje. Mi cuerpo se mueve por sí solo y me arrodillo junto al pequeño caballo. Apoyo la palma de la mano sobre su caja torácica y noto el ritmo constante de su respiración. Quizá no esté fuera de peligro, pero su respiración es fuerte. Es un animal fuerte. Un luchador.

Cuando le acaricio la cabeza, mama en sueños y su dulce ruidito de succión me hace sonreír. Este chico sabe lo que hay y aún no se ha rendido, y yo voy a asegurarme de que salga adelante.

Me recuesto contra la pared y apoyo los codos sobre las rodillas, prometiéndome que este va a ser el potro más sano del mundo.

—Despierta, despierta.

Alguien me da una patadita en el pie y parpadeo para abrir los ojos. Lo primero que siento, desorientado, es rigidez: rigidez en las articulaciones... y dentro de mis pantalones.

La voz de Mira llega hasta mi mente consciente, y está claro que no ayuda a solucionar el problema de mi erección matutina.

—Arriba, bella durmiente. Te he hecho café.

Está en la entrada del box, un poco despeinada, justo como estaría después de pasar la noche en mi cama: dócil y sin la sonrisa sarcástica que siempre adorna su rostro.

Me rasco la barba intentando despejarme. El pequeño potro castaño aparece en mi visión periférica y me mira como si yo fuera algo absolutamente fascinante. Farrah me ignora: solo soy el tío raro que ha dormido en el suelo de su establo.

Mira se acerca y se agacha un poco para darme la taza de café humeante que lleva en la mano. Miro la taza.

—¿Con leche?

Aparta la vista con timidez.

—Me ha parecido que no te gustaba el café solo, así que... ¿Cómo lo tomas?

No quería que pensaras que mi alma es negra.

Lo había dicho de broma, pero de todos modos me había molestado. Es inexplicable que me preocupe lo que esta mujer piense de mí.

—Así está bien —contesto con brusquedad; cojo el café y ruego por que desaparezca el bulto en mis pantalones. *Hola, erección matutina.*

—Vale, levántate. Tengo que revisar a estos dos.

Le doy un sorbo al café, pensativo.

—Ahora mismo no puedo levantarme —digo tranquilamente.

—Claro que puedes —resopla.

Le sonrío y, al cabo de un confuso instante, baja la vista hacia mi regazo y abre los ojos de par en par cuando ata cabos.

—Ah. —Se aclara la garganta—. Voy a buscar unas cosas a mi camioneta.

Y sale corriendo del establo.

No puedo evitar reírme, y me golpeo la cabeza contra la pared varias veces. No es la reacción que esperaba. Se comporta como una sirena tentadora, pero solo con mencionar una erección matutina sale corriendo tan rápido como pueden llevarla sus piernas.

Tras un par de minutos, me pongo de pie y me apoyo en la pared del establo. Doy otro sorbo al café caliente y echo un vistazo a la yegua y al potro. Él se acerca, mostrando curiosidad por la persona que ha pasado la noche durmiendo a su lado. Sus ollares suaves me rozan los vaqueros y sus fosas nasales se dilatan cuando intenta captar mi olor. Los enormes ojos negros, rodeados de un abanico de pestañas castañas, se abren de par en par mientras mueve los ollares contra mi hombro, intrigado.

Maldita sea. Es muy mono. Estiro la mano libre y le rasco la pelusa absurda de sus crines con el pulgar y el índice; deslizo la palma de la mano por la franja blanca de su testuz, él cierra los ojos como si disfrutara de la sensación, y no puedo evitar sonreír al ver lo dulce y confiado que es. Lo despreocupado que se muestra ante el mundo, ante la vida...

—Es muy dulce, ¿verdad?

La voz de Mira interrumpe el curso de mis pensamientos. Está junto a la puerta, con un estetoscopio alrededor del cuello y peinada con una coleta tirante.

—¿Ya le habéis puesto nombre?

Da un sorbo al café y niega con la cabeza.

—No. Creo que Billie ha fingido que le costaba dar con uno como excusa para no encariñarse con él. Ya sabes, por si no sale adelante.

Es la oportunidad perfecta para cargar contra la otra mujer, pero no me atrevo.

—¿Cuál es su linaje? —pregunto; siento curiosidad por su ascendencia.

Mira da otro sorbo al café sin apartar la mirada de mí, que revolotea un

segundo hasta mi entrepierna. Juraría que se ha sonrojado un poco, pero no tengo tiempo de considerarlo porque me ofrece una respuesta.

—Es el primer potro del semental negro.

Parpadeo.

—¿El que intenté comprar?

—Sí.

—Madre mía. ¿Has tenido que drogar a Billie para traerlo?

—No seas idiota. Lo ha pasado fatal por culpa de este potro, y te detesta, pero quiere que sobreviva.

Sintiéndome debidamente regañado, me refugio tras la taza de café antes de cambiar de tema.

—Necesita un nombre. Es importante.

—¿Por qué? —pregunta con tono inquisitivo; se aproxima a nosotros y pone el estetoscopio sobre las costillas del potro.

—Porque va a salir adelante y un nombre lo mantendrá atado a este mundo. Le dará una identidad. Significa que reconocemos su existencia.

Veo la mirada escrutadora que me dirige: ha sido rápida, pero ahí estaba, cargada de curiosidad.

Cuando era niño, siempre que me escapaba terminaba con alguno de los habitantes del pueblo. Me escondía en sus casas y escuchaba sus historias, sus enseñanzas, sentía su conexión. Ese inmenso sentimiento de comunidad se me quedó grabado y, en lugar de crecer como un hombre que temía seguir los pasos de sus padres, decidí que mi objetivo iba a ser demostrar que no lo haría. Iba a tener una esposa, una familia e iba a cuidar de ellas como si fueran un tesoro.

Frunce el ceño, pero no levanta la vista y sigue auscultando al potro. Sus labios se mueven en silencio cuando cuenta los latidos de su corazón.

—Pues ponle nombre. Toda ayuda es bienvenida —dice, y se aparta—. Volveré más tarde para ver cómo está y para sacarle sangre. Ahora tengo que abrir la clínica. ¿Puedes asegurarte de que se alimenta? Cuando vuelva, seguramente Billie vendrá conmigo, porque necesita saber que todo va bien, así que ¿podrías esfumarte o, al menos, mantener la boca cerrada?

Asiento, intentando disimular mi diversión: me hace mucha gracia que crea que puede dictar cómo debo comportarme o dónde debo estar en mi propiedad. Miro sus movimientos decididos mientras recoge el equipo y, cuando se marcha —y aunque no debería—, contemplo las redondeadas

formas de su culo con ese par de Levi's oscuros que lleva puestos. Joder, le quedan genial.

Da una palmadita al marco de la puerta del box y se echa hacia atrás, pasándose la lengua por el labio inferior.

—Y gracias por la manta que me dejaste anoche.

—La próxima vez me acuesto a tu lado. —Le guiño un ojo y ella pone los suyos en blanco.

Debería ser más profesional y no permitir que mi curiosidad por la doctora Mira Thorne me atonte el cerebro. No debería pensar con la cabeza que no es.

Pero cuanto más tiempo paso con ella, más me parece un desafío, y me gustan los retos. Aunque mantener las manos lejos de Mira no es un reto que me apetezca asumir. Y eso que no es mi mayor fan, lo tengo claro.

Aunque tengo tres citas para conseguir que quiera que le ponga las manos encima.

7

MIRA

La versión amable de Stefan me está volviendo loca. Me he pasado casi toda la consulta intentando averiguar qué pienso de él en realidad.

Mientras espero a que se revelen unas radiografías, miro a través de los grandes ventanales de la clínica; contemplo las colinas que rodean el Gold Rush Ranch y reflexiono sobre las treinta y seis últimas horas. Había etiquetado a Stefan como la clase de persona que me resulta indiferente: había hecho un montón de gilipolleces, pero también se había comportado como un ser humano decente, así que, moralmente, lo clasificaba como «neutral». Unas acciones compensaban a las otras.

Pero eso era en el pasado, porque ahora... Ni idea. Estos dos últimos días han echado por tierra todas mis ideas preconcebidas.

¿Es un capullo arrogante? Sí. ¿Es encantador y sensible? Pues también.

¿Debería estar enfadada con él por haberme obligado a que salgamos juntos? Probablemente, pero no lo estoy y no me apetece analizar el porqué. Sobre todo, porque no quiero pensar en que esté utilizándome para llegar a mis amigos.

Creía que iba a preocuparme dejar al potro allí con él, pero la verdad es que no me preocupa en absoluto; si hasta ha dormido a su lado, por el amor de Dios. Lo he visto cuando pasaba sus hábiles dedos por la testuz del potro: su expresión maravillada ha sido como un puñetazo en el estómago.

No, no me preocupa en absoluto dejar al potro con él. Sé de sobra que Stefan le pondrá un nombre y lo querrá como se merece. Había algo en su mirada, en la dulzura de sus caricias, como si estuviera decidido a protegerlo.

Y en un momento de locura, me he preguntado cómo sería que Stefan me tocara así, a pesar de que es la peor idea del mundo. Sería de lo más contraproducente, sobre todo si tenemos en cuenta a mis amigos; si no fuera por ellos, quizá habría sido divertido probarlo aunque solo fuera una vez.

La puerta se abre de golpe y me arranca de mis ensoñaciones.

—¿Cómo está la cría? —sonríe Hank.

Su enorme figura ocupa la puerta principal; tiene las orejas y las mejillas enrojecidas por el aire frío del exterior, y no puedo evitar maravillarme al ver el bronceado que sigue luciendo en pleno invierno, imagino que por todos los años que ha pasado al sol. Alguna gente pagaría una fortuna por tener ese aspecto.

Le devuelvo la sonrisa a ese hombre que ayudó a Vaughn a dirigir el rancho cuando estalló el escándalo de las carreras amañadas. Ese hombre que ha sido un pilar en la vida de Billie desde su adolescencia y un amigo íntimo de Dermot Harding, el fundador del Gold Rush Ranch.

—Está bien. La yegua lo aceptó enseguida. Fue increíble.

Se limpia los pies en el felpudo antes de entrar en la recepción.

—Bueno, ya sabes cómo son las cosas. A veces tardan unos minutos, a veces horas y a veces no lo aceptan. Deberías estar orgullosa.

Me doy una palmadita en la espalda por encima del hombro con un gesto teatral y una gran sonrisa. Debo confesar que, sí, estoy orgullosa de haber solucionado este asunto. Ni siquiera me importan las tres citas que he acordado con Stefan porque puedo desenvolverme sin problemas y, quizá, consiga comer de maravilla. Me ruge el estómago solo de pensarlo, y decido en este preciso instante que voy a asegurarme de que Stefan me lleve a un restaurante de lujo.

Así pagará por sus maquinaciones y yo disfrutaré de una comida deliciosa.

—Lo has hecho muy bien. —Hank sonríe y las comisuras de sus ojos se llenan de arruguitas cuando se apoya sobre el mostrador.

Es muy dulce, un auténtico padrazo para casi todos los habitantes del rancho. Debe de estar muy cerca de la edad de jubilación, pero algo me dice que Billie va a tener que sacarlo a rastras de la propiedad, y eso no va a suceder jamás.

—Gracias. ¿Cómo está Trixie?

Intenta contener una sonrisa cuando menciono a la nueva mujer de su vida. Se conocieron en la boda de Cole y Violet, y congeniaron al momento. Ella vive en Vancouver, a noventa minutos por carretera, y se turnan para visitarse cuando sus obligaciones se lo permiten.

Es adorable.

—Es maravillosa, y muy distinta a cualquier otra que haya conocido o con la

que me hubiera planteado estar. Me mantiene alerta.

No puedo evitar reírme, porque esa mujer es todo un personaje.

—Me alegro mucho por ti. Estar alerta es bueno.

—A veces. —Chasca la lengua y sacude la cabeza—. Nunca te conformes, Mira. En ocasiones lo que quieres no es lo que necesitas.

—¿Me estás dando consejos sobre relaciones, Hank? —Esbozo una sonrisa ante esa idea.

—Sí. Una mujer de tu edad no debería pasar tanto tiempo trabajando.

Reprimo un escalofrío. Ese es un tema delicado. Sabía que quería ser veterinaria desde que era una niña, y fue mi único objetivo en el colegio y en la universidad. Mis pasos siempre se han encaminado única y exclusivamente a la facultad de Veterinaria. ¿Me he perdido algunas cosas para llegar donde estoy? Sí, pero ha valido la pena.

A menos que le preguntes a mi familia por parte de padre, que no dejan de insistir en que tengo que formar una familia. Tienen buena intención, y sé que es algo cultural, pero me agota. Y aunque mis padres jamás me insistirían, tampoco los hacen callar. Es como si nadie valorara lo mucho que he trabajado para doctorarme, ni que me gradué la primera de mi promoción ni que me he dejado la piel para lograrlo. A los veintisiete años tengo más estudios y he alcanzado más metas profesionales que cualquier otra persona de mi familia, pero, sin embargo, nadie parece dispuesto a celebrar mis logros.

Mi vida amorosa gira en torno al novio de goma morada que vive en mi mesilla de noche y a las fotos sexys que busco en TikTok para aliviar mi frustración sexual. Aunque la quisiera, no tengo tiempo para una relación, así que mi amigo de silicona es perfecto: no me necesita, no me molesta y no le debo nada salvo cargarlo de vez en cuando. Y ese es todo el compromiso que puedo tolerar ahora mismo.

—Oye, no lo he dicho en el mal sentido. —Hank frunce el ceño, preocupado.

—Ah, no pasa nada. —Hago un gesto para desechar la idea—. Solo estoy distraída. ¿Querías algo? Estoy pensando en cerrar temprano.

Soy consciente de que a veces parezco un poco fría. Me gustaría decir que no es intencionado, pero creo que sí. No me gusta que la gente se meta en mis asuntos y no soy de las que van por ahí contando sus problemas personales. Me han dicho que soy demasiado reservada, pero yo creo que solo soy independiente y que sé definir muy bien mis límites.

Hank se endereza, y le dedico una sonrisa amable para demostrarle que todo va bien sin tener que ponerlo en voz alta. Odio dar explicaciones cuando no hace falta. Eso es algo que me gusta de los animales: te juzgan por tus actos.

—He quedado aquí con Billie para llevarla a casa de Stefan. Considérame su guardaespaldas. O el de Dalca, teniendo en cuenta que lo más probable es que tenga que intentar evitar que lo mate. Ah, y también soy su vehículo de fugas si lo consigue.

Suelto una carcajada y apago el monitor de la recepción.

—Billie debería comportarse. Su ayuda va a salvar al potro.

Hank esboza una sonrisa torcida y me mira con expresión curiosa.

—Yo en tu lugar no le diría eso a ella.

—Ni en broma. —Le guiño un ojo.

La puerta se abre de golpe justo en ese instante.

—¿Ni en broma qué? —pregunta Billie; da unos pisotones en el felpudo y se sacude la gruesa trenza castaña que lleva bajo la capucha.

—Vaya, está diluviando —digo para cambiar de tema.

—Sí, ha empezado ahora mismo. —Levanta la vista con una sonrisa—. ¿Estáis listos para ir a ver a la cría?

—¿Y tú? —pregunta Hank.

—¿Por qué no iba a estarlo? —gruñe Billie, echándose hacia atrás como si la pregunta le hubiera ofendido.

—Creo que lo que Hank intentaba decir es si estás dispuesta a comportarte como una persona civilizada —intervengo.

Entrecierra los ojos color ámbar.

—Sí. —Hank y yo soltamos una carcajada—. ¿Qué pasa? Voy a ser tan educada como Dalca el Capullo. —Sus labios dibujan una mueca cómplice—. Y no te preocupes: Violet acaba de leerme la cartilla y hasta me ha dicho que no es tan malo como creo.

Se estremece y sus hombros se sacuden en un gesto dramático. Hank busca mi mirada como si me hubiera leído la mente, pero yo la evito y cojo las llaves, agradeciendo que, en realidad, no pueda hacerlo.

Cuando subo al coche saco el móvil y abro un chat con Stefan. Hasta ahora, él solo me ha llamado, pero los mensajes me parecen más personales. Hay una cierta familiaridad en ellos que no estoy segura de que sea apropiada con un cliente, pero tengo que asegurarme de que no se va a comportar como un niño cuando llegemos.

Mira: Hola, estamos en camino. ¿Puedes echarme un cable y mantenerte alejado?

Me contesta al instante.

Stefan: A lo mejor si me lo suplicas...

Ja, ni lo sueñes.

Mira: Sí, claro, eso es lo que tú quisieras.

Stefan: Sin duda.

Pervertido.

Mira: Que te jodan.

Stefan: No deberías hablar así. Es muy inapropiado.

Tiene razón. Debe de ser que he pasado demasiado tiempo con Billie. Pero, en serio, ¿tan difícil le resulta complacerme por una vez?

Mira: De acuerdo. Que te jodan, por favor.

Stefan: Nada me gustaría más. :)

Sacudo la cabeza, entre divertida y excitada. ¿No va a darme una respuesta directa? Típico de él. Entre él y Billie voy a tener que rezar para que se me conceda una paciencia sobrehumana los próximos meses.

Vamos por separado hasta Cascade Acres. En mi camioneta no hay espacio suficiente con todo el equipo que debo transportar, y Hank está en lo cierto: es mejor tener un vehículo de huida.

Dios, espero que Stefan se mantenga alejado. Billie y él son como el agua y el aceite. O como la gasolina y las cerillas.

Cuando llegamos, les doy las indicaciones pertinentes y bajo de la camioneta lo que voy a necesitar esta noche. Estoy haciendo horas extra, pero el contrato con los Harding ofrece un montón de compensaciones muy generosas que incluyen el alojamiento. Vale, el apartamento está muy lejos de ser lujoso, pero es mucho mejor que vivir con mis padres para poder pagar los préstamos estudiantiles. Han hecho tanto por mí que me da igual hacer horas extra e ir de aquí para allá.

Cuando doblo la esquina para entrar en el immaculado pasillo de los establos,

mi mente vuela hasta la mañana que pasamos juntos limpiándolos, haciéndonos compañía y compartiendo la tristeza por la pérdida del potro. La verdad es que no tenía planeado ayudarlo y que podría haberle pedido el favor sin más, pero parecía muy abatido, y siento debilidad por la gente —y los animales— que ha sufrido.

—Mira. ¡Lo has salvado! —Billie aplaude, con los ojos brillantes, cuando entro en el box—. Tiene mucho mejor aspecto.

Hank posa una mano sobre su hombro, y sus ojos verdes relucen con el mismo agradecimiento que muestra ella.

—Vale, no te pases —digo, preparando los tubos para la extracción de sangre.

—No, en serio. Gracias. Sé que eso significa que tienes que pasar tiempo con ese imbécil, pero... Es que no sé cómo voy a poder pagártelo.

Uf. Si supiera lo que me ha costado esa ayuda, a lo mejor no me tenía en tan buen concepto.

Se abraza al cuello del potro y le planta un beso en la cabeza; se vuelve a la brillante yegua castaña, con sus lanosas crines, y le da las gracias con voz entrecortada, acariciándole la testuz.

—Eres la mejor mamá del mundo —dice.

—Es una yegua muy especial, no cabe duda —murmuro, apartándome.

Billie y Hank la miran con tanta adoración que se me encoge el corazón. Si todos se pusieran de acuerdo para no provocarme tantas emociones, sería genial.

—Largaos los dos. Ya habéis visto que está bien y que no ha pasado nada malo, así que vamos a considerarlo una pequeña victoria. Voy a sacarle sangre y a esperar para recoger una muestra fecal fresca.

Billie me da un abrazo. Le encanta abrazar, me di cuenta en cuanto la conocí, cuando DD tuvo un cólico. A mí no me entusiasman los abrazos —las muestras públicas de afecto no son lo mío—, pero se lo permito porque esa es la clase de sacrificio que tienes que hacer con tus amigos.

—Gracias. Soy muy afortunada de tenerte como amiga. —Me estruja de tal modo que me avergüenzo por la traición que supone mi creciente tolerancia hacia Stefan Dalca.

Por un lado, no le debo explicaciones a nadie sobre mis sentimientos o mis elecciones, pero, por otra parte, me siento culpable —y traidora— por haber aceptado esas tres citas con él.

—Tengo que acabar aquí y largarme lo más pronto posible. —Le doy una palmadita en la espalda a Billie, confiando en que eso le indique que el abrazo ha terminado.

Ella se aparta, riendo.

—Te quiero, Reina del Hielo.

Pongo los ojos en blanco por el nuevo apodo que se le ha ocurrido. A Violet la llama «estrella del porno»; a Vaughn, «jefe»; «hermano mayor» a Cole... y «Dalca el Capullo» a Stefan.

Cuando por fin se marchan, me inunda una sensación de alivio. Ya me han dedicado demasiada atención para un solo día. Los cumplidos, los abrazos, el agradecimiento exagerado... Todo eso es agradable, pero me resulta abrumador, y nunca sé cómo reaccionar.

Así que, mientras espero a que el potro me dé la muestra que necesito, saco el móvil para navegar por las redes sociales; encuentro uno de esos absurdos cuestionarios de personalidad y me pongo a responderlo. Desconecto de todo, apoyada en el marco de la puerta del box.

—¿Qué haces?

Esa voz me sobresalta, y doy un respingo. Mi espalda choca con un pecho firme, y dos manos suaves se deslizan bajo mis codos para mantenerme erguida. *Stefan*. Estoy demasiado sorprendida como para intentar zafarme de su abrazo.

Me llevo la mano al pecho y siento los latidos de mi corazón.

—Me has dado un susto de muerte —jadeo. Ya ha pasado la hora de cenar y los establos están vacíos y en silencio—. ¿Por qué me acechas? —Me doy media vuelta y siento frío donde antes solo estaba la calidez de su cuerpo contra el mío. Casi me entran ganas de darme la vuelta y seguir disfrutando de su abrazo. *Casi*—. Ni te he oído.

Sus ojos de color musgo se clavan en mi rostro; el hueso roto de su nariz no hace sino aumentar el atractivo de su rostro. La mayoría de la gente se lo habría arreglado, pero a Stefan le queda bien y realza su aire de misterio. Espero que nunca lo corrija.

Se aprovecha de mi sorpresa y me quita el teléfono de las manos.

—Entonces, está claro que no eres Viuda Negra. Ella se habría dado cuenta de que me estaba acercando. —Sonríe, y es, al mismo tiempo, irritante y adorable—. «¿Qué superhéroe de Marvel eres?». —Lee el nombre del cuestionario en voz alta, e intento evitar mi sonrojo. Estoy en mi derecho

responder a un test absurdo si me da la gana—. Suena muy científico.

Yergo los hombros.

—Hazlo tú. Apuesto a que te saldrá Thanos.

Frunce el ceño y se lleva la mano al pecho en un dramático gesto de ofensa.

—¿El malo enorme y morado?

Le dedico mi sonrisa más dulce y ladeo la cabeza como diciendo «Quien se pica...».

Suelta un gruñido y se dedica a responder el cuestionario.

—Tienes que contestar con sinceridad —le recuerdo.

No levanta la vista, pero puedo ver cómo tensa la mandíbula ante el comentario.

—Siempre soy sincero. Odio las mentiras.

Un chiste desperdiciado.

Me pongo a su lado y miro mi teléfono justo cuando envía las respuestas. Un símbolo de espera aparece en la pantalla, donde parpadea la palabra «Calculando». Como si hubiera un meticuloso proceso para medir las respuestas...

Un Tom Hiddleston con cuernos aparece en la pantalla, y estallo en carcajadas.

—¡Loki!

Sonríe y sus ojos brillan divertidos cuando me devuelve el móvil.

—Voy a tener que hacerme con un sombrero como ese.

—Sí, estarías muy sexy. —Vuelve la cabeza e intento disimular mi desliz—. El dios de las travesuras. —Asiento—. Te queda bien. Quizá no sea tan poco científico como pensábamos.

Me mira por encima del hombro, muy seguro de sí mismo, y no puedo evitar reírme para mis adentros. Se supone que no debería estar riéndome y disfrutando de su compañía en estos establos oscuros.

¿Acabo de decir que es sexy sin querer?

Debería habérmelo pensado dos veces, pero siempre he sido de las que desean lo que no pueden tener.

—Hablando de travesuras —dice, escudriñando mi rostro, y su mirada me calienta las entrañas—. Me debes tres citas.

Le devuelvo la sonrisa y le dedico una mirada arrogante.

—Sí, he pensado en ello. Creo que quiero ir a cenar a un restaurante de lujo. Me parece que deberías darle un buen uso a tu tarjeta *black*.

—Encantador —replica con una sonrisa irónica.

Le guiño un ojo.

—Eso es muy bonito viniendo del tío que me chantajeó para que saliera con él solo para dejar clara su postura.

Nos sonreímos en la oscuridad de los establos, disfrutando de la lucha de voluntades.

—¿Y qué postura se supone que intento dejar clara?

—Vamos, Stefan. Los dos sabemos que esto solo es un juego de poder. Que solo intentas demostrar que tienes la sartén por el mango y a mí entre la espada y la pared.

Su sonrisa se vuelve felina cuando se aproxima a mí y agacha la cabeza hacia mi oreja, sujetándome el codo. Su proximidad y su aliento contra mi piel hacen que se me ponga la carne de gallina. Rezo desesperadamente para que no se dé cuenta.

—Créeme, doctora Thorne: si de verdad te tuviera entre la espada y la pared, la cena serías tú.

Dejo escapar un jadeo entrecortado y aparto el brazo de un tirón. No tengo ni idea de cómo responder y menos de cómo reaccionar ante esas confianzas. Me falta práctica, no tengo experiencia en estas cosas, así que le dedico una mirada glacial que no le impresiona lo más mínimo.

La risita que suelta es oscura y sensual, como cera caliente sobre la piel desnuda. Quiero odiarlo, pero, en cambio, me humedezco los labios.

Se da la vuelta para marcharse, y es cuando me doy cuenta de que va vestido con un chándal que se ciñe a su cuerpo de una forma deliciosa. Estoy demasiado confundida como para dejar de mirar la perfecta redondez de su culo mientras se aleja con aire indiferente.

Y, como también me he quedado sin habla, no puedo responder al comentario de despedida que suelta por encima del hombro.

—Te recojo el viernes a las seis.

Dios, estoy metida en un lío muy gordo.

8

STEFAN

Mira: No puedes venir a recogerme, alguien podría verte. Quedamos en tu casa a las seis.

Leo el mensaje un par de veces. Me molesta mucho más de lo que estoy dispuesto a reconocer y, además, me parece muy poco educado no ir a recogerla por muy falsa que sea la cita. Quizá soy anticuado, pero me gusta ser el que va a buscar a la mujer; no poder mantener la puerta del coche abierta para ella hace que el caballero que hay en mí se estremezca. Y he sido tan grosero con Mira que creo que le debo esa caballerosidad.

Me he pasado toda la semana evitándola porque lo que le susurré al oído hace unos días supuso traspasar una línea que no debería haber cruzado. Y no me hizo ninguna gracia el modo en que levantó los muros después.

Lo peor es que no tengo ni idea de qué quiero en realidad. ¿Me atrae? Sí, pero no creo que vaya a ir más lejos, aunque una parte de mí lo desee. Y, por supuesto, quiero que siga siendo mi veterinaria: mis caballos la necesitan, y sería una estupidez arriesgar eso.

Así que serán citas platónicas. Como amigos.

Podría intentar entablar amistad con ella para que las citas no se vuelvan demasiado incómodas.

O podría olvidarme de reclamarle esas citas.

Aparto esa idea de mi cabeza. Quiero demostrarle que no soy tan malo como piensa.

¿Y por qué te importa lo que piense de ti?

Y esa es la cuestión, claro.

Estoy convencido de que las cosas se han vuelto incómodas porque me he comportado como el niño imbecil de colegio privado que era de adolescente. De hecho, creo que me está evitando. Ha venido a ver a Farrah y al potrillo a horas aleatorias, y no he recibido ni un solo mensaje suyo desde el que me

mandó para pedirme que me mantuviera alejado de Billie.

Ni siquiera ha hecho un solo comentario al ver que he llamado Loki al potro. He puesto un cartel en su box, así que Mira ha debido de verlo, pero no ha dicho ni palabra. Esperaba algún mensaje sarcástico de su parte, pero no ha sido así. Ese nombre me hace sonreír y, cuanto más tiempo paso con él, más me parece que le queda genial.

A medida que va fortaleciéndose, se va haciendo más travieso. Cuando voy por las tardes a cepillarlo y a pasar un rato con él, juguetea con los cordones de mis zapatos: los agarra con sus encías desdentadas y tira de ellos hasta desatarlos, y cuando muevo el pie y se arrastran por el suelo como serpientes, se asusta; da un brinco hacia atrás con los ojos muy abiertos y los orificios nasales dilatados, como si fueran a atacarlo.

Es agradable tener compañía.

Por las mañanas, cuando voy a verlo antes de ir a hacer ejercicio, su relincho chillón de potrillo resuena por todo el establo. Una mañana pensé que podía dejar la puerta sin trabar mientras iba a buscar heno para Farrah, pero lo abrió de un empujón y salió a la aventura; el muy capullo se lo pasó genial esquivándome y haciendo que lo persiguiera como un aficionado hasta que le ató una cuerda al cuello y lo llevé de regreso al box... con una enorme sonrisa en la cara. Me alegro muchísimo de que nadie haya podido verlo.

Y me alegro mucho más porque los caballos moribundos no hacen esas acrobacias.

Ese ratón vivaracho cada día me gusta más. Es muy agradable que alguien dependa de ti. Y en el mismísimo momento en que formulo ese pensamiento, la pantalla de mi teléfono se ilumina con una llamada del instituto de Ruby Creek y me da un vuelco el estómago.

Nadia llegó hace un año desde Rumanía, cuando sus tíos la echaron a la calle. Es difícil, eso lo tengo claro, pero es que, además, yo no estoy preparado para ser la figura paterna y el tutor de una joven de diecinueve años que alberga un resentimiento enorme. A mí me criaron las niñeras y los directores del colegio, y crecí entre un montón de niños ricos y maleducados. Por desgracia, la educación de Nadia no ha sido muy diferente. Está aquí repitiendo el último curso y, de paso, aterrorizando a todos los profesores y a la dirección. Este pueblito no está preparado para lidiar con ella.

—Sí —contesto al teléfono con brusquedad.

—¿Señor Dalca? Soy el director Cooper. ¿Puede pasarse por el instituto para

charlar con Nadia y conmigo?

Suspiro, frustrado.

—¿Ella está bien?

—Sí —responde con voz entrecortada.

—De acuerdo, voy ahora mismo.

¿Qué habrá hecho esta vez?

Se me seca la boca cuando abro la puerta y veo a Mira en el porche, con un vestido gris de ochos y unos calcetines de color crema hasta los muslos bajo un par de botas altas de ante negro. Lleva un grueso abrigo de lana de cuadros escoceses, con los enormes botones desabrochados, y parece un regalo al que acaban de desenvolver. Su aspecto es acogedor y sensual a la vez, y su pelo negro liso cae como una cascada sobre sus hombros.

Está para comérsela.

—¿Qué llevas puesto? —Frunce el ceño, mirándome de arriba abajo.

—¿Qué quieres decir? —Me miro la ropa buscando una mancha o algo así.

Hace un gesto para abarcarme por entero, nerviosa.

—Me refiero a ese cuello alto. Y a las gafas.

Extiendo un brazo para hacerla entrar.

—¿Qué pasa con ellas?

Ignora el gesto y se lame los labios, sacudiendo la cabeza como si intentara despejarse.

—Nada. —Suelta una carcajada seca—. Pareces salido de una peli porno de profesores o algo así.

Le guiño un ojo.

—Puede ser...

Mira pone los ojos en blanco y suelta un gemido echando la cabeza atrás con un gesto dramático. No me sorprende lo más mínimo que se haya sonrojado con la broma y, aunque debería arrepentirme, no es así. Me fascina su dicotomía: por un lado es segura de sí misma y serena, y, por otro, tímida y torpe. Con ella siempre estoy en vilo porque no sé cómo va a reaccionar.

—Acabemos con esto —dice, señalando sobre su hombro con el pulgar.

Ignoro la punzada de irritación que me ha provocado el comentario.

—Hay un pequeño cambio de planes.

Entrecierra esos ojos almendrados y, si las miradas matasen, me habría

desplomado en el suelo en ese mismo instante.

—No, nada de cambio de planes.

—Mi conciencia no me permite dejar a mi hermana sola en casa esta noche.

Frunce los labios.

—¿Por qué?

—Ha tenido un mal día y no le vendría mal un poco de compañía. Aun así, te prometo que le he dado un bueno uso a mi tarjeta *black* en tu nombre: tengo un vino excelente y una comida estupenda y, si entras, podremos disfrutar de una cena en casa perfectamente platónica.

Mira hacia el interior por encima de mi hombro, como si intentara descubrir si miento.

—¡Por el amor de Dios, Mira! —gruño—. Vamos a cenar y después puedes irte a casa. De hecho, puedes irte cuando quieras. No intento secuestrarte ni nada parecido.

Entra en el vestíbulo a regañadientes.

—No, solo grabar porno —masculla.

Cierro la pesada puerta tras nosotros con una risilla; le cojo el abrigo y lo cuelgo, e intento no prestar atención al ruido de la cremallera cuando ella se agacha para quitarse las botas.

—Déjatelas puestas.

Me mira a los ojos.

—¿Dentro de casa?

Me encojo de hombros, intentando parecer indiferente.

—Sí, estás guapa.

Lo que no le digo es que esas botas con esos calcetines me están dando un montón de ideas que no debería tener. Lo que no le digo es que me encantaría verla solo con las botas.

—Por aquí. —La guío hasta la cocina abierta.

—Tienes una casa muy acogedora. Con su tamaño, me esperaba algo distinto.

—Gracias. Creo...

Se ríe mientras entramos en la cocina, mi estancia favorita de toda la casa. Está rodeada de ventanales con vistas al pequeño lago y se integra en el salón comedor recreando un gran espacio abierto con techos abovedados. Los cálidos tonos crema contrastan con la madera oscura y la cara piedra vista.

Mira se acerca a la gran isla que hay en el centro, se apoya en uno de los

taburetes y me observa, expectante, mientras yo intento no fijarme en la exquisita piel que queda al descubierto entre el dobladillo de su vestido y los calcetines altos. Ese atisbo de piel desnuda me resulta especialmente excitante en la intimidad de mi hogar.

—¿Y bien? Me has prometido vino, y me vendría genial una copa.

—Y a mí. —Rodeo la isla y le muestro dos botellas de tinto—. ¿Pinot Noir o Cabernet?

Extiende las manos, coge las botellas con sus delicados dedos y las acerca hacia ella. Frunce los labios mientras las estudia.

—Empecemos con el Pinot.

—«Empecemos», ¿eh? —ríe entre dientes.

—Sería una pena desperdiciarlas —sonríe.

Sacudo la cabeza y, cuando cojo la botella con la etiqueta morada, las yemas de mis dedos rozan los suyos y un hormigueo me recorre la muñeca y me provoca una punzada en el hueso del codo. Aparto la vista y me doy la vuelta con rapidez para descorchar el vino, intentando evitar la sensación que me provoca tenerla tan cerca.

Detesto lo mucho que me desequilibra.

Cuando me doy la vuelta para servir el vino, Mira echa un vistazo furtivo al sillón de cuero donde Nadia, con su melena rubia ondulada recién lavada y suelta sobre sus hombros; está acurrucada leyendo un libro con los auriculares inhibidores de ruidos puestos. Bajo la luz de la lámpara de pie, con su cara de muñeca desmaquillada, parece aún más joven.

No otorgo mi afecto con facilidad, pero, cuando lo hago, es con fiereza. Probablemente por eso me dolió tanto la traición de mi madre. Quizá le lleve trece años a Nadia, y quizá no la conozca muy bien, pero es la única familia que me queda y la quiero con todo mi corazón. Llevo años deseando cuidar de ella, y ahora que por fin ha vuelto a mi lado jamás dejaré de hacerlo. Tal vez no haya podido proteger a mi madre, pero protegeré a Nadia aunque sea lo último que haga. Dejarla atrás me destrozó, y me encanta tenerla aquí aunque suponga un desafío. Derrumbaría la ciudad entera hasta los cimientos por ella, y eso es lo que casi he tenido que hacer hoy.

—¿Está bien? —pregunta Mira.

Sirvo el vino en dos grandes copas con forma de campana y deslizo la suya hacia ella.

—No, pero lo estará. Es fuerte. —Doy vueltas al vino y aspiro su aroma a

arándanos, deslizando la mirada entre las dos mujeres que tengo delante—. Cuando la gente ve a alguien tan fuerte intenta derribarlo, y creo que hay hombres capaces de aprovecharse de eso. Ahora es joven y me tiene a mí para hacer que se arrepientan de comportarse así, pero dentro de unos años no me necesitará para nada. —Escondo una sonrisa tras la copa y bebo un trago; el sabor a cerezas y menta se desliza por mi lengua—. Me recuerda un poco a ti.

Mira bebe un sorbo, se acomoda en el taburete tapizado y se vuelve hacia mi hermana pequeña con interés renovado.

—¿Puedo preguntar qué ha pasado?

Rechino los dientes sin poder evitarlo.

—El director Cooper me ha llamado para que fuera al instituto. Ya el año pasado tuvo un montón de problemas, y este año no ha sido distinto. Ya tiene diecinueve años, pero no le está siendo fácil adaptarse a Canadá. Y eso por no hablar de lo que ha pasado en nuestra familia en los últimos años. —Mira abre los ojos, interesada, pero no pregunta, y se lo agradezco—. El año pasado suspendió algunas asignaturas. Está recuperándolas, pero parece que le hayan pintado una diana en la espalda. —Miro la copa de vino, intentando serenarme—. Al parecer, el director la ha visto y ha pensado que su falda era demasiado corta, así que en los pasillos, delante de todos sus compañeros, ha hecho que Nadia, a la que ya tenía todo el mundo en el punto de mira por suspender, se arrodillara en el suelo para demostrar que la falda no cumplía con el código de vestimenta. —Frunzo los labios y sacudo la cabeza para alejar el recuerdo.

—¿Perdona? —Mira se echa hacia delante; le brillan los ojos con la misma rabia que deben de mostrar los míos—. ¿Le has dado una paliza?

Río entre dientes. *Me habría encantado hacerlo.*

—Reconozco que me he puesto hecho una fiera. No sé si voy a hacer que vuelva ni siquiera si me corresponde a mí tomar esa decisión. Es muy inteligente, pero también orgullosa, y esto ha sido un golpe para su orgullo. —La imagen de su rostro anegado en lágrimas me retuerce las entrañas.

—Ni que lo digas... —rezonga—. Stefan, no puedes permitir que vuelva a ese instituto. Hay otras opciones, y tampoco es como si a estas alturas de su vida no hubiera disfrutado ya de esa experiencia. Y hagas lo que hagas, no dejes que piense que esos gilipollas patriarcales pueden salirse con la suya sin más.

Sus palabras caen como una piedra en mi estómago, pero la chispa feroz de sus ojos me acelera el corazón.

9

MIRA

Stefan rezuma seguridad en sí mismo en la cocina, y no esperaba encontrar eso tan atractivo. Al verle picar y revolver la comida y moverse por ese espacio de estilo industrial con tanta facilidad, no puedo dejar de preguntarme si habrá sido chef en una vida anterior. El vino está delicioso, tal como prometió, y parece caro. Claro, que yo bebo vino directamente de la botella en las noches de chicas, así que a lo mejor no soy la más indicada para opinar.

Está más callado y se muestra menos jovial desde la conversación sobre su hermana y el cerdo machista del director. Está concentrado en cocinar, y, tras mi segunda copa de vino, me rindo y dejo de intentar no mirarlo. Vamos a dejar lo del porno: se parece más a mis fantasías insatisfechas con mi profesor. La montura negra de sus gafas contrasta a la perfección con su pelo de color bronce; el cuello alto le da un aire estirado y formal, pero yo sé que no es así, y eso no hace sino aumentar su atractivo.

No debería mirarlo así, pero soy una rebelde; es un defecto de carácter: cuando alguien me dice que no haga algo, me entran más ganas de hacerlo. Soy como Eva, cogiendo la manzana solo para ver qué pasa. ¿Quieres que siente la cabeza y tenga hijos? Pues creo que voy a centrarme en los estudios y el trabajo. ¿Quieres que odie a Stefan Dalca? Pues creo que voy a empezar a fantasear con él. Esto no puede ser sano. Y todavía nos faltan dos citas...

En este momento está de pie junto a los fogones, batiendo algo que huele increíblemente bien; su cuerpo se balancea un poco con el movimiento y los vaqueros oscuros realzan su culo de un modo que me deja boquiabierta. Doy un sorbo al vino.

—Qué asco —resopla Nadia, deslizándose en el taburete que hay junto a mí.

—¿Qué? —pregunto, fingiendo que lo que me ha llamado la atención ha sido algo interesantísimo en los armarios y no el culo de su hermano.

No se lo traga. Arquea una ceja y me dedica una mirada sarcástica. Vale, ella

tampoco es cortita.

—Los hombres son una mierda —dice, y por el rabillo del ojo veo cómo Stefan se tensa—. Ten cuidado.

Me echo hacia delante y clavo la vista en mi copa, contemplando cómo el líquido rojizo chapotea contra las paredes de cristal cuando lo hago girar sobre la encimera de mármol blanco.

—Algunos sí, pero no todos son malos. Aunque el director Cooper es un mierda.

—En eso estamos de acuerdo —resopla, y una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios rosados—. Es un auténtico cerdo.

—¿Has pensado en terminar tus estudios *online*? Ahora es muy fácil. Yo lo hice en la universidad con un par de materias.

—¿De verdad? —Su voz suena esperanzada; tiene los codos apoyados en el borde de la encimera y mueve los dedos en un gesto nervioso.

—Claro. Coge el portátil. Podemos mirarlo mientras termina de cocinar.

Sale de la cocina al momento, con una sonrisa esperanzada en el rostro y los rizos rubios revoloteando. Cuando Stefan se da la vuelta, encuentra mi mirada, pero no tengo ni idea de lo que opina y no sé si me he pasado de la raya. Se apoya en la encimera, con las palmas de las manos sobre el mármol, y me mira como si fuera la primera vez que me ve.

—¿Qué? —pregunto sin aliento.

Sus ojos verdes centellean mientras estudia mi rostro como si jamás lo hubiera visto. Sacude la cabeza y vuelve a los fogones.

—La cena estará lista en quince minutos.

Cuando Nadia regresa, estudiamos sus opciones en internet mientras yo me bebo una tercera copa de vino. Por un lado, me siento como si estuviera ignorando a Stefan; por el otro, no me importa demasiado: me divierte ayudar a Nadia.

Después de todo, la cita no está saliendo tan mal.

Cuando Stefan termina de cocinar, Nadia y yo nos sentamos a la mesa y seguimos charlando sobre sus puntos fuertes y sus asignaturas favoritas. Matemáticas y Ciencias le parecen pan comido, pero le matan las clases de Lengua y Literatura. Domina el francés y el rumano, así que el inglés es su tercera lengua. Yo apenas hablo dos idiomas, y, según mi familia, mi punjabí es «una vergüenza», así que es comprensible que no pueda dominar un tercero.

El pato que ha preparado Stefan es una maravilla: la piel está crujiente y lo

ha servido sobre un lecho de polenta cremosa, acompañado con una ensalada fresca de hojas de lechuga amarga con queso azul y nueces.

—Madre mía —gimo. El vino me ha soltado un poco y, aunque en el fondo de mi mente sé que ha sonado sexual, no me importa—. Lo único que le falta a este plato es una reducción de arándanos.

—¿Sí? —pregunta Stefan; se sirve un vaso de la segunda botella de vino.

—Sí. Mis padres tienen una granja de arándanos. Te traeré unos cuantos cuando llegue la temporada.

—¿Puedo ir contigo a recoger arándanos? —pregunta Nadia, entusiasmada.

Resoplo. La gente les paga a mis padres para que recojan las bayas por ellos, lo que no deja de tener su gracia, pero para mí hace mucho que ha perdido su encanto, aunque me niego a reprimir su entusiasmo.

—Por supuesto.

La cena sigue sin más, aunque Stefan no deja de mirarme por encima de la vela encendida en el centro de la mesa; la luz de la llama resalta la mezcla de colores de sus iris: verdes y dorados. Tiene unos ojos preciosos, y me paso toda la cena recordándome que no debo perderme en ellos. Ni en él.

—Ha estado increíble. —Me reclino en la silla y tiro la servilleta sobre la mesa, junto a mi plato completamente vacío—. Gracias. —Le sonrío, y es una sonrisa sincera.

Ha sido una noche muy agradable —relajante, incluso—, y todos los muros que había levantado con tanto cuidado se han ido derrumbando poco a poco, aunque en este momento no voy a machacarme por ello. Ha habido algo muy íntimo y dulce en esta velada que no tengo ganas de analizar demasiado.

Pero eso no significa que no deba irme antes de hacer algo de lo que podría arrepentirme.

—Nadia, ¿tienes carnet de conducir? —pregunto, mirando el vaso de agua con gas que tiene delante.

—Por supuesto que sí —resopla, con un gesto que la hace parecer una auténtica adolescente.

Esta noche no ha probado el vino. A sus diecinueve años ya es mayor de edad, pero no lo ha pedido y Stefan no se lo ha ofrecido.

—¿Podrías llevarme a casa y recogerme mañana por la mañana?

Se encoge de hombros.

—Claro.

Stefan me mira por encima de la llama, rodeando la base de la copa con el

dedo índice en un movimiento hipnótico.

No se ofrece a llevarme él, pero es mejor así: sus ojos están un poco vidriosos y sonrío más a menudo. Ambos hemos disfrutado de las dos botellas de vino.

—Te ayudo a limpiar —anuncio, rompiendo el hechizo.

—De eso nada. Eres la invitada —responde con tono suave, reclinándose en su asiento.

Exuda clase y autocontrol. Parece un profesor de cuento de hadas, que ha salido a tomar una copa de vino a un lugar elegante tras un largo día esquivando las insinuaciones de sus ansiosas alumnas. No puedo reprimir una risita por el rumbo que han tomado mis pensamientos después de beberme una botella entera de vino.

—En ese caso, Stefan —ladea la cabeza y un hoyuelo aparece en su mejilla; está pendiente de mis palabras de un modo que no he visto en mucha gente—, gracias por esta velada excepcional. Ha sido una noche encantadora.

—Sí, ha estado bien —comenta Nadia, distraída, con la vista fija en el teléfono.

Intento contener una carcajada tapándome la boca con la mano.

—Nadia, ve a guardar el portátil y coge lo que necesites para llevar a casa a la doctora Thorne.

—Señor, sí, señor —responde con un saludo militar, y va hacia las escaleras despacio, sin levantar la vista de su móvil.

Me levanto y Stefan me guía hacia la puerta principal; pone la mano en mi espalda mientras me acompaña por el pasillo, y siento su calidez a través del jersey como si acabara de marcarme. Se me entrecorta la respiración y pierdo el paso por la familiaridad de ese gesto. Deja un rastro de calor y tengo la sensación de que, si alguien mirara, sería capaz de distinguir los remolinos de sus huellas dactilares en mi piel lechosa.

Me quedo sin palabras cuando sujeta ante mí el abrigo de cuadros para que me lo ponga. El vino me hace imaginar cosas que no debería y su cuerpo firme tras de mí me embriaga. Ni siquiera me toca, pero juro que puedo sentir el peso de su cuerpo entre mis omóplatos, robándome el aire de los pulmones. Su mera presencia se adhiere a mi piel como si estuviera cargado de estática.

—Gracias por esta noche —susurra; su voz es infinitamente profunda y su acento más marcado.

Me hace girar hacia él y me coloca las solapas del abrigo como si hubiéramos

hecho esto mil veces.

Me coge de la muñeca y me da un beso rápido y ligero en la palma de la mano, y, por algún motivo, ese gesto resulta intensamente íntimo.

Me humedezco el labio inferior y contemplo su porte orgulloso y el brillo travieso de sus ojos.

—Gracias por invitarme.

Sonrío, pero es una sonrisa temblorosa e insegura. Este hombre me desequilibra por completo y me acelera el pulso. El Stefan simpático me había dejado perpleja, pero este Stefan cariñoso, que cocina, limpia y adora a su hermana pequeña está a punto de reventarme los ovarios.

«*Te parecería atractivo cualquier hombre que se comportara así*», me asegura mi vocecita mental.

Pero entonces él se agacha y me da un beso justo en el punto sensible bajo la oreja, y la mente se me queda en blanco. Se me pone la carne de gallina cuando se cierne sobre mí y el roce de su barba contra mi mejilla espanta cualquier pensamiento coherente que hubiera esperado albergar y me roba todo el aire de los pulmones.

El sonido de los pasos de Nadia al bajar las escaleras rompe el encantamiento. Doy un paso atrás e intento controlar mi respiración y ser lo bastante fuerte como para seguir mirándolo a los ojos.

—Un segundo —susurro con la voz quebrada—. Enseguida vuelvo.

Voy corriendo a la cocina mientras Nadia se ata los cordones. Siento la mirada de Stefan como un peso en mi espalda, y mi cuerpo se estremece al recordar el roce de su barba incipiente y la calidez de su mano.

Tengo que largarme de aquí.

Me despido con un gesto despreocupado por encima del hombro, salgo al porche y echo a andar hacia mi camioneta, inhalando el aire fresco. Unos instantes después, Nadia me alcanza y se desliza en el asiento del conductor.

Frunce el ceño, desconfiada.

—¿Va todo bien? —pregunta.

Saco el cartón de huevos que he escondido bajo mi abrigo y le dedico una sonrisa llena de dientes. *La distracción perfecta.*

—Sí. ¿He mencionado que sé dónde vive el director Cooper?

—Buenos días, doctora Thorne.

Antes la voz de Stefan me hacía poner los ojos en blanco, pero ahora es como si se deslizara como un cordón de seda alrededor de mi cuello. Probablemente, para servirme de soga, porque una sentencia de muerte es justo lo que voy a conseguir si sigo pensando en Stefan de este modo; al menos, por parte de mis amigos.

—Hola, Stefan —respondo, tensa, mientras examino a la yegua y al potro. Nadia me ha recogido y me ha traído a Cascade Acres, así que es el momento perfecto para llevar a cabo mi revisión diaria a los caballos.

—¿Cómo está Loki hoy?

Suelto un bufido. Me hizo mucha gracia la placa con el nombre, y me entraron ganas de enviarle un mensaje preguntándole por qué le había puesto su nombre a un caballo, pero me resistí para no traspasar los límites profesionales.

—Con las pilas cargadas. —Me doy la vuelta sonriendo, pero la sonrisa desaparece de mi rostro al verlo con ese traje a medida verde oscuro. Este tío lleva trajes caros como si hubiera nacido con ellos; como si lo hubieran usado como inspiración para inventar los trajes.

Debería ser ilegal.

Lleva desabrochados un par de botones abiertos de la almidonada camisa blanca que dejan ver la perfecta uve de piel morena en la parte superior del pecho, justo bajo el lugar donde resalta su nuez. No es que debiera ser ilegal, es que lo es. Y es aún peor que no pueda dejar de babear.

Y esta mañana ya no puedo echarle la culpa al vino.

—¿Adónde vas tan elegante?

—Primero a la comisaría y después a la ciudad —responde, divertido, mirándome a los ojos.

Controlo mis reacciones. Esta es una de esas ocasiones en las que es mejor no decir nada.

—Ah, ¿sí? —digo, y me doy media vuelta para acariciar a Farrah.

—Mmm, sí. Quieren hablar conmigo. Al parecer, alguien le lanzó huevos al coche del director Cooper anoche. Por supuesto, todos estábamos en mi casa, cenando, así que solo tengo que aclarárselo. ¿Puedo dar tu nombre como testigo?

Debería decir que no porque, en realidad, no me apetece que se sepa que ayer cené en casa de Stefan Dalca, pero tampoco quiero parecer culpable.

—Por supuesto —acepto, y mis labios dibujan una mueca por la mentira

piadosa. Él se limita a mirarme fijamente y eso me desconcierta mucho. Solo espero no sonrojarme. Como no puedo arriesgarme a decir nada, parpadeo y mi sonrisa se vuelve más amplia. *Muestra entusiasmo, Mira*—. ¿Va todo bien?

—Todo va de maravilla —dice con voz suave, y su mirada me calienta el rostro.

No parece enfadado.

Joder, qué incómodo. No es posible que lo sepa.

—Bueno, pues buena suerte. —Mi voz suena patética incluso a mis propios oídos—. Volveré mañana para ver cómo están. —Sonrío alegremente y cojo mi maletín—. Perdona... —digo cuando paso a su lado, forzándome a caminar con calma por el pasillo del establo en dirección al aparcamiento en lugar de salir corriendo, que es lo que me gustaría.

—Eh, Mira —me llama cuando llego a la puerta.

—¿Sí? —Mi voz resuena en el establo y sigo avanzando.

—Me debes un cartón de huevos.

Mierda.

10

STEFAN

Loki hoy no está demasiado bien. Aunque se ha pasado el día haciendo honor al nombre del dios de las travesuras, ahora por la noche parece aletargado y atontado. Estaba perfectamente antes de cenar, pero ahora mismo son las diez de la noche y creo que se encuentra mal.

He estado evitando a Mira toda la semana, y estoy convencido de que ella ha estado haciendo lo mismo. La tensión entre nosotros podría cortarse con un cuchillo, y no creo que ninguno de los dos sepa qué hacer. Debería liberarla de las dos citas que nos quedan. Un hombre mejor que yo lo haría, pero soy demasiado codicioso y quiero demostrarle que no soy el imbécil malvado que dicen.

Aunque no predije que iba a desearla como lo hago.

Quiero que vuelva a mi casa, que se ría, que sonría; quiero verla cálida y relajada. Y la quiero en mi cama, pero eso podría hacer que perdiera a sus amistades y no sería justo.

Pero esta noche tengo que ponerme en contacto con ella por motivos puramente profesionales, así que deslizo el pulgar por la pantalla del móvil, busco su número y pulso en el icono del teléfono. Loki baja la cabeza y cierra los ojitos. Parece tan pequeño y vulnerable que no puedo hacer otra cosa que entrar en el box, acuclillarme a su lado y acariciarle el lomo mientras suenan los tonos de llamada.

—¿Hola?

Dondequiera que esté, hay mucho ruido. Debe de estar divirtiéndose, claro, es viernes por la noche.

—Mira, soy Stefan.

—Hola... —Su voz demuestra la confusión que siente al recibir una llamada mía un viernes a las diez de la noche.

—A Loki le pasa algo.

No lo piensa ni un segundo.

—Voy para allá.

Su corazón es mucho más bondadoso de lo que alguien como yo se merece.

Al cabo de veinte minutos irrumpo por la puerta como si fuera una diosa de las cosechas.

—Ya estoy aquí.

El pelo negro oscuro se desliza sobre su cazadora de ante marrón cuando recorre el pasillo con esas largas piernas enfundadas en unos vaqueros ajustados; las ornamentadas botas vaqueras resuenan contra el cemento. No me acostumbro a verla vestida con algo que no sean sus pantalones *cargo* y la chaqueta Carhartt.

Deja caer el botiquín y me mira con las mejillas sonrosadas y los ojos entrecerrados.

—¿Qué ha pasado?

No pierde el tiempo rebuscando en busca del material médico, solo coge una pequeña linterna y el estetoscopio.

Su seriedad es alarmante. Esto es lo que ha conseguido el pobre Loki por estar a mi cuidado: soy como el puto ángel de la muerte.

Nadie está a salvo a mi lado.

—Estaba bien cuando he venido a verlo antes de cenar. —Mira se acerca, escucha sus latidos y asiente, instándome a continuar—. He bajado a ver cómo estaba antes de acostarme y parecía aletargado. Es decir, míralo. Siempre se comporta como un diablillo. No es él mismo.

—¿Diarrea?

Pasea la mirada alrededor del box y se endereza, posando los ojos en lo que parece una caca muy licuada.

¿Cómo no me he dado cuenta?

Le pellizca la piel del cuello y, cuando la suelta, no vuelve a su posición, que es lo que habría ocurrido si estuviera bien hidratado. Le separa los bellos y le presiona las encías con el pulgar para comprobar cuánto tardan en sonrosarse al apartarse. Sus movimientos son rápidos y eficientes, pero no se deja llevar por el pánico.

—Vale, está deshidratado. Los potros huérfanos son propensos a las infecciones si pierden el calostro, como ha sido su caso. Quédate con él mientras voy a buscar un par de cosas a mi camioneta.

Salgo corriendo del establo y yo me quedo acariciando al potrillo castaño.

—Te vas a poner bien, amiguito. Tranquilo, estoy aquí. Y Mira es la mejor veterinaria que he conocido. —Parpadea y ladea la cabeza—. Es la verdad. Es impresionante —digo, y se me quiebra la voz.

Escucho el sonido de sus pasos detrás de mí y siento su delicada mano en mi espalda. Me da un breve apretón, saca una jeringuilla y se pone manos a la obra para preparar la bolsa de goteo.

—Joder —murmura para sí mientras intenta encontrar un lugar adecuado para el catéter. Mueve los pulgares por el cuello del potro, intentando encontrar la vena. Cuando halla el lugar preciso, deja escapar un gruñido y mueve la mano con seguridad para deslizar la aguja—. Buen chico, Loki. Eres un tío duro. Y un luchador, ¿verdad?

Coloca la bolsa junto al cuello de Loki y la conecta. Espero que lo que hay en su interior sea justo lo que necesita, porque no podría soportar que le pasara nada.

—¿Y ahora qué? —susurro, arrodillándome a su lado.

Mira aprieta los labios en una fina línea y suspira con tanta fuerza que sus hombros se elevan y vuelven a descender.

—Ahora esperamos.

—¿Un café? —Mira está de regreso en el box y se asoma entre los barrotes—. Va a ser una noche larga.

—Pensaba que te habías ido —digo en tono hosco; me siento decaído y pensativo, y supongo que por eso, de nuevo, no me he movido del suelo del box. No quiero dejar solo a Loki por si acaso, así que aquí estoy, una vez más, apoyado contra la pared.

—No. Voy a quedarme contigo un rato. —Abre la puerta de una patada y entra con una taza de café humeante en cada mano—. Creo que esta vez he acertado con el café. —Sonríe con picardía y me tiende la taza.

Un aroma conocido se desprende del líquido caliente; ella se sienta a un palmo de mí.

—¿Lleva alcohol?

—Sí. —Sonríe y sopla en la taza—. He encontrado una botella de Bailey's en la nevera. Me ha parecido que no te vendría mal.

Recorro con la mirada el ángulo de sus pronunciados pómulos hasta la nariz perfectamente recta.

—¿El tuyo no lleva Bailey's?

—Técnicamente, estoy de guardia, y no creo que esté bien visto ejercer como veterinaria bajo los efectos del alcohol. Otros veterinarios y yo nos turnamos para hacer las guardias nocturnas y así cubrir las emergencias.

—No lo sabía —digo, pensativo.

—Por supuesto que no. Cuando necesitas algo me llamas directamente. —Su risa es ligera y divertida; baja la cabeza para darle un sorbo al café.

—¿Estás tomando café negro?

—Como mi corazón. —Su boca dibuja una mueca cargada de ironía, pero su mirada no se aparta de los caballos.

Farah tiene la cabeza sobre Loki en un gesto protector. Me maravilla cómo se ha adaptado a él, cómo lo cuida cuando ni siquiera es suyo. O quizá ahora sí sea suyo.

Mientras Mira los contempla, yo me permito contemplarla a ella. Esta noche está preciosa y va demasiado arreglada como para sentarse conmigo en el suelo sucio de los establos.

—¿Qué llevas puesto?

—¿Me estás preguntando si estaba en una cita? —dice, frunciendo el ceño.

—¡No pretenderás decirme que nuestra relación no es exclusiva! —finjo ofenderme, aunque, para ser sincero, la idea de ella con otro hombre me hace ver rojo.

—¿Sales con alguien?

Resoplo.

—Hace tiempo que no.

—Entonces..., ¿tú no...? —Parece sentir auténtica curiosidad.

—Yo no he dicho eso. —Mira tensa los hombros y aparta la vista—. Siempre he mantenido esas cosas en el plano informal desde que me mudé aquí. En Ruby Creek no hay precisamente una cola de mujeres esperando para salir conmigo, y es un poco incómodo con mi hermana aquí.

—Pero ¿y en la ciudad? —Sigue sin mirarme, concentrada en pellizcar briznas de serrín de la alfombrilla de goma que está junto a ella.

—Lo que pasa en la ciudad se queda en la ciudad. Esta granja es mi refugio, y no traería aquí a cualquiera.

Ya está bien de ese tema.

—¿Por qué vas tan arreglada esta noche?

—Noche de chicas en el bar del pueblo. Y yo soy la conductora sobria:

superdivertido. —El sarcasmo es evidente en su tono.

—¿Con quién?

Me mira como si acabara de hacer una pregunta estúpida.

—Con Billie y con Violet.

Me limito a soltar un gruñido. ¿Qué más puedo decir? Las dos me odian y me tienen por mucho peor de lo que soy.

—¿Sabes? Creo que en otras circunstancias os habríais llevado bien.

—¿Y eso por qué, doctora Thorne? —pregunto con tono burlón.

—Porque, a fin de cuentas, todos somos buena gente que ama a los caballos.

—No estoy yo tan seguro de ser buena gente.

—Mmm. —Ladea la cabeza como si lo estuviera meditando.

—¿«Mmm» qué?

—No estoy de acuerdo con eso.

—Ah, ¿sí? ¿Y ya se lo has dicho a ellas?

—No —murmura, y vuelve a esconderse tras la taza.

Todo esto me molesta mucho más de lo que debería: una cosa es que se atreva a decirme que no soy mala persona aquí, en la tranquilidad del establo, donde nadie más puede escucharla, y otra muy distinta, que se lo diga a sus amigos. Quizá piense que no soy tan malo, pero no está dispuesta a compartirlo con nadie.

—¿Cómo está Nadia? —pregunta Mira, cambiando de tema.

El líquido sigue goteando a través de la vía de Loki, y él se acerca a Farrah, buscando su calor.

Me planteo mentirle a Mira, pero opto por decir la verdad.

—No muy bien. —Ella asiente en silencio y yo continúo—: Ha llevado una vida privilegiada, pero muy traumática. He hecho lo que he podido para mantenerla a salvo, pero no sé si ha sido suficiente.

—¿Por qué no?

No me esperaba esa pregunta.

—Porque sigue triste, perdida y necesitada de afecto.

—¿Por qué?

Dios, había olvidado lo directa que puede ser.

—Porque crecimos viendo cómo nuestro padre maltrataba salvajemente a nuestra madre.

Echa la cabeza hacia atrás.

—Joder —suspira.

—Sí. Le dejaba cardenales donde nadie podía verlos, así podía envolverla en un vestido elegante y llevarla a sus fiestas pijas sin que nadie supiera las cosas terribles que le hacía, salvo Nadia y yo. —En el refugio de este cálido establo, arrullado por los tranquilos sonidos de los caballos, me muero de ganas de soltarlo todo ante esta mujer que poco a poco se ha ido convirtiendo en algo muy parecido a una amiga—. Hay bastante diferencia de edad ante nosotros, así que ella se quedó en casa mientras que a mí me enviaron a un internado en Suiza. Era un bebé cuando me fui, aunque pasábamos los veranos juntos. —Ahora sé por qué a mí me alejaron y a ella no, pero no me apetece pensar en eso—. Tan pronto como me gradué en ese pozo negro, me fui a Londres, a la universidad. No quería volver a casa porque me daba miedo matarlo si volvía a vivir con él. Así que no lo hice: me licencié y fui a la Escuela de Negocios de Londres para hacer un máster en Administración de Empresas.

—Y al final no lo mataste...

No exactamente.

—No.

—Yo lo habría matado. —Hace un breve gesto de asentimiento, como si estuviera satisfecha con esa idea. Mira Thorne es un poco oscura, y eso me gusta.

—Un accidente de avión lo hizo por mí. Aunque, por desgracia, también se llevó a mi madre.

—Dios, es horrible. ¿Cuánto hace de eso?

—Cuatro años.

Mira asiente.

—Justo antes de que vinieras a Ruby Creek.

No se le escapa nada.

—Sí. Mi madre se crio aquí. En ese momento me pareció una buena forma de sentirme cerca de ella.

—¿En ese momento? —Si está sorprendida, no lo demuestra. Se limita a mirarme con esos ojos oscuros que me escudriñan como si pudiera leerme la mente.

—Sí. A veces creo que no tengo ni la menor idea de lo que estoy haciendo.

No puedo sostenerle más la mirada. Apoyo la cabeza en la pared y miro las cálidas luces del techo.

—Todos nos sentimos así alguna vez. —Trago saliva. Tal vez tenga razón—. ¿Y cuándo se mudó Nadia?

—En cuanto pudo legalmente: hace un año. Estuvo viviendo con su tía hasta que cumplió los dieciocho y entonces la hice subir a un avión para traerla aquí. Le está costando adaptarse. No estuve con ella en los años más importantes. Debería haber vuelto. Ahora carga con un bagaje demasiado pesado a sus espaldas. —Se me resienten las falanges de los dedos de clavarlos con tantas ganas en la alfombrilla de goma. Es casi doloroso, pero supongo que me merezco ese dolor.

—Te sientes culpable. —No lo pronuncia como una pregunta: lo afirma. Es difícil que a Mira se le escape algo.

—Sí —suspiro, y me paso la mano libre por el pelo—. Y ni siquiera sé cómo empezar a compensárselo.

Me sobresalto cuando su mano cubre la mía, una manta cálida para mi alma helada. Sus dedos se enlazan con los míos y me los levanta del suelo.

Me da un apretón, pero no me suelta, como si tomarnos de la mano fuera algo habitual entre nosotros.

—¿Qué va a pasar con el instituto?

Da un sorbo al café, pero no puedo apartar la mirada de nuestras manos entrelazadas. Las suyas son elegantes, con esos dedos largos, pero no son suaves ni están cuidadas. Lleva las uñas limpias y sin barniz, bien cortadas, y puedo notar las pequeñas callosidades en sus palmas. Mira trabaja con las manos, y puedo sentirlo.

Puedo sentirlo todo.

—Mmm. —Carraspeo para aclararme la garganta, donde ha ido a parar mi corazón—. Le he dicho que la apoyaría en lo que decidiera. Es una mujer de diecinueve años, al fin y al cabo. Regresó un par de días, pero al parecer tuvo que lidiar con unas cuantas burlas crueles. —Rechino los dientes al recordarlo—. Por un lado, entiendo que volver al instituto rodeada de críos debe de ser humillante, pero, por otro, no tengo ni idea de qué va a hacer todo el día si se matricula *online*. Me preocupa que se sienta sola. O, peor aún, que se aburra. —Gruño—. Nadia aburrída es un peligro con patas en cien millas a la redonda.

Mira deja escapar una risa profunda y ronca; sensual. Juraría que puedo sentir los latidos de su corazón en la cálida palma de su mano, incitando al mío a acompañarse a él.

—Estará bien —dice con otro suave apretón—. Las mujeres somos más listas y fuertes de lo que pensáis.

Estaba bromeando, pero la tensión que nace entre nosotros cuando nos

miramos no es ninguna broma. Siempre me he sentido atraído por Mira, pero esto es una tortura. Es como si me hubiera metido la mano en las costillas y me estuviera estrujando los pulmones con sus delicados dedos. Como si pudiera apretarlos con fuerza y robarme el aliento por completo.

Ese instante se alarga hasta parecer eterno, pero al final se levanta con una brusca inspiración y se sacude los pantalones. No dice nada, solo vuelve a examinar a Loki; poco después, lo desengancha y lo insta a mamar con un suave empujón en dirección a Farrah. Al cabo de un instante, Loki se pone a mamar. Mira suspira y esboza una diminuta sonrisa.

Es una buena señal, y se me acelera el corazón al ver esa expresión de placer en su rostro. Y, de pronto, me encuentro imaginándome esa mirada conmigo entre sus muslos. Me imagino cómo bajaría el tono de voz, cómo sonaría mi nombre en sus labios mientras se corre bajo los míos.

—¿Está mejor? —pregunto, volviendo a la realidad.

Porque eso de meterme entre los muslos de Mira es muy mala idea: jamás querría irme.

—Un poco. Es muy pronto para decirlo —responde, y se desliza por la pared hasta sentarse tan cerca de mí que nuestros hombros se rozan.

Y, tras un par de segundos, vuelve a cogerme de la mano.

11

Necesito descansar. Estoy a punto de quedarme bizco de tanto mirar hojas de cálculo. Aprieto los puños contra los ojos hasta que veo puntitos blancos.

El viernes por la noche me quedé en el box de Farrah y Loki porque temía romper la frágil tregua a la que Mira y yo habíamos llegado. Me quedé ahí sentado tanto tiempo, con sus dedos entre los míos y el calor de su cuerpo cerca de mí, que nos quedamos dormidos. Ladeó la cabeza y se apoyó en mi hombro, y no supe qué más hacer.

No quería molestarla y tampoco quería que se acabara ese momento. Intenté mantenerme despierto el mayor tiempo posible, pero me venció el sueño y me desperté al sentir el frío en mi costado y el sonido de los pies de Mira arrastrándose por el box.

No dijo ni palabra: parecía aturdida y evitaba mirarme.

Quería que volviera a mi lado y me cogiera la mano de nuevo para acurrucarse otra vez contra mí, pero sabía que era mucho pedir. Ella también debió de pensar que era ir demasiado lejos, porque recogió y se marchó con un simple: «*Hasta luego. Volveré por la mañana.*»

Ni siquiera me molesté en volver a casa. Entré en el salón de los establos y me eché en el sofá de cuero. Y ahí es donde he pasado las dos últimas noches para tener controlado a Loki.

La buena noticia es que el potro sigue mejorando. La mala es que apenas me tengo en pie. Si no fuera por el tiempo a solas con Mira, me sentiría como si estuviera haciéndole un favor a Billie Black.

Desecho ese pensamiento: lo hago para salvarle la vida al potro que vive en mis establos, que merece una oportunidad sin importar quién sea su dueño.

Con un hondo suspiro, voy a la puerta principal, cojo mi abrigo favorito de borreguillo y me calzo un par de botas con la esperanza de que el aire fresco de la primavera me revitalice. Recorro el sinuoso sendero que separa la casa del lago donde están esparcidas las cenizas de mi madre en profundo conflicto interior, algo habitual últimamente. Es muy raro echar tanto de menos a alguien y, al mismo tiempo, estar tan terriblemente enfadado con esa persona.

Aunque ya hayan pasado cuatro años, todavía no sé cómo manejarlo.

Cuando los establos aparecen ante mi vista tras el enorme sauce llorón, veo la camioneta negra de Mira, con el logotipo dorado y el remolque, aparcada en el prado.

Nadia está apoyada en la valla con la vista clavada en el suelo, donde Mira se agacha sobre un caballo que está tumbado de costado.

¿Qué demonios están haciendo?

Se me acelera el corazón. Últimamente, siempre que Mira está aquí es porque algo va mal. Acelero, pisoteando la hierba, para llegar lo antes posible.

—¿Eso es todo? —La voz incrédula de Nadia es lo primero que oigo—. ¿Incisión, tirón y tijeretazo?

—Sí —dice Mira, sonriente—. Eso.

—Uh. —Los rizos rubios de Nadia se mecen cuando mueve la cabeza.

—Así que la próxima vez que esos pichaflojas se burlen de ti, puedes explicarles con todo detalle cómo vas a castrarlos.

¿Pero qué...?

Llego junto a Nadia y veo a Mira deshaciéndose de lo que parece... *Ay, Dios...* No quiero verlo. No soy muy aprensivo, pero no me hace ninguna gracia ver cómo castran a otro macho. Vale, solo es un caballo, pero no puedo evitar empatizar.

—Stefan, ¿sabías lo sencillo que es este procedimiento? —pregunta Nadia, demasiado excitada para mi gusto—. ¡Hasta yo podría hacerlo!

Mira me dedica una sonrisa cómplice, se pone de pie y lanza los guantes al mismo cubo en el que ha arrojado las joyas de la familia del pobre caballo. Esa mujer es aterradora.

—La próxima vez puedes ayudarme, Nadia.

—Joder. —Me paso la mano por el pelo y sacudo la cabeza—. ¿Qué demonios estabais haciendo?

—Convirtiendo a un semental en un castrado. Y enseñarle a Nadia cómo bregar con una panda de adolescentes inmaduros que creen que la mejor forma de meterse entre sus piernas es aterrorizándola. —Mira da una palmada con una sonrisa satisfecha—. Ojalá pudiera verles las caras...

—¿Qué ha pasado ahora? —le pregunto a mi hermana, preocupado al instante por lo que quiera que haya pasado en su vida. No me involucro lo suficiente porque no tengo claro cómo hacerlo, y, cuando lo hago, me da la impresión de que no es lo que ella quería.

Hace un gesto para desechar esa idea, y parece más contenta de lo que ha estado en mucho tiempo.

—No te preocupes. A partir de mañana ya no tendré que tratar con ellos.

—¿Por qué?

—Porque mañana vaciaré mi taquilla y cogeré los papeles para estudiar a distancia. Y al día siguiente empezaré un nuevo trabajo.

Mierda. ¿Quién ha sido el pobre imbécil que ha contratado a Nadia?

Opto por apoyarla, al menos de cara a la galería. Quizá le venga bien un poco de responsabilidad. Tener un objetivo puede ayudarla a superar el trauma, y quiero que mi hermana triunfe en la vida. Aunque sea un terremoto que arrasa con todo a su alrededor, quiero que sea feliz.

—Eso es estupendo. ¿Cuál es el trabajo?

Los labios carnosos de Nadia dibujan una enorme sonrisa: parece muy emocionada.

—¡Soy la nueva ayudante de Mira en la clínica!

Parpadeo en un intento de asimilar la información y me vuelvo hacia Mira, que se encoge de hombros y se pone a recoger las cosas que ha dejado en el suelo junto a sus pies.

—Llevo tiempo pensando en contratar a alguien —dice sin más, como si Nadia estuviera cualificada para el puesto y fuera una elección perfectamente lógica.

No actúa como si se estuviera desviviendo por ayudar a mi hermana o por ayudarme a mí. No se pavonea como si nos estuviera haciendo un favor o una buena obra.

Pero lo es.

Y después de todo lo que compartí con ella el viernes por la noche, esto parece... algo más. Alguien se preocupa por nosotros, y eso es algo que no ha sucedido desde hace mucho tiempo.

—Te he traído los huevos —dice Mira cuando entra en los establos al día siguiente.

Ha venido a ver a Loki todas las noches y todos los días a primera hora de la mañana, antes de abrir la clínica. Ha estado aquí dos veces al día porque soy un capullo avaricioso que pretendía llevar ventaja en la guerra imaginaria contra sus jefes.

—Mira, lo dije en broma.

Estoy sentado en el suelo de cemento fuera del box, sintiéndome como un perfecto imbécil por utilizar a esa mujer que está haciendo un gran esfuerzo por ayudar a mi hermana pequeña.

—Confía en mí: quieres estos huevos. Son de la granja de mis padres. Los he recogido yo misma.

Ahora me siento todavía peor, si es que eso es posible. Pero aun así cojo los huevos de sus manos.

—También te he traído un café. —Me tiende el vaso de papel con una sonrisa ladeada en sus labios carnosos.

Voy a ir derecho al infierno.

—Mira, de verdad, no tienes por qué hacerlo.

—Lo sé, pero me divierte ver tu cara cuando intento descubrir cómo te gusta el café. Hace que los pocos dólares que me ha costado valgan la pena.

Me lo acerca, instándome a que lo coja. Cuando por fin lo hago, pasa a mi lado y entra en el box para ver a Loki.

—Buenos días, pequeñín —lo arrulla—. Y tú, mami, ¿cómo estás? —Oigo el murmullo de un beso y sé que ha acercado los labios a los suaves bellos de la yegua. Es algo que ya le he visto hacer, y siempre me provoca un pinchazo en el corazón.

He manipulado para que salga conmigo a un ángel que salva vidas, ayuda a hermanas y besa a caballos. Solo porque podía hacerlo.

Una parte de mí se pregunta por qué he tardado tanto en sentirme como una mierda.

Cuando sale por fin del box y cierra la puerta tras de sí, deja el maletín de trabajo en el suelo y se acerca a mí. Miro sus botas mientras se desliza por la pared para sentarse a tan solo unos centímetros de mí. No tengo ni idea de por qué se sienta conmigo cuando podría marcharse sin más y seguir con su jornada laboral.

—Parece que sentarnos en el suelo de los establos es lo que nos va.

Se ríe con suavidad. Quiero embotellar ese sonido y saborearlo. Quiero comérmela entera, devorarla. No me la merezco, pero, maldita sea, creo que jamás he deseado tanto a una mujer.

—¿Cómo está el café? —pregunta, enarcando una ceja cuando bebo el primer sorbo.

—¿Qué demonios es esto?

Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada que me calienta las entrañas. Cruza un brazo y el gesto hace que la camiseta gris lisa que lleva debajo del abrigo abierto se tense sobre sus pechos.

—Sí, ha valido cada centavo.

Sabe a una especie de magdalena con caramelo mezclada con café. Es atroz. Pero lo ha comprado para mí, y eso hace que quiera beberlo.

—Voy a tomármelo, pero te sacaré de dudas: tomo el café solo.

—¿Ha sido tan difícil? ¿Por qué no me lo habías dicho? —Sacude la cabeza, divertida.

Porque soy un capullo egoísta al que le gusta que lo atiendan.

—Porque me da igual cómo es el café si estoy en tu compañía. —Quería decirlo en tono burlón, pero no me sale porque es la verdad.

Bebo otro sorbo y el silencio se extiende sobre nosotros como un pesado manto. Puedo oír el zumbido de la calefacción y cómo Farrah mastica con suavidad. El olor del serrín se mezcla con el aroma dulzón de mi café.

—Quiero poner fin a nuestro acuerdo. No hace falta que salgamos otras dos veces. Estoy encantado de ayudar a Loki pase lo que pase. Nunca debí ponerte en esa tesitura.

Mira resopla y hace un gesto para rechazar el comentario.

—No pasa nada. Me lo pasé bien en nuestra primera cita falsa —reconoce con una risita y un leve movimiento con la cabeza.

La palabra «falsa» escuece. Quizá es la más adecuada, pero lo que siento por Mira no es falso en absoluto. Asiento y el silencio nos envuelve de nuevo.

—Gracias por contratar a Nadia.

Ladea la cabeza.

—Me gusta. Tiene agallas. Y me vendrá bien su ayuda. Al parecer, se le dan bien las matemáticas y las ciencias, y es justo lo que necesito. En la clínica podrá hacer los deberes y también socializar. A las chicas les va a caer genial.

—Claro —rezongo—. A Billie le va a encantar tener a alguien de mi familia rondando por ahí.

—Billie es una buena persona y no la tomará con tu hermana. Además, debe de ser la última persona sobre la faz de la tierra que juzgaría a alguien por su familia.

—Puede —refunfuño. Conociendo el pasado de Billie, es probable.

—Va a ser genial, ya lo verás.

Asiento con un nudo en la garganta.

—¿Dónde estudiaste Veterinaria? —pregunto por fin, intentando llenar el silencio. No tengo ni idea de por qué no se ha marchado todavía.

—En Calgary. —Sonríe con nostalgia—. Me encantó: las noches estudiando hasta tarde, las clases, el estrés... Fue donde maduré.

Yo también sonríe al imaginármelo perfectamente.

Mira es un poco empollona, pero en el buen sentido. Hay algo en una mujer que usa su cerebro como un arma y su lengua como un látigo que me hace caer rendido a sus pies.

La química en el aspecto físico me importa menos que la química intelectual. Acostarme con cualquier cara bonita ha ido perdiendo su atractivo a medida que me hago mayor. Y sé que el sexo con Mira sería una batalla de voluntades en la que los dos nos mantendríamos alerta. Y entonces sería ella la que caería a mis pies.

Sacudo la cabeza para aclararme esa mente tan sucia que tengo.

—¿Siempre has querido ser veterinaria?

—Sí —suspira—. Siempre estaba cuidando a los animales en la granja de mis padres o rescatando a animales heridos. Pájaros. —Resopla—. Ratas...

—¿Ratas?

—Eh, tío, hasta las ratas son dignas de amor. —Me guiña un ojo, y estoy seguro de que acaba de llamarme «rata» de forma indirecta.

—Tienes un gran corazón. Tu familia debe de estar muy orgullosa de ti. —Mi tono es burlón, pero lo digo en serio.

—Sí. Aunque creo que serían más felices si encontrara a un buen hombre y me dedicara a tener hijos.

—¿En serio? Pero si aún eres muy joven.

—Es complicado. Soy la persona con más estudios de mi familia. Mi padre es hijo de emigrantes indios que solo han trabajado en la granja familiar. Mi madre es un espíritu libre, una *hippie* que un día fue a recoger arándanos, encontró a un hombre y se quedó. Los quiero mucho, pero tenemos objetivos vitales muy distintos. Y creo que les pone nerviosos que siga soltera.

—¿Y qué hay de ti?

—¿Me preguntas si me pone nerviosa seguir soltera?

—No. Si no hay nadie en tu vida. —Intento que mi voz no suene enronquecida. Ni siquiera había considerado la posibilidad de que Mira tuviera una relación y, de pronto, me devoran los celos injustificados.

—Sí. —Rechino los dientes y el corazón me late con fuerza contra las

costillas—. Tengo una relación seria con el Señor Púrpura.

—Qué apellido más raro —digo, frunciendo el ceño.

—Funciona con pilas y es de silicona. Creo que iba a ser un poco raro que se lo presentara a mis padres.

Suelto una carcajada sin poder evitarlo. Lo ha dicho de forma directa y sin un ápice de vergüenza. Además, estaba celoso de un vibrador. *Maravilloso.*

—Si lo haces, por favor, quiero estar presente.

No se ríe de la broma.

—Sí. —Parece nerviosa, y frunce los labios—. Me preguntaba si podría pedirte un favor.

Ah, ahí está: la razón por la que parecía tan incómoda. Doy un sorbo a ese café dulzón y me doy cuenta de que le estoy cogiendo el gusto. O tal vez solo disfruto de tener su atención.

—Suéltalo. —Me muero de curiosidad por saber qué favor quiere pedirme.

Retuerce los dedos sobre el regazo.

—¿Estarías dispuesto a que una de las citas que nos quedan sea para ir a una reunión familiar conmigo?

Mis labios dibujan una sonrisa.

—¿Quieres presentarme a tu familia?

—Ag. —Mira hacia el techo buscando paciencia—. No. Pero no quiero pasar otro año más como la solterona que no puede acostarse con nada más que con su educación.

—¿Me estás diciendo que prefieres llevarme a mí a tu reunión familiar antes que a tu vibrador?

Se ríe y sacude la cabeza.

—Sé que sabrás ganar siempre.

—¿Cuándo es?

—Dentro de dos semanas. Este sábado no, el siguiente. —Se muerde el labio, nerviosa, como si pensara que voy a negarme.

—Será un placer. —Dejo caer la mano sobre su muslo y le doy un apretón.

Ella me da una palmadita suave en esa mano y se levanta.

—Gracias.

Y es el momento en el que huye: cuando las cosas se vuelven demasiado íntimas, sale corriendo.

—Seré mejor compañía que un vibrador, te lo prometo.

Niega con la cabeza y recoge el equipo del suelo.

—Lo dudo —dice antes de alejarse.

No puedo evitar echarle un vistazo a la forma en que esos pantalones *cargo* se ciñen a sus redondeadas nalgas.

La de cosas que haría con ese culo...

—Apuesto a que también puedo hacer que te corras más fuerte.

Se ríe. Es una risa infantil, no su carraspeo habitual.

—Me gustaría ver cómo lo intentas.

Reto aceptado.

12

MIRA

Miro cómo Hank hace trotar a Brite Lite en línea recta alejándose de mí, pero estoy pensando en Stefan.

Se supone que debería estar observando a esa bonita yegua gris para ver de dónde viene el temblor de sus patas, pero en lugar de eso estoy recreando en mi mente la sensación de su mano cuando me rodeó el muslo con ella. Me estoy distrayendo.

Me está distrayendo.

Y es justo lo que siempre me he prometido que no le permitiría a un hombre, y mucho menos a un hombre como Stefan. Es muy complicado: toda su personalidad se sostiene en límites poco definidos, y no quiero perderme en ese limbo. Cuando hoy he ido con Billie a ver a Loki, me he encontrado mirando a mi alrededor una y otra vez por si podía vislumbrarlo.

Tengo complejo de salvadora. No te haces veterinario o profesional de la medicina sin esa faceta de tu personalidad, y todo lo que ha compartido estos días sobre sus padres, sobre su educación... es un canto de sirena para mi complejo de salvadora.

Es una auténtica rata herida que asquea a todo el mundo, pero a mí me atrae. Quiero abalanzarme sobre él, sanar sus heridas y ver cómo se curan.

Curar a los animales y a la gente es pura droga para mí. Es un auténtica adicción. Lo he visto con mis amigos los dos últimos años, y siempre me arranca una sonrisa.

Pero no debería querer que Stefan fuera mi droga.

Pero quiero.

Y sé que me estoy implicando demasiado con un hombre que solo me utiliza como peón para ganar a mi mejor amiga. Pero al menos soy lo bastante inteligente como para darme cuenta.

—¿Y bien? ¿Qué te parece? —La voz de Hank resuena por encima del

repiqueteo de las herraduras sobre el suelo pavimentado de la entrada.

Me ha pillado. Estoy haciendo trabajar al viejo para nada mientras sueño despierta con el enemigo público número uno.

—Recupera el aliento y luego da una vuelta más. Creo que debe de ser la babilla. —Sí, estaba mirando, más o menos, pero no por ello me siento menos estúpida—. ¿Vamos a tomar algo después?

Trixie trabaja en la ciudad, así que Hank se siente solo a veces. Me doy cuenta por cómo merodea por los alrededores y aparece en la clínica solo para charlar un rato.

Me dedica una de sus enormes sonrisas y un guiño de uno de sus ojos verdes. Tiene un aire a Robert Redford que me encantaría si fuera mayor. Y es un buen tío, de eso no hay duda.

—Voy a necesitar un trago después de este entrenamiento, doctora Thorne. —Hace que la yegua se dé la vuelta y se aleja trotando de nuevo—. ¡Pero intenta no soñar despierta esta vez! —grita alegremente.

Sí, me ha pillado.

Me ofrezco a ser la conductora hasta el mejor bar de Ruby Creek, el Neighbor's Pub, y hasta conseguimos sentarnos en mi mesa favorita, al fondo, junto a la chimenea. La primavera ha llegado al valle, pero el día es fresco y húmedo. El tiempo parece no saber a qué atenerse en esta época del año, y bandea entre el cálido verano y el gélido invierno. Hoy es un día más invernal, y me alegro de estar sentada junto al fuego crepitante mientras espero a que me traigan una cerveza.

Suelo venir aquí con Billie y Violet, y en ocasiones se nos unen Vaughn y Cole. Los dos me gustan mucho, pero me siento como la amiga solterona a la que obligan a ir con ellos, así que es agradable estar aquí en la hora feliz con Hank.

Hank se acomoda en el asiento frente a mí y mira a su alrededor con una sonrisa feliz.

—Me encanta este sitio —murmura.

—A mí también —apruebo. Cojo la carta plastificada para decidir qué quiero y, justo en ese momento, la camarera se acerca con nuestras pintas.

Este *pub* es el lugar de reunión por excelencia del pequeño pueblo. Hay lámparas de cristal emplomado, sillas de madera desparejadas en las mesas barnizadas en tono oscuro y anticuadas alfombras de color burdeos en el suelo. Incluso tienen una gramola en un rincón.

—¿Vas a pedir algo para comer? —pregunta.

—Me parece que sí —respondo—. Cocinar todas las noches para uno solo es un rollo. —Lo digo antes de darme cuenta de que Hank lleva haciendo eso toda su vida—. Lo siento —digo con una mueca.

—No lo sientas. Es la verdad. Mentiría si dijera que no me paso los días deseando que llegue el domingo para cenar con todos vosotros, aunque una cita en mi *pub* favorito con la doctora Thorne tampoco está nada mal.

—Deberíamos convertirlo en una tradición —ríe—. Un club formado por las dos únicas personas que no viven en el rancho.

La camarera pasa para tomarnos nota: dos hamburguesas.

—¿No tienes a ningún hombre en tu vida? —pregunta Hank con suavidad.

Doy un sorbo a la burbujeante cerveza dorada y chasco la lengua.

—No. —Lo digo con mucha seguridad, pero me revuelvo un poco por dentro. Quizá mi acuerdo con Stefan no sea real, pero no me hace gracia sentir que le miento a Hank—. El trabajo me ocupa demasiado tiempo.

—Sé lo que es eso. —Asiente y le da un sorbo a la cerveza—. Me alegro de tener a Trixie. Es lo mejor que me ha pasado últimamente. A ti también te llegará por sorpresa en algún momento.

—No me gustan las sorpresas, la verdad —gruño—. Me gusta tener un plan y seguir el camino trazado.

Ese hombre mayor se ríe con amabilidad, como si lo que acabo de decir fuera terriblemente ingenuo.

—Ay, Mira. Las mejores cosas de la vida llegan por sorpresa. No esperaba que una chica de dieciocho años se presentara en mi puerta para pedirme trabajo, pero me alegro de habérselo dado porque Billie es como la hija que nunca llegué a tener. No esperaba que mi mejor amigo montara un escándalo en el mundillo de las carreras y luego muriera de un ataque al corazón, pero aquí estoy, ayudando a sus nietos a llevar el rancho. —Sacude la cabeza, pensativo—. Quiero decir, joder, ni siquiera esperaba dedicarme a esto. Era camarero aquí, ¿sabes?

Sonrío y me echo un poco hacia atrás.

—No lo sabía, pero puedo imaginármelo perfectamente. Apuesto a que eras el rompecorazones de Ruby Creek.

—Si el abuelo de Cole y Vaughn, Dermot, no hubiera entrado aquí para buscar a su chica, no lo habría conocido y jamás habría trabajado para Ada y él; nunca habría ido al este a conocer a Billie y no habría conocido a Trixie en

la boda de Cole en Chestnut Springs. —Hank da otro trago a la cerveza—. A veces, las sorpresas cambian nuestra vida de forma irrevocable de la mejor manera posible. La vida es una gran aventura, Mira: no dejes que se te escape mientras te quedas atrapada en el camino aburrido de siempre.

Dejo escapar una risa en absoluto alegre: lo que acaba de decir ha dado en el clavo. No ha intentado convencerme de que estaría mejor descalza en la cocina con un bebé apoyado en la cadera, solo que esté abierta a nuevas oportunidades, que me quite las anteojeras. Pero esas anteojeras me mantienen centrada y me permiten alcanzar los objetivos que me fijé cuando era más joven.

—Gracias por compartir tus sabios consejos conmigo, Hank —digo cuando la camarera llega con nuestras hamburguesas—. ¿Quieres que te dé una buena sorpresa?

Asiente y me guiña un ojo, sonriente.

—Siempre.

—He contratado a la hermana pequeña de Stefan Dalca para trabajar en la clínica. —Abre los ojos de par en par y la cerveza se le va por mal sitio. Tose y se golpea el pecho con el puño. Me siento mal por haber hecho que se atragante, así que sigo hablando para llenar el vacío—. Se llama Nadia. Lo ha pasado muy mal, pero creo que se adaptará. Me recuerda a Billie. Bueno, a una versión más joven de Billie.

—Que el Señor se apiade de nosotros —suelta entre risas a las que no tardo en unirle—. Mira, si ella te gusta, estoy seguro de que también nos gustará a los demás. Sabes juzgar a la gente.

¿En serio?

Comemos y la conversación sobre los caballos del rancho fluye con facilidad, aunque mentiría si dijera que mis pensamientos no se desvían constantemente hacia un rumbo que no deseo.

—No seas crío. —Stefan está abrazado al cuello de Loki y lo mira como si fuera un peluche en lugar de un futuro caballo de carreras que necesita retozar y correr en un espacio abierto—. En serio —le pico—, pensaba que eras un tío grande y duro, pero resulta que eres demasiado gallina como para dejar que este pequeñín salga a jugar.

—Mira, no soy un tío grande y duro. Soy un capullo, ¿recuerdas?

—Sí, sí. —Hago un gesto despectivo con la mano. Stefan puede ser muchas cosas, pero cuanto más lo conozco, más me parece que no tiene nada de capullo—. Venga. Fuera. El aire fresco nos vendrá bien a todos. —Deslizo el ronzal de cuero por la cabeza de Farrah y se lo abrocho junto a la oreja. Está excitada, deseando salir del establo.

—¿Y si se hace daño?

—No se puede vivir así, Stefan. A veces pasan cosas malas, es lo que hay. Venga, ánimo.

Saco a Farrah al pasillo del establo con paso firme y voy hacia la enorme puerta corredera, que está abierta de par en par. Hoy hace un día precioso, seco y soleado, y ahora mismo, bajo el sereno encanto del atardecer, es el momento perfecto para sacarlos al aire libre por primera vez, sin tractores, sin gente pululando por ahí... Solo calma y tranquilidad para este potro y la yegua que lo ha acogido bajo su ala.

Al cabo de unos instantes escucho el repiqueteo de los cascos de Loki sobre el cemento y el murmullo de las botas de Stefan, y sonrío para mis adentros. Al parecer, el lobo feroz siente debilidad por Loki.

Bajo el ocaso, nos dirigimos a campo abierto, al gran prado de hierba junto al lago, en la orilla opuesta a la que Stefan y yo enterramos al otro potro hace unas semanas. Le quito el ronzal a Farrah y atraviesa la puerta, y Loki la sigue como el dulce potrillo que es... hasta que Stefan lo suelta.

Bajo el cielo pintado de rosas y naranjas, el potrillo se vuelve loco: mete la cabeza entre las patas e intenta corcovar; sus patas larguiruchas salen volando en todas direcciones mientras Farrah emprende un trote tranquilo siguiendo la valla. Loki va con ella sin dejar de hacer el tonto. Cierro la puerta y me apoyo en la valla, riendo entre dientes.

Stefan se pone a mi lado y también apoya los codos.

—Es como ver a alguien patinando por primera vez sobre hielo.

Suelto una carcajada porque eso es exactamente lo que parece.

—Sí, pero es feliz —respondo.

Stefan asiente.

—Lo es.

—Has hecho un gran trabajo con él, Stefan. —Quiero que entienda lo que ha supuesto para este caballito; que sepa que, aunque todos lo ven de la misma forma, yo creo que se equivocan. Pienso que es algo que debería saber. Sigue destrozado por lo de su madre y se esfuerza mucho por proteger a la única

familia que le queda.

Esquiva mi mirada.

—Todo ha sido gracias a ti. Yo me he limitado a hacer que tu trabajo sea más difícil.

—Ah, te refieres a lo de utilizarme como peón en la guerra contra mis amigos, ¿no?

Vuelve la cabeza hacia mí, despacio pero con firmeza, como un depredador que acaba de olisquear a su presa en el bosque.

—¿Peón?

Pongo los ojos en blanco.

—No te hagas el tonto conmigo, Stefan. No tiene gracia. Hacer que trajeran a Loki aquí en lugar de llevar a Farrah al Gold Rush Ranch, lo de las tres citas... Estoy segura de que te mueres por que Billie se entere para sembrar la discordia entre nosotras. Sé que todo es parte de tu complot para humillarlos.

Separa los dedos muy despacio y se vuelve para mirarme. Mi cuerpo responde como si fuéramos polos opuestos de un imán, imitando su movimiento, y quedamos frente a frente bajo el resplandor dorado del anochecer.

—¿Crees que te utilizo como peón en mi juego?

Dejo escapar un resoplido y pongo los ojos en blanco.

¿Se piensa que soy una ingenua?

Se mueve con rapidez y seguridad, levanta una mano y la desliza entre el abrigo y mi fina camisa. Me acaricia las costillas y me empuja contra la valla. En teoría, deberíamos estar controlando a los caballos, pero de pronto solo tenemos ojos el uno para el otro. Levanto las manos para empujarlo, pero mi determinación flaquea en cuanto noto las duras líneas de sus pectorales bajo la camisa.

—Voy a decirte algo, Mira. —Su voz retumba bajo las palmas de mis manos, que siguen sobre su pecho, y no puedo apartar la vista de ellas. Se supone que no debo tocar a Stefan Dalca, pero mi cuerpo no se ha enterado porque los pezones me rozan el sujetador y siento un dolor sordo entre las piernas con cada inspiración—. Y quiero que me escuches muy atentamente. —Me pasa la yema del dedo por la clavícula, y se me corta el aliento. Estoy demasiado conmovida como para moverme, y hemos llegado demasiado lejos como para frenarlo. Está tan cerca que puedo oler el aroma de su jabón y el toque a pino de su colonia—. Estás muy equivocada.

Su dedo se desliza hasta el centro de mi pecho y él lo sigue con la mirada, comprobando cómo se me pone la piel de gallina a su paso. Cuando llega al hombro, junto al escote de la camisa, lo mete bajo el tirante de mi sujetador y, con un movimiento suave, me lo baja. Me sujeta por las costillas y se acerca aún más, obligándome a levantar la vista y sostenerle la mirada.

Reprimo un grito ahogado cuando veo la expresión de su rostro: es primitiva, no como si me estuviera admirando, sino como si quisiera devorarme.

Ningún hombre me ha mirado así antes.

Sus labios dibujan una sonrisa pecaminosa cuando se agacha hacia mí. Su mano libre me acaricia la nuca, y su pulgar me roza la parte más sensible del cuello. Su aliento es cálido y sedoso.

—¿He captado tu atención? —Trago saliva y asiento con un escalofrío. Todo mi cuerpo está concentrado en el hombre que me mantiene contra la valla—. Bien, porque quiero que te queden las cosas muy claras. —Estamos demasiado cerca. Siento todo su cuerpo pegado al mío, y sus labios me tientan al rozar con suavidad mi oreja—. No eres un peón, Mira. Eres la recompensa —murmura, manteniéndome cautiva.

Me retuerzo contra él y siento el calor de sus labios contra mi piel cuando me da un leve beso en el lugar en el que me estaba acariciando con el pulgar. Se me acelera el pulso y solo puedo oír el rugido de la sangre que corre por mis venas. El aire crepita entre nosotros.

Ningún hombre me ha hablado así antes.

Debería poner fin a esto y, sin embargo, no desearía estar en ningún otro lugar. Mi cuerpo se despierta para él de un modo muy inapropiado.

Se aleja y me siento abandonada, como si me muriera por tenerlo de nuevo entre mis brazos. Como si deseara más. Soy la peor traidora del mundo, porque quiero que siga adelante, que me susurre más secretos prohibidos contra mi piel.

Se humedece y se muerde el labio inferior de forma intencionada, y me recorre el cuerpo con la vista. Su mirada se posa sobre la mano que tengo en el pecho en un intento de frenar los latidos acelerados de mi corazón. Con la otra me agarro al poste de la valla que tengo detrás, que debe de ser lo único que me mantiene erguida en este momento.

—Y me encanta ganar siempre —termina con una sonrisa absurdamente sexy.

Después, se da la vuelta y se va, dejándome con la visión de su culo perfecto y un revoltijo de emociones confusas.

13

STEFAN

Suena la campana, se abren las puertas y la nueva potra gris sale volando con las orejas tiesas. Tiene cara de ángel, pero corre como un demonio.

Baja la cabeza y se pone en marcha sin dudar. La temporada aún no ha empezado, pero, para cuando lo haga, estará lista. José se alza en los estribos, cabalgando sobre ella, dejando que lleve la iniciativa y sin sobredirigirla, como hacía Patrick cuando corría.

Tampoco solía venir a los entrenamientos: si no era el día de la carrera, no aparecía por Bell Point Park. Puedo imaginármelo en su mansión, con uno de esos batines de terciopelo rojo que se ven en las películas, fumando un puro. Ese tío es un auténtico imbécil, y no veo la hora de acabar con él de una vez.

José y Silver pasan junto a mí a toda máquina, apartando mi atención de los planes que tengo para Patrick. Haciendo honor a su nombre, la yegua parece un rayo plateado. Apenas veo un borrón cuando pasa al galope, con su pelaje oscuro brillando bajo el sol. Es una yegua preciosa, aunque la última vez que hablé con José me dijo que era «una auténtica cabrona», pero que «esa actitud le hará ganar carreras». Sus ancas musculosas la impulsan en la curva, y no puedo evitar sonreír. Deberíamos llamarla «Buscavidas»: es una ganadora. Y, además, algún día será una estupenda yegua de cría.

Satisfecho con lo que acabo de ver, doy media vuelta y regreso a los establos para charlar un poco con los empleados del hipódromo. Paso por el círculo de ganadores —un lugar en el que me gustaría estar más a menudo— y voy hacia los establos. Esto está muy tranquilo en esta época del año porque no hay espectadores, solo el personal, que trabaja con rapidez y eficiencia. Por eso me sorprende escuchar la voz de Patrick Cassel a la entrada del primer pasillo.

—Estarías mucho más guapa si sonrieras, ¿sabes?

Pongo los ojos en blanco y me detengo a la vuelta de la esquina, fuera de su vista.

—Sonreiré cuando me enseñes qué escondes en el bolsillo.

Se me huela la sangre: reconocería esa voz en cualquier parte. Y eso hace que me ponga en marcha, porque de ninguna manera voy a dejar a Mira sola con Patrick, aunque, a decir verdad, intervendría aunque fuera cualquier otra persona, porque el mero hecho de que esté en las instalaciones cuando no hay carrera ya es sospechoso.

Con las manos en los bolsillos y la barbilla levantada, voy hacia la entrada, me apoyo en el marco de la puerta y cruzo despreocupadamente un tobillo sobre el otro.

Mira me ve al momento, pero Patrick no se da ni cuenta de que estoy detrás de él. Su falta de instinto de autopreservación es impresionante.

—Creo que la doctora Thorne está especialmente encantadora cuando frunce el ceño —digo con lo que casi parece un gruñido. Y es lógico: ver a Patrick con Mira en el establo, a solas, me hace sentirme un poco agresivo.

Se da media vuelta con las mejillas enrojecidas y los labios curvados en una sonrisa maliciosa que no me ofrece ni la más mínima confianza.

—Stefan, me alegro de verte.

Su tono dice que no se alegra en absoluto.

—¿Has encontrado tu ética laboral perdida, Patrick, y estás haciendo horas extra? Creo que jamás te he visto por aquí en un día libre.

Me mira con desprecio; tras él, Mira se muerde la lengua, con los ojos clavados en los bolsillos de la cazadora de Patrick, donde tiene las manos. Está claro que esconde algo, pero eso ya lo imaginaba.

—Vete a la mierda, Dalca. Me despediste, ¿recuerdas? Lo que haga ahora no es asunto tuyo.

Aprieto los puños dentro de los bolsillos. El problema con los tíos como Patrick es que se creen mucho más listos de lo que son. Piensa que es la persona más lista de este lugar solo porque no lo hemos pillado. Aún.

—Como responsable de la salud y el bienestar de los caballos —interviene Mira—, que intentes entrar en los boxes es asunto mío.

Resopla y se vuelve en su dirección.

—No pretendía tal cosa. Solo he tomado un atajo a través de los establos.

Miente fatal, y sé que Mira también opina lo mismo por el modo en que arquea una ceja.

—Sí, claro. —Si las miradas matasen, Patrick se habría desplomado ahí mismo.

—Vale, Mira, pues consigue una orden de detención. —Se ríe, condescendiente—. Nadie va a creer a una pueblerina que se comporta como una zo...

Ah, no, hasta ahí.

Alargo la mano y le rodeo la nuca con los dedos con la fuerza suficiente para hacerle daño.

—Es «doctora Thorne». Y es hora de que te vayas. Ya. —Tenso los dedos, que me palpitan con fuerza.

Como es una rata cobarde, intenta marcharse de inmediato, pero lo retengo, me acerco a su oído y dejo escapar una risita tenebrosa.

—Un caballero como tú no se iría sin disculparse antes con la doctora Thorne, ¿verdad?

—Por supuesto —dice con un hilo de voz, aunque la rabia contenida burbujea bajo esas palabras perfectamente pronunciadas. Claro, que tampoco es lo bastante valiente como para hacer algo al respecto—. Mis disculpas, doctora Thorne. Y ahora quítame las manos de encima, Dalca.

Se retuerce como un pez para escapar de mis garras. Ojalá tuviera un bate para acabar con su sufrimiento, aunque es lo bastante patético como para hacerme sonreír cuando lo suelto y se marcha con la cabeza más alta de lo que debería alguien que está huyendo de una batalla perdida.

—Estaba tramando algo. —Mira escruta mi cara como si quisiera leerme la mente.

—Sin duda. —Vuelvo a meterme las manos en los bolsillos para reprimir el impulso de abrazarla y asegurarme de que todo va bien—. Pero tiene razón: no podemos demostrarlo sin que lo detengan y lo cacheen.

Suelta un gruñido de insatisfacción y levanta la barbilla en un gesto de despedida.

—Gracias por intervenir —dice; baja la mirada y se da media vuelta hacia la oscuridad de los establos.

—De nada. —Mis ojos se clavan en su culo firme: nadie debería estar tan irresistible vestido con pantalones *cargo*—. ¿Mira?

—¿Sí?

Se vuelve en mi dirección sin dejar de caminar hacia atrás para aumentar la distancia entre nosotros, aunque con eso solo consigue que la atracción sea más poderosa que nunca.

—Sonríe solo cuando te apetezca.

Frunce los labios, y estoy seguro de que intenta ocultar una sonrisa, y de nuevo clava en mí una mirada repleta de preguntas y confusión.

Se marcha por fin como si no pudiera alejarse lo bastante rápido. Desde que le dije que la deseaba, se muestra muy incómoda en mi compañía.

Sacudo la cabeza: me maravilla que, cuanto más confundida está conmigo, menos lo estoy yo con ella.

Hace tiempo intenté evitar a Mira y no funcionó. Ahora, al parecer, es ella quien intenta evitarme. Se supone que mañana tengo que acompañarla a ver a su familia, pero no le he visto el pelo desde nuestro encontronazo con Patrick. Sé que ha venido a ver a Loki porque sus notas y sus iniciales están en la historia clínica que cuelga de la puerta del box, pero no tengo ni idea de cuándo volverá porque no responde a mis mensajes. Y llamar a la clínica no sirve de nada porque quien atiende el teléfono ahora es mi hermana, que no para de hablar.

Así que pienso sentarme en el suelo del establo y esperar a que aparezca.

Quizá fui demasiado atrevido la otra noche, pero no me arrepiento. Me niego a permitir que una mujer como Mira vaya por ahí pensando que no es una auténtica diosa. No es un instrumento ni mucho menos un peón. Sus amigos no me importan tanto como piensa. ¿Quería comprar ese caballo? Sí. ¿Mi oferta fue un poco deshonesto? Sí, también.

Pero solo son negocios. Soy consciente de que Billie me odia, es lo que hay, y me da igual: no tiene nada que ver en lo que siento por Mira.

Estoy decidido a demostrarle que no soy el imbécil que cree y que, definitivamente, no estoy jugando con ella. Y que la deseo.

Lo que empezó como atracción se convirtió en curiosidad y, después, en una tímida amistad cuando me dejó ver a la mujer que hay debajo de esa sonrisa arrogante y esas miradas sarcásticas. Quiero una oportunidad con esa mujer, pero antes tengo que ablandarla un poco.

Primer paso: hablar con ella.

Segundo paso: cortejarla.

Tercer paso: conquistarla.

Mira es introvertida y mucho más tímida de lo que pensaba. Asustadiza, incluso. Parece una sirena tentadora y segura de sí misma, pero en cuanto le presiono un poco es como un ciervo deslumbrado por los faros de un coche.

Pienso tomármelo con calma porque soy un hombre paciente y sé que la espera va a merecer la pena.

Así que me quedo en los establos por la noche y hasta ceno ahí. Pasan dos horas hasta que aparece, cierra la puerta con cuidado a su espalda, me ve y se frena en seco.

—Hola —saludo en voz baja en la intimidad de los establos.

—Hola —responde con brusquedad. Pone los brazos en jarras y separa las piernas. Lleva esa mirada y esa actitud como si fueran su armadura—. ¿Estabas esperando por mí?

—Sí. —No tiene sentido mentir—. Me has estado evitando.

—¡Ja! —ríe—. ¿Por qué será?

—¿Tan malo soy? —Esbozo una sonrisilla, pero una parte de mí no quiere que responda. *Si ella supiera...*

—No, Stefan, no eres tú, soy yo. No me siento bien mintiéndoles a mis amigos sobre nuestro acuerdo o escondiéndome para pasar el rato contigo. Y ya estaba pasándolo lo bastante mal cuando tuviste que decir lo que dijiste y ponerme las cosas más difíciles.

—¿Ponerte las cosas difíciles? ¿Eso significa que estás dándoles vueltas?

Bien. Hay una parte muy mezquina de mí que quiere que esté tan confusa como yo.

—Uf. —Aprieta los puños y va hacia el box—. Ahora también tengo que lidiar contigo dejando claro que quieres que follemos.

—Esa boca, doctora Thorne —la riño.

—Ay, qué suerte tengo: el Señor Educado va a sermonearme para que no diga tacos.

—Yo digo tacos.

Me mira con incredulidad.

—Jamás te he oído decir ni uno.

Me pongo de pie; ella se acerca y deja caer el maletín en el pasillo de cemento con gran estrépito. Loki se sobresalta tras la puerta del box.

—Lo hago cuando las circunstancias lo merecen.

—Vale, pues esperaré conteniendo el aliento a que se den esas circunstancias.

Me río. Me gusta que esté a la que salta, que esté nerviosa. Me gusta pensar que está nerviosa por mí.

Está a punto de entrar en el box cuando se vuelve hacia mí.

—Dime la verdad: ¿tienes conexiones con la mafia? La gente va por ahí

diciendo que es así, y tú no lo has desmentido. ¿Me vas a llamar un día para que le ponga puntos a alguien en el cuarto trasero?

Suelto una carcajada. Los cotilleos de los pueblos son muy maliciosos... y están muy equivocados.

—No. No tengo ni la menor idea de cómo empezó el rumor. Probablemente porque llegué al pueblo con un pasado misterioso, una actitud despectiva y más dinero del que puedo gastar.

—¿Y de dónde sale todo ese dinero? La mayoría de los multimillonarios de tu edad no se pasan el día sentados en un establo esperando a que aparezca la veterinaria para abordarla con insinuaciones sexuales.

Uf. Está cabreada. Pero ya que hablamos sin tapujos, bien podría sincerarme.

—Cogí la compañía naviera multimillonaria de mi padre y la vendí por partes. Se pasó la vida levantándola y maltratando a mi madre, y me quitó lo que más quería, así que yo cogí lo que más quería él y lo desmonté. Deshice la empresa, eché a perder el trabajo de su vida y disfruté haciéndolo. También firmé su no-RCP con una enorme sonrisa. Fue lo más parecido a matar yo mismo a ese cabrón. —Se queda paralizada, y me pregunto si he ido demasiado lejos. Solo alguien con el corazón emponzoñado podría disfrutar con algo así. Pero sigo explicándome—. Con parte de ese dinero compré este lugar y fundé un refugio en el centro para víctimas de violencia doméstica. Lo financio y estoy en la junta. —Alzo las manos y miro a mi alrededor—. Mi madre me dijo en su lecho de muerte, antes de que sus lesiones acabaran con ella, que habría querido quedarse en Ruby Creek y dirigir unos establos de caballos de carreras, así que eso fue lo que decidí hacer.

Mira traga saliva. Creo que he conseguido aplacarla un poco.

—Bien. —Asiente como si mi respuesta la hubiera complacido y abre la puerta del box, aunque se detiene antes de examinar al potro y me mira por encima del hombro—. ¿Quieres perjudicar a mis amigos o solo son negocios?

Sus ojos oscuros combinan a la perfección con su pelo negro en la penumbra del establo: son como ónice pulido. Sus labios son como pétalos de rosa, e igual de suaves. Podría empotrarla contra la pared y devorarla ahora mismo, pero debo ir despacio para no estropearlo todo.

—No. —Esa palabra queda flotando entre nosotros y le sostengo la mirada, deseando que me crea, que me vea como algo más que la suma de mis errores pasados—. Te lo prometo.

Sus labios se estrechan en una fina línea.

—De acuerdo. Estaré aquí mañana a las tres. No te pongas traje.

Se me calientan las entrañas al pensar que nuestra «falsa» cita de mañana sigue en pie.

—¿Por qué no?

—Nadie va a tragarse que salgo con un tipo que viste de traje. Así que... — me mira de arriba abajo— ponte algo informal o nadie va a creerse que eres mi tipo.

Casi suelto una carcajada. *Ya veremos.*

—¿Es porque no soy de color púrpura ni estoy hecho de silicona? — pregunto con un murmullo conspirador, y ella se sonroja.

—No van a tragárselo, en serio.

Sé que está hablando, pero solo puedo mirar cómo pone las manos sobre la parte de los muslos que el vestido deja al descubierto. Lleva un vestido blanco de encaje, zapatillas de deporte blancas y una chaqueta vaquera, y debería apartar la vista, pero, maldita sea, es casi pornográfico.

—¿Tragarse el qué? —pregunto, obligándome a mirar el sendero que serpentea entre las colinas.

Después de una primavera lluviosa, hoy hace un día cálido, y parece que todo lo que era marrón se ha convertido en verde brillante. Me alegro de llevar puestas las gafas de sol para el camino... y para contemplar a Mira a placer.

—Mira...

—Soy una mujer muy inteligente. Fui la primera de mi promoción en la facultad de Veterinaria. Tengo un coeficiente intelectual de ciento cuarenta. La gente como yo no hace este tipo de cosas y se sale con la suya.

Está entrando en bucle.

—Mira...

—¿Y contigo? Por favor, ¿en qué estaba pensando? —Se aparta el pelo de la cara—. Eres rubio, por amor de Dios. Se darán cuenta al momento. Nunca me han gustado los rubios. Llevan toda la vida haciendo bromas a mi costa porque tengo un «tipo» muy definido.

Sí, claro...

Alargo la mano y le aprieto el muslo. Su piel es suave y cálida y un escalofrío me recorre el brazo.

—Mira. —Deja de despotricar y se queda mirando la mano que tengo en su

pierna—. Todo va a salir bien. Se me dan bien estas cosas. Déjame a mí. Y, además, no soy tan rubio. —No dice nada, solo se queda ahí, petrificada, mirando fijamente mi mano. Podría deslizarla por el muslo y apartarle las bragas: seguro que un orgasmo en condiciones le tranquilizaba. Se me pone dura solo con pensarlo y me obligo a concentrarme en la carretera—. ¿Confías en mí?

Se reclina en el asiento y mira por la ventanilla. No hace ademán de apartarme la mano, pero no dice ni una palabra en un buen rato.

Y si no hubiera estado tan pendiente de sus palabras, de cada inspiración, a lo mejor no le habría oído decir: «*Creo que sí*».

14

MIRA

Llegamos a la puerta principal de la casa blanca de dos pisos de mis padres. Está rodeada por un extenso jardín que linda con los campos llenos de arbustos de arándanos; la mantienen bien cuidada, pero está anticuada. Jamás me había acomplejado, pero ahora, con Stefan aquí, se me revuelve el estómago.

En comparación, su casa es pura opulencia, de un lujo increíble comparada con la granja en la que me crie. Es demasiado elegante al lado de la propiedad de mi familia. Le dije que se vistiera con ropa informal, así que lleva una camisa blanca y un pantalón chino azul marino, y ni aun así parece poco arreglado.

Se ha doblado los bajos del pantalón y se ha puesto unos mocasines sin calcetines. Supongo que para él esa es la definición de «vestimenta informal», pero algo en él rezuma pura clase, y parece salido de una revista de moda. Y, además, me desconcierta: ¿cómo puede estar tan tranquilo sabiendo que va a fingir que estamos juntos delante de un montón de desconocidos?

Estoy flipando.

Y sé que nos van a pillar.

Agarro el pomo de la puerta y me quedo quieta. En cuanto lo gire, no habrá vuelta atrás. ¿Estoy en uno de esos momentos de los que hablaba Hank, de los que pueden cambiar el rumbo de tu vida para siempre? Un simple giro a un pomo desgastado de latón.

—¿Estás instalando una actualización importante? —se burla Stefan detrás de mí.

¿Cómo puede bromear en un momento así?

Se acerca, posa una mano en la parte baja de mi espalda y con la otra me agarra la mano que tengo libre. Me besa en la palma, como la otra vez, y mi cuerpo se estremece..., como la otra vez.

Ojalá dejara de tocarme. Y no porque no quiera que me toque, sino porque sí quiero. Y no debería. Todavía puedo sentir la huella invisible que su mano ha dejado en mi muslo desnudo, y espero que permanezca ahí para siempre.

Estoy jodida.

—Vamos, *Mirandroide*, todo va a salir bien. Yo te guardo las espaldas. —Su cuerpo se estrecha contra el mío y me reprendo por haberme echado hacia él.

No tengo ni idea de cuándo Dalca el capullo se ha convertido en mi apoyo, pero ahora mismo estoy demasiado estresada como para luchar contra ese sentimiento. Es un muro de músculos a mi espalda: alto, firme y tranquilizador.

Giro el pomo por fin y abro la puerta.

Al cabo de unos segundos me llega el olor a comino y el grito de mi madre.

—¡Mira! ¡Ya estás aquí!

Está en lo alto de la escalera, con su pelo castaño surcado de hebras grises, un vestido holgado de algodón, pendientes de plumas y un par de sandalias destrozadas. Mi madre es una *hippie* de corazón y, aunque somos muy diferentes, no puedo evitar sonreír al verla. Antes de mudarme al Gold Rush Ranch, vivía en esta casa y, por muy patético que fuera para una mujer de veintitantos años, mentiría si dijera que no echo de menos a mis padres y a mi nana, que también vive aquí. Es difícil pasar de ver a tu familia todos los días a encontrarte con ellos un par de veces al mes.

—Hola, mamá.

Baja las escaleras a toda prisa y me estrecha en un fuerte abrazo.

—Ay, mi niña. Me alegro mucho de verte.

Me está estrangulando. O a lo mejor es que no puedo respirar con Stefan tan cerca. Finalmente se aparta un poco sin soltarme y mira por encima de mi hombro.

—¿Y a quién tenemos aquí?

Se me hace un nudo en la garganta y sé que estoy a punto de echarlo todo a perder.

—Señora Thorne, soy Stefan. Es un placer conocerla. —Stefan me rodea y tiende una mano para estrechar la de mi madre, mientras que la otra sigue en la parte baja de mi espalda. Me reconforta tenerla ahí, como un apoyo silencioso. Mi cuerpo jamás dejará de reaccionar a él.

—Ay, por favor. —Mi madre se sonroja—. Llámame Sylvia.

Desliza la vista hasta la mano que reposa sobre mi espalda y sus labios

dibujan una sonrisa.

—¡Sunny! ¡Ven a conocer a Stefan! ¡Es el novio de Mira!

Novio.

La palabra cae como una losa sobre nosotros y me tenso al oírla. A modo de respuesta, Stefan me acaricia la espalda y me estremezco por entero; incluso tengo que ahogar un gemido: la tela de mi vestido es demasiado fina.

Juro que mi cerebro está a punto cortocircuitar.

Me he convertido oficialmente en una de «esas» chicas.

Mi padre aparece en lo alto de la escalera con su barba bien recortada y cruzado de brazos. Su espeso cabello negro y sus ojos son idénticos a los míos. Mira a Stefan con el ceño fruncido y eso me hace sonreír.

Sunny es parco en palabras, pero por sus acciones sé que soy la niña de sus ojos. Cuando me dejó en la universidad no soltó ni una lágrima ni prometió visitarme. Me ayudó a deshacer las maletas y dejó un sobre con mil dólares en efectivo bajo la almohada para que lo encontrara más tarde. Jamás me ha mimado ni me ha tratado como si fuera menos capaz de lo que soy. Jamás me ha dado la charla tipo «Si te toca, es hombre muerto». Es un hombre moderno que adoptó el apellido de mi madre cuando se casaron.

Pero al verlo ahora mismo no puedo reprimir una risita: baja las escaleras con los ojos entrecerrados, y voy a arriesgarme a decir que no le ha hecho ninguna gracia que su hijita haya traído a un hombre a casa.

—Señor Thorne, muchas gracias por invitarme. —Stefan se acerca a las escaleras y le tiende la mano.

—Ha sido Mira la que te ha invitado —gruñe, y le estrecha la mano con fuerza.

Bueno, esto sí que ha sido un gran comienzo.

—Y yo me alegro de que lo haya hecho. —Stefan, imperturbable, le sonrío a mi padre.

Nos quitamos los zapatos y entramos juntos en casa para encontrarnos con la bulliciosa familia de mi padre, todos bajo el mismo techo. Es canadiense de segunda generación y sus hermanos están desperdigados por todo el país, y por eso celebramos esta reunión anual. Aunque la mayoría vienen para ver a mi nana.

Mi abuela está ante la mesa de la cocina, doblando *samosas* con cara de aburrimiento. Podría hacerlo con los ojos cerrados.

—Hola, nana. ¿Voy a poder llevarme unas cuantas a casa?

Ella sacude la cabeza.

—¿Crees que soy tan vieja que me he olvidado de que acaparas comida como si fueras una ardilla preparándose para el invierno?

Me río porque tiene razón: siempre tengo *samosas* almacenadas en el congelador.

—Nana, este es Stefan. —Stefan está de pie al otro lado de la mesa, mirándose las manos—. Es mi... —No creo que pueda mentirle.

—Soy su novio —dice, como si no le importara lo más mínimo fingir.

Mi nana lo mira y sonrío.

—Es rubio.

Ay, Dios. Se ha dado cuenta.

—No es tan rubio —respondo, repitiendo las palabras de Stefan e intentando aparentar despreocupación, aunque la miro con los ojos desorbitados.

Stefan se ríe y sacude la cabeza como si me hubiera vuelto loca.

—¿Puedo ayudar? —Coge una silla y se sienta frente a mi abuela con absoluta naturalidad.

Ella se encoge de hombros, pero le acerca una pila de hojas de masa y deja el cuenco con el relleno en el centro. No le da ninguna instrucción: se limita a esperar a que él se haga cargo de todo.

Los agudos ojos de Stefan se clavan en ella y estudian sus movimientos. Después de ver cómo envuelve un par, lleva la mano al cuenco y coge una cucharada de relleno para hacer su primera *samosa*. Su mirada va de la masa a mi nana para imitar sus movimientos. Ha aceptado el desafío y ha hecho una *samosa* perfecta.

Mi nana lo evalúa con la mirada cuando va a hacer el siguiente. No se molesta en elogiarlo, y, en cambio, se dirige a mí.

—Está bien, Mira, puedes irte.

Stefan ni siquiera levanta la vista hacia mí, absorbo en la fabricación de la siguiente. Parece tan entusiasmado por aprender a hacerlas que se me encoge el corazón. El modo en que desliza la punta de la lengua por sus labios y su gesto concentrado me provocan un hormigueo en las tripas.

Pero me han echado, así que cojo dos cervezas de la nevera y dejo una delante de Stefan antes de marcharme, deslizando la mano libre por sus hombros.

No sé por qué lo he hecho. Quizá porque he sentido la abrumadora

necesidad de devolverle el favor y agradecerle lo que está haciendo por mí.

Y aún no entiendo por qué está haciendo esto por mí.

«*No eres un peón, Mira. Eres la recompensa*».

No consigo borrar esa frase de mi mente por mucho que lo intente. Es como si la hubiera grabado en mi cerebro como los adolescentes graban sus iniciales en una mesa de pícnic. No se puede borrar: sigue ahí, y yo estoy atrapada.

Cuando entro en el salón me recibe un coro de saludos, abrazos y palmaditas en la espalda. Mis primos, mis tíos, mis tías... Es muy agradable verlos, pero también abrumador. Prefiero socializar de uno en uno o en grupos pequeños: es más relajante, más íntimo; menos caótico.

La marea de gente me rodea y, apoyada en la pared, charlo cuando es necesario, aunque mi mirada se desliza una y otra vez hacia Stefan, que sigue encorvado sobre la mesa, trabajando en silencio con mi abuela.

Siento una extraña punzada en el pecho y abandono cualquier pretensión de mirar hacia otra parte que hubiera esperado albergar. Me permito contemplar sus manos moviéndose con destreza, los músculos de sus antebrazos flexionándose bajo la camisa de vestir que se ha remangado. Está muy concentrado, y yo, absolutamente embelesada. Es como verle besar a Loki en la nariz o acariciar la testuz de Farrah con amor y respeto.

¿Y si todo este tiempo he estado equivocada sobre él?

—Cariño, no dejas de mirarlo. —El codazo de mi madre me arranca de mi ensoñación.

—Ay, mierda, lo siento. —Me sonrojo al instante.

—No lo sientas. Es digno de mirar.

Pongo los ojos en blanco, bebo un sorbo de cerveza y echo otro vistazo a la mesa. En ese preciso instante, Stefan levanta la mirada y me pilla de lleno. Una lenta sonrisa se dibuja en su rostro y desliza la vista por mi cuerpo. El calor me llega a la médula de los huesos, y creo que podría derretirme solo con que me mire así, como si me desnudara con los ojos y quisiera devorarme.

Termina con un guiño socarrón y se me caen las bragas. Un guiño y, plaf, al suelo.

Aparto la vista, parpadeo y doy un trago absurdo a la cerveza ya vacía.

—La química entre vosotros es brutal. Apuesto a que el sexo es increíble.

Y aquí viene el espíritu libre. El lado *Kama Sutra* de mi madre, que siempre aparece cuando se toma un par de copas de vino.

—Mamá, por favor...

Stefan, al que mi nana acaba de despedir con un gesto, se está acercando a nosotras justo cuando mi madre sigue hablando.

—Mira, tu padre también me miraba así. ¿Y sabes qué? El sexo era sensacional, y todavía lo es. El matrimonio a veces es duro, pero el buen sexo lo hace más fácil.

Que alguien me mate y me entierre ahora mismo...

—Sabias palabras —dice Stefan al llegar a mi lado; me rodea la cintura con aire posesivo y me da un beso distraído en la sien, como si fuera lo más normal del mundo. Como si esto fuera de verdad.

Y ahora mismo parece de verdad, aquí, en la casa de mi familia, y con él comportándose de forma amable, educada y encantadora.

Es desconcertante.

Mi madre sonrío y nos deja para unirse a otro grupo, sin inmutarse lo más mínimo. Estoy segura de que se está imaginando a Stefan prometiéndole que va a tener nietos.

—¿Qué estás haciendo? —digo entre dientes, con un susurro que tiene alma de grito.

Me lleva hacia él y susurra contra mi pelo.

—Finjo que soy tu novio, como querías. Sabes que la gente que sale junta se toca, ¿verdad?

—No sabría decirte —resoplo.

Le echo un vistazo y me encuentro con su cara de confusión.

—¿Perdona?

—Lo que has oído.

—¿Estás insinuando que nunca has salido con nadie?

Vuelvo a intentar beber de la botella vacía, como si fuera un bebé nervioso que usa el chupete para calmarse. Me pregunto distraídamente si las botellas de cerveza son el equivalente en adultos.

—Poner esos bonitos labios alrededor del cuello de la botella no es una respuesta, Mira.

Inhalo lo que sea que hubiera quedado en la botella y acabo tosiendo; él me acaricia la espalda con suavidad.

—No puedes decir esas cosas.

—Responde a la pregunta. —Me pasa el pulgar por la mejilla y me limpia una lágrima que me ha provocado el ataque de tos.

Inspiro hondo.

—No estaba insinuando nada. Decía que nunca he salido en serio con nadie.

—¿Por qué?

—Porque no he querido.

—¿Por qué? —insiste con una risita grave y oscura.

—Porque la idea de depender de un hombre me saca de quicio. No quiero tener que dar explicaciones sobre lo que hago o sobre dónde estoy. No me gusta sentir que no puedo hacer lo que me dé la gana sin comentarlo con otra persona, y esa expectativa siempre está ahí.

—¿Y qué más? —Su aliento cálido me recorre el cuello. Si girara la cabeza, podría besarlo y acabar de una vez con todo esto.

Dios, ¿por qué estamos hablando de esto en el medio de la sala de estar de mi familia?

—Porque puedo follar mejor con el Señor Púrpura que con cualquier otro hombre —susurro para despistarlo.

No sé por qué he llegado a pensar que eso lo despistaría. Este tío es como un perro con un hueso: implacable.

Se pasa la lengua por el interior del carrillo y eso sí me distrae a mí. Giro la cabeza para ver si alguien se ha dado cuenta de lo que está pasando, pero nadie nos mira. Todos están tan contentos y relajados en sus respectivas charlas.

No como yo. Se me encoge el estómago cuando Stefan me susurra al oído.

—Reto aceptado. Pero no vamos a follar hasta que me lo supliques.

Y luego se va a unirse a otra conversación como si no acabara de poner mi mundo patas arriba.

15

STEFAN

Esto es divertidísimo. Me lo estoy pasando genial picando a Mira, y, además, estar en una casa repleta de gente feliz y cariñosa me hace sentir como si viviera en una serie de televisión o algo así. Hay un montón de ruido, pero está cuajado de risas y camaradería. Es el polo opuesto de la casa en la que me crie, y me encanta. Además, la comida huele que alimenta.

Tengo mucha hambre y, a juzgar por las miradas furtivas que me lanza Mira desde el otro lado del salón, ella también.

Ha estado deambulando por toda la casa y manteniendo las distancias desde que le he dicho que iba a hacerle suplicar. Quiero volver a ver cómo sus ojos se abren de par en par, pero cuando esté encima de ella y a punto de deslizarme entre sus piernas.

Tiene las mejillas sonrosadas y no deja de sonreír. Es impresionante y me tiene embelesado. Estoy intentando hablar con su padre de los pormenores de su profesión como agricultor de arándanos, pero no dejo de concentrarme en su hija.

Y en todo lo que quiero hacer con ella.

Si pudiera leerme la mente, me habría echado a patadas. Es brusco y listo, y sus respuestas son cortantes. Sus ojos me recuerdan a los de Mira por el color y por ese brillo de aguda inteligencia. Sería imbécil si lo subestimara, pero intento ablandarlo.

—¡La cena está lista! —grita Sylvia por encima de la música y el murmullo de la conversación, y nos hace un gesto hacia la enorme mesa familiar que han dispuesto para todos.

Sigo a la multitud. Ya me los han presentado a todos, pero mentiría si dijera que recuerdo los nombres o la relación entre ellos. Es abrumador.

El contenido de las salseras, el pan *naan* recién hecho y las *samosas* de las que estoy tan orgulloso tienen un aspecto sensacional. Cuando puedo apartar la

vista de la comida, me doy cuenta de que Mira se ha sentado en el extremo opuesto de la mesa, escabulléndose, como suele hacer, dando un paso atrás. Me gusta cuando se defiende. En el trabajo es muy dura, pero este lado tímido y delicado de su vida personal es una nueva faceta.

Quizá tiene que ver con que no haya tenido nunca una relación seria. Eso justificaría la torpeza con la que se conduce conmigo en ocasiones, aunque es lo bastante madura para aparentar lo contrario. De cualquier forma, estoy encantado de haberme sentado junto a la nana. La vieja me cae bien.

—Mira, ¿de verdad vas a dejar solo a Stefan? —exclama su madre delante de todos. Y ojalá no lo hubiera hecho.

La buena noticia es que, si Mira quiere un hombre al que no le importe que siga teniendo su propia vida, sus propias ideas y objetivos, ese soy yo. Me da exactamente igual que se haya sentado en el otro extremo de la mesa: he visto cómo me ha estado mirando toda la noche, y no me cabe duda de que donde habría querido acomodarse es sobre mi pene.

—Puede sentarse donde quiera —digo, pero Mira ya viene hacia mí con los dientes apretados. Muevo la silla y ella toma asiento como si no hubiera un solo músculo relajado en todo su cuerpo. Está muy enfadada y parece a punto de estrangular a alguien.

En realidad, me encanta esa faceta suya, esa mirada de fiera enjaulada. Esa fiereza es excitante. No tiene miedo de enseñar los dientes y a mí no me importa lo más mínimo que me muerda.

Acomodo mi silla junto a la de ella, que se acerca a mí.

—Gracias —murmura, escueta, y le doy un pequeño codazo.

La comida continúa y me concentro en saborearla.

Respondo a alguna que otra pregunta. ¿A qué me dedico? A los caballos de carreras. ¿De dónde es mi acento? Rumano. ¿La comida es demasiado picante para mí? No.

Me encanta todo. Y me encantaría que Nadia estuviera aquí para verlo. Quizá podría ayudarla con esa actitud hastiada. Ha crecido demasiado rápido y no sé cómo detenerla, pero ya pensaré en eso en otro momento.

—Mira, ¿vais a casaros pronto? —pregunta una mujer desde el otro lado de la mesa. Su tía, creo. La cuñada de su padre. Sonríe, pero me doy cuenta de que, como ha dicho Mira, hay una pizca de crítica en la pregunta, y eso me hace tensar los hombros y sentarme más erguido.

—¿Me pasas el pan *naan*, por favor? —intento interrumpir.

La mujer me lo pasa y Mira se echa un poco hacia mí.

—*Naan*.

—Es lo que acabo de decir. —Cojo la bandeja con una sonrisa amable.

—No, has dicho «*pan naan*». Y está claro que es pan. Es como el *chai*: no hace falta que lo llares «*té chai*» —susurra, manteniendo la conversación entre nosotros con una divertida sonrisa.

—¿Mira? No me has contestado —interrumpe la mujer sin aceptar la salida que le he ofrecido.

Mira le da un mordisco al *naan* y mastica con rabia.

—No.

La mujer me echa un vistazo antes de volverse de nuevo hacia Mira. Y sé que lo siguiente que va a salir de su boca va a ser innecesariamente cruel. Deslizo una mano entre nosotros y la dejo sobre su muslo, que es donde debe estar.

—Pues es una pena. Estás demasiado centrada en tu trabajo, y ya no eres tan joven... —Mira se tensa y yo le acaricio el interior del muslo con el pulgar en un intento de calmarla—. En algún momento vas a tener que pensar en los hijos. No vas a sentirte plena hasta que no experimentes la maternidad.

Mira entrecierra los ojos y abre la boca, pero me apresuro a interrumpirla. Esa parte de mí que no ha podido proteger a las mujeres de mi vida sale a la superficie.

—Qué curioso —digo en voz alta para toda la mesa—. Ha sido un placer conocerlos a todos, y esta noche he respondido a un montón de preguntas, pero nadie me ha preguntado por mi agenda de planificación familiar ni ha insinuado que se me esté pasando el arroz.

En el silencio que sigue a mis palabras se podría oír caer un alfiler. ¿He ido demasiado lejos? Hay quien diría que sí y quien diría que no lo suficiente. Sonrío, tomo una cucharada de lentejas y mastico pensativamente, asegurándome de mirarlos a todos a los ojos, uno por uno, sin dejar de acariciar el muslo de Mira con el pulgar.

—Es fascinante que, como hombre, nadie se plantee hacerme esas preguntas, pero que, sin embargo, sea un tema de conversación perfectamente válido para una mujer joven con grandes metas profesionales y un nivel de compromiso envidiable. —Nadie dice una sola palabra, pero veo que los labios de Sunny se crispan cuando se concentra en su comida. Miro a la mujer que ha iniciado todo esto. Parece avergonzada, pero me da igual. Yo también tengo un lado cruel, un lado protector, y que no haya sido capaz de defender a la gente

que me importa en el pasado no significa que no pueda hacerlo ahora—. A lo mejor podrías preguntarle por el potro prematuro al que ha salvado este mes.

Sigo comiendo; la nana me da un apretón delicado en la pierna antes de volver a concentrarse en su comida. Pero estaba tan ocupado mirando a los demás que no me he fijado en la hermosa mujer que tengo al lado, que en este momento hierve de rabia. Las lágrimas que anegan sus ojos me pillan por sorpresa. Echa la silla hacia atrás con un fuerte chirrido.

—Disculpadme —masculla; se aleja de la mesa, furiosa, y se dirige a la puerta principal.

Como se ha ido, ya puedo sacar los dientes. No puedo evitarlo: fui criado por lobos.

Me limpio la boca con la servilleta de tela y la dejo sobre la mesa.

—La próxima persona que la haga llorar va a lamentarlo. —Echo la silla hacia atrás y me vuelvo hacia la nana—. Gracias por esta estupenda comida. Me encantaría volver a verla. —Luego me vuelvo hacia los señores Thorne—. Gracias por invitarme a su casa. Lo he pasado muy bien.

No añado nada más porque estoy furioso y no se me va a ocurrir nada agradable. El padre de Mira se interpone en mi camino y me estrecha la mano con un seco asentimiento. Sylvia parece a punto de echarse a llorar.

Como ha dicho Mira, son gente encantadora, pero temen tanto los enfrentamientos que se quedan sentados y no reaccionan a estas mierdas.

Por suerte, yo no soy tan encantador.

Voy dando zancadas hasta la puerta principal y me calzo los suaves mocasines marrones antes de salir al húmedo aire primaveral. Hace sol y calor, pero está lloviendo a cántaros, y confío en que Mira esté esperándome en el todoterreno, pero no es así.

Escudriño el camino bajo la lluvia que me empapa la fina camisa. El impulso de enfrentarme a alguien es incontrolable. La expresión de Mira cuando esa mujer siguió adelante a pesar de estar molestándola...

La ira inunda mis venas al recordarlo.

Nunca más.

Un destello blanco atrae mi atención al otro lado del patio. Mira está de pie bajo la lluvia, con la vista perdida tras unos arbustos bajos. Desde tan lejos parece diminuta, incluso frágil. Mis pies van hacia ella antes de que mi cerebro sepa lo que están haciendo. Solo quiero hablar con ella; sentarnos en el suelo del establo y pasar la noche hablando. Quiero escuchar sus sueños y sus

esperanzas. Quiero contarle todas mis cosas.

Quiero mis manos en su cuerpo, mi piel contra su piel.

—Hola —murmuro cuando estoy lo bastante cerca como para que me oiga por encima del repiqueteo de la lluvia. Alzo la vista y contemplo las oscuras nubes que rodean el valle y los brillantes rayos de sol que las atraviesan para bañarnos con su luz.

—Stefan, por favor, ahora no.

—Mira...

—Por favor, no —lloriquea; desde atrás puedo ver cómo se lleva las manos a los ojos. Intenta no llorar.

Es muy fuerte.

Me acerco más y le toco la espalda, donde la columna dibuja una hendidura. No sé por qué esa parte de su cuerpo me parece tan erótica, pero no puedo dejar de tocarla. Le recorro la columna vertebral con los dedos hasta llegar a la piel húmeda desnuda entre sus omóplatos.

—Stefan. —Se le quiebra la voz al pronunciar mi nombre—. No puedes seguir así.

La lluvia cae sobre nosotros y silencia cualquier otro sonido como si nos envolviera con un velo, con una capa que nos protegiera del resto del mundo.

—¿Seguir cómo?

Una gota rueda por su esbelto cuello, dibujando el camino que me gustaría trazar a mí.

—Haciendo que desee algo que no puedo tener.

El corazón me retumba con fuerza contra las costillas. No esperaba esa respuesta.

—No es lo que estoy haciendo.

Me aparta la mano de su espalda, pero no se aleja ni se da la vuelta. En lugar de eso, deja escapar un gemido y levanta la cabeza hacia el cielo, con el pelo húmedo pegándose a su rostro. Cierra los ojos y deja que la lluvia le lave la cara.

—Lo haces. Es todo lo que representas. Vienes aquí, encandilas a todo el mundo y no dudas en defenderme. Eso me hace pensar que podría tenerlo todo: una carrera, una familia... A alguien como tú. Pero no es real. Esto no es real. No es algo que pueda tener.

—Mira, escúchame —me acerco más a ella; huele a miel y a lluvia fresca—, claro que puedes tener todo eso.

—No lo entenderían. No me lo perdonarían. —Agacha la cabeza.

Contemplo la lluvia que brilla sobre su piel desnuda, bajo el manto de pelo negro que se desliza sobre su hombro.

—¿Y qué más da? —Me arden los dedos por el deseo de tocarla, y no me resisto. Alargo la mano y, desde atrás, la sujeto de las caderas y acerco los labios a su nuca. Mi lengua recoge las gotas de agua que hay ahí y ella gime. Me aparto un segundo y veo la carne de gallina que recorre sus brazos: un signo inequívoco—. Dime que esto no es real, Mira.

Se estremece cuando suspira; con la diferencia de altura, por encima de su hombro puedo ver la curva de sus pechos: turgentes, redondeados y cubiertos de gotitas. No puedo apartar la vista de ella y, cuando se vuelve para mirarme por encima del hombro, sus ojos oscuros brillan con un fuego en el que bailan todos los tonos del ámbar, el burdeos y el negro. Parece una criatura de otro mundo.

Sus labios como pétalos de rosa se entreabren mientras escudriña mi rostro, y me pregunto si mi expresión parece tan hambrienta como la de ella.

—Es real. —Su voz es ronca y sensual; paso la mano por su cintura y la hago volverse hacia mí.

Esos labios carnosos..., el modo en que se han movido mientras pronuncia la palabra «real». El corazón me dice que de verdad lo es, y ya estoy harto de fingir lo contrario.

Le acaricio el cuello y paseo el pulgar por su mandíbula cuando la beso. Abre los labios al instante para mí y se derrite entre mis brazos. Se deshace de sus reticencias como si fueran ropa sucia que ha tirado y ha dejado olvidada en el suelo.

Nos fundimos el uno en el otro, en ese campo verde y exuberante, humedecido con la lluvia fresca de la primavera, y nos rendimos a la atracción que sentimos.

Le acaricio la lengua con la mía y ella, con el mismo fervor, me recorre el cuerpo con las manos. Mete una bajo mi camisa y sus largos dedos recorren la línea de mis abdominales; gime en mi boca y se agarra, frenética, a la tela, como si no pudiera acercarse lo suficiente.

El mundo sigue girando a nuestro alrededor, pero nosotros estamos perdidos el uno en el otro. Y, joder, qué bien sienta. Sabía que podía ser explosivo, pero esto es como una droga que altera la mente.

Es el mejor beso de mi vida.

Nuestros labios desenfrenados se vuelven lánguidos y exploradores. Disfruto del contacto con su piel húmeda y ella se abraza a mi cuello como si no quisiera soltarme jamás.

Y espero que no lo haga.

Le encierro la cara entre las manos y la beso en la mejilla; su cuerpo se ciñe al mío cuando intenta estar más cerca de mí. Recorro con besos suaves un sendero hasta el nacimiento del pelo y no siento ni un ápice de culpa por la escena que acabo de montar en la mesa.

Esta mujer es mi perdición, y voy a hacer lo que esté en mi mano para demostrarle que soy digno de ella. No permitiré que nadie se interponga en mi camino para conseguirlo.

—No deberíamos hacer esto. —Apoya la mejilla en mis labios, anhelante—. Alguien podría pillarnos.

La beso en la frente, deslizo los labios por el puente de su nariz y le sujeto la cara con las dos manos para levantarle la cabeza.

—Pues que nos pillen. —Y me apodero de nuevo de sus labios; me embebo del gemido que deja escapar y memorizo su sonido.

No quiero olvidar jamás este beso: las sensaciones, el olor, el repiqueteo de la lluvia mientras Mira gime en mi boca. Es uno de esos besos que podrían salir en el libro Guinness de los récords.

Pero entonces su mano se desliza por mi espalda y desaparece bajo mi camiseta. Las puntas de sus dedos recorren la parte superior de mis bóxers y se cuelan bajo el elástico.

Esto no solo podría salir en el Guinness.

Esto *es* el Guinness.

16

MIRA

Lo único que quiero en este mundo es poner las manos sobre su culo. No sé cómo he pasado de querer alejarme de él a estar aquí, empapada, en medio del campo, deseando agarrar del culo al malote del pueblo. Pero es que es un culo estupendo y yo ya estoy hundida hasta el cuello en malas decisiones, así que por qué no.

Deslizo un par de dedos entre los botones de su camisa para tirar de él más hacia mí. Mi otra mano ha estado dibujando la línea de sus calzoncillos, pero ahora dejo que el cerebro reptiliano tome el control y meto los dedos entre la parte trasera de sus pantalones y la suave tela de sus calzoncillos. Cuando aprieto, él me agarra del pelo y tira de él. Su risa es oscura, aterciopelada y cargada de diversión, como si supiera que he ido demasiado lejos. Siento su vibración en mis labios, y me estremece las entrañas.

Se apoya en mi frente y respiramos el mismo aire, suspendidos en el tiempo.

Un escalofrío me recorre la espalda y él me estrecha con sus musculosos brazos, que me rodean como un escudo.

—Tienes frío. Vamos a por tu chaqueta para largarnos de aquí.

—Dios, de verdad que no quiero volver a entrar. —La idea de enfrentarme a todo el mundo después de montar en cólera y salir corriendo de casa me supera. Además, estoy genial como estoy, aunque sé que cuando el frío se filtre entre nuestros cuerpos también lo hará la realidad.

Y no quiero enfrentarme a la realidad de haberme liado con Stefan Dalca ahora mismo.

Me acaricia la espalda en círculos para relajarme, y me entran ganas de ronronear. Supongo que porque ahora mismo soy como una gata en celo.

—Yo iré a buscarla. Vamos al coche.

Cuando se aparta, siento el frío, como sospechaba. El aire húmedo y la lluvia me calan en los huesos y me abrazo a mí misma para conservar el calor que

me ha dado el cuerpo firme de Stefan.

Quiero que vuelva a estrecharme entre sus brazos, pero es una mala idea. Los dos lo sabemos, y por eso andamos en silencio por la hierba empapada. Abre la puerta del copiloto de su todoterreno plateado y yo me dejo caer en el asiento. Ni siquiera me pone la mano en la espalda, y soy consciente de que no debería hacerlo, pero mi gata interior se muere por que lo haga. Me encanta cómo me toca, de ese modo tan despreocupado; cómo me recorre el cuerpo como si fuera una obra de arte que debiera adorar.

Antes de entrar en casa, va hasta el lado del conductor y arranca el motor. Pone la calefacción y me dedica una sonrisa que hace que se me caigan las bragas; va hasta la casa blanca y rectangular de mis padres, se agarra a la barandilla de hierro forjado y sube los peldaños de dos en dos. Tiene los pantalones húmedos y se le pegan al culo.

Al culo que he tenido entre mis manos.

Es un culo fabuloso, y la parte superior de su cuerpo tampoco está nada mal, sobre todo con la camisa mojada que resalta cada músculo y se ciñe a sus anchos hombros de una forma de lo más seductora. Me encantaría ser esa camisa.

Me paso las manos por la cara.

¿Qué estoy haciendo?

Cuando aparto las manos, echo un vistazo a mi cuerpo en el interior del silencioso todoterreno. La ropa de Stefan deja poco a la imaginación, pero mi vestido blanco parece un tul translúcido. Se me ha pegado tanto al cuerpo que creo que puedo ver los pezones a través de la tela, y no solo porque todavía estén duros como guijarros por el modo en que me ha devorado. Creía que no me hacía falta ponerme un sujetador con esta ropa, pero no he tenido en cuenta nuestro concurso de camisetas mojadas.

Levanto la cabeza cuando se abre la puerta.

—Toma.

Cojo la cazadora al momento y me tapo las tetas con ella. Me dedica una sonrisa cómplice y me guiña un ojo.

—Capullo —murmuro volviéndome hacia la ventanilla.

—¿Qué? Soy humano. ¿Se supone que tengo que protestar porque mi cita falsa lleva un vestido blanco mojado? Porque me niego.

—Sí, sí, sí, guárdatelo para tus fantasías, Stefan.

Pone la mano sobre el respaldo de mi asiento para dar marcha atrás.

—No te quepa duda. —Cambia la marcha y sonrío—. Supongo que el Señor Púrpura y tú os divertiréis mucho esta noche.

Capullo.

Desearía no sonrojarme. Estoy acostumbrada a hablar de sexo con mis amigas, pero hacerlo descaradamente y con un hombre es nuevo para mí. Hay un montón de cosas que me gustaría hacer, que quiero probar, pero mis relaciones sexuales han sido tan escasas y mediocres que no he encontrado a nadie con quien me sintiera lo bastante cómoda como para experimentar. Mi fachada de frialdad y seguridad en mí misma es una auténtica farsa cuando se trata de este tema.

Si estudio algo lo suficiente, consigo dominarlo, y eso es justo lo que intento hacer, pero me preocupa que Stefan no se lo trague.

—¿Vamos a hablar del beso?

—No.

—La doctora Mira Thorne besando al enemigo público número uno en medio del monte... —bromea—. ¿Qué van a decir las chicas?

Lo miro mal porque no quiero entrar en eso. Ya me castigaré por ello más tarde.

—¿Qué tal en casa? —pregunto cuando tomamos la carretera para regresar a Ruby Creek.

—Bien.

—Sí, y yo voy y me lo creo.

—Es verdad. Todo estaba como se merecían que estuviera después de lo que ha pasado.

—Ay, siento haberte hecho pasar por eso.

Se encoge de hombros sin apartar la vista de la oscura carretera.

—No te preocupes. Me lo he pasado bien.

—Ja, no es cierto.

—Lo es. Tus padres son muy hospitalarios, y adoro a tu nana. La comida ha sido excelente. Y el postre, todavía mejor.

No puedo evitar una carcajada: parece muy satisfecho consigo mismo.

—Tienes que entenderlo, Mira —continúa—. En la casa en la que me crie no había risas ni reuniones familiares ni parientes que se metieran en mi vida. ¿Los tuyos se meten en todo? Sí. ¿Está fuera de lugar? Por supuesto. Pero se preocupan por ti o no dirían nada. Lo sé porque es lo que me pasaba a mí.

Mierda... Cuando habla de ese modo...

—Lo siento. Mis problemas familiares deben de parecerle una tontería.
Sus ojos cargados de inteligencia brillan como esmeraldas.

—Claro que no. Cualquiera que crea que puede hablarte de ese modo delante de mí va a saber lo que es bueno.

Trago saliva. Por alguna razón, esa frase ha sonado a algo a largo plazo, como si en el futuro fuera a haber oportunidades de que alguien se pasara de la raya conmigo delante de él.

—Sé que mi madre me quería —continúa en voz baja—. Se colaba en mi habitación a altas horas de la noche y me despertaba para charlar conmigo, quizá porque estaba demasiado borracha como para ser consciente de lo que hacía o porque estaba demasiado dormida como para que le importara. Y porque al amparo de la oscuridad no podía ver los hematomas.

Siento una punzada en el corazón cuando me lo cuenta: esa sensación de que se te desgarran el pecho. ¿Cómo habrá sido? No puedo imaginarme no tener a mi madre riéndose y haciendo bromas con doble sentido mientras mira a mi padre como si quisiera bajarle la luna. Cuando era más joven pensaba que era repugnante, pero ahora creo que es inspirador.

Quiero tener a alguien a quien mirar como si quisiera bajarle la luna después de treinta años de matrimonio.

—Era nuestro momento especial, en el que podía contarle cualquier cosa mientras estábamos ahí, acurrucados bajo el edredón. Esas noches me sentía a salvo, como si no hubiera secretos entre nosotros. En ese momento era la madre que siempre quise tener.

Parpadeo para alejar las lágrimas. Stefan se está abriendo a mí, y me ha tocado la fibra.

—Es un recuerdo de algo hermoso y, a la vez, terriblemente triste.

Su risa es amarga.

—Sí, lo era. —Sacude la cabeza y frunce los labios—. Hasta que ella lo echó todo a perder.

Una parte de mí sabe que no debería presionarle: esto es demasiado personal. Pero mi mente científica está orientada a la resolución de problemas y Stefan se está convirtiendo con rapidez en el más desafiante de mi vida.

—¿Qué ocurrió? —Una expresión de vulnerabilidad inunda su rostro. Parece más joven, más humano, con ese mechón de pelo dorado sobre la frente y el rubor rosado en sus altos pómulos—. No tienes por qué responderme si...

—No, no pasa nada. Confío en ti y sé que no vas a airear mi historia por

todo Ruby Creek. —Asiento, firme, y su pecho se estremece con un suspiro desgarrador—. Él nos ignoraba casi siempre, a Nadia y a mí. Recuerdo pensar que, en ocasiones, era amable con nosotros o, al menos, todo lo amable que podía ser alguien como él, pero un día se volvió contra mí. Debió de ser el día en que todo salió a la luz. No recuerdo cuándo empezó, pero sí la última vez que ocurrió. Mi madre me defendió cuando salí corriendo a los establos y me escondí en la cuadra de mi caballo con los ojos cerrados, pero no antes de que él me rompiera la nariz. Y cuando me encontró ahí encogido juró que iba a vender mi caballo. Y ese mismo día los mozos de cuadra montaron en un remolque lo único que era mío de verdad y se lo llevaron. —Stefan se aclara la garganta y desvía un segundo la mirada hacia la ventanilla del conductor—. Al día siguiente hice las maletas y me fui a estudiar a Suiza. Tenía trece años.

—Dios mío. —Me tapo la boca con la mano—. No sabía que tenías un caballo.

—Era más como una mascota, pero era mío; mi mejor amigo. Mi caballo del alma, mi refugio. Podía pasarme todo el día en el campo con él fingiendo que yo era cualquier otra persona: un caballero, un aventurero... Las opciones eran infinitas. Cualquier cosa menos un niño atrapado en un hogar violento. En las noches malas, me acurrucaba a dormir en el suelo de su cuadra, en el pequeño establo que teníamos. Cuando Constantin lo vendió para darme una lección..., bueno, lo único que aprendí es que un corazón roto no se cura jamás.

El silencio nos envuelve mientras asimilo lo que acaba de contarme. Intento imaginarme a un niño rubio durmiendo en el suelo de un box y, en mi mente, ese niño se transforma en el hombre que he conocido estas dos últimas semanas: el que sigue durmiendo en el suelo de un box; el que me coge de la mano en el suelo de un box.

Stefan vuelve a hablar.

—Así que, a instancias de mi madre, me fui de casa y, con la nariz vendada y una maleta en la mano, dejé a mi hermanita ahí. En ese momento me pareció un castigo. Me pareció que no me querían, y, en cierto sentido, supongo que era así. Pero ahora puedo verlo como un acto de bondad. Ella solo intentaba protegerme. —Se le mueve la nuez cuando traga sin apartar la mirada del parabrisas. Contemplo su perfil, la pequeña imperfección de su nariz e intento imaginarlo sin ella, pero no soy capaz—. Lo conoció cuando era joven y vulnerable. Era una ingenua y le faltaba experiencia. Él era rico y seductor, e imagino que se montó una fachada perfecta para atraerla. Se casaron

enseguida: fue un noviazgo muy breve. En sus últimas horas, ella me contó que todo había sido maravilloso hasta que firmaron los papeles. Me dijo... — Se aclara la garganta y sus dedos se ciñen al volante hasta que sus nudillos se ponen blancos—. Me dijo que ya estaba embarazada de mí cuando lo conoció.

—Ay, joder...

Sonríe, apesadumbrado.

—Sí, joder. Él necesitaba una esposa joven y guapa para guardar las apariencias y ella necesitaba a alguien que la cuidara. Estaba embarazada, no tenía estudios y era de un pueblo diminuto al otro lado del mundo. Hizo lo que tenía que hacer, supongo, pero le salió el tiro por la culata cuando él descubrió que no era el padre.

Dios mío, es tan desgarrador que parece increíble. Es como una de esas telenovelas que me sentaba a ver con mi madre cuando volvía del instituto. Stefan se refugiaba en un establo y yo, mientras, veía telebasura y me reía con mi madre.

La vida a veces es muy cruel.

—No me lo confesó hasta que estuvo en su lecho de muerte, conectada a cables y máquinas. Y esa es una de las razones por las que vine.

Ladeo la cabeza.

—¿A qué te refieres? —pregunto cuando pasamos por los pastos oscuros. Ya casi hemos llegado.

—Me dijo que desearía no haber dejado jamás este pueblo. Que debería haberse quedado a entrenar caballos de carreras. No sé, al final era un poco incoherente, hablaba con susurros y frases entrecortadas. A lo mejor todo esto es no es más que una búsqueda del tesoro inútil. —Suspira con incredulidad—. Justo antes de morir, me dijo que mi padre biológico era camarero en Ruby Creek.

17

MIRA

—Oye. —El tono de Nadia es tan condescendiente que me estremezco.

Estoy muy nerviosa y las dos últimas noches apenas he pegado ojo. Ni todo el café del mundo podría ayudarme. De hecho, creo que el que he tomado no ha hecho más que empeorar las cosas.

—No hablo el lenguaje de las caras raras —dice—. Vas a tener que hablar conmigo. O, espera, déjame que coja mi bola de cristal.

Empujo la puerta batiente de la sala trasera para frenarla. La primera semana de Nadia ha sido excelente: es muy trabajadora, aprende rápido y tiene bastante carácter como para no dejarse avasallar por los granjeros y rancheros de la zona. Aunque tampoco estaría de más que no intentaran impresionarla.

La chica es una auténtica belleza, aunque Griff parece no haberse percatado de sus encantos y se limita a mirarla bajo su típica gorra negra. Al tío le sientan los vaqueros como a nadie, pero es cualquier cosa menos hablador. Es un hombre un poco raro. Viene de vez en cuando a traer sus caballos a la clínica, pasa unos días aquí y luego regresa a su cabaña en el bosque. Es un auténtico ermitaño.

—Griff, me alegro de verte. ¿Has traído las muestras de las que hablamos?

Asiente, deja una bolsa de papel sobre el mostrador y sale por la puerta principal como si el lugar fuera suyo.

—Menudo idiota... —murmura Nadia, poniendo los ojos marrones en blanco.

Marrones.

Es lo único en lo que puedo concentrarme. Stefan tiene los ojos de un verde muy vivo, como las esmeraldas o la brillante hierba primaveral. O como los de Hank.

Vamos, no me jodas.

Ahora que ya lo he visto, no puedo apartar mi mente de esa idea. Cada vez

que cierro los ojos, la imagen de los dos hombres se proyecta tras mis párpados, y no puedo evitar compararlos. Si no fuera por la nariz, Stefan sería idéntico a Hank cuando era más joven.

Tienen que ser imaginaciones mías. En Ruby Creek ha debido de haber un montón de camareros. Pero ¿que tengan relación con las carreras de caballos? No sé, sería mucha coincidencia.

—¿Tengo algo en la cara? —Nadia se limpia las comisuras de los labios, cohibida.

—No, no, lo siento. Solo estoy cansada. Me he desconectado por un momento.

—¿Qué le pasa a ese tío? Ha entrado aquí como si fuera famoso y yo tuviera que reconocerlo. Y no me ha dirigido la palabra. Sus modales dejan mucho que desear —resopla, ofendida.

—¿Griff? Antes vivía por aquí.

Corren muchas historias sobre Griff, pero ninguna me parece lo bastante verídica como para compartirla. Los rumores en los pueblos pueden ser innecesariamente crueles.

—Sigue siendo gilipollas —murmura Nadia, tensa, y vuelve a concentrarse en el ordenador.

Me ha ayudado muchísimo a organizar la agenda y a mantener las cuentas al día. Me facilita mucho la vida y, la verdad, disfruto de su compañía. A veces debo recordarme que solo tiene diecinueve años.

Que es la hermanastra de diecinueve años de Stefan. ¿Lo sabrá ella? Y yo que pensaba que mi familia era complicada... Pero mis dramas son una nimiedad en comparación con la bomba que Stefan me soltó la otra noche.

Y el beso...

Por eso soy reservada y no salgo con nadie. Estoy acostumbrada a quedarme en lo superficial y, de pronto, me he visto nadando en aguas profundas y no tengo ni idea de cómo gestionar esta situación. Lo que sé, lo que siento... El recuerdo de Stefan en mi cuerpo.

Estoy jodida.

—Tengo que ir a ver a Loki —anuncio. Nadia me mira como si no entendiera por qué la pongo al tanto de mi agenda—. Yo... No voy a volver hoy. ¿Puedes cerrar?

—Por supuesto. —Sus pálidos rizados dorados se mueven al ritmo de su asentimiento, como si le hubiera pedido la cosa más normal del mundo.

—Gracias.

Cojo mi abrigo marrón favorito del perchero que hay junto a la puerta principal y me lo pongo mientras salgo.

De camino a Cascade Acres, reflexiono sobre la mejor forma de abordar los dos problemas: el beso y lo que creo haber descubierto.

El beso no debe repetirse jamás. Tendré que decírselo, porque no puedo enfrentarme a ello, y no es justo que me involucre con la némesis de mi mejor amiga, lo sepa o no. Stefan y yo podemos ser amigos en secreto y él puede ser mi cliente en público. Eso es lo que voy a plantearle.

El siguiente problema es más complicado. Puedo averiguar el nombre de su madre y preguntarle a Hank, pero me estaría entrometiendo demasiado. Stefan me pidió que no fuera por ahí contando su historia y que no traicionase su confianza. No quiero darle esperanzas, porque quizá me equivoque, y tampoco quiero involucrar a Hank en algo que podría ser solo fruto de mi imaginación.

Creo que debería hacerle más preguntas, tantearle. Tal vez podríamos charlar en los establos. Haré café y nos sentaremos en el suelo. Espero con impaciencia nuestras citas en los establos. ¿O «reuniones»? Nuestras *reuniones* en el establo.

Cuando atravieso las puertas, desde la colina veo su todoterreno aparcado junto a la casa, así que me dirijo hacia ahí. Las palmas de las manos me resbalan en el volante y los nervios me atenazan el estómago. Estoy acostumbrada a mantener conversaciones difíciles a causa de mi trabajo, pero esto de verme obligada a guardar un secreto me está matando.

Y también me está matando mantenerlo a distancia.

Aparco junto a su enorme casa, en lo alto de la colina, y en cuanto salgo de la camioneta se abre la puerta principal y me encuentro ante una rubia alta y bien formada, vestida con una falda ajustada y unos zapatos de tacón caros, que se agacha para darle un beso a Stefan en la mejilla. Se me revuelve el estómago y la bilis asciende por mi garganta.

Es preciosa y hace una pareja perfecta con Stefan y su ropa carísima. Mi abrigo holgado y mi coleta me hacen parecer una indigente comparada con ellos. Me doy cuenta de que no sé nada sobre el historial de citas de Stefan. Menos que nada, en realidad.

Pero esto me viene genial para mantener las distancias, ¿verdad? Y me niego a ser la clase de mujer a la que algo así le molesta. Soy lo bastante buena para que me bese en un campo, pero en cualquier otro escenario somos

incompatibles.

—No me hagas conducir hasta el quinto pino otra vez. Para la próxima, ven a verme tú —dice la mujer con una sonrisa sincera.

Se me hace un nudo en la garganta y se me revuelven las tripas. *Vale, soy una ingenua.*

—Gracias, Jules. —Stefan ríe entre dientes y se despide de ella con un gesto. Luego, me ve—. Doctora Thorne. —Su voz es dulce y cálida, y me entran ganas de darle un puñetazo por hablarme así después de que otra mujer haya estado en su casa.

Y luego quiero darme un puñetazo a mí misma por preocuparme. A lo mejor esto no es lo que parece. En el fondo, me cuesta creer que Stefan se comporte así, pero no lo conozco lo suficiente como para no sentirme insegura.

—Hola. Solo te robaré un momento. —Voy hacia la entrada y le sonrío a Jules al pasar. Ella me devuelve la sonrisa con amabilidad y baja la barbilla. No me gusta odiar a otras mujeres, así que me limito a decirle lo que estoy pensando—. Llevas unos zapatos increíbles.

Tienen una hebilla ancha en el empeine y otra a juego que rodea su delicado tobillo de una forma muy sensual. Son muy sexis. Si no trabajara en un pueblo pequeño y no me pasara la mayor parte del día cubierta de estiércol, me encantaría llevar unos zapatos así.

Sus dientes perfectamente blancos brillan.

—Gracias. Acabo de recibirlos.

Le respondo levantando el pulgar y sigo mi camino hasta llegar a Stefan mientras ella se dirige a su BMW deportivo aparcado más adelante. Por supuesto, tenía que conducir un BMW.

Cuanto antes acabe con esto y me vaya, mejor.

—¿No entras?

—No, no puedo. Tengo que ir a ver a Loki y luego regresaré a la clínica —miento. Asiente, pero no puede disimular la decepción que se apodera de sus facciones—. Oye, no sé cómo decir esto suavemente, así que voy a soltarlo sin más: no puedes volver a besarme.

Enarca una ceja, se cruza de brazos y se apoya en el marco de la puerta.

—Ah, ¿no?

—Es inapropiado. No debería haberlo permitido. —Tensa la mandíbula, pero no responde. Se limita a clavar en mí sus ojos verdes—. Podemos seguir

siendo amigos, pero en secreto. Y cumpliré mi parte del trato. Saldremos una vez más.

—Mmm —dice, y parece cabreado.

—No eres mi tipo y yo no soy el tuyo. Es mejor así.

Dios, estoy divagando como una imbécil.

—¿No eres mi tipo? —Su cuerpo está en tensión, aunque cruza el pie sobre el tobillo con aire indiferente.

—No.

—¿Y yo no soy el tuyo?

—Exacto. —Mi voz suena clara y concisa, aunque por dentro estoy hecha polvo y me siento fatal.

—¿Y no puedo volver a besarte?

—Me alegro de que lo hayamos aclarado. —Sacudo la mano en la que llevo las llaves de la furgoneta y me doy media vuelta para marcharme.

Su voz me alcanza antes de que pueda esconderme en la seguridad de mi camioneta.

—Supongo que entonces tendré que esperar a que seas tú la que me bese.

Stefan Dalca es implacable.

El paquete que Stefan ha hecho llegar a mi apartamento para nuestra cita de esta noche me obligaba a hacer dos cosas, y no me gusta que nadie me diga lo que tengo que hacer. No hay más que preguntarle a mi familia...

Pero cuando he abierto la caja de zapatos, me he visto entre la espada y la pared.

Ya me sentía culpable por haberme dado media vuelta y haber escapado como un auténtica cobarde en lugar de contarle mi corazonada sobre Hank. Me habían desconcertado tanto la mujer que salía de su casa y su reacción cuando le dije que teníamos que frenar las cosas entre nosotros que me quedé en blanco. Ha pasado una semana y aún no sé qué pensar.

La culpa me está comiendo viva.

Ya me sentía como si estuviera metiendo las narices donde no me llaman. En este trabajo oigo de todo y soy buena escuchando, pero no voy por ahí dando palos de ciego, y menos cuando no estoy segura. Podría hacerle daño a mucha gente con mi corazonada; por ahora no es más que una hipótesis que no he investigado, y eso es lo que debería hacer: buscar más información antes de

soltarlo todo.

Pero me ha comprado los zapatos. Unos zapatos como los que llevaba la mujer que salió de su casa. Los suyos eran de un color *nude*, a juego con su precioso pelo dorado, pero los míos son negros y combinan a la perfección con mi propio cabello.

Me encantan las hebillas: son doradas y anchas, y da gusto sentir las contra la piel. A la adolescente que llevo en mi interior, y que usa un lápiz de ojos de un negro intenso, le encanta el estilo punk con clase. No tengo ni idea de cómo sabe mi número, pero me quedan perfectos.

En la caja había una nota:

«Doctora Thorne:

La limusina te recogerá el sábado a las cinco de la tarde para asistir a la recaudación de fondos de Next Chapter Thoroughbred Rescue. Nuestra última cita falsa. Es un evento de etiqueta, así que ponte los zapatos.

S.».

El duendecillo desafiante que habita en mí me dice que se los devuelva.

Pero no puedo.

Voy a disfrutar de estos zapatos porque a la única a la que castigo deshaciéndome de ellos es a mí misma. Pero si me los quedo, no voy a seguir sus instrucciones y no voy a esperar a que me recoja como si fuéramos una pareja de enamorados, porque nuestras citas son falsas. Soy más que capaz de acercarme a su casa yo solita.

Así que eso es lo que hago: me subo a la camioneta y conduzco hasta Cascade Acres. ¿Me siento fuera de lugar conduciendo la camioneta sucia de mi trabajo llevando unos zapatos de tacón caros y un vestido de noche? Sí, pero me hace sonreír. De algún modo, me siento yo misma: una mujer llena de contradicciones.

Cuando llego a Cascade Acres, mis tacones repiquetean suavemente en el pasillo de hormigón y los empleados me miran sorprendidos, pero siguen a lo suyo. Es casi la hora de salir y yo vengo mucho por aquí, así que se limitan a saludarme y a acabar con sus tareas.

—Hola, señorito Loki. —Abro la puerta del box donde están los dos alazanes—. Y tú, mami, ¿cómo estás?

Farah mueve la cabeza cuando le paso la mano por la testuz. Es un animal muy dulce. La verdad es que no hace falta que venga a ver cómo está Loki

porque ya se encuentra fuera de peligro, pero se ha convertido en parte de mi rutina diaria.

Lo que me niego a admitir es que me gusta venir porque me he vuelto adicta a la emoción que me provoca encontrarme con Stefan. Le pedí que se mantuviera alejado de mí, y ahora soy yo la que merodea en su busca.

Stefan se ha mantenido alejado de mi camino toda la semana. No lo he visto desde ese día, en la puerta de su casa, cuando le dije que no íbamos a volver a besarnos aunque podíamos seguir siendo amigos. A juzgar por la tensión en su mandíbula y por el modo en que se cruzó de brazos, no le hizo ninguna gracia.

Aunque tampoco daba la impresión de que lo había desalentado.

No se ha rendido desde el primer día que me pidió que saliéramos, así que no sé por qué pensé que esto iba a ser distinto. Bromeaba con que saliéramos juntos siempre que tenía la ocasión y yo me reía y lo rechazaba, como si fuera una broma privada. Pero el fin de semana pasado no me pareció una broma: fue como el principio de algo capaz de apartarme de mi camino. De ese que recorro con mis nuevos zapatos de tacón.

Es mejor así, aunque siempre estoy pendiente de sus pasos en el establo y mi mirada se desvía siempre hasta la casa cuando me voy. Debería alegrarme de se mantenga alejado de mí, como le he pedido, pero la verdad es que me gustaría que volviera a ser implacable.

Creo que lo echo de menos.

Por eso se me acelera el corazón cuando escucho el sonido de unos zapatos de vestir en el pasillo del establo. No suena como unas botas de trabajo o unas deportivas: suena como han sonado mis tacones. Y estoy, al mismo tiempo, temiendo y anhelando encontrarme con él por fin.

Pero me escondo tras mi mejor cara de póquer. Tengo que ser profesional y controlar lo que Stefan Dalca me hace sentir.

Me pongo a examinar a Loki de espaldas a la puerta del box para no tener que enfrentarme a él cuando llegue, pero oigo perfectamente la puerta cuando la abre a pesar de que tengo el estetoscopio en los oídos.

No dice ni una palabra, pero soy muy consciente de su mirada, como si pudiera sentir sus ojos recorriendo mi piel. Me desconcierta saber que sigue ahí, contemplándome, y su presencia me oprime el pecho y amenaza con robarme el aliento.

Y el corazón.

Cuento los segundos guiándome por los latidos de mi corazón a pesar de

que sigue ahí, distrayéndome, pero cuando me doy media vuelta, se me queda la mente en blanco. Está apoyado en el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos de su esmoquin azul marino hecho a medida, pasándose la lengua por el interior de la mejilla. Lleva el pelo peinado hacia atrás, sin un solo mechón fuera de su sitio.

Pero sus ojos son tormentosos, caóticos, y parecen más oscuros que su habitual tono brillante.

—Te has puesto los zapatos.

Su voz es profunda y autoritaria, y me encanta. Con Stefan no tengo que ser dura e independiente todo el tiempo, porque no piensa mal de mí si no nuestro fortaleza, y el fin de semana pasado bajo la lluvia fue buena prueba de ello. Primero me besó hasta hacerme perder la consciencia y luego volvió a tratarme como si fuera perfectamente capaz de conducirme sola y no necesitara que me mimaran.

—¿Cómo no? Son preciosos. Gracias.

—Bueno, has venido hasta aquí sola y te has metido entre el serrín sucio y el estiércol, pero no estoy decepcionado. Esperaba que te calzaras un par de deportivas solo para ponerme en mi lugar. Aun así, he pensado que quizá te animarías a usarlos algún día. —Sus labios dibujan una sonrisa sugerente.

—Ah, sí, claro. En cualquiera de los muchos eventos lujosos a los que asisto como veterinaria de un pueblito.

—Yo no estaba hablando de ningún evento... —sonríe, y me guiña un ojo.

¿Está insinuando lo que creo que está insinuando?

Loki elige ese momento para pasar junto a mí y meter la cabeza en el hueco del brazo de Stefan con un pequeño relincho.

—¿Se está acurrucando en tu brazo?

Stefan sonríe y saca la otra mano del bolsillo para acariciar el cuello del joven potro.

—Los caballos son muy buenos juzgando el carácter, ¿no lo sabías? —Loki se acurruca aún más. La escena es absolutamente adorable, y más ahora, que sé lo del caballo que Stefan tenía de niño—. Nos hemos hecho amigos estas últimas semanas. A veces lo acompaño al prado y me siento ahí con el portátil para trabajar un rato. Es tan inocente... Mi primera incursión en esto de la cría no fue demasiado bien, así que quiero aprovechar el tiempo mientras esté aquí.

Trago saliva. Stefan es un puñetero incomprendido, y me inunda la rabia al pensar en lo crueles que son mis amigos con él. Si pudieran ver esta faceta

suya, la que salta en mi defensa y abraza potrillos, lo verían de otra manera. ¿Cómo no iban a hacerlo?

Levanta la vista justo a tiempo para pillarme boquiabierta, y sus ojos muestran un brillo cautivador.

—Estás preciosa, Mira.

Casi ronroneo ante el cumplido. La forma en que me contempla hace que se me acelere el pulso, pero es que este vestido rojo burdeos me queda genial. Es de seda y me llega hasta la mitad de las pantorrillas, y el escote de pico tapa lo imprescindible: las tetas, porque no puedo llevar sujetador con él.

Me llevo las manos al estómago para calmar el hormigueo.

—Gracias. Tú tampoco estás nada mal. —¿Nada mal? Está para comérselo. El Señor Púrpura va a tener muchísimo trabajo esta noche—. Para ser una cita falsa, digo.

Aprieta los labios y tensa la mandíbula; sale del establo y mantiene la puerta abierta para mí. Le doy unas palmaditas a los caballos y salgo del box a la tranquilidad del pasillo. El personal ya se ha marchado y solo quedamos los dos, uno frente al otro.

Los ojos de Stefan recorren mi cuerpo y se detienen en mis pies.

—Llevas una hebilla desabrochada.

Miro los preciosos zapatos nuevos, agradecida por la excusa que me acaba de ofrecer para apartar la vista y recuperar el aliento.

—Ay, gracias —suspiro.

No debería quedarme sin aliento por un hombre que pasó la noche con otra mujer después de besarme a mí como lo hizo.

—Déjame a mí.

Stefan da un par de pasos, se arrodilla a mis pies y coge la correa. Verlo de rodillas ante mí sí que me deja sin aliento.

Su cálida mano me rodea el tobillo y reprimo un escalofrío. Se frena un instante, pero mantiene la cabeza baja. Sus dedos se mueven con destreza y pasan la correa por la hebilla dorada. Cuando termina, no me suelta el tobillo, como si se hubiera quedado hipnotizado por el esmalte rojo de mis uñas. Pero entonces desliza la mano por mi pantorrilla y alza la vista para clavar sus ojos verdes en los míos, hablándome sin palabras, mirándome como si fuera la cosa más increíble que ha visto, desbordado de emoción.

Se me encoge el pecho, y ni siquiera intento no perderme en su mirada esmeralda. Los segundos pasan y sus dedos siguen acariciando mi pantorrilla.

La caricia es suave, pero yo la siento con tanta intensidad... Un calambre cálido me recorre el interior del muslo y aprieto los labios para que no se escape de ellos un gemido.

Carraspea, se levanta y deja a mi cuerpo suplicando que vuelva a poner sus manos sobre mi piel desnuda. Sus dedos me rodean la muñeca como una pulsera, me besa la palma de la mano y el estómago me da un vuelco.

Como siempre me ocurre con él.

—Deberíamos irnos —dice; me suelta y va hacia la puerta sin parecer alterado en absoluto, aunque yo todavía necesito un par de segundos para volver a sentir el suelo bajo mis pies.

Algo ha cambiado, y no podría decir lo que ha sido o lo que significa ni aunque mi vida dependiera de ello. Lo único que sé es que habría dado cualquier cosa por que su mano siguiera avanzando.

Quiero sentir sus labios sobre mi piel.

18

STEFAN

Durante el largo trayecto hasta el Vancouver Club, un lujoso local privado, la tensión entre nosotros se palpa en el ambiente. Me siento tan atraído por Mira, y me pone tan nervioso que califique esta cita como «falsa», que apenas puedo resistir la tentación de levantarle el vestido hasta la cintura y enterrar mi cara entre sus piernas sin importarme lo más mínimo que el conductor pueda vernos.

Me encantaría preguntarle si sigue pensando que esto es algo falso después de hacer que se corra con tanta fuerza como para dejarla muda.

Pero no pienso hacer nada: le he dicho que quería que me suplicara; le he dicho que no iba a besarla, y, a pesar de lo que piense de mí, soy un hombre de palabra. Un hombre honrado.

Así que viajamos en silencio, cada uno en un extremo del asiento de cuero negro. En un momento dado, el conductor sube el volumen de la música para llenar el silencio. Debe de pensar que somos una pareja que acaba de discutir y que ahora mismo se detesta con todo su ser. No sabe que la tensión entre nosotros se debe a que lo que en realidad queremos es arrancarnos la ropa, por mucho que Mira finja que no se da cuenta de la química que tenemos. Es lo bastante lista como para haberlo notado, pero también para ignorarlo.

Quizá después de esta noche se dé cuenta de la clase de hombre que soy en realidad.

Le doy una propina al conductor cuando nos detenemos frente al antiguo edificio de piedra, y él va hasta la puerta de Mira para abrirla; le sonrío y a mí me frunce el ceño como si me hubiera comportado como un imbécil, y supongo que así ha sido. La verdad es que me he pasado todo el camino jugando al *Mario Kart* en el móvil en lugar de intentar entablar conversación.

Ella se lo ha pasado mirando por la ventanilla.

Me encantaría que me dijera qué está pensando, pero sé que no es la clase de

mujer que habla de sus sentimientos o de sus pensamientos más profundos a las primeras de cambio, y eso es parte de lo que me gusta de ella. Es como una cámara acorazada que me muero por abrir para ver lo que esconde.

Yo podría guardar sus secretos; ella podría ablandarse, dejarse llevar, y yo seguiría permitiéndole ser la mujer ferozmente independiente que es. No quiero domesticarla: solo quiero un asiento en primera fila para ver cómo triunfa.

Sale del coche y le da las gracias al conductor con una leve sonrisa, y los celos me inundan al instante. Quiero que me sonría así, que no me ignore. Quiero que me mire como lo ha hecho cuando le he acariciado la pierna. Pero me conformo con posar la mano en la parte baja de su espalda cuando subimos las escalinatas del opulento club y, cuando mis dedos rozan su piel, reprime un gritito ahogado. Estoy acostumbrado a este gesto cuando lleva una camisa, no un vestido sin espalda y, sin nada entre nosotros, un cosquilleo me recorre la mano y mi pulgar se mueve por sí solo para acariciar la suave curva de su columna.

No puedo controlarme cuando la tengo cerca.

Debe de hacer demasiado frío para lo que lleva puesto, porque se acerca más a mi costado. La estrecho contra mí y deslizo la mano hasta sus caderas. El vestido es tan fino que puedo sentir el encaje de las bragas que lleva debajo.

Entramos por la puerta principal del edificio histórico y subimos otro tramo de escaleras hasta el salón de baile. Las molduras de las paredes son de color crema y dorado, las ventanas lucen cortinas de terciopelo rojo y de las lámparas de araña cuelgan multitud de cristales y cuentas. Todo el lugar dice a gritos «Dinero».

Nos detenemos en la puerta y me mira con los ojos muy abiertos. Esta noche va más maquillada que de costumbre y lleva el pelo sedoso y brillante, como ónice pulido. No sé si se da cuenta de que es, con diferencia, la mujer más hermosa de la estancia.

—Vamos. Será mejor que disfrutemos de nuestra última cita falsa. Habrá muchas caras conocidas. —Esas palabras me saben amargas, pero intento que no se refleje en mi rostro.

Mira asiente y escudriña el salón.

—Entonces, vamos a tener que mantener una distancia profesional.

Reprimo una protesta porque me importa un bledo lo que piense la gente. Quiero que se mantenga a mi lado para que todos la vean.

Pero antes de que pueda decir nada, se aleja hacia el bar, y todas las cabezas se vuelven en su dirección.

Contemplo el contoneo de sus caderas, el movimiento de su culo, los delicados tobillos con esos tacones. Quiero que los apoye en mis hombros mientras la devoro.

Yergo los hombros e intento controlar mi creciente erección, algo que ya empieza a ser costumbre cuando la doctora Mira Thorne está cerca. Me pongo a su lado en la barra del bar, junto al rincón, y nos envuelve el murmullo constante de la conversación, el tintineo de las copas, el sonido de alguna que otra carcajada.

Aquí la gente solo intenta aparentar, no como en casa de Mira, en donde todos se mostraban tal y como son, aunque fuera de forma entrometida y prepotente. Estos eventos me recuerdan por qué dejé atrás este estilo de vida. Sí, me visto de traje en las carreras o en las reuniones con los patrocinadores del refugio, pero me paso la vida con vaqueros y jerséis para trastear por la granja: ahí me siento seguro y soy la versión de mí mismo que quiero ser.

Aquí me siento de nuevo como cuando era joven: los tejemanejes, los toma y daca, la charla de «yo te rasco si tú me rascas». A alguna gente le impresiona la riqueza, lo sé de sobra.

Pero yo he venido para una cosa muy concreta. Y puedo verlo al otro lado de la sala, contando una historia y gesticulando animadamente ante un grupo de gente que finge interés. Un metro más bajo que todos ellos y mucho más detestable. Una auténtica víbora, y justo la clase de hombre que hace que se me acabe la paciencia.

El tío se toma la vida como una partida de damas, pero yo soy jugador de ajedrez.

Y Patrick Cassel está a punto de descubrirlo por las malas.

Mira se acerca a la barra cuando los que estaban delante de ella se van con sus bebidas.

—Una cerveza en copa de champán, por favor.

El camarero, con el ceño fruncido, la mira como si acabara de salirle otra cabeza.

Ella lo mira con altivez.

—¿No me he expresado con claridad?

El hombre se pone en marcha, negando como si su petición fuera una ofensa. Cuando se oye el chasquido de una botella al abrirse, Mira coge el vaso

con una sonrisa falsa.

El camarero se vuelve en mi dirección. Me rasco la barba incipiente, estudiando el bar bien abastecido.

—Tomaré lo mismo que la señora.

El hombre pone los ojos en blanco y Mira suelta una risita. ¿A quién le importa lo que piense un camarero cuando ella se ríe así? Su cara refleja pura diversión.

—Muy elegante, señor Dalca.

—Ya somos dos, doctora Thorne.

Le guiño un ojo y ella sonríe y se vuelve para contemplar la sala abarrotada, repleta de mujeres elegantes y hombres con esmoquin. No se pierde detalle.

—Aquí hay un montón de gente conocida.

—Ya lo suponía. —Cojo la copa de la barra y dejo una propina antes de darle un sorbo a la cerveza.

—Qué gracia —dice, aunque no parece en absoluto divertida—. Aquí hay gente que no trata demasiado bien a sus caballos. De hecho, yo diría que son parte del problema de esta industria y la razón por la que tantos purasangres jóvenes acaban dañados e inútiles. Y, sin embargo, aquí están, firmando cheques como si eso los eximiera de responsabilidad.

Suena muy agresiva, pero tiene razón: en esta industria hay un montón de gente poco recomendable.

—Debes de estar harta de ver esas cosas.

Da un rápido sorbo a su bebida y sus ojos color chocolate brillan con inteligencia.

—No te haces una idea —dice, y mira hacia donde está Patrick, al otro lado del salón. Para ser tan pequeño, sabe proyectar la voz.

Vuelvo a pasarle la mano por la espalda y la guío entre la multitud, deseando palpar otra vez el encaje de sus bragas. Mi dedo índice se desliza por la fina tira. *Dios mío, estas bragas deben de ser minúsculas.* Cuando vuelvo a dibujar esa línea, incapaz de contenerme, ella se acerca a mi oído.

—No me toques. No tengo ganas de formar parte del turno.

Parece muy satisfecha consigo misma, pero yo no tengo ni idea de lo que habla.

—¿De qué turno?

Resopla.

—Ya sabes. Mi turno es los sábados por la noche, y los domingos por la

noche, el de la rubia sexy.

—¿Rubia sexy? —Me freno en seco y, con un tirón, hago que se dé la vuelta para mirarme.

Pone los ojos en blanco.

—La de los zapatos. —Señala sus pies—. La que se marchaba el lunes por la mañana cuando yo llegué.

Echa un vistazo sobre mi hombro y señala: Juliette Monroe. La suposición es tan absurda que me dan ganas de echarme a reír a carcajadas. Me vuelvo de nuevo hacia su rostro furioso.

—Jules es mi abogada.

—Tu... abogada. —Da un largo trago y sacude la cabeza, mirando a otro lado—. Serás idiota... —murmura para sí, y sus mejillas se incendian con el mismo tono del vestido. Una parte de mí quiere reírse, pero, sobre todo, quiero hacerla entrar en razón.

Me acerco para dejarle bien claro lo que hay entre nosotros y cuáles son mis intenciones para con ella, pero me interrumpe una de las voces más molestas sobre la faz de la tierra.

—Vaya, vaya, vaya. Mira qué tenemos aquí. ¿Cómo llevas el descanso de la temporada, Dalca?

Inspiro hondo y le echo un vistazo a Mira. Parece insegura, pero ha llegado el momento. Doy un paso adelante para mantenerla lo más alejada posible de Patrick.

La sonrisa no me llega a los ojos. Aprendí a dominar esa expresión cuando era joven.

—Patrick, qué alegría verte. ¿Cómo estás?

Patrick sonrío. Sus dientes son demasiado blancos y su pelo, demasiado grasiento. No tengo ni idea de por qué lo contraté; supongo que por su historial de victorias. *Demasiadas victorias*. Ya me he machacado bastante por ello.

Ahora que sé qué clase de hombre es Patrick, no voy a permitir que se salga con la suya.

—Estoy genial, haciendo realidad mis sueños y montando caballos mejores que los tuyos. La gente como nosotros siempre cae de pie. ¿Te estás tirando a la veterinaria? —Hace un gesto hacia Mira y me sonrío, como si me estuviera suplicando que le diera un puñetazo y le dejara un buen chichón con mis propias manos. Mira aparece a mi lado, con el rostro sereno y la cabeza

ladeada, como si estuviera evaluándolo y pensara que no da la talla. Rezuma condescendencia.

—¿Sabes que puedo castrar a un cerdo con la misma facilidad con la que castro a un caballo, Patrick? Aunque sea tan pequeño como tú.

Me encantaría verlo.

Echo un vistazo por encima de mi hombro para localizar a Jules donde la vi por última vez, charlando con alguien. Se gira en mi dirección y asiente. En esta ocasión, mi sonrisa es auténtica. Voy a disfrutar con esto.

—¿Qué quieres decir con «la gente como nosotros», Patrick? —Se ríe como si yo estuviera siendo obtuso a propósito, pero la verdad es que pensar que pueden meterme en el mismo saco que él me pone la carne de gallina. Yergo los hombros, me ajusto los gemelos y lo miro con altivez—. Siempre he creído que la mejor forma de juzgar a un hombre es por sus actos y no por sus palabras. —Patrick frunce el ceño y la gente que nos rodea empieza a prestarnos atención—. Hablas como si fueras el rey del mundo, pero la verdad es que acosas a las mujeres con insinuaciones no deseadas y drogas a los caballos para ganar.

Palidece, y Mira se vuelve en mi dirección. A nuestro alrededor crecen los murmullos. A la gente le encanta el drama, y yo estoy a punto de darles algo de lo que hablar.

—Contrólate, Dalca —dice en tono gélido; entrecierra los ojos acuosos y su expresión se vuelve despiadada.

—Eres como la peste, Patrick. Una plaga. Y yo tengo toda la documentación que necesito para probarlo. —Un par de oficiales aparecen por el pasillo, tal y como Jules y yo planeamos—. Si drogas a mis caballos, te atienes a las consecuencias.

Balbuze, pero un agente lo interrumpe.

—¿Patrick Cassel?

El agente le explica los cargos, le lee sus derechos y le sugiere que llame a un abogado. Y debería hacerlo, porque me encantará malgastar el dinero de mi padrastro para enterrar a esa víbora.

Patrick tiene un aspecto sombrío y está blanco como la leche.

—Esto no ha terminado, Dalca —escupe con rabia, mirándome a los ojos.

—Eso espero. —Me meto las manos en los bolsillos y sonrío—. Apenas he empezado a destruirte.

Patrick está rojo como un tomate cuando los agentes se lo llevan. Le sienta

bien.

—Increíble —murmura Mira, boquiabierta—. ¿Tenía razón?

Deja la bebida en una mesa alta y va tras él por el pasillo oscuro al fondo del salón de baile. Una señal de emergencia ilumina la puerta. Parece tan atónita como fascinada.

—¿Lo vas a acompañar a comisaría? —bromeo—. No pensaba que fueras tan morbosa.

—¿Estás de broma? —Sigue por el pasillo, con la cabeza ladeada para escuchar las excusas que desgrana la lengua viperina de Patrick—. ¿Crees que me habría metido en toda la sangre y el *gore* de las carreras de caballos sin ser morbosa? Esto es genial. No te imaginas lo que me cuesta no sacar el móvil y ponerme a grabarlo todo. Esto es oro puro. Quiero recordar esta noche el resto de mi vida. Es la mejor cita que he tenido jamás.

Cuando la puerta se cierra tras ellos, ella se apoya en la pared con un suspiro de satisfacción. Y no se me escapa que no ha dicho «cita *falsa*».

—¿Cómo lo has conseguido?

Sonrío e hincho el pecho, muy orgulloso de mí mismo por lo bien que ha salido todo.

—El día que me contaste tus sospechas hice que otro veterinario realizara análisis de sangre a todos los caballos de Bell Point Park. Cuando dieron positivo en esteroides, contraté a un investigador privado para que me ayudara a encontrar pruebas.

—¿Por qué no me lo pediste a mí? ¡Podría haber ayudado!

—Porque quería que los análisis los hiciera un tercero imparcial. Tú tenías demasiada relación con Patrick como para poder comparecer ante un tribunal. Y de ninguna manera iba a permitir que te involucraras en esto.

—Qué honrado. —Pone los ojos en blanco.

Doy un paso hacia ella, muy consciente de que estamos ocultos por la oscuridad del pasillo.

—Sabes que tengo razón.

Los ojos claros de Mira muestran asombro.

—Creo que estaba equivocada contigo. Creo que todos lo están.

Echa la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual cuando doy otro paso y nuestros pies quedan a tan solo un par de centímetros.

—Creo que estabas equivocada conmigo en muchas cosas, doctora Thorne.

—Pongo las manos sobre la pared, a ambos lados de su cabeza—. La única

razón por la que mi abogada vino a casa es porque me ha ayudado a organizar todo este espectáculo.

—Oh —susurra.

—Sí, oh. Pero he disfrutado mucho de tus celos. ¿En serio crees que llevo meses pidiéndote que salgas conmigo para ir detrás de otra mujer cuando por fin consigo probar tus labios? ¿Pensabas que iba a rendirme tan fácilmente?

—No, pensé que me tomabas el pelo, que no era más que una broma. Un juego.

Me agacho para susurrarle al oído.

—Lo que siento por ti no es ninguna broma. Y seguiré diciéndotelo hasta que te lo creas.

Se le acelera la respiración y la piel aterciopelada de sus pechos se estremece cuando jadea.

Levanto el dedo índice y lo paseo por el tirante que reposa sobre su clavícula.

—Soy un hombre muy muy paciente. Sé lo que quiero y estoy dispuesto a esperar. No me importa seguir esperando hasta que estés en el mismo punto que yo. —Deslizo el dedo hasta su hombro y siento su cálido aliento sobre mi mandíbula cuando baja la barbilla para ver el movimiento. No aparta la vista de mis dedos—. Es una lástima que ya no me dejes que te bese, porque ahora mismo podría devorarte, Mira.

De pronto, me agarra de la camisa y me pega a ella. Me rodea la nuca con la otra mano, acerca mi cara a la suya y me besa con tanta ansia que me da un vuelco el corazón.

El beso no es frenético: es duro, y su boca se ciñe contra la mía como si quisiera absorberme el alma. Casi parece una disculpa.

Disculpas aceptadas.

Recorro el borde de sus labios con la lengua y ella gime; abre la boca y nuestras lenguas se encuentran al instante. Me estrecha aún más contra sí y yo me deleito con el contacto. Los ruidos del evento resuenan al otro lado del pasillo, pero aquí, envueltos en las sombras, estamos en nuestro universo privado.

Solos los dos.

Sus suaves pechos se pegan a mí e imagino cómo sería deslizar mi polla entre ellos, contemplando sus ojos bien abiertos entre sus tetas brillantes. Mis manos descienden hasta ellas, suaves como plumas. Son una tentación. Sus pezones se endurecen contra la fina seda y sus labios suaves se mueven contra los míos.

Nada de esto es falso: nuestros cuerpos, nuestras mentes, nuestros corazones. Es lo más auténtico que he tenido en mi vida, y no pienso permitir que se me escape entre los dedos.

En lugar de eso, voy a hacer que se corra con ellos.

Me aparto un poco para pellizcarle el lóbulo de la oreja con los dientes y ella gime a modo de protesta.

—¿Recuerdas lo que te dije que iba a hacer si te tenía entre la espada y la pared, doctora Thorne?

—¿Qué? —Su voz ronca es pura lujuria.

—Te dije que tú ibas a ser la cena.

19

MIRA

El aire escapa de mis pulmones y el sonido de mi jadeo me inunda los oídos, acallando el ruido de las conversaciones educadas y la música clásica que suena en el salón de baile. Stefan me sonrío como si supiera algo de lo que yo no tengo ni idea y, por primera vez en mi vida, creo que puede ser cierto.

Me devano los sesos intentando recordar la primera vez que me pidió que saliera con él. Ha pasado tanto tiempo que ni siquiera me acuerdo. Se ha convertido en una constante en nuestra relación, un toque cómico para la incómoda tensión que me supone trabajar para el enemigo de mi mejor amiga.

¿Es poco profesional? Quizá. ¿Imprescindible para romper el hielo? Sin duda.

No sé por qué jamás se me ha pasado por la cabeza que pudiera ser real. Cómo me toca, cómo me defiende y todas las interacciones entre nosotros, de repente, me golpean en la cabeza como si fuera una adolescente torpe que no ha visto venir el balón prisionero.

He estado fintando y esquivando la pelota durante años solo para descubrir que todo este tiempo he estado practicando el juego equivocado.

Los labios cálidos de Stefan me acarician el cuello. Se me pone la carne de gallina y aprieto los muslos.

—¿Qué me dices, Mira? ¿Vas a dejar que te pruebe? ¿Te gustaría?

Su boca desciende por mi esternón y me da un rápido mordisco en el pecho antes de seguir su camino descendente. Se me seca la boca al ver a ese hombre perfecto bajando por mi cuerpo. Siempre tengo una frase ocurrente o un comentario sarcástico a punto, pero en este momento la sangre ha escapado de mi cerebro y ha ido a anidar entre mis piernas.

A todas las razones que podría tener para negarme les han salido alas y se han escapado volando por el pasillo.

—Sí —digo, deshaciéndome de toda cautela.

Sus dientes encuentran uno de mis pezones a través de la fina tela del vestido y me muerde con suavidad antes de chuparlo. De mi garganta se escapa un gemido.

—Silencio, gatita —murmura, arrodillándose—. No quiero que nos interrumpen.

Bajo la cabeza justo cuando posa las dos rodillas en el suelo.

—¿Aquí?

Me da un beso en el estómago y pasea los dientes por el hueso de mis caderas.

—Ya he esperado bastante, ¿no crees?

Me palpita el clítoris y muevo las caderas hacia él. Stefan Dalca está arrodillado ante mí, con las manos en mis muslos, orgulloso y elegante, aunque un poco descolocado. Me desea. Puedo verlo con claridad en sus ojos, y no hace nada por ocultarlo. Y ese sentimiento debe de ser contagioso o, quizá, ver a ese hombre de rodillas ante mí dos veces en un día es más de lo que puedo soportar.

—¿Y si viene alguien?

Me desabrocha la hebilla del tobillo con gesto juguetón.

—Ay, vaya. Necesitas que te abroche el zapato. Otra vez.

Me muerdo el labio y echo un último vistazo al pasillo. Aquí estamos bastante escondidos y no soy yo misma esta noche, así que mando al diablo las consecuencias.

—Sí, a la mierda. Espera. —Agarro la tela y me subo el vestido lo más rápido que puedo.

Pero no debe de ser lo bastante rápido para Stefan, porque levanta lo que queda y desaparece bajo la cortina de seda roja. Se pone una de mis piernas por encima de su hombro y me rodea con uno de sus fuertes brazos para inmovilizarme contra la pared. Su cara está tan cerca de mi coño que siento la humedad de su aliento en mis bragas; sus dientes se deslizan por la cara interna de mi muslo y me da un mordisco que casi duele, aunque hace que mis caderas se acerquen más a él.

—Eso por hacerme esperar tanto.

—Lo siento —susurro, y ni siquiera me importa lo raras que son esas palabras saliendo de mi boca. Solo quiero que no se detenga.

Me acaricia el muslo y siento la vibración de su risa en mis entrañas.

—No, soy yo quien lo siente.

—¿Por qué? —jadeo.

—Por esto. —Agarra mi tanga de encaje y tira con fuerza.

El sonido que hace al rasgarse resuena en el pasillo, coreando mi grito ahogado.

—Pero qué coj...

Mi intención de regañarlo muere en mis labios entreabiertos porque Stefan no pierde el tiempo y posa su boca sobre mí. Echo la cabeza hacia atrás contra la pared y el techo se llena de pintitas brillantes.

Es oficial: estoy teniendo una experiencia extracorpórea.

Empieza despacio, lamiéndome. No puedo hacer nada con una pierna colgada de su hombro. Tengo los nervios de punta y un ruido gemido se escapa de mis labios; me tapo la boca con una mano y dejo caer la otra sobre su nunga. Hasta el tacto de la seda del vestido me parece sensual, como su lengua deslizándose por mi sexo.

—Deliciosa —murmura antes de mordisquearme con suavidad.

—Dios mío. —La palma de mi mano me amortigua la voz y cierro los ojos al sentir sus labios, su lengua y sus dientes entre mis piernas.

Es todo un maestro, y yo estoy tan excitada que mis caderas se contonean con lascivia y cabalgo sobre su cara. Solo puedo pensar en lo bueno que es esto y en que no quiero que se detenga.

Se aparta un poco, me recorre la abertura con el pulgar, gimiendo, hasta llegar a mi clítoris. Lo acaricia con firmeza y, de pronto, lo único que quiero es verle la cara. Me subo la falda y la sujeto contra mis caderas, y veo los ojos verdes de Stefan contemplándome con avidez. Sus dedos se hincan en mis muslos con tanta fuerza que van a dejarme marcas, y con su otra mano juega con mi sexo como si le perteneciera y pudiera usarlo a su antojo.

El calor que inunda mis mejillas desciende por mi cuello hasta mi pecho.

Tiene el pelo revuelto y le brillan los labios.

—¿Siempre estás tan mojada por mí, Mira?

Dios mío. Creo que jamás me he enrollado con nadie que hablara tanto. A lo mejor por eso el resto de mis encuentros fueron una mierda. A lo mejor por eso estoy empapada.

—Creo que jamás me he mojado tanto por nadie —susurro.

Stefan esboza una seductora sonrisa ladeada y su pulgar se desliza por mi abertura. Le ha gustado la respuesta.

Una parte de mí quiere desmoronarse porque nadie me ha mirado nunca

como Stefan, tan cerca, pero la otra solo quiere abrir más las piernas y dejar que haga lo que quiera. No me da tiempo siquiera a considerar la idea: su cabeza desciende y dos dedos se deslizan en mi interior.

—Joder. —Ni siquiera suena como mi voz.

Con los labios de Stefan sobre mí me siento una mujer diferente: la mujer que quiero ser, libre de nervios y timidez. Con sus manos sobre mí, florezco, como si me alimentara de la energía que crepita entre nosotros.

Y ahora mismo, mientras cabalgo sobre sus dedos y él me tortura con la lengua, saltan chispas.

Siento una presión familiar en la base de la columna y me tiemblan las piernas. Sus dedos entran y salen de mí rítmicamente mientras su lengua dibuja círculos contra mi clítoris.

—Stefan —jadeo—. Stefan..., voy a...

Levanta la cabeza de golpe y presiona con el pulgar el manojito de nervios donde estaba su lengua.

—Córrete para mí, Mira.

Un rápido círculo de su pulgar más y me corro. La tensión llega a su clímax cuando el orgasmo me invade como una ola que se abate sobre mi cuerpo. Stefan no aparta la vista de mí: sus dedos siguen torturándome y sus ojos recorren mi cara, mi cuerpo, todos mis movimientos.

Es increíble el placer que hay en su mirada. Es como si hubiera disfrutado de mi orgasmo tanto como yo.

Me invade la timidez y me tapo la cara con el brazo. El otro cuelga flácido a mi costado, con el vestido aún estrujado entre mis dedos.

—Deja de mirarme —digo, a mitad de camino entre una risa y un jadeo.

—No puedo —gruñe. Siento un cosquilleo en las entrañas cuando se echa hacia delante y me da un suave beso en el pubis que me estremece todo el cuerpo.

Va a acabar conmigo.

Sus dedos revolotean sobre mi muslo y lo acarician suavemente antes de apartarlo de su hombro. Me coge la mano y me separa los dedos para que la tela caiga sobre mis muslos desnudos y mis bragas rotas.

—Me debes unas bragas.

—Te compraré un almacén entero si con eso puedo seguir rompiéndolas.

Pongo los ojos en blanco y suelto una risita infantil por culpa de los nervios y la tensión. Estoy segura de que ese sonido jamás había salido antes de mis

labios.

—Puede ser...

—¿Puede ser? —Estira la seda sobre mis muslos y me coloca el vestido sin levantarse.

—Puede ser que ahora entienda a qué venía tanto alboroto...

Se pone de pie, cerniéndose sobre mí con cara de preocupación.

—¿Ningún hombre te había hecho esto?

Se me crispan los labios y se me encienden las mejillas. Acaba de poner la boca en la parte más íntima de mi cuerpo y no puedo hablar con él de sexo como cualquier ser humano normal.

—No, no. Sí que lo han hecho. Y siempre ha estado... ¿bien? No sé, siempre ha sido un poco raro. Hasta el sexo. Nunca ha sido... No sé, siempre he intentado que me gustara y estaba bien, quizá un poco mecánico, pero nunca ha sido tan... emocionante. A veces, incluso ha sido un poco aburrido.

Joder, estoy desvariando. Estaba convencida de que iba a acabar con mis neuronas y eso es justo lo que acaba de pasar.

Su rostro serio se transforma lentamente en una sonrisa de chulería que me arranca un escalofrío y las palabras mueren en mis labios cuando abro los ojos de par en par. Es una sonrisa depredadora. Se agacha hacia mí y me besa despacio, con suavidad, haciendo gala de toda su experiencia; y yo me derrito. Puedo saborearme en sus labios, y eso despierta un instinto dormido en mi interior. Cuando se separa, intento tirar de él de nuevo hacia mí, y él suelta una risita y me pellizca el lóbulo de la oreja con los labios.

—¿Aburrido? Doctora Thorne, ¿todavía no te has dado cuenta de que me encantan los retos?

No, está claro que nunca había sido así.

—Vámonos de aquí. —Lo cojo de la mano y tiro de él hacia la salida de emergencia.

—¿Qué pasa? ¿No quieres hacer algunos contactos? —Su voz está cargada de diversión... y de algo muy seductor.

—¿Y tú?

—No. —Se pone a mi lado y posa su mano sobre mi espalda, como hace siempre. Me acerco más a él al sentirlo. Antes me ponía nerviosa, pero ahora me vuelve loca.

—¿Te he dicho ya lo bien que te queda esto? —Se ríe entre dientes y le da un tirón al elástico de mis bragas rotas, que se estampa contra mi piel.

Pervertido.

Sonríó de todos modos, disfrutando de su admiración.

—Solo te he traído aquí esta noche para que vieras cómo Patrick se caía de su pedestal.

Suelto una risita mientras bajamos las escaleras con una urgencia inexplicable.

—Qué considerado por tu parte incluirme en tus planes...

—Ya te lo he dicho: no soy el villano que crees que soy.

—O tal vez eres justo quien creo que eres, y me gusta.

Le brillan los ojos y su sonrisa se vuelve lobuna cuando llegamos al rellano y salimos al aire fresco de la noche.

—Tal vez...

Vamos a buscar la limusina al aparcamiento con los dedos entrelazados. A decir verdad, eso es algo que no había hecho jamás. ¿Pedir un taxi o un Uber? Claro. Pero ¿tener chófer? Es bastante raro, y más cuando lo encontramos y nos subimos al vehículo. Las cosas entre nosotros estaban tan tensas antes que el tipo me dedica miraditas escépticas a través del retrovisor, como si estuviera preocupado por mí... o por mi cordura. Supongo que no puedo culparlo: hemos salido demasiado pronto del evento y ahora estoy acurrucada contra Stefan en lugar de apoyada en la puerta, mirando por la ventanilla mientras él jugaba al *Mario Kart*. Sí, lo vi. Y se le daba fatal, así que estaba claro que tenía que practicar, y dejé que lo hiciera para perderme en mis pensamientos durante un rato.

Atravesamos a toda velocidad la ciudad en sombras; las luces son apenas una mancha borrosa en la ventanilla. Pasamos por curvas y puentes, pero solo soy consciente de los dedos de Stefan acariciándome el pelo, de su muslo fuerte y cálido contra el mío. Estoy acurrucada contra la chaqueta de su traje y puedo sentir entre mis piernas los restos pegajosos de la tórrida escena que ha tenido lugar en el pasillo.

El viaje de regreso a Ruby Creek se me hace demasiado largo. Creía que iba a apagar el fuego que hierve en mis venas, que me haría cambiar de opinión sobre la cordura de enrollarme con el enemigo de mi mejor amiga, pero cuanto más nos acercamos a casa, más pierdo el control.

Pongo la mano sobre su rodilla y la acaricio con dedos temblorosos. Lo único que deseo ahora mismo es que desaparezca toda la ropa que hay entre nosotros: quiero sentir su piel sobre la mía, tener sus hombros sobre mí, sus

manos en mis caderas. Nadie me había excitado tanto, jamás.

Sin siquiera pensarlo, deslizo la mano por el interior de su muslo. Mi cuerpo sabe exactamente dónde quiere ir, dónde quiero estar. La punta de mis dedos recorre la costura de su pantalón. Noto el dobladillo de sus calzoncillos bajo la tela carísima y comprendo perfectamente por qué me ha roto las bragas.

¿Cómo no me he dado cuenta antes de que lo nuestro no eran solo negocios?

Estoy tan centrada en mí misma, en mi trabajo y en los libros y cuidando de todo el mundo que ni se me había pasado por la imaginación.

Pero se acabó. Yo también necesito divertirme.

—Mira. —La voz de Stefan es grave cuando sus labios se mueven contra mi pelo—. Si no vigilas lo que estás haciendo con la mano, voy a subirte a mi regazo y vamos a follar aquí mismo, en este coche.

Separo los labios e inspiro hondo. Creo que jamás le había oído decir una palabra vulgar, y no esperaba mojarme tanto cuando lo hiciera. Miro hacia abajo y me topo con la impresionante silueta de su erección empujando contra la cremallera de su pantalón.

Está claro que no me voy a aburrir cuando folle con Stefan Dalca.

20

STEFAN

Los dedos de Mira en mi pierna me están volviendo loco.

La oscuridad rodea los campos que pasan a toda velocidad por la ventanilla del coche, y, si no tuviéramos compañía, estoy seguro de que el hombre de las cavernas que habita en mi interior saldría a la luz y ya estaríamos follando. Pero le prometí que no íbamos a acostarnos a menos que me lo suplicara, y es una promesa que pienso cumplir.

—¿En mi casa o en la tuya? —murmuro contra su pelo. No puedo dejar de tocarlo: es tan espeso y suave...

—¿Y Nadia?

—Me ha comentado que pasará la noche fuera, así que no va a oírte gritar mientras cabalgas sobre mí. —Sus dedos se tensan al escuchar mis palabras. Me encanta lo nerviosa que se pone cuando digo cosas así.

—¿Y si vuelve? Es mi empleada.

—De acuerdo. Pues vamos a tu casa.

—No podemos ir a mi casa.

Me pongo tenso.

—¿Por qué no?

Se remueve en su asiento y yergue los hombros para apartarse un poco de mí.

—No es buena idea. ¿Y si nos ve alguien?

Entrecierro los ojos.

—¿Te avergüenzas de mí?

Sus ojos color chocolate se clavan en mí y hace una mueca.

—No sé si estoy preparada para que lo sepan.

La parte lógica de mi mente sabe que lo que está diciendo tiene sentido y que no voy a obligarla a que se acueste conmigo, pero el niño perdido en mi interior no lo ve de esa manera: se siente como si ella se avergonzara de mí,

como si fuera un secretito sucio, y no me gusta.

Siguiendo su ejemplo, me endezco y me reclino hacia el otro lado.

—Claro. Por supuesto.

—Lo siento —susurra, nerviosa.

Le sonrío y entrelazo nuestros dedos como lo hizo ella aquella noche en el suelo sucio del establo.

—Nunca pidas perdón por trazar tus propios límites.

Ella asiente y apoya la cabeza en mi hombro.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por la mejor cita de mi vida.

Una sensación cálida me inunda el pecho y me acerco de nuevo a ella para darle un beso en la coronilla cuando nos detenemos ante las grandes puertas de Cascade Acres.

—Pare junto a esa camioneta. Iremos andando hasta la casa.

El conductor asiente y obedece.

—Sí, señor.

Salgo antes que él para abrirle la puerta a Mira. Me siento como un idiota por dar la vuelta al coche a toda prisa, pero no pienso permitir que ese tío le ponga los ojos encima otra vez. Lo he pillado demasiadas veces mirándola furtivamente por el espejo retrovisor, y no soy idiota: sé de sobra lo que está pasando por su cabeza. He estado a punto de decirle que mantuviera los putos ojos en la carretera. La oleada de posesividad que me invade es un claro síntoma de lo jodido que estoy por culpa de Mira Thorne.

Mira desliza su mano entre las mías para salir de la limusina negra y, sin soltarla, la acompaña a su camioneta. Parece demasiado delicada y va demasiado arreglada como para subirse a semejante monstruo, pero Mira está llena de contradicciones.

No quiero que acabe la noche, es como si algo quedara pendiente. Pero sé que no necesita a un hombre que esté pegado a ella todo el día. Escucho el crujido de los neumáticos sobre la grava detrás de nosotros cuando la limusina se pierde en la oscuridad. Es casi medianoche, y la única luz proviene de los focos del establo. El alumbrado público no ha llegado a Ruby Creek.

Contemplo el cielo mientras Mira rebusca en su pequeño bolso hasta localizar las llaves, las estrellas relucen en la negrura y las constelaciones aparecen tan claras que casi parece que podría tocarlas. Cuando Mira levanta la

cabeza, mira hacia arriba como yo, y vislumbro las sombras etéreas que dibujan sus rasgos.

—Es precioso —murmura.

—Mucho —respondo, pero no estoy contemplando el cielo, sino la elegante curva de su cuello, sus labios carnosos, sus ojos profundos y su piel tersa. Es maravillosa. Pero al pasar tanto tiempo con ella y con Loki me siento como si me adentrara en unas aguas profundas que no vi venir. Con ella, voy a la deriva a y a punto de ahogarme, y no estoy seguro de tener el instinto de supervivencia necesario como para salvarme. No estoy seguro de querer salvarme.

Es como si me hubiera embrujado.

Se me pone dura y sacudo la cabeza. Voy a tener una cita con mi mano en menos de cinco minutos.

Me sonrío. Solía pensar que era la sonrisa de alguien que se lo tiene muy creído, pero ahora sé que es un escudo, una fachada.

Me agacho y la beso en la mejilla.

—Gracias por la mejor cita falsa de toda mi vida. —Le guiño el ojo y me meto las manos ansiosas en los bolsillos. Doy media vuelta y camino tranquilamente hasta mi enorme casa vacía antes de ser yo quien le suplique que me dé una oportunidad.

Aun así, no voy a rendirme. Puedo soportar que hieran mis sentimientos, pero no me desanimo fácilmente.

Sé que merece la pena.

21

MIRA

Estoy flipando.

¿En serio ha llamado «cita falsa» a lo que ha pasado esta noche entre nosotros y se ha largado tan tranquilo? ¿Después de que yo le dijera que había sido la mejor cita de mi vida? *Que le den.*

Lo que ha hecho con su cabeza entre mis piernas no me ha parecido falso en absoluto. Hemos cruzado una línea. De hecho, han desaparecido todas las líneas, y va él y me suelta eso.

Me ha molestado mucho más de lo que debería.

Cierro la puerta de la camioneta de golpe y arranco. Tengo que salir de aquí antes de que me entren ganas de matar a alguien. Hay demasiadas cosas en la camioneta con las que podría cometer un crimen y Stefan está demasiado cerca y demasiado desprevenido como para escapar.

No me enfado con facilidad, pero cuando por fin lo hago, me cuesta calmarme. Las manos me tiemblan cuando rodeo el volante con los dedos.

A través de la ventanilla puedo ver su oscura silueta pavoneándose por el camino de entrada a su supermansión.

Y tan campante, debo añadir. *Gilipollas.*

Yo apenas puedo controlar mi furia y él va por ahí, todo tranquilo y controlado. Lo odio. Y me siento tonta, y no hay nada que deteste más.

Piso el acelerador y salgo a la carretera, echando un último vistazo, y veo que relaja los hombros y agacha la cabeza. No sé si esperaba que yo viera ese cambio en su lenguaje corporal o la sonrisa que dibujan sus labios, pero lo he hecho.

De camino a casa no puedo dejar de pensar en Stefan en el camino de entrada, en cómo ha encorvado los hombros, en cómo se ha tensado a mi lado cuando le he dicho que no podíamos ir a mi casa. Cómo me ha preguntado si me avergonzaba de él.

Al llegar a la rotonda que lleva al rancho, me doy cuenta: le he hecho daño.

Por eso se ha puesto a la defensiva y, al intentar protegerse, me ha cabreado. Y todo porque los dos vamos con demasiado cuidado, intentando mantener la idea de que todo es falso cuando está claro que ya no lo es.

Para ser dos personas bastante inteligentes, estamos actuando como dos imbéciles.

Desde luego, él puede portarse como un imbécil. Y es demasiado educado. Demasiado paciente. Demasiado perfecto, joder. Es irritante.

Doy la vuelta a la rotonda y regreso a la oscuridad. Las carreteras secundarias entre Cascade Acres y el Gold Rush Ranch no están bien iluminadas, pero he hecho este camino tantas veces el último mes que podría recorrerlo con los ojos cerrados. Hundo el pie derecho en el acelerador y el corazón me retumba contra las costillas cuando atravieso las puertas delanteras. Esta vez paso de largo ante los establos y voy directamente a su casa. Me bajo de un salto y llamo con fuerza a su majestuosa puerta. Hace frío, pero estoy tan repleta de adrenalina que ni lo noto.

La puerta no se abre lo bastante rápido, así que vuelvo a golpearla. Estoy a punto de emprenderla a puñetazos con ella, impaciente, pero de pronto me encuentro solo con aire. La puerta se ha abierto y Stefan está en el umbral, con el ceño fruncido. Está tan bueno que casi no puedo soportarlo. Tiene las mejillas sonrojadas y la camisa desabrochada. Estoy a punto de abalanzarme sobre él, pero antes tengo que desahogarme.

Abre la boca para decir algo, pero lo interrumpo.

—¿Sabes qué? Que te jodan. —Enarca las cejas y da un paso atrás—. La cita no ha sido falsa y los dos lo sabemos, así que puedes irte a la mierda. —Estoy muy nerviosa y mi pecho sube y baja con fuerza—. Y que te jodan también por ser un perfecto caballero. Llevas semanas soltándome indirectas sexuales... ¿y ahora te vas? Deberías haberme tirado sobre el capó de mi camioneta para que folláramos ahí mismo. —Sus brillantes ojos verdes se oscurecen—. Deja de tratarme como si fuera de porcelana. Si quisiera a alguien que me cortejara y me matara de aburrimiento, no estaría perdiendo todo mi tiempo libre contigo. —Doy un pisotón con uno de mis pies enfundados en los zapatos de tacón y me siento como una cría—. Deja de marear la perdiz y dame de una vez lo que me has estado prometiendo.

Pasea la vista por mi cuerpo de arriba abajo, lamiéndome con las llamas de su mirada. Y ya no parece confuso: no, ahora parece como si fuera a devorarme.

Se cruza de brazos.

—¿Esa es tu idea de suplicar, doctora Thorne? ¿Y por qué iba yo a querer ser tu sucio secretito?

Me humedezco los labios.

—No lo serás.

—Pues yo creo que sí. —Ladea la cabeza—. Y, además, pensaba que no era tu tipo —suelta, dejando caer su máscara imperturbable.

—Vale, estás enfadado.

Su mirada se pasea entre mis ojos y mi boca.

—No estoy enfadado. Estoy harto de ser el único que pone todo de su parte. Esas palabras se me clavan en el pecho como un puñal.

—Lo siento.

—Deja de disculparte. —Sacude la cabeza—. No hace ninguna falta.

Doy un paso adelante.

—Siento haberte hecho sentir así.

Tensa la mandíbula, pero no se mueve. Sigue ahí, plantado en la puerta como un centinela.

—Siento haber tardado tanto en darme cuenta.

Doy otro paso, incapaz de resistirme a la atracción. Todo este tiempo he estado acercándome a él; desde la primera vez que vi a Stefan, he estado orbitando a su alrededor.

Y, de pronto, no puedo resistirme más.

Está demasiado cerca y yo soy demasiado débil.

—Siento que estés harto.

Deja escapar un gruñido cuando entro. Nos separan tan solo unos centímetros, y me muerdo el labio inferior, sopesando mis próximas palabras. Me arden los dedos por tocarlo, y meto la mano bajo el faldón de su camisa de vestir hasta llegar a sus pantalones abrochados a toda prisa. Tiene la cremallera abierta, y no me cabe la menor duda de lo que he interrumpido. Abro el botón y deslizo la mano por su vientre firme hasta la parte delantera de sus bóxers ajustados, donde noto el bulto de su erección dura como una roca.

—Pero no tanto. —Aprieto y se me encienden las mejillas cuando respinga. Lo miro a los ojos, pero no dice una palabra. Se ha arriesgado y yo le he dado la espalda, así que supongo que ahora es mi turno—. Yo también quiero poner todo de mi parte. —Me arrodillo sobre la madera y siento la caricia de la seda de mi vestido—. Deja que te lo demuestre.

Le bajo los pantalones y los calzoncillos y su miembro se balancea ante mí.

—Mira, levántate —rezonga.

—No. —Envuelvo su longitud en la palma de mi mano, disfrutando de la caricia de su suave piel—. Aún no he acabado de disculparme.

—Te he dicho que dejes de hacerlo.

Lo miro sin levantar la cabeza, sintiéndome poderosa ahí arrodillada frente a él. *¿Es así como se ha sentido él de rodillas delante de mí?* Porque lo único que quiero es que me la meta en la boca y susurre mi nombre.

Pongo las manos sobre sus muslos y lamo la gota que brilla en la punta de su miembro.

Gime y echa la cabeza hacia atrás.

—¿Tengo que parar? —pregunto con fingida inocencia.

Me acaricia la cabeza sin apartar la vista de mí. El aire de la noche me refresca la espalda desnuda, pero entre nosotros crepita el fuego de la pasión.

—No. —Su voz es tan ronca que apenas puedo oír esa sencilla respuesta.

Pero esa palabra es suficiente: me abalanzo sobre él y abro bien la boca para acoger su erección entera. La rodeo con la lengua y ahueco las mejillas cuando chupo. Stefan me acaricia el pelo con suavidad mientras yo continúo, intentando demostrarle con mi boca lo auténtico que es esto. Cuánto deseo esto. Cuánto lo deseo a él.

Mis manos recorren su cuerpo y trazo con los dedos las líneas bien definidas de sus abdominales antes de ir hacia su espalda y agarrarle ese culo que he mirado demasiado.

Cuando acelero, enreda los dedos en mi pelo y lo sujeta en su puño.

—Es difícil ver cómo te disculpas con todo ese pelo por medio, Mira. —Tensa los dedos, da un suave tirón y un estremecimiento recorre mi centro.

Tiemblo de placer al oír cómo gime. Echo la cabeza hacia atrás y lo miro con los ojos entrecerrados; su longitud choca con la parte posterior de mi garganta y siento una ligera arcada. Sus iris verdosos se inundan de calidez; apoyo las palmas en sus muslos y me derrito entre sus manos.

Debe de notar el cambio, porque toma las riendas y me tira del pelo para moverme la cabeza al ritmo que necesita.

El hormigueo de mi cuerpo y la sensación de que el vestido me aprieta demasiado son excitantes. Me excita que la puerta esté abierta, la idea de que cualquiera podría venir y pillarme de rodillas con su pene en mi boca.

Jamás había estado tan excitada antes de esta noche.

Su estómago y la tela suelta de su camisa me rozan la nariz cuando se mueve en mi interior, y el dolor de mi mandíbula es de lo más placentero.

—Estás guapísima, Mira, ahí de rodillas, con esos labios rojos alrededor de mi polla.

Dejo escapar un gemido, rendida ante él, prácticamente ronroneando por el cumplido y por lo enronquecido que ha sonado. Sus dedos me echan la cabeza hacia atrás para que lo mire a los ojos.

—Pero esto no es una disculpa. —Su mirada revolotea entre mis ojos y mi boca, y me acaricia la mejilla con el pulgar—. Ni siquiera es una súplica. Eres tú, yendo a por lo que quieres. —Se echa hacia delante—. Esto es instintivo. Es real. Y me deseas. —Parpadeo, pero no me aparto. *Lo deseo con todas mis fuerzas*—. Y es tu día de suerte, porque yo también te deseo. Desde la primera vez que te vi.

Y entonces se mueve. Empuja las caderas hacia mis labios y sus hábiles dedos me acarician la nuca. Rodeo con una mano la base de su miembro y, con la otra, le acaricio los testículos con suavidad mientras nos movemos al compás.

Me echo hacia él: quiero sentirlo más profundamente, aunque es demasiado abrumador, como casi todo lo relacionado con Stefan Dalca.

Sus movimientos se vuelven frenéticos.

—Mira, voy a correrme —anuncia enseguida. Intenta apartarse, pero le sujeto el culo y lo pego a mí. Ya no puede separarse—. Por Dios —jadea. Echa la cabeza hacia atrás y se derrama en mi boca. Siento cada estremecimiento, oigo cada uno de sus gemidos y, cuando me acerca la cabeza a su cuerpo, me excito todavía más.

¿Es así como se ha sentido él después de lo que ha pasado en el pasillo?

Porque esto es adictivo. Siempre he pensado que las mamadas eran como una imposición, pero esto ha sido droga dura.

Me aparto y le miro la polla, enloquecida por la lujuria.

—Quiero hacerlo otra vez —digo sin siquiera pararme a pensarlo. *Necesito hacerlo otra vez*.

El familiar sonido de la risa de Stefan me hace sentir un cosquilleo en el pecho, y alzo la vista para mirar su rostro.

Con un movimiento suave, se arrodilla ante mí y me agarra la mandíbula con un gesto cargado de afecto.

—No. Ahora es mi turno de ir a por lo que quiero.

Cierra la puerta de golpe y el clic del pestillo me provoca un escalofrío.

Es el sonido que dice que voy a meterme de cabeza en lo que quiera que haya entre nosotros.

22

STEFAN

Estar solos en la quietud de esa casa, sin ninguna excusa profesional, es muy íntimo. Mira abre un poco los ojos cuando cierro la puerta. Estamos arrodillados uno frente al otro, y es como si acabara de darse cuenta de que le espera una noche muy larga.

¿Cree que el sexo es aburrido?

Reto aceptado, joder.

Poso mi boca sobre sus labios hinchados. Me saboreo en ella y me da igual. Eso me hace sentir que es mía. Quiero que huela a mí, que sepa a mí y que me mire con los ojos abiertos de par en par mientras me muevo en su interior. Quiero que sea mía. Punto.

Me excita muchísimo cómo se siente fascinada por la química que hay entre nosotros. Espero que nunca deje de mirarme así, conmocionada por el asombro, con los labios entreabiertos y las mejillas teñidas de rosa.

Sus labios se mueven contra los míos y nuestras lenguas se entrelazan; deslizo una mano por sus costillas hasta la fina cremallera que cierra su vestido. Me encantó romperle las bragas, pero este vestido va a convertirse en una constante en nuestras vidas. Buscaré sitios elegantes a los que llevarla solo para que pueda lucirlo porque... ¿esto?, ¿ella y yo? Esto solo acaba de empezar.

Los dedos de Mira tantean los botones de mi camisa cuando nos desnudamos el uno al otro. Le quito el vestido y me aparto un poco para verla mejor. Siempre he pensado que sus tetas eran increíbles, pero verlas al aire frente a mí es un regalo.

—Joder —murmuro, recorriendo la femenina curva de sus pechos y los tensos pezones oscuros que apuntan hacia mí.

—Sí —dice sin aliento, mirándome el torso con un gesto idéntico al mío.

Alzo la mano y aprieto suavemente uno de sus pezones con el pulgar.

—Algún día voy a follármelos.

—¿Qué?

Ahí está la chica tímida que he llegado a conocer.

Me agacho hacia ella, la beso en el cuello y cubro sus pechos con las manos.

—Vas a untártelos de aceite... —un gemido desgarrado escapa de sus labios mientras sigo besándole la mandíbula— y luego voy a deslizar mi polla entre ellos. Y a ver cómo se abren tus preciosos ojos cuando lo haga. —Ella gime, y sus dedos tiemblan al recorrer mi pecho y arañarme con suavidad—. Y luego me correré sobre ellos antes de acomodarme para saborear otra vez lo que hay entre estos muslos. Nunca te aburrirás conmigo, Mira, te lo prometo.

—Dios... —suspira con voz temblorosa.

—Me da igual cómo me llames mientras lo hago, cariño, siempre que abras las piernas y me dejes adorarte.

Se echa hacia atrás, hundiendo los dedos en mi pelo.

—Stefan, por favor... Si no te callas y te desnudas ahora mismo, voy a volverme loca.

—¿Estás impaciente, gatita? Me gusta cuando sacas las garras —digo con una risita socarrona.

Se baja el vestido por las caderas, se mueve lo justo para quitárselo y se sienta sobre los talones. Está arrodillada en mi vestíbulo bien iluminado sin más ropa que unas bragas rotas alrededor de la cintura.

—Pensaba que me gustaba cómo te quedaba el vestido —digo, embebeciéndome de la visión del pelo oscuro que se derrama sobre sus hombros y de sus ojos desorbitados llenos de deseo—, pero ahora creo que me gusta más en el suelo.

—Desnúdate, Stefan. —Hay tensión en su voz; urgencia.

Me quito la camisa con calma y la dejo caer detrás de mí.

—¿Es esa tu forma de suplicar, Mira?

Se lame los labios y baja la mirada hasta sus pezones duros, el rubor en el pecho, la carne de gallina en los brazos.

—Sí —dice tímidamente con voz serena.

Me deshago de los pantalones de un tirón; estoy demasiado ansioso como para abandonar el suelo de madera de la entrada. ¿Se merece algo mejor que un polvo en el suelo? Claro que sí. Pero ya se lo compensaré más tarde.

La siento sobre mí y su humedad se desliza por mi erección. Contonea las caderas y gemimos al unísono. Mis labios se aferran a su pezón, y se lo chupo.

—Hay un condón en mi cartera, en el bolsillo del pantalón —digo, y voy a

por el otro pezón; chupo con fuerza, lo acaricio con la lengua y muerdo. Ella forcejea con mis pantalones, rebusca en la cartera, tirando tarjetas y dinero por el suelo en una carrera para encontrar el sobrecito de aluminio, mientras yo me doy un festín con sus pechos.

—Son deliciosos —murmuro, estrechándole la cintura.

El sonido del envoltorio al romperse resuena en la estancia.

—Ya está —suspira, y saca el condón con un gesto triunfal.

Me apoyo en las manos para contemplarla. Es de lo más erótico: sus labios en forma de corazón están hinchados, el rímel, un poco corrido, y lo único que quiero es abalanzarme sobre ella. Es como una hoja en blanco que me muero por rellenar.

—Pónmelo.

—¿Yo? —Le tiemblan las manos y mira a su alrededor, aunque no creo que sea por los nervios. No es una mujer nerviosa.

—¿Quién más va a ser?

La punta de la lengua se asoma entre sus labios cuando asiente. Sus manos son firmes cuando me rodea con ellas y se echa un poco hacia atrás, desenrollando el condón sobre mi polla. Sus manos parecen delicadas, pero trabaja con ellas y las mueve con confianza.

Cuando levanta la vista, su larga melena cae en cascada junto a su rostro.

—¿Y ahora qué?

Ese contraste entre confianza y vulnerabilidad es tan excitante que apenas puedo controlarme. La estrecho por la cintura y la subo a mi regazo; mi polla está pegada a su vientre para que pueda ver todo el espacio que va a ocupar en su interior. Y miramos los dos; como si ninguno pudiera apartar la vista.

La levanto un poco y clava las uñas en mis hombros desnudos; alineo la cabeza de mi polla con su entrada resbaladiza y alzo la mirada hasta su rostro.

—Ahora siéntate sobre mí.

Sus labios dibujan una sonrisita y se relaja. Lo que antes había sido frenético ahora se desarrolla a cámara lenta. Va centímetro a centímetro, jadeando. No he visto nada más sexy que esa expresión de lujuria en estado puro cuando la penetro. Al principio, miro cómo su sexo se estira a mi alrededor, pero ahora solo puedo fijarme en su cara y cómo se concentra en el punto en que nuestros cuerpos se unen.

Tiene los labios entreabiertos, los ojos vidriosos por el placer, y parece fascinada. No voy a durar mucho si sigue mirando ese punto así.

Cuando me acoge por completo, gemimos al unísono y siento cómo palpita a mi alrededor. Echo la cabeza hacia atrás y ella, hacia delante; me recorre el pecho un sentimiento de reverencia.

Contonea las caderas y deja escapar un gemido.

—Stefan... —Su aliento me acaricia el pezón, sus manos ascienden hasta mi nuca y no puedo mantener las mías alejadas de ella ni un segundo más.

Me incorporo un poco, la rodeo con los brazos y acaricio su boca con un suave beso. Mira vuelve a mover las caderas y se me nubla la vista. Lo único que sé es que el sexo —el modo en que dos personas se unen— nunca me había parecido tan imprescindible.

Hace tiempo que sé que me siento atraído por Mira, pero no puedo dejar de pensar en que esto es algo muy distinto: sus labios sobre los míos, sus manos ciñéndome tanto como su sexo... Nuestros alientos se mezclan y ella acelera el ritmo de sus caderas. Se levanta y se deja caer sobre mí con abandono.

—Stefan, esto es... —Se interrumpe, echa la cabeza hacia atrás y se aferra a mi nuca mientras sigue cabalgándome.

Por una vez, me quedo sin palabras.

Me enloquece la sensual curva de su cuello, me fascina el ligero brillo de sudor en su pecho, y el modo en que sus tetas botan mientras follamos es mi perdición. De un tirón, la arrimo a mí y la tumbo boca arriba para ponerme encima.

—¿Qué es, Mira? —Le acaricio el pecho con veneración—. Dímelo. —Presiento que va a tomarse tiempo para pensarlo, que va a resistirse a darme una respuesta, pero su voz me llega empapada de lujuria.

—Es lo que tenía que ser.

Dejo caer la cabeza sobre la curva de su pecho e inhalo el aroma de su perfume: es embriagador, como a regaliz y miel. Lamo su piel y me muevo en su interior.

—Eres deliciosa, joder. Y tienes razón: mi polla tenía que estar dentro de ti. Suelta una risita suave.

—Tanto reñirme por mi forma de hablar y mírate cuando te quitas la ropa. Sonríe contra su clavícula y le pellizco la suave piel con los labios.

—Te encanta. Y Mira...

—¿Sí? —jadea, retorciéndose impaciente contra mí.

Me pongo de rodillas, con sus muslos alrededor de la cintura, con esos zapatos de tacón de aguja tan sexis arañándome la espalda, y siento el roce de

la madera en mis piernas.

—Yo también creo que es lo que tenía que ser.

Ella asiente y frunce los labios, y su cuerpo tiembla de la cabeza a los pies cuando embisto contra ella con fuerza. Apoyo un codo junto a la cabeza para contemplarla mientras la penetro. Con la otra mano busco su clítoris y lo acaricio con suaves círculos.

—¡Ay, Dios! —grita, mientras sigo tocándola con movimientos lentos y fuertes. Su sexo se ciñe a mi alrededor y le tiemblan las piernas. Está a punto.

Me estrecha entre sus muslos para pegarme más a ella y yo llevo una de sus piernas sobre mi hombro para sentirla más profundamente. Le rodeo el tobillo, justo donde está la hebilla de sus zapatos. Vuelvo la cabeza y la beso en el delicado hueso.

—Sabía que estos tacones iban a quedar genial sobre mis hombros.

Se muerde el labio inferior y yo sigo embistiendo: sus tetas rebotan con fuerza.

—Eso es, Mira. Córrete en mi polla. —Le pellizco el clítoris y ella se tensa bajo mi cuerpo antes de deshacerse en una maraña de miembros temblorosos y palabras incoherentes. Puedo distinguir un «*Joder*» y un «*Qué bien*», y eso me hace sonreír mientras busco mi propia liberación.

Sus caderas van al encuentro de las mías, aunque se relaja debajo de mí.

Está muy mojada y cálida, y se lo digo.

—Eres el paraíso —murmuro, deslizándome en su interior una última vez.

Y entonces me sacude el clímax y dejo caer la cabeza sobre su pecho agitado mientras me derramo dentro de ella.

Los dos estamos sudorosos y jadeantes, y sus manos me rodean la nuca.

—¿Para ti el sexo siempre es así?

Y como presumo de ser sincero, confieso la verdad.

—No. En mi puta vida ha sido así. Ni remotamente.

23

MIRA

Me siento dolorida y culpable.

Me duele todo el cuerpo, pero de una forma deliciosa. Es algo que había visto en las series o que había leído en algunos libros un tanto obscenos: alguien hablando de que le duele todo después de haber follado toda la noche hasta perder el sentido, y pensaba que era una exageración.

Pues va a ser que no.

Stefan está tumbado a mi lado en su enorme cama, con cara de agotamiento después de que hayamos follado una y otra vez hasta quedarnos sin condones. Ser un maestro del sexo debe de ser agotador, y este tío es un auténtico dios. Yo solo soy una mujer que vive rodeada de libros de texto de veterinaria y artículos de expertos, y que usa un gran vibrador morado de tarde en tarde porque la verdad es que no piensa en el sexo muy a menudo.

Hasta él.

Hasta sus susurros y sus miradas ardientes. Ahora solo puedo pensar en sexo. Y esa es una enfermedad que no puedo curar con un condón.

Es una obsesión.

Contemplo su rostro, sus pómulos y su nariz rota; su pelo rubio oscuro revuelto por mis manos, que han pasado horas hundidas en él. Tiene los labios hinchados de tanto pegarme a su cara como un súcubo, o quizá estén hinchados por todas las palabrotas que han salido de ellos.

Menuda boquita tiene... Su acento se vuelve más marcado, más sensual, cuando deja caer sus muros. Estoy segura de que, si lo intentara, podría llevarme al orgasmo solo mirándome como lo hace. Sí, estoy segura de que podría correrme en el acto solo con eso. O si jugara con mis pezones. La forma en que los pellizca... No tenía ni idea de que le gustaran tanto mis tetas ni de que le volviera loco que yo lleve siempre tanta ropa, como me confesó anoche.

Suspira y me pega a su pecho. Stefan no es lo que parece: es complicado y fascinante y, Dios, en absoluto aburrido. Siempre he pensado que era un hombre muy guapo, con ese acento, esa sonrisa y el aura de misterio que lo rodea, pero no estaba preparada para darme cuenta de que era igualmente seductor y hermoso por dentro.

Es adictivo.

Me acurruco contra él y me envuelve el aroma del jabón mentolado que usamos en la ducha de anoche. Intento no sentirme culpable. No por haberme acostado con él, porque no me arrepiento lo más mínimo, aunque no me apetece nada que se sepa por ahora. Voy a esperar un tiempo para contarle porque quiero saber adónde va todo esto.

El vello de su pecho me acaricia la mejilla, y cierro los ojos. Ante mí aparecen las imágenes de él moviéndose sobre mí anoche, dándome más placer del que jamás había experimentado.

En ese momento no podía pensarlo, pero me atormenta pensar en esos ojos verdes y saber que está buscando a su padre biológico, que yo tengo una corazonada y no se lo he revelado aún. Eso me revuelve el estómago. Tengo que solucionarlo, y rápido, porque es muy difícil guardar el secreto, pero no quiero destrozar la vida de un montón de gente si me equivoco. Debo ceñirme a mi plan, investigar con cuidado mi hipótesis para no hacer el ridículo.

No me lo perdonaría si me equivocara: le ha fallado demasiada gente, le han mentado demasiado. Habla de cuidar a los que lo rodean, pero me da la impresión de que nadie ha cuidado nunca de él. No quiero hacerle daño: quiero estar segura cuando se lo diga. Llevo una hora aquí tumbada, dándole vueltas, y no voy a arriesgarme antes de saberlo con seguridad.

No se merece menos.

Debo ir a lo seguro con Stefan Dalca porque no quiero perder lo que sea que acabamos de encontrar.

—Deja de moverte así o vamos a follar otra vez. —La voz de Stefan suena soñolienta contra mi coronilla, y enlaza las piernas con las mías, aprisionándome contra el colchón de viscolátex.

Suelto una risita. Mueve las caderas y su erección me roza el estómago.

—Nos hemos quedado sin condones, ¿recuerdas?

—Cuidado, no me retes. Tengo un montón de ideas que no necesitan un condón. Así no vas a disuadirme. —Me acaricia el brazo y me derrito bajo su contacto—. Háblame de este tatuaje. —Siento un cosquilleo en el vientre por

culpa de esa voz ronca y adormilada—. ¿Qué significa?

Vuelvo a reírme en silencio, mirando cómo sus dedos trazan el contorno del diseño floral en el interior de mi antebrazo.

—No significa nada. Mis padres me prohibieron hacerme un tatuaje cuando se lo pedí, así que busqué a alguien que me lo hiciera sin su permiso.

Me levanta la mano, me da un rápido beso en la palma y la apoya contra su mejilla.

—Es fascinante que sigas pensando que no significa nada —murmura.

—¿Qué quieres decir? —Sus ojos brillan intensamente y su belleza me deja cautivada, me roba el aliento cuando lo miro tan de cerca, tan íntimamente.

Una sonrisa maliciosa se dibuja en su rostro cuando besa la tinta de mi brazo. Sus labios y su lengua la recorren de un modo que me hace apretar los muslos.

—Esta es la prueba de que eres tu propia dueña. Nadie le dice a la doctora Thorne lo que tiene que hacer.

Intento cambiar de tema: me pone muy nerviosa saber que estoy en presencia de alguien que puede convertirme en arcilla entre sus manos y que, además, me lee el pensamiento con tanta facilidad. Alguien que puede atravesar todas las paredes que he construido a mi alrededor como si su mirada fuera un láser. Alguien que valora mi vena rebelde e incluso la alienta.

—¿Por qué siempre me besas la palma de la mano?

Encuentra mi mirada y su sonrisa es frágil y vulnerable, como si no se hubiera percatado de mi nerviosismo. En lugar de responder al momento, me acaricia los dedos, contemplando el roce de su piel contra la mía con una serena expresión fascinada.

—Tienes unas manos preciosas. Casi tan bonitas como tu mente y tu corazón, elegantes y fuertes a la vez. A veces me quedo mirándolas cuando trabajas. Son manos que curan, que salvan vidas —baja la voz—, y su lugar está entre las mías.

Se me acelera el corazón y se me enciende el cuerpo. Es como si hubiera descubierto un interruptor en mi interior y supiera muy bien cómo activarlo: me hace sentir valorada. Y me deja ver un lado benevolente que no muestra a nadie más, como si fuera nuestro secreto; uno que quiero guardarme para mí, para deleitarme con él.

—Veo que te gusta esa idea —murmura—. Lo sé por ese suspiro que acabas de soltar. —Levanta otra vez la palma de mi mano para darle un beso

reverente en el centro con los ojos cerrados.

Ni me he dado cuenta de que he suspirado. Debo de parecer una cría enamorada.

—Es verdad. Me has prometido que no me aburriría, y no me he aburrido ni un segundo.

Abre un ojo para mirarme.

—¿De verdad pensabas que el sexo es aburrido?

—Bueno, hasta ahora siempre ha sido... ¿bueno? No sé, algo que está... ¿bien? Pero no algo de lo que me pareciera que no podía prescindir. Siempre tenía la cabeza en otra parte: en un diagnóstico complicado, en lo que iba a pasar en la siguiente temporada de *Anatomía de Grey*... No sé, no era una prioridad. Estaba demasiado ocupada como para obsesionarme con el sexo. Aún estoy demasiado ocupada...

—Claro que sí, doctora Thorne. —Se ríe como si no me creyera.

—¿Qué? —me enervo—. Lo estoy. Que el sexo haya sido mejor no hace que esté menos ocupada.

—¿Solo mejor? —Se incorpora, apoya la cabeza en la palma de la mano y me sonrío. Si llevara bragas, se me habrían caído al suelo por culpa de su sonrisa. Pero estamos los dos abrazados, completamente desnudos, y me doy cuenta de la tontería que he dicho. Nada puede evitar que su mano se deslice por mi piel, que me toque el culo y deslice un dedo por mi centro húmedo—. Estás muy mojada para alguien que piensa que apenas es un poco mejor que «aburrido». —No digo ni una palabra, y sus dedos continúan explorándome, extendiendo la humedad por mis labios como prueba de lo mentirosa que soy—. ¿Sueles estar así de mojada por hombres que no son tu tipo, doctora Thorne?

Me vuelvo hacia él.

—Deja de decir eso. —No me gusta. Solo lo he dicho para alejarlo, pero está muy lejos de ser verdad; y ya me he cansado de alejar a este hombre hermoso y complejo.

—¿Por qué? —Sus ojos verdes brillan, cómplices, cuando se encuentran con los míos.

—Ya sabes por qué. —Pongo los ojos en blanco, con todo el cuerpo en tensión.

Stefan me tumba boca arriba.

—Todavía no. Eres como una caja fuerte, pero estoy muy cerca de averiguar la combinación. Así que no te preocupes, Mira: voy a abrirla y a descubrir todos tus secretos, pero los mantendré a buen recaudo. Sobre todo, el de que

soy exactamente tu tipo.

Y tras eso, me guiña un ojo y desaparece bajo las sábanas.

Mis paseos de la vergüenza, por lo general, solo tienen que ver con las borracheras, el maquillaje corrido y, quizá, un tacón roto por culpa de esa borrachera. Pero esta vez, con un elegante vestido sin espalda y sin bragas, la cosa es un poco diferente, y rezo para que nadie me vea mientras subo corriendo las escaleras de mi apartamento encima del establo, con los zapatos de tacón de aguja en la mano. Stefan me ha ofrecido dejarme algo de ropa o pedírsela prestada a Nadia, pero cualquiera de las dos opciones me parecía aún más evidente con mi nuevo cerebro adicto al sexo.

Tanteo con las llaves y maldigo en voz baja cuando se caen al suelo del rellano.

—Joder...

Ni siquiera me arriesgo a echar un vistazo a mi alrededor: cojo las llaves, atravieso la puerta, la cierro a mis espaldas y me apoyo contra ella. Mi pecho se estremece con un profundo suspiro y echo la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos.

Cuando consigo tranquilizarme, abro los ojos y miro a mi alrededor. Es mi casa, pero me parece demasiado tranquila y vacía; incluso solitaria. Mis amigas tienen a sus maridos y disfrutan viviendo con ellos, y yo acabo de dejar la casa del único hombre que me ha hecho sentir algo solo porque quería un poco de puto tiempo. Separarme de él después de una noche de sexo alucinante ha sido duro, pero necesitaba tiempo para pensar.

Suena el tono de un mensaje y cojo el teléfono.

Violet: ¡No te olvides de que hoy hay noche de chicas!

Maldita sea. ¿Cómo he podido olvidarlo? ¿Y por qué tiene que ser justo después de pasar la noche follando con un hombre al que todos odian?

Violet: He invitado a Nadia. ¿Te parece bien?

Joder. Eso va a ser incómodo. Mis pulgares vuelan sobre la pantalla.

Mira: Por supuesto que me parece bien. ¿Vamos a ir al Neighbor's?

Ese *pub* es nuestro lugar favorito.

Violet: No, a la cuadra. Nadia me ha dicho que no bebe, y he pensado que era un poco más discreto. Estoy cansada, pero necesito distraerme. ¿Quedamos a las siete? No voy a aguantar hasta muy tarde.

No lamento en absoluto que vayamos a nuestro campo para beber y charlar. Es mi punto de encuentro preferido.

Mira: Nos vemos entonces, mamá sexy.

Violet: Gracias por llamarme «sexy» cuando las dos sabemos que lo único que parezco es cansada.

A Violet le encanta este nuevo capítulo en su vida, pero ser *jockey* y madre de un bebé es demasiado duro. Tiene suerte de tener a Cole, que debe de ser el marido y padre más atento de todos los tiempos. Me pregunto distraídamente qué clase de padre sería Stefan mientras dejo caer el vestido al suelo, sacudiendo la cabeza. *Patético*.

Me meto en la cama, dispuesta a dormir unas cuantas horas antes de hacer acto de presencia e intentar no parecer demasiado culpable ante mis amigas íntimas. Pero cuando cierro los ojos lo único que veo es a Stefan, sus preciosos ojos verdes.

Es mi nuevo color favorito.

Cuando me despierto, estoy bastante ida y no me siento yo misma. El problema es que no quiero ir a la noche de chicas: quiero ir a casa de Stefan, dejarme caer sobre su cama, que me abrace y perderme en él. Soy como una cría que acaba de crecer de golpe. Jamás había sentido algo así por un hombre, sobre todo por uno con el que no debería liarme.

Sobre todo con uno al quien le escondo un secreto. O a quien *guardo* en secreto.

Es injusto para un hombre que lo único que ha hecho ha sido ayudarme, defenderme y tranquilizarme.

Es una putada, eso es lo que es.

Cierro la puerta tras de mí y bajo corriendo las estrechas escaleras. El rancho está en calma; los caballos han pasado la noche a buen recaudo —los que se preparan para la próxima temporada viven temporalmente en el hipódromo para poder entrenar— y todo el personal se ha ido a casa.

El aire sigue siendo primaveral, pero vivimos cerca de las montañas. Me ciño el abrigo de loneta y me planteo volver por algo que me abrigue más, pero

cuando doblo la esquina del establo y miro el camino de hierba que lleva al prado en el que nos encontramos a veces, veo el brillo del fuego. Las chicas ya están ahí, y parece que han encendido una hoguera bastante acogedora, y eso es una novedad.

Esta costumbre empezó cuando contrataron a Billie como entrenadora del Gold Rush Ranch. Según ella, pasó su primera noche en el rancho tumbada en una manta junto a la cuadra del nuevo caballo que debía entrenar, con una botella de vino, una barra de pan y un queso.

Y ahora seguimos con la tradición. El lugar es acogedor, y, como alguien que no ha tenido muchos amigos, adoro la simplicidad del plan: buena gente y comida sencilla al aire libre en Ruby Creek. Espero que sigamos viniendo a tumbarnos aquí para beber vino cuando seamos viejas y canosas.

Suponiendo que no me odien cuando sepan que me he tirado al enemigo.

—¿Qué tenemos aquí? —pregunto cuando me acerco al grupo.

Violet sonrío y se pasa los dedos por el pelo.

—Cuando Cole me ha acompañado le he dicho que tenía frío, así que unos minutos más tarde nos ha traído unas sillas de jardín y nos ha encendido una hoguera.

Dios, Cole Harding está acabado.

—¿Ha traído todo esto hasta aquí para nosotras?

Billie se ríe mientras abre una botella de vino.

—¿Pero tú lo has visto? Está muy cachas. Cargar cosas pesadas para divertirse es como su pasatiempo. Y es un corderito...

Violet se ríe a carcajadas y pone los ojos en blanco.

—Vaughn no es mucho mejor. ¿Te importaría compartir con todas lo que va a hacer esta noche?

Me dejo caer en la silla vacía y le guiño un ojo a Nadia, que parece contenta, aunque un poco desorientada.

—Cuéntanos, Billie.

Toma un trago directamente de la botella porque, según ella, sabe mejor así. Me pasa el vino y le doy un sorbo.

—Está planeando la boda —suspira.

Casi se me sale el vino por la nariz.

—Perdona, ¿qué?

Evita el contacto visual, rebusca en la mochila que tiene a los pies y saca una barra de pan francés.

—Lo que has oído. Está planeando la boda porque a mí me da igual como sea, pero a mis padres y a Vaughn no, así que les dije que se encargaran de todo y me informaran de dónde y cuándo debo estar.

Frunzo el ceño.

—Billie, sé de sobra que no eres muy de bodas y bebés, pero no deberías dejar que los demás te digan cómo debe ser tu día.

—Me da igual. —Se encoge de hombros, arranca un trozo de pan y le pone encima una loncha de queso que coge del plato que tiene sobre el regazo—. Me casaría con Vaughn mañana mismo, aquí mismo, en este prado. Y él lo sabe, pero es más cumplido que yo. Y para mi madre es un sueño hecho realidad. Cuando los oigo hablar desearía haberme enamorado de alguien que fuera una decepción para ella. —Violet resopla y Billie le dedica una sonrisa—. De cualquier modo, él puede aguantarla y yo no, así que puede ocuparse de probar la tarta y de elegir la tipografía de las invitaciones. Yo prefiero venir aquí con vosotras.

—Brindo por eso. —Levanto la botella de vino tinto y se la paso a Violet, que se limita a negar con la cabeza, sonriente. Antes de mirarla enarcando una ceja, me aseguro de que las demás están entretenidas con la comida. Ella asiente y aparta la vista, con las mejillas y el pecho sonrojados.

Vaya. Otro bebé Harding está en camino.

Le doy un rápido apretón en la rodilla a Violet.

—Me alegro mucho por ti —susurro.

La sonrisa casi le parte la cara en dos. Ahora entiendo por qué Cole se ha molestado en encender fuego y traer sillas. Papá Oso se siente protector.

Le devuelvo el vino a Billie y no digo nada: está claro que Violet no quiere dar la noticia aún.

—¿Y qué tal tú, Nadia? ¿Cómo te va la vida en Ruby Creek ahora que te hemos quitado de encima al pesado del director?

Cruza conmigo una mirada de complicidad. Con el cabello dorado recogido en un moño flojo parece más joven que cuando deja esos rizos salvajes sueltos sobre sus hombros.

—Fue divertido.

—Lo fue.

—¿Qué habéis hecho? —pregunta Violet, acurrucada bajo la manta; se echa hacia delante con los ojos muy abiertos y una mirada inocente.

—Nosotras... —Miro a Nadia y ella se encoge de hombros. Si fuéramos a

meternos en un lío, ya habría pasado—. Le tiramos huevos al coche del director.

Violet jadea y Billie suelta una carcajada.

—¿Por qué? —pregunta.

—Porque es un cerdo machista —suelta Nadia, a todas luces mosqueada por la humillante experiencia por la que tuvo que pasar.

—¡Sí! Sabía que me gustabas, Nadia —dice Billie, y sostiene la botella de vino sobre el fuego para brindar con ella.

—Por acabar con todos los cerdos machistas. —Nadia levanta su refresco a modo de respuesta.

—¡Eso, eso! —exclamo, y todas estallamos en risas.

Se hace el silencio mientras comemos. Beber vino con el estómago vacío es para novatos, y todas somos lo bastante mayores como para no cometer esa estupidez.

—Hablando de cerdos machistas, anoche estuve en la recaudación de fondos de Next Chapter Thoroughbred Rescue —les cuento—. Y arrestaron a Patrick Cassel.

—¿Qué? —Billie deja caer la comida en el plato y me mira, boquiabierta—. ¿Por qué?

—Por dopar caballos sin el consentimiento o el conocimiento de su propietario, supongo. Entre otras cosas.

Un largo silbido escapa de los labios de Billie.

—Maldita sea. Sabía que ese tío era un mierda, pero esto es la gota que colma el vaso, ¿no?

—Sí. Mi hermano lleva meses trabajando como un esclavo para acabar con él —murmura Nadia con la boca llena.

Abro los ojos de par en par y Billie se vuelve hacia ella como un rayo.

—¿Stefan?

Asiente.

—Lo haces parecer mucho peor de lo que es, B —dice Violet—. Tu capacidad para guardar rencor es increíble.

Solo puedo oír los latidos de mi corazón porque estoy muy cerca de desvelar mis secretos. Con un escalofrío, me pregunto qué habría de malo en desahogarme, en soltarlo de una vez y sacarlo a la luz.

—Odio a ese puto tío —refunfuña Billie, atacando el pan de nuevo.

—Oye, oye, oye, que es mi hermano mayor del que estás hablando —

interviene Nadia.

—¡Billie! —la regaña Violet al mismo tiempo, con un susurro que suena como un grito.

Doy un trago de vino, pensativa. Uno muy grande.

—Te das cuenta de que ha salvado a tu potro, ¿verdad?

Resopla y se remueve, nerviosa. Billie es una rencorosa de campeonato. Solo hay que preguntarles a sus padres. Entiendo que tiene su bagaje, sus motivos, pero me siento protectora hacia Stefan. El Stefan que yo conozco no se merece esto.

—Habríamos encontrado otra manera —dice—. Ese tío es una serpiente de cascabel.

—No. El potro habría muerto —la contradigo, con las mejillas encendidas por la indignación.

Pone los ojos en blanco y se ríe para intentar aligerar el ambiente.

—Vale, Mira: cuando termines de lamerle el culo a Dalca por hacernos un pequeño favor, me avisas.

Doy otro gran trago y apoyo la cabeza en el respaldo de la silla, mirando hacia el cielo cada vez más oscuro; el fuego me calienta los huesos.

—He hecho mucho más que lamerle el culo.

Violet se escupe el agua encima.

Nadia gime y sacude la cabeza con una sonrisita.

—Qué asco, joder... Lo sabía.

Billie me mira fijamente, con la sorpresa dibujada en sus bonitas facciones.

—Por favor, dime que estás bromeando.

—Lo siento, B, no es ninguna broma.

—Vale... —Se acomoda en la silla, frunciendo los labios. Debe de estar pensando qué decir. Se lleva las manos a la cara y se da unos golpecitos con los dedos en la nariz—. ¿Eres una agente encubierta? ¿Como cuando una agente de la CIA se tira al malo para descubrir los secretos del enemigo? Porque admiraría tu compromiso.

Ladeo la cabeza y esbozo una sonrisa triste. Sé que esto no va a gustarle, pero ¿cuándo he hecho lo que los demás esperaban de mí?

—No, B. Es... —Me muerdo el labio inferior, buscando la etiqueta adecuada para definirnos a Stefan y a mí—. Es en serio.

24

MIRA

Cuando vuelvo a mi apartamento sobre los establos me siento como si me hubiera quitado un peso de encima. De hecho, estoy casi mareada, en parte por culpa del vino y, en parte, por el alivio de haberme deshecho de uno de los secretos que más me pesaban. No me gusta mentirles a mis amigas y no me gusta tratar al hombre que se ha portado conmigo de maravilla como si me avergonzara de él.

Porque no me avergüenzo de Stefan Dalca. Ni lo más mínimo.

Por suerte, Billie lo ha dejado correr después de que soltara la bomba en nuestra noche de chicas.

—Bueno, ya sabes lo que dicen: el amor es ciego —bromeó, y luego dejó el tema. Debe de querer consultarlo con la almohada.

La conversación fluyó sin problemas después de eso, aunque no me pasaron desapercibidas las sonrisitas que me dedicaba Violet ni la forma en que Nadia se rio y sacudió la cabeza cuando se despidió de mí con un abrazo.

Todas tenían algo que decir, pero ninguna ha dicho nada.

Y ahora estoy de regreso en mi apartamento, sola, excitada y sin poder pensar en nada que no sea lo mucho que quiero ver a Stefan.

Antes de pensarlo, saco el móvil y le envió un mensaje.

Estoy harta de reprimirme.

Mira: ¿Qué haces?

Los puntos suspensivos aparecen en la pantalla casi al instante.

Stefan: Trazando malvados planes para acabar con tus amigos. ¿Y tú?

Resoplo.

Mira: Payaso. ¿Por qué no vienes a verme?

Stefan: ¿A tu casa?

Miro a mi alrededor. Ya ha saltado la liebre entre mis amigas, así que ¿por qué no?

Mira: Sí.

Stefan: ¿Por qué?

¿Por qué? Esa no es precisamente la respuesta que estaba esperando. Ahora me siento insegura, fuera de mi elemento.

Mira: Vale, no vengas. Iré a ver a Loki mañana.

Tiro el teléfono sobre la cama, un poco enfadada. Se me da fatal reafirmarme con Stefan: soy demasiado inexperta y me tomo todo demasiado a pecho. Me encantaría que captara todas mis insinuaciones para no tener que admitir en voz alta que lo deseo más de lo que me gustaría admitir. Como una tonta, cojo el teléfono para ver si ha respondido.

Stefan: ¿Me echas de menos, doctora Thorne?

Suelto un gemido y me paso la mano por la cara. *¿Lo echo de menos?* Hace unas doce horas que no lo veo; echarlo de menos ya sería la hostia. Abro los ojos de golpe. *Soy patética, joder.* Me tambaleo al darme cuenta. He pasado tanto tiempo con él en el rancho y en nuestras citas falsas que se ha convertido en parte de mi rutina diaria sin que me diera cuenta. Suspiro con nerviosismo cuando tecleo una respuesta.

Mira: Sí.

Y entonces me siento y miro fijamente la pantalla. La pantalla en blanco. No aparecen los puntos suspensivos ni llega ningún mensaje. Me quema la garganta y me rodeo el cuello con la mano para contener la vergüenza. No debería haber sido tan directa. Debe de pensar que estoy como una cabra.

Me levanto y voy por el pasillo hasta el pequeño cuarto de baño, donde me lavo los dientes con gestos agresivos.

Sí. ¿Por qué he tenido que decir que sí? Soy como esas psicópatas que se acuestan con un tío una vez y se pegan a él como lapas. No me extraña que no haya respondido.

Mientras me estoy lavando la cara, me doy cuenta de que yo tampoco habría respondido. Si un tío me dijera algo así después de una sola noche, saldría corriendo en dirección contraria, aferrándome a mi carrera y mi independencia. Así que no puedo culparlo.

Un fuerte golpe en la puerta me sobresalta y al instante me siento aterrada al pensar que Billie ha venido para echarme la bronca por dormir con el enemigo.

Pero cuando abro la puerta, quien está ahí es Stefan.

—Ho...

Sus labios caen sobre los míos e interrumpen lo que estaba a punto de decir. Me roba el aliento y se hace con el control de mi cuerpo. Sus brazos musculosos me rodean tal y como deseaba, y su barba de un día me rasca la cara cuando me devora.

Baja las manos hasta mi culo y me levanta en el aire; lo rodeo con las piernas cuando da un par de pasos hacia el interior y cierra de una patada. Se da la vuelta y me empotra contra la puerta. Le rodeo el cuello con los brazos y le devuelvo el beso; todas mis preocupaciones de hace unos instantes se esfuman al ver cómo me abraza, cómo se adueña de mí.

Gimo cuando aparta sus labios pecaminosos y apoya la frente sobre la mía.

—Hola.

Su aliento me cosquillea en los labios húmedos, y solo quiero que se calle y siga besándome.

—Hola —respondo; mis dedos recorren el suave vello de su nuca.

—¿Me has echado de menos? —Sus ojos muy abiertos me contemplan con una inseguridad impropia de él. Y esa mirada consigue que me derrita.

—Sí —murmuro; estamos de nuevo en nuestro propio universo privado.

Cuando sus brazos me rodean, todo desaparece a nuestro alrededor. Todo lo que era importante hace unos minutos se esfuma porque él me mira como si yo fuera todo su mundo.

Sonríe de medio lado y me dedica una cálida mirada.

—Yo también te he echado de menos.

El corazón me da un vuelco en el pecho y se desboca contra mis costillas. El soltero de oro, el del pasado misterioso y la sonrisa impenetrable, me ha echado de menos. Que él, precisamente él, reconozca algo así, lo hace mucho más importante.

Lo beso en la mejilla y siento el roce de su barba incipiente. Lo beso en la

nariz, justo en esa protuberancia que tanto me gusta. Lo beso en esa ceja que siempre arquea cuando dice algo inapropiado.

Deslizo los dedos por sus mechones dorados, y sé exactamente lo que quiero de él en este preciso instante.

—Llévame a la cama, Stefan.

Me dedica una sonrisa arrogante y siento un cosquilleo entre las piernas.

—Lo que tú quieras, gatita.

Un segundo después me tumba en la cama y me aprisiona con su cuerpo. Solo nos ilumina la luz del pasillo; sus brazos me enmarcan el rostro cuando se detiene para contemplarme como yo lo contemplo a él. Nuestras miradas se encuentran y ni siquiera se me pasa por la cabeza apartarla.

Este hombre. Esa mirada. Solo quiero hundirme más y más en esa conexión, ahogarme en ella y no salir jamás a la superficie.

Jamás me había sentido tan deseada.

Y Stefan no lo estropea con palabras. En lugar de eso, me acaricia el lóbulo de la oreja con el pulgar y sus rasgos severos se suavizan. Me encanta cómo me toca: una mano aquí, un pulgar allá; es como si no pudiera contenerse cuando se trata de mí; como si no pudiera quitarme las manos de encima aunque quisiera.

Sus labios encuentran los míos con una reverencia que me calienta el corazón. No sé qué ha cambiado esta noche entre nosotros, pero lo que anoche parecía solo un polvo, dos personas que se divierten, hoy es más profundo, casi reflexivo. El ambiente ha cambiado, hay algo en sus ojos, en la forma en que saltan chispas cuando me acaricia.

Arrodillado sobre mí, me desnuda y sus suaves manos me recorren el cuero entero. No hablamos, no nos soltamos guarradas, solo nos miramos, perdidos el uno en el otro. Sus iris tienen mil facetas —motas doradas, verde musgo y el verde oscuro de un bosque— y yo quiero explorarlas todas, incluso las más oscuras, las más cuestionables. Stefan no me da miedo, no lo veo como una amenaza, no es mi enemigo. Y él me mira igual: como si fuera un sueño hecho realidad.

Las palabras no hacen falta cuando un hombre te mira así.

Su ropa cae amontonada a su alrededor: camiseta, pantalones de deporte grises... No lleva ropa interior. Está claro que lo he arrancado de su descaso, pero al ver esa polla balanceándose ante mí, ya completamente erecta, y las líneas que bajan desde sus musculosos abdominales hasta las caderas, como

flechas que me señalaran la dirección en la que quiero ir, no me siento ni un poquito mal.

—Eres maravilloso —jadeo, desesperada—. Por dentro y por fuera. Todo tú.

Se echa sobre mí, piel contra piel, y las yemas de mis dedos dibujan las formas de sus músculos: cada curva, cada plano, como un mapa que trazara el camino sinuoso que nos ha unido.

¿Quién iba a decirlo?

—Nadie me había dicho algo así antes —responde, acariciándome el pelo y embebiéndose de mis rasgos.

Se me encoge el corazón y saboreo sus labios. Me besa hasta robarme el sentido y nuestras manos recorren el cuerpo desnudo del otro, aprendiendo sus caminos, cada hueco, cada curva. Quiero memorizarlo por entero. Hay algo inocente en esa exploración, más indagadora que precipitada.

Y aviva el fuego que ha nacido en mi interior, volviéndome loca.

—Condón. En la mesilla de noche —suspiro entre besos.

No tengo que insistir: Stefan se incorpora, pasa la mano sobre mi cabeza y rebusca en el cajón. Pero se detiene en lugar de coger un condón, y sus labios dibujan una sonrisa pícaro y juguetona. Y saca la mano, que sostiene...

—Mira a quién he encontrado.

El Señor Púrpura.

—Oh. —Al verlo ahí, sosteniendo mi enorme vibrador, se me acelera el corazón.

—Me pregunto quién puede hacer que te corras más fuerte —reflexiona Stefan—. Es mi mayor competidor, ¿no? —Ladea la cabeza, retador.

No puedo reprimir una sonrisa.

—Lo es.

—Reto aceptado, doctora Thorne. —Con una sonrisa arrogante, enciende la lámpara de la mesilla de noche y se desliza por mi cuerpo hasta situarse entre mis muslos abiertos—. No quiero perder detalle.

Me muerdo el labio para reprimir un gemido.

Fracaso miserablemente.

Arqueo la espalda cuando el zumbido bajo inunda la silenciosa habitación. Pasea el vibrador por mis pliegues con un gruñido satisfecho. Puede ver de sobra lo empapada que estoy.

Cuando el vibrador llega a mi clítoris, cierro los ojos y contoneo las caderas. Voy a correrme muy rápido jugando a esto con Stefan.

—¿Siempre estás así de mojada con él? ¿O soy yo? —Su voz suena profunda y enronquecida al jugar con mi cuerpo.

—Eres tú. —Las palabras se escapan de mis labios como una plegaria.

—Claro que sí, joder.

Me mete un centímetro muy despacio y abro más las piernas. Me encanta ese lado vulgar que muestra en privado. Aviva mi fuego de un modo que no había conocido antes.

—Ay, Dios. —Un centímetro más; me ciño a su alrededor, disfrutando de la vibración. Es muy diferente cuando hay otra persona controlando el ritmo y la intensidad.

—Incorpórate, Mira. Quiero que veas lo guapa que estás ahora mismo.

Suelto un gemido. No sé por qué algo tan sencillo puede sonar tan sucio, y eso hace que la excitación cabalgue por mis venas. La mayor parte de mis relaciones sexuales han sido a oscuras, como una protección más, con los ojos cerrados e imaginando cosas para hacerlas más excitantes.

Pero aquí estoy: volviéndome loca con Stefan Dalca, completamente desnuda y con la luz encendida. Me apoyo en los codos y miro el valle entre mis pechos turgentes. Stefan está concentrado en mi sexo, metiéndome el vibrador, y casi me desmayo al mirarlo: su pelo revuelto, sus mejillas sonrosadas, comiéndome con los ojos... Es demasiado.

—Por Dios —jadeo cuando me lo mete hasta el fondo. La vibración me sacude por dentro y me tiemblan las piernas. Verlo ahí, absorto y concentrado entre mis muslos, es más de lo que puedo soportar.

—No, Mira, solo soy yo. —Sonríe, saca el vibrador y vuelve a metérmelo.

—Stefan. —Su nombre es una oración en mis labios. Es mi nueva religión. Mi piel estalla en llamas que me abrasan.

—Eres increíble, joder. —Me lo mete y lo saca despacio, con la mirada cada vez más ardiente. Podría prenderme fuego con ella—. ¿Sabes lo irresistible que eres?

Mi cuerpo se estremece de arriba abajo con sus caricias. Me aferro a las sábanas como si me fuera la vida en ello, y siento la humedad en mis labios. Me está dejando hecha polvo.

—Yo...

Me quedo muda de pronto cuando saca el vibrador y lo pone sobre mi clítoris. Al instante, estallan los fuegos artificiales, crepitando sobre mi piel, desde el interior de mis muslos hasta los dedos de los pies, que se me

acalambran. Se me nubla la vista.

No me había corrido así en mi vida. Pero apenas tengo tiempo de pensarlo antes de que se deshaga del vibrador y el sonido del envoltorio de un condón al desgarrarse cale en mi confusa consciencia.

Me tumbo de espaldas, Stefan me besa el hombro, me da la vuelta y, desde atrás, mete su polla dura como una roca entre mis piernas y me estrecha contra su cuerpo.

—Ya veo por qué te gusta tanto. —Su voz ronca suena en mi oreja cuando se alinea conmigo, con la mano aferrada posesivamente a mi muslo—. Pero creo que esto te gustará todavía más. —Se mete en mí hasta el fondo, llenándome deliciosamente—. Aunque podría trabajar con el Señor Púrpura más a menudo.

—Sí.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

Eso es todo lo que necesita para abalanzarse sobre mí; la punta de su erección llega a un punto sensible que yo solo he podido alcanzar con el juguete. Nuestra piel está húmeda y resbaladiza, y me aferro a su culo.

—Más. —Follamos con fuerza y sus gemidos corean los míos—. Más fuerte —ruego al sentir esa reveladora espiral de sensaciones en la base de mi columna, que se arremolina en mi bajo vientre y despierta todas mis terminaciones nerviosas.

—Mira, ¿ves lo bien que estamos juntos? —La sensación crece con esas palabras. Me vuelve la cabeza para reclamar mi boca, sin dejar de penetrarme—. ¿Con quién follas mejor?

No tengo ni que pensarlo.

—Contigo. Siempre contigo.

Sus caderas se estrellan contra mi culo y estallo, perdida en el clímax.

—¡Stefan! —grito.

Se estremece y derrama su liberación en mi interior. Tiemblo de la cabeza a los pies. Nos besamos y nos aferramos el uno al otro, desesperados, como si nuestros cuerpos, anclados el uno al otro, flotaran en un mar tempestuoso. Nuestro sudor se entremezcla, nuestros miembros se entrelazan, estamos unidos de todas las formas imaginables.

Y yo estoy tan fuera de mi cuerpo que apenas me reconozco a mí misma.

25

STEFAN

—Háblame de tu madre.

Menudo bajón: acabo de echar el mejor polvo de mi vida, la mujer de mis sueños está desnuda sobre mi pecho... ¿y quiere que le hable de mi madre muerta? Los dedos con los que estaba recorriendo su columna se frenan en seco.

—Si quieres —añade—. Solo es curiosidad. No hace falta.

—Tranquila. No pasa nada. No hay nada que no puedas preguntarme o decirme. La sinceridad es lo más importante para mí. —Se tensa, así que vuelvo a acariciarle la espalda para ver si podemos recuperar el relax del que disfrutábamos hasta hace un momento—. Nora era... —no sé ni qué decir de mi madre— una ingenua. Se enamoraba a toda prisa, siempre necesitaba atención y siempre la buscaba en los lugares menos indicados. Creció en un pueblo pequeño, pero tenía alma de trotamundos, y supongo que por eso empezó a viajar. —Intento imaginar a mi madre viviendo en Ruby Creek y no soy capaz. Este no es su sitio.

Mira pasa una uña por las líneas de mis abdominales con un gesto cargado de ternura. Se me endurece un poco la polla, pero no pasa nada: pronto podremos volver a follar. Disfruto hablando con ella, aunque sea de algo que rara vez le he contado a nadie. Me hace sentir seguro, como si de verdad quisiera escucharme y no solo me siguiera la corriente para conseguir algo. Disfruta con nuestras charlas, y eso es más halagador que cualquier otra cosa que pueda decir o hacer. Su atención es como un bálsamo.

—También era fuerte y decidida. Curiosa. Hacía las maletas y se marchaba unos meses a otro país. Viajaba con poco dinero, haciendo autostop y desempeñando pequeños trabajos para sacarse algo de pasta extra. Y cuando el dinero se acababa, regresaba aquí y trabajaba en lo primero que encontraba hasta que volvía a tener fondos para emprender otra aventura. Hasta que fue a

Rumanía y conoció a Constantin. Entonces dejó de viajar porque estaba embarazada de mí. Él la encerró y tiró la llave. Debería haberlo odiado por ello, pero lo amó hasta el día de su muerte, en contra de su buen juicio.

—Es muy triste —reflexiona Mira—. Por cómo la describes parecía una mujer fascinante, un espíritu libre. Es una verdadera lástima que la ataran de esa manera. Me pregunto qué habría sido de su vida en otras circunstancias.

Trago saliva. Llevo tanto tiempo enfadado con ella, tan ocupado regodeándome en mi autocompasión, que no me he permitido ver lo triste que es su historia.

—Nunca me lo he planteado así. Sobre todo, pienso en lo mucho que nos jodieron a Nadia y a mí.

—Creo que tus experiencias te han moldeado de una forma de la que ni siquiera te das cuenta.

—Sí, moralmente ambiguo, lo sé. —Pongo los ojos en blanco y suspiro, harto de ser siempre el malo de la película—. Y también me han *moldeado* la nariz.

—Me gusta tu nariz.

El corazón me da un vuelco en el pecho.

—¿En serio?

Podría haberme arreglado la nariz, pero decidí dejarla así como una especie de recordatorio, para castigarme cada vez que me miro al espejo por no haber podido mantener a salvo a mi madre y a mi hermana.

Mira pone su cuerpo desnudo sobre el mío y me mira a los ojos.

—Sí, en serio —dice, y me besa en el puente de la nariz. Su dedo sigue esa estela y me siento más cohibido de lo que me he sentido en años—. Siempre he pensado que eras devastadoramente guapo. Un seductor. —Vuelve a besarme, esta vez más despacio—. La nariz, el acento, esa lengua afilada... Siempre me he sentido atraída por ti, incluso cuando apenas te conocía.

Disfruto de sus mimos, empapándome de esas palabras dulces como la miel. Me encanta que la atracción que siento por ella no sea unilateral. Ladea la cabeza y me da un beso en el pecho.

—No eres moralmente ambiguo, y te mueves a la perfección entre el apoyo y la prepotencia. Mira a Nadia. Mírame a mí. La vida te ha dado unos limones la hostia de agrios y tú has hecho limonada. Amas con ferocidad. Y creo que tu madre estaría tan orgullosa de ti como yo.

Amar.

La palabra me da vueltas en la cabeza. Es una palabra peligrosa. Quiero a Nadia, de eso no hay duda, pero Mira ha entrado en esa lista con absoluta naturalidad. Mi corazón me dice que debe estar en ella, pero mi cabeza me dice que es muy pronto. Que todos a los que quiero acaban mal. O mueren.

¿Podría amar a Mira así, con fiereza? Miro sus elegantes dedos, que siguen acariciándome la piel, y sé que podría.

A lo mejor ya lo hago.

Dejo escapar un gruñido y le acaricio el sedoso cabello, que se desliza bajo mi piel cuando la beso en la coronilla. La pego más a mí y me riño para mis adentros: para ser un tipo que declara lo importante que es la sinceridad para él, soy un mentiroso estupendo. No debería amar a Mira porque todo lo que toco se convierte en mierda. Y cuando amo demasiado a alguien, la vida me lo arrebatata.

—Buenos días.

Me aparto de la cafetera y veo a Nadia, que se desliza sobre uno de los taburetes de la isla de la cocina. Esta es mi estancia favorita de toda la casa: me encanta cocinar. Y, sobre todo, me encanta cocinar para otras personas. Es una forma fácil de demostrar afecto sin tener que hablar de mis sentimientos.

Cuando Nadia se vino a vivir conmigo, me miró a los ojos y me pidió que dejara de disculparme con ella. El sentimiento de culpa por haberla abandonado era muy fuerte, y el remordimiento por no haber vuelto ya de adulto es todavía peor.

Así que cocino para ella buena comida casera; es mi forma de decirle lo que siento sin poner las palabras en voz alta. Le pongo delante un plato de huevos Benedict con salmón ahumado y una taza de café bien caliente.

—Joder, sí. —Se le iluminan los ojos, mete el dedo en la salsa holandesa y se lo chupa con un gemido sobreactuado. Mi hermana es una desvergonzada.

—Has quedado demasiadas veces con las chicas del Gold Rush Ranch.

—Tú también. —Ríe.

Ignoro el comentario. Sé que Mira quiere mantener lo nuestro en secreto, y, por mucho que lo aborrezca, respeto esa decisión, aunque me encantaría poder anunciarlo a los cuatro vientos en lugar de escabullirme hasta su casa al amparo de la oscuridad. Anoche me pidió que me quedara después de nuestra conversación, pero sabía que iba a arrepentirse por la mañana, cuando tuviera

que salir a buscar el coche en medio del bullicio del rancho, repleto de amigos y colegas.

La puse a cuatro patas y follamos una vez más, duro, como a ella le gusta, y la besé hasta dejarla sin sentido antes de volver a casa en medio de una nube de recuerdos y sentimientos encontrados.

Esta mañana tengo trabajo que hacer en el rancho. Casi tengo encima la temporada de carreras y hay que empezar a entrenar a algunos caballos jóvenes. No tengo ni idea del tema, pero, por suerte, Griffin sí.

—¿Estás listo? —le pregunto cuando vuelve del baño. Él levanta la barbilla y suelta un gruñido, escondiéndose bajo la visera de su gorra de beisbol. Nadia se da la vuelta, sobresaltada por el tío raro que ha aparecido en nuestra casa—. Lo siento, Nadia. Este es Griffin, el hombre al que le compré este lugar.

Le echa un vistazo y suelta el tenedor.

—¿Este es Griffin?

Meto mi taza y la de Griffin en el lavavajillas, frunciendo el ceño. Ya hemos desayunado, hemos tomado café y estamos listos para irnos. Él se levanta al amanecer, y a mí no me importa que quiera familiarizarse tan temprano con los caballos que va a entrenar.

—Sí.

—¿Griffin, tu mejor amigo? —Los ojos casi se le salen de las órbitas.

—Relájate, Nadia. Los adultos no tenemos «mejores amigos». —Griffin resopla, se rasca la barba y va a la puerta principal para calzarse sus desgastadas botas vaqueras—. Ya te lo había contado: me vendió este lugar y seguimos en contacto.

Aunque quizá eso es restarle importancia, porque me cae bien Griffin y quizá es mi mejor amigo. No es invasivo ni molesto, y también es la única persona de todo el valle que no me trató como a un apestado cuando llegué. Cuando yo me hice cargo de todo, él se mudó a las montañas, a una propiedad bastante remota a la que he ido un par de veces. Es muy reservado, pero me ha invitado a cazar —una experiencia nueva— y lo he ayudado a hacer algunas reparaciones en la cabaña, y por eso está aquí, para devolverme el favor. Como antiguo jinete de broncos, me ha asegurado que puede encargarse del entrenamiento de los animales más jóvenes, y a caballo regalado...

—Pero... es un capullo —susurra mi hermana, confusa.

Suelto una carcajada y voy hacia la puerta.

—Me alegro de que pienses así. —Le guiño un ojo—. Así no tengo que

preocuparme de que lo asustes con tus payasadas.

Juro que casi puedo oír cómo pone los ojos en blanco. Tiene mucho carácter, y es lo que me encanta de ella. Y de Mira.

Joder. Nada de «encantar». Gustar. Es lo que me gusta.

Me pongo el abrigo y me calzo las botas de trabajo; salgo para alcanzar a Griffin, sacudiendo la cabeza.

Pasamos una hora viendo a los tres caballos jóvenes que precisan entrenamiento y, de pronto, el peso de llevar el rancho me abruma.

Necesito aire puro, y salgo al prado donde Loki y Farrah se pasan el día tomando el sol y revolcándose en el barro. El relincho agudo del pequeño me saluda, y brinca por el corral con las patas más levantadas de lo necesario solo para presumir. Cuanto más crece, más gracioso se vuelve; es listo, juguetón y travieso. A menudo lo pillo intentando soltar la cadena de su puerta. Salta y trota alrededor del corral como si fuera el campeón del mundo de los caballos.

No envidio al pobre incauto que tenga que montarlo por primera vez. Para aquel entonces, este potro ya se las sabrá todas. Sea como sea, estoy más que aliviado de ver lo sano que parece. Al verlo, nadie adivinaría cómo estaba hace un par de meses.

Le he cogido mucho cariño. Tengo un montón de caballos en el rancho y en el hipódromo, pero he tenido que hacerle un hueco en mi corazón al único animal que no puedo comprar con dinero. No había querido así a un caballo desde que vivía en Rumanía.

—Hola, colega. —Le acaricio la franja blanca de la testuz, y él resopla, satisfecho. A pesar de lo salvaje que es, hemos forjado un lazo muy especial. Una vez le dije a Billie que DD era su caballo del alma, un caballo al que podía entender como nadie, un término que aprendí de los aldeanos en mi ciudad natal.

Y al ver los grandes ojos negros de Loki y cómo sus belfos juegan con el botón de mi chaqueta —cómo intenta arrancarlo, a decir verdad—, me pregunto si no habré conocido a mi segundo caballo del alma.

La idea de que se marche dentro de unos meses hace que se me encoja el corazón y me ardan los ojos. Es como un grano en el culo, pero es mi grano en el culo. Lo único que me tranquiliza es saber que en el Gold Rush Ranch va a poder desarrollar todo su potencial y a recibir los mejores cuidados. E incluso puede que tire al suelo a Billie Black un par de veces.

Le rasco las orejas, riendo.

—Es muy testaruda, pero creo que tú lo eres más.

Cojo una horca y me pongo a limpiar el prado; echo el estiércol y el heno caído en una carretilla. Tengo un montón de papeleo que solucionar y cientos de correos por responder, pero prefiero esconderme aquí, con Loki, esquivando sus belfos mientras limpio. Nunca había pensado que el trabajo físico fuera tan terapéutico. Jamás había hecho nada parecido hasta que compré este lugar: fue parte de mi «reinención».

No me he preparado para dedicarme a las tareas del rancho, pero tampoco para dirigir un imperio de caballos de carreras. Cuando veo a Mira, sé que está decidida a ir a por lo que quiere con todas sus fuerzas y que nadie podrá apartarla de su camino, pero yo voy a la deriva, todo está en el aire. Y las preguntas sobre mi pasado siguen sin ser respondidas: no hay a quién preguntarle porque no hay nadie que lo sepa.

Me he pasado la vida esforzándome por no convertirme en alguien como Constantín, para no ceder a esa parte de mi acervo genético. Siempre he pensado que no condenaría a nadie a la maldición de ser mi esposa, y menos a alguien a quien amara, porque... ¿y si a pesar de todo me volvía como él? Y entonces descubrí que, en realidad, no tenía nada en común con él y un mundo nuevo se abrió ante mí. Ya no tenía que preocuparme por mi oscuro legado, y era liberador, pero también confuso. Sin la venganza, no sabía hacia dónde orientar mi vida.

Cuanto mayor me hago, más deseo formar una familia, conectar con alguien de un modo que nunca había creído posible. Soy pura fachada: un niño perdido que basó su vida en una cruzada, en cumplir una promesa que solo se hizo a mí mismo.

¿Y para qué?

Hay días en los que no tengo ni idea de qué demonios estoy haciendo con mi vida, y ni siquiera sé si me importa. Pero, sobre todo, hay días en los que no sé hacia dónde me dirijo porque no sé de dónde vengo.

Lo único que tengo claro es que Mira va a estar conmigo en el camino. Voy a asegurarme de ello.

26

MIRA

Miro la puerta de Stefan, retorciéndome los dedos. Hace más de un día que no lo veo, y he tenido mucho tiempo para pensar. Para pensar demasiado.

Además, esta noche he quedado con Hank para cenar y quiero seguir indagando. Tengo el cerebro saturado por las preguntas y la confusión.

¿Cómo ha pasado todo tan rápido? ¿Cómo puede ser que él esté interesado en mí? Es más, ¿cómo es que yo estoy interesada en él? ¿Estoy a punto de echar a perder mi vida por un hombre? ¿Es una relación exclusiva? Después de pasarme años con la nariz metida entre los libros de texto y luego sacar adelante una carrera profesional, para mí el sexo siempre ha sido solo sexo. Soy consciente de que nunca he sabido lo que era experimentar una conexión íntima cuando me iba a la cama con un hombre porque se suponía que era lo que tenía que hacer. Y es ahora cuando me doy cuenta de lo que me he estado perdiendo.

Stefan Dalca me ha dejado llena de dudas: sobre lo que somos, sobre a dónde va nuestra relación y sobre qué significa todo esto, porque está claro que es algo más que sexo.

El teléfono vibra en mi bolsillo y lo saco, agradeciendo la distracción. Hasta que veo que es Stefan quien me ha mandado un mensaje.

Stefan: ¿Vas a entrar? ¿O piensas quedarte ahí retorciéndote las manos?

Miro a mi alrededor por si me está vigilando a través de la ventana o algo así. Como no lo veo, le devuelvo el mensaje; debe de tener una aplicación en el móvil que conecta con la cámara de seguridad.

Mira: Das miedo.

Stefan: Forma parte de mi encanto natural. Y lo amas.

La palabra con A me provoca ansiedad. Lo único que he amado en los últimos tiempos es mi trabajo y a mis amigas del rancho. Quizá a algún caballo. Amar ocupa demasiado tiempo y es una distracción, un riesgo. Y yo no soy de las que se arriesgan, sobre todo cuando todo aquello por lo que he peleado está en peligro: mi carrera, mi independencia, mi cordura.

Inspiro hondo para centrarme y respondo al mensaje.

Mira: Voy a entrar.

Stefan: La puerta está abierta. Estoy en mi oficina, al lado de la cocina.

Asiento, giro el pomo y entro en la impresionante casa. Me quito las botas de una patada y voy al despacho de Stefan, al que eché un vistazo la última vez que estuve aquí. Se me seca la boca cuando entro.

Está reclinado en la silla, con las piernas cruzadas y ojeando una carpeta marrón; a su espalda, hay una estantería repleta de libros. Lleva una sencilla camisa de vestir blanca, con unos gemelos que relucen al darles la luz; las venas resaltan en sus manos de una forma de lo más apetitosa. A veces, cuando follamos, me pierdo mirándole las manos: cómo se flexionan cuando se agarra a las sábanas y me penetra con más fuerza. No sabía que una parte tan tonta del cuerpo de un hombre pudiera fascinarme tanto.

Oigo el sonido sordo de una risita y lo miro a la cara, que, a decir verdad, no desmerece para nada el conjunto. Me estudia con la cabeza ladeada y los dedos doblados sobre sus suaves labios. Y lleva esas puñeteras gafas, como si supiera que siempre he tenido la fantasía del profesor sexy.

Me mojo al instante. Estoy jodida. Debería decirle que ha sido un placer conocerlo y largarme a toda prisa antes de sufrir una combustión espontánea por culpa de la obsesa sexual en la que me he convertido.

—¿Qué está pasando por esa preciosa cabeza tuya, Mira?

—Hace casi dos días que no sé nada de ti.

—He tenido varias reuniones en el hipódromo. ¿Me necesitabas para algo?

—Esboza una sonrisa torcida cargada de complicidad. *Cabrón.*

—No.

Nos enfrentamos en un duelo de miradas. Me niego a bajar la vista, pero es raro quedarnos así, retándonos en silencio.

Sobre todo, cuando tiene ese aspecto.

—Vale. Entonces, ¿a qué has venido?

—¿Me tomas el pelo? —siseo, y me acerco hasta que mis muslos chocan con el enorme escritorio de roble—. Me has dejado sin neuronas. Es oficial: soy una descerebrada. Me dijiste que mis manos debían estar entre las tuyas, por el amor de Dios. No puedo dejar de pensar en eso. En ti. Y me estoy volviendo loca. ¿Qué se supone que debo hacer? No he sabido nada de ti, y tengo que enterarme de qué es esto para poner en orden mi vida. Y eso es lo que he venido a preguntarte, pero estás ahí sentado, como si fueras el Profesor Porno y...

La expresión de Stefan pasa de divertida a seria y, por fin, a acalorada cuando llego al final de mi discurso.

—Me has dejado claro que no quieres a un niño pegajoso en tu vida. Lo cual es perfecto, porque no quiero ser tal cosa y porque me encanta lo independiente que eres. Has estado trabajando estos dos últimos días y yo también, pero tenía la intención de llamarte cuando acabara con lo que estaba haciendo.

Suelto un resoplido; me siento tonta porque tiene razón, se lo dije: quiero una relación en la que conservemos la independencia. La quería. No sé, me ha dejado sin cerebro y ahora estoy obsesionada.

—Bueno. —Pongo los ojos en blanco—. Pero podías haber dicho algo, sobre todo después de lo que pasó el fin de semana. ¿Cómo voy a saber si no lo que hay entre nosotros? ¿Cómo voy a saber si ves a otras mujeres? —Suspiro y levanto la vista hacia el techo; detesto lo inexperta que parezco—. Esto es de lo más irritante. Me has hechizado y solo puedo pensar en ti.

Se ríe, apoyando los codos en el borde de su escritorio.

—Mira.

Frunzo el ceño y evito su mirada, pero el silencio se prolonga porque está esperando a haga contacto visual, y cedo. Parece divertido otra vez, y, la verdad, me cabrea un poco.

—¿Qué?

—¿Cuándo se supone que he tenido tiempo para ver a otras mujeres? En las últimas semanas he pasado contigo todos mis ratos libres. —Parpadeo—. Duermo, trabajo, hago ejercicio, dirijo el rancho, controlo obsesivamente a Loki, intento que mi hermana no se aparte del buen camino... Y luego paso mi tiempo libre contigo o pensando en ti. Tú eres la que me ha hechizado. Solo pienso en ti.

El corazón me da un vuelco en el pecho.

—Yo... Yo... no había pensado en eso. Todo parece tan... incierto...

Esboza una malvada sonrisa de listillo.

—Eso es porque follamos hasta la inconsciencia.

Aprieto los dientes; no entiendo por qué oírle hablar así me provoca tanto. Me vuelve loca cuando dice palabrotas, cuando pasa de ser correcto y formal a sexy y malhablado. Es esa dicotomía lo que me excita; se le da genial.

Se levanta, se desabrocha el botón superior de la camisa y se concentra en los gemelos, que suelta, con sus dedos callosos, con una destreza fascinante. El repiqueteo del metal cuando los deja caer sobre la mesa resuena en el despacho silencioso.

—Y ahora voy a bajarte esos vaqueros ajustados y vamos a follar hasta que no te queden dudas —dice, acabando con el silencio. Ahogo un gritito y se me acelera el corazón cuando él se acerca—. Pareces complacida. Y yo que pensaba que no era tu tipo...

—Los hombres que se regodean no son mi tipo. —Pongo los ojos en blanco.

Una carcajada retumba en su pecho y se remanga, como si estuviera a punto de ponerse a trabajar.

—Pero ¿te aburres?

Ojalá dejara de restregármelo. Sabe de sobra que no me aburro. Ni una sola mujer del planeta podría aburrirse con él. Y no entiendo cómo alguna estuvo con él y lo dejó marchar.

—¿Fantaseabas con tu profesor, Mira?

Se ajusta las gafas. *Joder. Joder. Estar tan bueno debería ser ilegal.* Esos antebrazos, la camisa de vestir, las gafas... Es que... Joder.

Abro los ojos de par en par.

—¿Con *mi* profesor?

—Sí. —Se aproxima más a mí y me obliga a alzar la vista. Esta conversación no le incomoda en absoluto, pero yo estoy abochornada—. Has sacado el tema como si fuera algo en lo que has pensado ya. ¿Cuando estabas en el instituto? ¿Y ahora?

Pero qué... ¿Aprendió a ser vidente en Rumanía?

—Es... —Yergo los hombros. No pienso avergonzarme por tener una fantasía. Me niego. Me gusta—. ¿Y qué si es así?

La sonrisa que se apodera de su rostro es tan ávida que una mujer más inteligente saldría corriendo, pero a mí solo me cosquillea el estómago y se me

acelera el corazón. Y me doy cuenta de que confío en Stefan con todo mi ser. Me muerdo el labio inferior y le dedico mi mejor mirada seductora.

Se da cuenta del cambio en mi actitud al instante.

Me agarra la coleta.

—¿Quiere decirme a qué ha venido a mi despacho, señorita Thorne? — pregunta; se cierne sobre mí y su aliento acaricia el punto sensible bajo mi oreja—. ¿Está preocupada por sus notas?

Una pequeña parte en mi interior quiere echarse a reír. Esto es una tontería impropia de mí, pero cuando me tira de la coleta y me obliga a levantar la cabeza, me topo con sus brillantes ojos verdes y se esfuma cualquier rastro de hilaridad que hubiera podido albergar. No se me da bien decir guarradas, pero me encanta cuando él lo hace, así que allá vamos.

—Sí —susurro.

—¿Tiene alguna sugerencia sobre cómo podría mejorarlas?

Jadeo; sus labios se deslizan por mi cuello hasta mi pecho, y el frío material de sus gafas me roza la piel.

—Esperaba que pudiera decirme qué debo hacer.

—Una elección peligrosa, señorita Thorne.

Es un cambio sutil, pero ya no me llama «doctora Thorne». Adoro su inteligencia. Incluso durante el sexo, Stefan piensa. Me pone de cara al escritorio con un rápido movimiento y me echa sobre él, con mi coleta aún en la mano.

Me pone la mejilla contra la mesa y su mano libre me recorre la espalda hasta agarrarme el culo.

—¿Cuánto está dispuesta a trabajar?

—Tan duro como quiera. —Deslizo las manos sobre el pulido escritorio intentando encontrar un sitio donde agarrarme.

Estoy en caída libre, fuera de control. Fuera de mí.

—Joder, eres perfecta. —Su cuerpo se cierne sobre el mío cuando me besa con suavidad en la nuca—. Quédate quieta donde estás, o no te subiré la nota.

Contengo un gemido al sentir cómo el calor de su torso abandona mi espalda. Sus manos se deslizan por mis costados, acariciándome con una reverencia que jamás había sentido. Cuando llega a las caderas, me rodea con los brazos y me desabrocha los vaqueros. Me los baja poco a poco y me deleito con el roce de la tela sobre mi piel. Me desenvuelve como si fuera el regalo que siempre ha deseado y que jamás va a olvidar. Me separa las piernas con uno de

sus pies en los que lleva unos zapatos de vestir, y me baja las bragas hasta los muslos; estoy apoyada en el escritorio y desnuda ante él.

—Estás hecha para mí.

Esa afirmación se me clava en el pecho. Suena tan sincera..., como si de verdad estuviéramos hechos el uno para el otro.

Lo miro por encima del hombro. El aire entre nosotros se ha vuelto más espeso: crepita y se calienta cuando su mirada me recorre el cuerpo, chispeante de... ¿amor?

—Voy a buscar un condón. Ahora vuelvo. No te muevas.

Trago saliva y asiento, temblando por la expectación.

Se va, y yo hago lo que me ha pedido, mojándome más y más con cada segundo que paso esperando. Cuanto más tiempo transcurre, más lo deseo. Cuando vuelve, ya no tiene el autocontrol necesario para tomárselo con calma. Al tintineo del cinturón le sigue el ruido del envoltorio del condón al desgarrarse.

Se coloca detrás de mi culo y me desliza un dedo entre las nalgas.

—La próxima vez que necesites aclarar algo, te traeré aquí.

Tiemblo de pura necesidad. No me importa dónde me lleve, lo único que sé es que lo quiero dentro de mí. Ya.

—Vale —murmuro, y miro por encima del hombro cuando se clava en mi resbaladiza entrada.

La mirada que compartimos lo dice todo, responde a todas las preguntas que me he hecho estas cuarenta y ocho últimas horas, se convierte en una promesa. Entra en mí con una brusca embestida que hace que me tambalee. Se aferra a mis caderas con tanta fuerza que mañana tendré cardenales. Y disfruto de la pasión en estado puro, de la intensa necesidad, del modo en que sacamos a relucir los más bajos instintos del otro; de cómo los dos somos tan correctos en público y tan inapropiados a puerta cerrada.

—Tómelo todo, señorita Thorne —dice; ha abandonado su autocontrol y su voz resuena como un gruñido sordo—. Cada centímetro.

Los sonidos húmedos del sexo inundan la estancia y se entremezclan con los de su respiración agitada y mis gemidos desesperados. Se echa sobre mi cuerpo y pasa la mano por debajo para encontrar mi clítoris.

Me acaricia mientras sigue penetrándome como un salvaje, jadeando en mi oído.

—Si tenías alguna duda sobre nuestra relación, voy a aclarártela. —Ralentiza

sus embates, se retira y vuelve a penetrarme con fuerza, reclamando mi cuerpo —. Eres mía. —Mis manos se deslizan sobre el escritorio y me tiemblan las piernas—. Y yo soy tuyo.

Y cuando me deshago bajo ese cuerpo firme que se mueve en mi interior, sé que estoy donde debo estar.

Ya no hay más incertidumbre.

STEFAN

Estoy sentado junto a la isla de la cocina con la mirada perdida, intentando tanto poner en orden mis pensamientos como recomponerme.

Quería hacerlo otra vez. Quería a Mira en el piso de arriba, en mi cama, rogando por obtener más. Quería mi piel sobre la de ella y sus gemidos en mi oído. Quería pasarme la vida entre sus muslos.

Por desgracia, ella tenía otros planes. Algo con Hank, el encargado del Gold Rush Ranch. Así que he dejado que se fuera, aunque me moría por rogarle que se quedara. Su independencia es una de las cosas que más me gustan de ella; a pesar de lo que pueda sentir, no es pegajosa ni está obsesionada. Solo está ilusionada, y yo también. Esto que ha surgido entre nosotros parece que va a llegar a alguna parte, y no tengo que preocuparme por pasar más tiempo con ella, porque vamos a tener todo el del mundo.

Tengo un buen presentimiento.

Apoyo los codos sobre la encimera, sonriendo. Dejo vagar la mirada por las líneas oscuras que se entrelazan en el mármol y revivo nuestra conversación, la que ha tenido lugar justo después de que hayamos follado sobre el escritorio y la haya reclamado tal y como necesitaba. Se ha subido los pantalones sobre ese culo deliciosamente redondeado y me ha preguntado en voz baja si lo nuestro era exclusivo, con la vulnerabilidad a flor de piel.

La he estrechado entre mis brazos y se lo he asegurado.

—Por supuesto.

—¿Estamos saliendo?

Me he reído y ella ha fruncido el ceño.

—Me importa una mierda cómo lo llames mientras seas mía.

Y lo he dicho en serio, porque para mí es obvio.

Y ahora, aquí sentado, me doy cuenta de que lo estoy arriesgando todo por ella, que estoy superando mi miedo a preocuparme demasiado por otra

persona, mi arraigado miedo a la traición. Intento ignorar que las personas a las que más he querido han sido arrebatadas de mi lado. Y debo reconocer que tengo un historial terrible a la hora de protegerlas.

Pero la mirada que me ha dedicado cuando le he dicho que era mía ha merecido la pena.

Siempre va a merecer la pena, porque me ha mirado como si yo fuera un regalo para ella, tanto como ella lo es para mí.

Es demasiado pronto para estar enamorado, e incluso me siento un poco infantil al pensarlo, pero quizá es eso: quizá los niños saben lo que sienten y lo admiten libremente. No tienen años de bagaje para decirles que ignoren lo que ya saben.

Sacudo la cabeza y opto por distraerme prestándole atención a la otra mujer de mi vida.

—¡Nadia! —la llamo desde las escaleras.

Ha llegado a casa poco después de que Mira se haya ido, y me he maldecido por no ser más discreto. A veces me resulta difícil recordar que vivo con alguien más porque Nadia hace su propia vida: le encanta trabajar en la clínica y dedica el resto del tiempo a hacer los deberes. Parece más feliz que nunca.

Sé que sale con chicos. Con un montón de chicos, quizá. Pero, aunque soy su hermano mayor, no tengo una relación supercercana con ella, así que no sé qué decir al respecto. Solo espero que se cuide y tome buenas decisiones porque, le guste o no, es todo un partido. Aunque me consuela saber que trata con las mujeres del Gold Rush Ranch; no aguantan mierdas, y eso es justo la clase de influencia que Nadia necesita: mujeres fuertes.

Es un papel que nadie ha desempeñado en su vida, y yo tampoco puedo representarlo.

—¿Sí? —Cuando baja corriendo las escaleras, parece la viva imagen de nuestra madre.

Me alegro de que no se parezca a él. Aunque yo no me parezco a ninguno de los dos, y no dejo de preguntarme sobre eso.

—¿Quieres ir a tomar algo?

Frunce el ceño.

—¿Por qué? ¿Pasa algo?

Suelto una sonora carcajada.

—No, no pasa nada. Solo quería pasar un rato con mi hermana pequeña. ¿Tiene algo de malo?

Sonríe, divertida.

—Deja que me cambie. Enseguida vuelvo.

Veinte minutos después, atravesamos la mugrienta puerta principal del Neighbor's Pub. Lo ha elegido Nadia, no yo. Por lo visto, aquí es donde viene la gente «más guay» del pueblo, y no puedo evitar preguntarme si tenemos conceptos distintos de lo que es «guay». El lugar huele a cerveza rancia, pollo frito y mantequilla. Hay una máquina de palomitas de autoservicio en una esquina, que desprende un fuerte aroma. La idea de meter la mano para coger un cuenco de palomitas frías que ha tocado todo el mundo no me parece atractiva en absoluto.

Pero Nadia está muy a gusto, y me doy cuenta de que ha debido de pasar bastantes noches aquí aunque no beba.

El lugar tiene cierto encanto, lo reconozco. La barra está repleta de lugareños aferrados a sus pintas de espumosa cerveza dorada y por los altavoces suena *Hotel California*, coreado por el sonido de los billares. Parece sacado de una película. Supongo que nunca me he sentido lo bastante bienvenido en Ruby Creek como para venir aquí. Soy el forastero, y jamás me he esforzado por cambiarlo.

—¿A que es un sitio genial? Tan canadiense... —Nadia sonríe y se desliza sobre un taburete alto, junto a la mesa de billar—. ¿Te apetece jugar?

Me encanta mi nueva hermana pequeña: ya no es la joven huraña que bajó del avión. Ahora es fuerte, fuerte de cojones. Se me encoge el corazón al pensar en cómo tuvo que salir adelante ella sola. En cómo la dejé colgada para ocuparme solo de mí mismo. Espero que algún día pueda perdonarme.

—Sí, me encantaría. —Le devuelvo la sonrisa y sacudo la cabeza para frenar el tren de mis pensamientos y la culpabilidad que me provoca.

—Genial. Vuelvo ahora mismo. ¿Quieres tomar algo?

—Sí, quiero...

—No digas «vino», Stef. Sé que te gusta el vino, pero aquí no pega —bromea. No me trata como al aburrido hermano mayor que parezco a veces por culpa de la diferencia de edad entre nosotros. Y eso es lo que quiero que haga.

—¿Qué tal un Cosmopolitan?

—Ay, dios —resopla—. Mira que eres remilgado.

Una risa profunda me retumba en el pecho.

—Bromeaba. Tomaré una cerveza.

—¿Qué has hecho con mi hermano? —Enarca una ceja y se echa a reír.

Va hacia la barra y me estremezco al ver cómo se vuelven a mirarla. Me encantaría arrancarles la cabeza por mirar a mi hermanita de ese modo, pero jamás he interpretado ese papel en su vida, y no voy a empezar ahora.

En lugar de eso, aparto la vista y miro a mi alrededor hasta llegar a un culo que reconocería en cualquier lugar: un culo tapado por los vaqueros que he bajado hace apenas unas horas.

Mira está junto a esa máquina de palomitas dejada de la mano de Dios, con un cucharón en una mano y una cesta en la otra.

Voy a tener que cuidar de ella cuando enferme después de comerse eso. Esa mujer me gusta tanto que hasta me encantaría sostenerle el pelo mientras vomita.

Me pregunto por qué demonios está aquí si me ha dicho que había quedado con Hank. No habrá venido con otra persona, ¿verdad? ¿Después de todo lo que hemos hecho, de todo lo que hemos compartido?

No lo creo, pero aun así se me revuelven las tripas y se me acelera el pulso. Si Mira no estuviera conmigo, ¿con qué clase de hombre estaría? Escudriño el bar con la esperanza de que no me haya mentido.

Puedo soportar cualquier cosa, pero no que me mientan. Con lo que ha sido mi vida, es algo que no acepto. La ansiedad se me clava en el pecho y me dejo llevar por la paranoia.

Algo va mal, aunque no sé bien qué es.

Y entonces encuentro a Hank, sentado solo a una acogedora mesa para dos personas, junto a la chimenea que crepita al fondo. Me relajo al ver que Mira sonríe en su dirección y va hacia ahí.

Casi ha llegado a la mesa cuando Nadia la intercepta. Ella se tensa, y veo que mueve los labios para preguntar con quién está mi hermana, echando un nervioso vistazo a su alrededor.

Está claro que algo va mal.

Nadia saluda a Hank y él le devuelve la sonrisa con un rápido guiño, y es entonces cuando me señala y Mira se vuelve en mi dirección. Sonríe, pero con timidez. Me saluda con la mano, pero es apenas un gesto diminuto.

Como no soy de los que huyen de las situaciones incómodas, me levanto y atravieso el bar para acercarme a su mesa. Los ojos de Mira se abren más y más con cada paso que doy en su dirección. Nunca me había mirado así, y el suelo se abre poco a poco bajo mis pies.

—Hola, Stefan. —Se pone detrás de la oreja un mechón que ha escapado de su coleta y toma asiento frente a Hank.

—Señor... —Me acerco a él y le tiendo la mano.

Sonríe y me la estrecha.

—Por favor, no me llames «señor», hijo. Tengo que darte las gracias por haberte ocupado tan bien de nuestro potro. Mira me ha dicho que lo has llamado Loki.

Mira se sonroja y aparta la vista. Al parecer, alguien ha estado hablando de mí...

—Sí. Ese nombre le queda genial: es muy travieso. Vas a estar muy ocupado con él.

Hank sacude la cabeza.

—No, yo no. Lo estará Billie. Yo soy demasiado viejo para entrenar a un caballo así. Que sea Billie quien juegue al rodeo. —Sonríe—. Loki, el dios de las travesuras. Me gusta. Y lo más gracioso es que creo que a Billie también.

Todos soltamos una carcajada.

—Hank y yo tenemos la costumbre de quedar aquí todos los martes por la noche —explica Mira—. Ya sabes, los dos solteros del rancho. —No sé por qué parece tan nerviosa, como si fuera a enfadarme porque saliera con un hombre que podría ser su padre—. He fallado un par de veces, así que aquí estoy, compensándoselo.

—¿Y para compensárselo lo traes a este antro?

Mira se sonroja y levanta la jarra de cerveza para dar un largo trago.

Frunzo el ceño. Sé que está pasando algo y tengo la sensación de que quiere que me vaya, pero antes de que pueda hacerlo, Hank vuelve a hablar.

—Ah, no, me encanta este sitio. ¿Te ha contado Mira que fui camarero aquí?

Mira se queda congelada, con la jarra levantada y sus ojos clavados en mí por encima del borde. Todos los sonidos que nos rodean se convierten en ruido blanco, y yo aparto la vista de esa mujer en la que creía que podía confiar para volverme hacia el hombre que está sentado frente a ella.

Sus rasgos se estrellan contra mi consciencia como insectos contra el parabrisas: ojos, plaf; pelo, plaf; mandíbula cuadrada, plaf.

No puedo respirar. Me siento como si me hubieran echado encima un caldero de agua hirviendo, y el sentimiento de traición me inunda las venas. Toda mi compostura se desvanece. Mira ha dejado ya la jarra en la mesa y su expresión es triste y suplicante cuando se limpia los labios, nerviosa.

Ella lo sabía. *Lo sabía.*

Y no me lo ha dicho.

Nunca lo ha mencionado.

Me quedo en *shock*. Es tan doloroso que siento náuseas. Tengo que salir de aquí. Debo calmarme antes de decir o hacer algo de lo que me arrepienta.

Hank ladea la cabeza y sus ojos esmeralda, tan parecidos a los míos, están llenos de preguntas.

—¿Estás bien, hijo? Parece que hayas visto a un fantasma.

Hijo. La palabra se cuele en mi mente y flota ante mis ojos. Todo este tiempo ha estado delante de mis narices, y la mujer de la que creía que podía enamorarme lo sabía.

Joder.

He sufrido muchas traiciones en mi vida, más que la mayoría, pero esto es muy distinto. Hasta ahora, solo me había traicionado gente que ya me había decepcionado antes de un modo u otro.

Mira me tenía encandilado porque era perfecta para mí, y no lo he visto venir. Ni siquiera he tenido esa sensatez.

—Sí, estoy bien. —Se me quiebra la voz—. Disfrutad de la cena.

Doy media vuelta y me dirijo a la pesada puerta principal del mugriento *pub*.

Necesito aire fresco. Debo apartarme y tomarme un tiempo para procesar todo esto. No puedo hacerlo con los suplicantes ojos de cervatillo de Mira clavados en mí. Ni delante de los de Hank, que son un perfecto reflejo de los míos.

Me adentro en el aire fresco de la noche y voy a mi todoterreno con zancadas firmes y controladas. Rodeo la parte delantera hasta llegar a la hierba y me pongo a vomitar. Hace horas que no como, así que no echo nada. Solo son arcadas y los sonidos ahogados que las acompañan.

Cuando pasan, sigo agachado, con las manos en las rodillas, intentando recuperar el aliento y la cordura.

—¿Stefan? —Su voz suena como un murmullo inseguro y cargado de dolor.

—Ahora mismo no tengo ganas de hablar. —Y es la verdad. Ahora mismo no tengo nada que decirle a la doctora Mira Thorne.

Cuando se acerca, no hay vacilación en sus pasos.

—Deja que te lo explique...

Me vuelvo hacia ella, hirviendo de rabia y con el corazón desbocado.

—¿Qué tienes que explicarme, Mira? ¿Cómo no me hablaste de esto,

después de todo lo que te he contado?

—Yo...

—Confiaba en ti —la interrumpo con dureza—. Te he contado cosas que no le había contado a nadie.

—Pensaba decírtelo...

—¿Cuánto tiempo hace? —Su rostro adquiere una palidez sobrenatural: se vuelve casi azul bajo el cielo oscuro—. ¿Cuánto hace que lo sabes?

—Escucha... —Levanta los manos para pedirme que frene un poco, pero no puedo. La cabeza me da vueltas. Llevo años muriéndome por descifrar ese secreto, y ella habría podido ayudarme desde... ¿desde cuándo?—. ¿Lo sabías antes de que estuviéramos involucrados en esto?

—Define «involucrados». —Y ahí está mi respuesta. La rabia me revuelve las tripas y enarco una ceja con un gesto burlón—. Todo esto ha pasado muy rápido. Deja que me explique antes de que me interrumpas de nuevo...

—¿Ahora es culpa mía que no puedas explicarte? No, Mira, has tenido muchas ocasiones de plantear esta conversación. Ahora ya no importa.

Permanece en un silencio estoico mientras las lágrimas resbalan por sus mejillas.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que... Yo... ¡Joder! —grito, mesándome el cabello. Así no es como tenían que ir las cosas entre nosotros—. No creo que pueda estar con alguien tan poco sincero. De hecho, estoy seguro de que no puedo.

Un grito ahogado sale de sus labios, y se tapa la boca con la mano.

—Stefan, solo...

Levanto una mano para frenarla.

—No, gracias. Ya puse en un pedestal a otra mujer a la que amaba, y me mintió. No voy a volver a pasar por esto. No me sorprende que quisieras mantener lo nuestro en secreto. —Sacudo la cabeza y voy hacia la puerta del conductor—. En serio, Mira, ¿alguna vez haces algo que no sea en tu propio beneficio? —Responde con un gemido gutural—. Dile a Nadia que he tenido que irme.

Me niego a mirarla cuando entro en el coche.

No puedo hacerlo.

Por muy enfadado que esté, sé que, si la miro, mi determinación de protegerme se vendrá abajo.

Se encoge en la oscuridad cuando me alejo, y me doy cuenta de que ya he

fallado a la hora de protegerme porque acabo de admitir que estoy enamorado de ella.

28

MIRA

Voy con el piloto automático y como flotando, aunque no en el buen sentido. Regreso al bar con las piernas temblorosas, apenas controlando mi cuerpo, como si fuera una marioneta y otro manejara mis hilos mientras el universo se ríe de mí a carcajadas. Hank y Nadia han debido de notar algo, porque ella se ha sentado en mi sitio y me miran, confusos.

Estoy acostumbrada a dar malas noticias, pero ahora mismo no sé ni qué decir, ni qué hacer ni cómo ocultar lo que ocurre.

—¿Va todo bien, Mira? —pregunta Hank con tono preocupado.

Nadia me mira con tristeza y frunce el ceño, preocupada.

—No. La verdad es que no. —Me limpio los ojos al darme cuenta de que están anegados en lágrimas que empiezan a correr por mis mejillas.

Hank se levanta y acerca otra silla, la coloca detrás de mí y me hace una rápida caricia en la espalda.

—Siéntate. Parece que vayas a caerte de un momento a otro.

Me siento, tensa, retorciéndome las manos en el regazo. Normalmente, cuando doy una mala noticia me consuela saber que he hecho todo lo que estaba en mi mano para evitar ese desenlace, pero esta noche no puedo decir lo mismo.

Podría haberlo llevado de otra manera, pero no sé si habría resultado mejor. No lo sé. Solo sé que me ahogo en la culpa y que el dolor en mi pecho es tan agudo que me estrangula la garganta y me roba la voz.

No me he portado bien con Stefan. Él ha hecho todo lo posible para protegerme y yo le he pagado ocultándole algo que se moría por averiguar. Pero es que pensaba que con eso también lo protegía yo a él.

Me recorre una oleada de vergüenza que me cala hasta los huesos.

—He cometido un gran error...

—Bueno. —Hank se remueve en el asiento y mira a Nadia—. Pues a ver qué

podemos hacer para solucionarlo. —Me acerca la cerveza, pero ahora mismo no puedo ni pensar en beber algo.

—Yo... Hank... Yo no puedo... No sé si debo contártelo ya. Esperaba poder hablarlo contigo esta noche. Sospechaba algo, pero... Dios, esto me ha estallado en la cara.

—¿Hablarle de qué?

Nadia se está mordisqueando con sus blancos dientes los labios rosados con forma de corazón. No tengo ni idea de si está al tanto de todo esto. *¿Cómo he podido liarla tanto? ¿Cómo he metido tanto la pata?*

Por si acaso, opto por hacer una pregunta muy genérica.

—¿Conociste a una mujer llamada Nora cuando trabajabas aquí?

Hank se aclara la garganta y yergue sus anchos hombros.

—Sí, así es.

Asiento, bajo la vista hacia mis manos y frunzo los labios. Siento náuseas.

—¿La conocías mucho? —susurro, bajando la voz una octava.

La sombra de un recuerdo lejano cruza el rostro de Hank. Su pecho asciende y desciende bajo la camisa de cuadros, ladea la cabeza y una sonrisa triste se dibuja en sus labios.

—Lo suficiente como para que siga pensando en ella a menudo.

Se me rompe el corazón y las lágrimas vuelven a brotar de mis ojos.

Vaya mierda. Esto es demasiado doloroso.

Parpadeo con rapidez y apoyo una mano en la rodilla de Hank.

—¿Estás hablando de mi madre? —pregunta Nadia en tono confuso.

Siento el latido de la sangre en la mano que tengo sobre los vaqueros de Hank. Sus ojos se clavan en los míos y la confusión se abre paso entre los tonos de verde cuando se da cuenta.

—Tienes que hablar con Stefan. No puedo decirte más. —Me levanto y lo estrecho en un abrazo de oso—. Te necesita de verdad —susurro para que solo él pueda oírme. Me arden los ojos y, sin añadir nada más, voy a la barra para pagar—. Vamos, Nadia, te llevo a casa.

No dice ni una palabra, pero cuando se pone de pie, me doy cuenta de que está intentando resolver el acertijo. Cuando llego a la puerta principal me giro y veo a Hank dando vueltas a la pinta de cerveza, sin apartar la vista del líquido dorado, aunque no creo que lo vea en realidad: está perdido en sus recuerdos.

29

STEFAN

Me he despertado con el olor al champú de miel de Mira impregnado en la almohada. He deshecho la cama y he metido las sábanas en la lavadora —agua caliente y una cápsula extra de detergente— como si lavarlas fuera a ayudarme a borrarla de la memoria.

Ahora estoy sentado junto a la encimera de la cocina, mirando el vapor que desprende el café, que no ha conseguido despejarme después de una noche larga y agitada. Le he estado dando vueltas a que, quizá, por fin he encontrado a mi padre, y ahora no sé qué hacer. Ni siquiera sé si hacer algo o si es mejor dejar las cosas como están y no levantar la liebre.

No sé si ese hombre tiene familia o si estoy metiéndome en donde no me llaman. *No sé absolutamente nada, joder.*

Pero Mira sí lo sabía, y escogió dejarme a ciegas. Dejó que me desahogara con ella, que le contara mis miserias, y no se dignó a ayudarme.

Hizo que me preocupara por ella, entró en mi vida y me hizo desear algo más, algo que no estaba seguro de querer. Y luego se dio media vuelta y lo echó todo a perder con sus mentiras.

Debería ser fácil dejarla marchar. Una elección obvia, una respuesta evidente a todo esto. Pero al pensarlo me siento como si estuvieran amputándome una extremidad.

Duele. Mucho más de lo que pensaba que podría doler algo.

El sonido los pasos suaves de Nadia me arranca de mi abatimiento cuando entra en la cocina y va hacia la cafetera.

—Siento haberte dejado plantada anoche —digo a sus espaldas.

—No pasa nada. Me trajo Mira.

Suspiro y me paso las manos por la cara.

—Siento tener la horrible costumbre de abandonarte.

Mi hermana se vuelve hacia mí; lleva los rizos, alborotados, en un moño

suelto.

—Ojalá te perdonaras a ti mismo. Me encantaría que dejaras de culparte por todas las cosas malas que nos han pasado en la vida. No merecen ni un poquito la pena. No les des ese poder. No te guardo rencor, y solo quiero que seas feliz. Sí, me quedé atrapada junto a ellos más tiempo que tú, pero tú sigues atrapado en esa casa aunque ahora estés aquí delante de mí.

Trago saliva. Es verdad. Sigo viviendo en esa casa todos los días de mi existencia, evocando lo que ocurrió, y he dedicado mi vida a deshacerlo, pero ¿a qué precio? ¿A quién perjudico en realidad? Constantin yace bajo tierra al otro lado del mundo y mi madre reposa junto al lago.

Y Nadia está aquí sentada, dándome un consejo demasiado sabio para su edad.

—Sé que no tenemos el mismo padre.

—¿Cómo dices?

—Míranos, Stefan. Yo soy idéntica a mamá, pero tú pareces hijo del cartero. O, para ser más exactos, del encargado del rancho que hay al final de la carretera.

—Dios, no piensas antes de hablar, ¿no?

Esboza una enorme sonrisa melindrosa, en absoluto incómoda con la conversación.

—Sinceridad brutal. Deberías probarla.

—Joder —gimo, y me rasco la cara con más ganas.

—Ay, vaya... —Se lleva la taza humeante a los labios y pestañea—. Las cosas deben de estar fatal si el Señor Bien Educado se pone a decir tacos.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Por... —Dios, no sé ni por dónde empezar—. Por cómo ha sido tu vida.

Frunce el ceño y sacude la cabeza como si yo hubiera dicho la tontería más grande del mundo.

—Yo no lo siento. No todo tiene un motivo. Algunas cosas ocurren porque tomamos la decisión consciente de no seguir tragando mierda. Y pase lo que pase, eres mi hermano. Somos familia. El ADN me importa una mierda.

Mi hermana pequeña suele ser un grano en el culo, indiferente y despreocupada, pero hoy parece la mayor y está ahí, soltándome todo lo que debo oír.

—No la cagues con Mira.

Excepto eso. Eso no quiero oírlo.

—No sé de qué me estás hablando.

Enarca una ceja.

—Para ser alguien que dice valorar tanto la sinceridad, te mientes un montón a ti mismo.

—Yo...

Levanta una mano para interrumpirme.

—Stefan, basta. Sé que estáis juntos. Ella nos lo contó.

Me da un vuelco el estómago.

—¿Qué?

—Sí, la noche de chicas. Billie soltó algo feo sobre ti y Mira no se lo consintió. Nos dijo que estabais liados o lo que sea. Dejé de escuchar porque eres mi hermano y era asqueroso. —Se estremece.

Se lo dijo. Estaba convencido de que había mantenido en secreto lo que había entre nosotros, pero Mira sabe cómo esconder sus cartas. ¿Por qué no me lo contó? Esa fue la noche que me presenté en su apartamento porque me confesó que me echaba de menos.

—Sea como sea, no la dejes escapar —continúa mi hermana—. Es lo mejor que te ha pasado en la vida. Y tú tiendes a no permitir que te pasen cosas buenas.

El sonido del timbre interrumpe la conversación, y me parece estupendo porque sigo enfadado con Mira aunque sea algo irracional. Todavía no estoy listo para perdonarla, y ni siquiera sé si podré.

Pero todos mis pensamientos sobre Mira se me escapan de la mente cuando abro la puerta principal y me quedo mirando unos ojos idénticos a los míos. Nunca me había fijado en Hank, en el pelo dorado oscuro que se peina hacia atrás, en las arrugas de su piel bronceada por el sol, en sus hombros anchos y su estrecha cintura. Está en forma para su edad, sea la que sea. Es fuerte como solo puede serlo alguien que ha pasado la vida haciendo un trabajo físico.

—Creo que tú y yo deberíamos hablar. —Sonríe, nervioso, no con la típica expresión alegre que suele lucir. Este hombre no podría ser más diferente de Constantin ni aunque lo intentara. Ni en su aspecto, ni en su personalidad ni en su vida. Y eso me encanta.

Le devuelvo otra sonrisa nerviosa de mi cosecha.

—Entra. —Abro la puerta de par en par y le hago un gesto para que pase—. ¿Quieres un café? —pregunto; voy hacia la cocina intentando recuperar el

aliento. Necesito tomar algo para aliviar la sequedad de garganta.

—¿Tienes algo más fuerte? —bromea Hank.

Es la mejor idea que he oído en mi vida. En lugar de poner unos cafés, abro el armario que hay sobre el fregadero y saco una botella de *bourbon* y dos vasos.

—En algún sitio son las cinco de la tarde. —Levanto los vasos ante el hombre que, casi con seguridad, es mi padre.

Ríe de nuevo. Es un sonido cálido, reconfortante y auténticamente feliz; el sonido que echaba de menos cuando era pequeño. Y cuando me guiña un ojo, me inundan los recuerdos de los momentos de mi vida en que también eché de menos una mirada así: mi graduación, las competiciones de natación... Podría haber disfrutado de ella.

Me aclaro la garganta para alejar la emoción que me nubla la vista.

—Vamos al salón.

Cuando nos sentamos en los lujosos sofás de piel con los vasos de whisky entre las manos, Hank se reclina en su asiento y me estudia con la mirada. Puedo ver cómo me analiza, cómo cataloga nuestras similitudes con una triste sonrisa en los labios, y me pregunto qué estará sintiendo.

Estoy a punto de preguntárselo cuando habla.

—Bueno, Stefan, háblame de tu vida.

Y lo hago. Empiezo por el principio y no me dejo nada.

Estoy borracho. Son las once de la mañana de un miércoles y estoy borracho.

Con mi padre.

Jamás pensé que esto iba a ocurrir. Los dos estamos seguros de que es mi padre, pero vamos a hacer una prueba de ADN para confirmarlo. Ahora todo encaja, todo tiene sentido, menos las decisiones que tomó mi madre. Jamás lograré entenderlas. Hank me ha dicho que le suplicó que se quedara. Me ha dicho que la amaba.

Ha sido difícil escucharlo.

Y estoy seguro de que a él le ha resultado difícil escuchar cómo fue mi vida. No me importa admitir que hemos derramado bastantes lágrimas en las dos horas que ha durado nuestra charla. Supongo que también tenemos eso en común.

Y ahora vamos por el camino que lleva a los establos, un poco achispados, porque Hank quiere ver a Loki.

—¿Ves ese lago? —Señalo la pequeña extensión de agua en el valle—. ¿O es un estanque? Yo lo llamo lago, pero a lo mejor es muy pequeño para eso.

—Es lo que quieres que sea. —Hank se mete las manos en los bolsillos y se ríe con expresión ebria.

—Ahí fue donde esparcí sus cenizas —digo, y esa sonrisa desaparece.

Veo cómo se le mueve la nuez en el cuello; contempla el reflejo de las nubes en el agua.

—Creo que le habría encantado este lugar —dice, con la voz cargada de emoción, y al instante me arrepiento de habérselo contado. Miro al suelo y me pregunto por qué lo he hecho, cuando suelo andar con pies de plomo con los demás. Me sobresalto cuando una mano cálida se posa sobre mi hombro—. Gracias por decírmelo. —Esboza una auténtica sonrisa—. Me gusta saber dónde está.

Me siento como un niño pequeño, un niño triste con problemas no resueltos con su padre, que disfruta de la calidez de alguien con manos amables y mirada amistosa. He pasado muchos años soñando con este momento, pero, de algún modo, todavía no termino de creérmelo. Me siento como si estuviera flotando fuera de mi cuerpo.

Y no solo por culpa del whisky.

Caminamos codo con codo en un silencio agradable hasta llegar al aparcamiento de los establos, donde nos damos de bruces con la camioneta de los servicios veterinarios del Gold Rush Ranch de Mira, que está aparcada delante de las enormes puertas correderas.

Me tenso y me freno en seco. Tengo demasiado en lo que pensar y aún no estoy preparado para verla. No estoy preparado para disculparme por un montón de cosas. Para ser sincero, ni siquiera sé si tengo que disculparme.

Aún no me puedo creer que se guardara esa información para sí.

Está en el prado, haciendo su visita diaria a Farrah y a Loki, agachada junto a su caja de trabajo, repleta de agujas y botellitas.

—Deberías hablar con ella —dice Hank.

—Yo... —Pierdo el hilo al ver la expresión concentrada en su rostro, el modo en que mueve sus hábiles manos, cómo se muerde el labio inferior mientras busca algo. Mi primer instinto es salir corriendo hacia ella, y me pregunto si esa necesidad desaparecerá algún día—. Creo que no estoy preparado.

—No te digo lo que tienes que decirle, solo que debes hablar con ella. Los

dos necesitáis pasar página, si es eso lo que quieres. Mira es un hueso duro de roer, y muy reservada, pero tiene buen corazón, y he visto cómo saltaba en tu defensa en más de una ocasión. No dudes ni por un momento de que le importas. La vida es demasiado corta. —Mira hacia el lago, pensativo, y añade —: Voy a charlar con tu madre.

Y, con un último apretón en mi hombro, se va, como si llevara toda la vida dándome consejos paternas.

Al pasar llama la atención de Mira, que se levanta bruscamente para seguirlo con la vista antes de girarse para buscarme en el camino. Y cuando nuestras miradas se cruzan, la tensión se palpa en el ambiente, como siempre entre nosotros. Eso es algo que no ha disminuido lo más mínimo a pesar de lo que sucedió anoche.

Creo que incluso es más fuerte, como si nos uniera una goma elástica que yo he tensado demasiado tirando hacia mí. Me pregunto si, cuanto más tire, más fuerte chocaremos cuando la suelte.

Me pregunto si sobreviviremos a la colisión.

—Hola —dice con timidez cuando me acerco.

—Hola —respondo con voz ronca, y me detengo a un par de metros.

No confío en mí mismo si me acerco más, pero estar cerca de ella alivia el dolor que me constriñe el pecho. Pero no puedo perderme en sus ojos, esos grandes ojos de color ónice que últimamente me dejan ver todas sus inseguridades.

Hoy parecen tristes. Devastados, incluso.

Nos miramos incómodos, como dos tontos. Dos adultos inteligentes que han compartido sus secretos más recónditos y que no saben qué decir.

—Tienes que escucharme. No hace falta que respondas, y ni siquiera espero que lo entiendas, pero quiero tener la oportunidad de explicarte mis motivos. Y entonces me iré, lo prometo.

Solo puedo ofrecerle un breve asentimiento.

Suspira profundamente y acaricia con suavidad a Farrah entre las orejas.

—No pensé que Hank fuera tu padre hasta la noche que volvimos de casa de mis padres, cuando me contaste lo que te había dicho tu madre y que lo único que sabías era que había sido camarero en el pueblo. Y yo sabía que Hank había sido camarero antes de trabajar en el rancho, pero, Stefan —hace una pausa y me mira, suplicante—, ha habido un montón de camareros en el pueblo a lo largo de los años. —Sé que tiene razón, pero no digo nada—. Ni

siquiera sabía si en esa época había más bares o restaurantes en el pueblo. No tenía por qué ser el Neighbor's. Tenía mis sospechas, pero ¿qué más podía hacer? ¿Dejar que te hicieras ilusiones cuando podía estar equivocada? ¿Decirle a Hank, que es como de mi familia, lo que sospechaba?

—Sí, Mira. Cualquiera de esas opciones habría sido preferible.

Pone los brazos en jarras y su expresión se inunda de tristeza.

—¿Y a quién debería habérselo dicho primero? ¿A quién tendría que haber expuesto mis teorías infundadas? Te pedí más información sobre tu madre, aunque solo fuera su nombre, y anoche mi intención era preguntarle a Hank si la conocía.

—Vaya, lo tenías todo planeado —digo, cortante. Detesto saber que había tramado todo eso a mis espaldas.

Ella ignora la pulla, pero las lágrimas brotan de sus ojos.

—No era asunto mío. Intentaba reunir la máxima información posible para tomar una decisión lógica. No soy de las que van por ahí soltando teorías sin pruebas fehacientes. No es así como funciona mi cerebro. Y no sabía lo rápido que iban a evolucionar las cosas entre nosotros, no lo vi venir, Stefan. No así —suspira, y mira las nubes algodonosas—. No podía decírselo a Hank porque no quería traicionar tu confianza. Y no podía decírtelo a ti porque tenía miedo de hacerte daño si me equivocaba. —Su voz se quiebra y aparta la vista, taconeando con un pie, nerviosa—. Tienes que creerme cuando te digo que solo quería protegerte.

—Y de todos modos, me has hecho daño.

Acaba de esfumarse cualquier atisbo de felicidad que hubiera podido albergar y me siento profundamente deprimido. Tendría que ser idiota para no ver la lógica en lo que me ha contado, pero eso no cambia nada: me mintió, me ocultó un secreto, y no puedo superarlo.

Su expresión es agónica y solo quiero estrecharla entre mis brazos y curar sus heridas, pero mi orgullo no me lo permite. El niño perdido que llevo dentro no me lo permite.

—Yo... Necesito tiempo —dice ese niño cuando respondo en tono seco. Ella parpadea para detener las lágrimas que inundan sus ojos—. Gracias por explicármelo.

Inspira como si le costara llevar aire a sus pulmones. Veo lo mucho que le duele, y aborrezco pensar que es por mi culpa. No quiero hacerle daño, pero no tengo fuerzas para salvarnos a los dos. Me gustaría olvidarme de todo, pero

la traición de mi madre todavía es una herida abierta. La verdad es que no puedo tomar ninguna decisión importante ahora mismo, y Mira podría ser la más importante que he tenido que tomar en mi vida.

—Gracias por escucharme. —Su voz temblorosa es como un puñal en mi corazón, pero ignoro la sensación. No puedo permitírmela ahora mismo—. Ya no hace falta que venga a ver a Loki con tanta frecuencia, así que no tendrás que preocuparte por si nos encontramos.

—Perfecto —respondo con rapidez. Y con la misma rapidez, deseo retractarme.

Quería decir que es perfecto que esté mejor, no que no vaya a verla. Eso me escuece de un modo que no esperaba.

Hace unos minutos me ha pedido que la escuche, y he visto cómo la esperanza ha brotado de sus ojos.

Ahora, gracias a mí, se derrama por sus mejillas.

30

MIRA

Ha sido la semana más larga de mi vida. No soy más que una sombra de mí misma, y ni me esfuerzo por ocultarlo: llevo la angustia pintada en la cara, y cualquiera podría verla. Creía que la temporada de partos era horrible, pero superar lo que pasó entre Stefan y yo es el peor tormento que he conocido.

No he sabido nada de él en toda la semana. No ha llamado ni me ha enviado un mensaje, y yo tampoco lo he hecho. Darle un poco de tiempo parece el enfoque más adulto que puedo adoptar ante esta situación.

Ojalá pudiera hacer que viera las cosas a mi manera, pero no soy de las que intentan imponer su punto de vista. Si me pareciera más a Billie, iría a su casa y lo machacaría hasta que cediera, pero yo soy más de vivir y dejar vivir. Si esto es lo que quiere, si quiere apartarse, está bien. Lo superaré.

Con el tiempo.

Y no va a ser pronto, porque esto me duele muchísimo. Es como si nos hubiéramos pasado meses montando juntos un puzle complicadísimo y él hubiera escondido la última pieza. Es muy incómodo: lo mire como lo mire, le dé las vueltas que le dé, el puzle está incompleto.

Yo me siento incompleta.

No sé cómo ha sucedido. Supongo que por todas esas noches juntos en el suelo de los establos, por todas las bromas inapropiadas o todas las veces que me pidió que saliera con él y yo lo rechacé.

He perdido un tiempo precioso en el que podíamos haber estado juntos.

Si le hubiera dicho que sí, habríamos pasado más tiempo juntos antes de que todo esto ocurriera o, quizá, no habría sucedido. Tal vez habría salido todo de forma más natural si no hubiera sido tan terca.

Pero en lugar de eso, aquí estoy, en mi oficina, rememorando nuestras interacciones, las noches que hemos pasado juntos, con sus manos deslizándose sobre mi piel y las palabras sucias brotando de sus labios.

Lo echo de menos como una loca, aunque intento fingir que no es así. Nadia me mira de forma especulativa de tarde en tarde porque las dos sabemos que hablar de mi relación con su hermano sería muy raro. Y es su hermano, así que lo lógico sería que se pusiera de su parte en esta pesadilla. Suponiendo que haya tal cosa como «partes». Además, sé que él la quiere más que a nada en este mundo, así que me parece mal quejarme de él con ella, aunque se haya convertido en una amiga.

Es lamentable. Me pregunta cómo estoy con una voz rara que me dice que no me cree cuando le respondo que estoy bien. Porque no estoy bien. Estoy jodida.

—¿Qué miras? —pregunta Billie a mis espaldas; estoy mirando a través de los ventanales de la parte delantera de la clínica y me doy la vuelta, sorprendida por su presencia. Debe de haber entrado por la puerta que está junto a los establos.

—Un águila —miento.

—Ah. —Mira hacia el cielo con un gesto sobreactuado—. Debo de habérmela perdido.

Las dos sabemos que no se ha perdido una mierda.

—Seguramente.

—¿Cómo lo llevas, Mimi?

—Dios, ¿podrías no hacer eso? —Me cruzo de brazos, sacudiendo la cabeza. Se lleva las manos al pecho, alarmada.

—¿El qué?

—El apodo. Me he librado de tus apodos hasta ahora. Pensé que ya lo había conseguido y ahora me vienes con «Mimi».

Ella suelta un resoplido.

—La verdad es que no te pega.

—Sí. Lo sé. Gracias.

—Pero por eso me gusta.

Gimo y agacho la cabeza.

—A veces me pregunto por qué te quiero tanto.

—Porque soy muy sincera.

Ag. De ninguna manera quiero hablar de sinceridad.

Según Stefan, soy una mentirosa, y eso también me hace daño, porque no creo serlo. Para nada. Estos meses me he liado un poco, pero no soy una mentirosa. Y no me gusta que me lo llamen.

—Ajá... —Miro a Billie de reajo, preguntándome qué va a decir a continuación.

—Estoy aquí para decirte que te pongas las pilas. Es un niño y tú eres una puta diosa.

Esta conversación es justo el epítome de lo que no quiero hablar.

—Gracias —respondo, escueta.

—Así que Dalca el capullo es un capullo de verdad, ¿eh? —rezonga.

Sé que solo intenta hacerme reír, pero no me provoca gracia. Es como si estuviera haciendo de menos lo que ocurrió entre nosotros. Y cuanto más tiempo paso alejada de Stefan, más creo que lo que teníamos era amor. O algo muy parecido.

—Qué graciosa. —No me río.

Sus ojos color ámbar se clavan en los míos.

—No intentaba ser graciosa, Mira. Tengo razón: ese tío es un capullo y tú te mereces algo mejor.

¿Cuáles eran las etapas del duelo? Porque estoy convencida de que mi mejor amiga acaba de catapultarme a la de la ira.

—¿Sabes qué, Billie? Que te jodan. Ahora mismo no quiero que tengas razón. Quiero que te equivoques.

Se me revuelven las tripas y me doy media vuelta para largarme. Tengo que salir de aquí, pero me doy de bruces con Nadia, que tiene los ojos abiertos de par en par.

—¿Puedes cerrar, Nadia? Te veré mañana.

Solo ha pasado una semana desde que Stefan me preguntó si solo hago las cosas cuando puedo obtener un beneficio, y aún no lo he superado. No lo he superado.

Y no creo que vaya a superarlo jamás.

—¿De verdad te has quedado sin ellas? —Mi nana no se ha tragado que he venido a verla porque me he quedado sin *samosas*—. Porque parece que no has comido.

Y no lo he hecho.

—Sí. ¿Podemos hacer unas cuantas?

Doblar *samosas* con mi abuela es terapéutico, tranquilizador, y ahora mismo necesito algo que me calme. Incluso su suave acento me serena, hasta que me

recuerda el de Stefan y cómo se vuelve más evidente cuando está excitado. Un escalofrío me recorre la espalda.

Entra cojeando en casa —la casa de mis padres—, sacudiendo la cabeza.

—Tus padres no están.

Se mudó aquí hace un par de años, después de que falleciera mi abuelo. Dice que es porque soy su nieta favorita, pero estoy convencida de que lo ha hecho porque mis padres tienen una *suite* independiente para ella.

La sigo hasta la cocina e intento ayudarla, pero estoy abatida y no quiero estorbar. Me siento sombría, deambulando como un alma en pena.

Mi abuela me señala primero a mí y luego a la mesa.

—Siéntate.

—Vale —digo, con el rabo entre las piernas, y me dejo caer en una silla, aliviada del descanso y de estar lejos de miradas indiscretas, caras de desaprobación y conversaciones incómodas con Hank. Dios, siempre son incómodas: se esfuerza muchísimo por mostrarse amable y, al mismo tiempo, no sacar a relucir la patata caliente.

Es deprimente, y no me avergüenza reconocer que estoy evitándolo.

—¿Dónde está el chico rubio?

Mi nana rebusca en la nevera y saca los ingredientes que necesita.

—Debe de estar trabajando.

—¿Te ha roto el corazón? —Se me hace un nudo en la garganta, pero no respondo. Ella niega con la cabeza y se agacha para sacar un cuenco del armario bajo; su sari de algodón se desliza con el movimiento—. ¿A que sí? Sabía que iba a pasar.

—Dijiste que no era mi tipo.

Me mira con ojos fieros y me señala con el índice.

—Exacto. Tu tipo no funcionaba, así que supuse que él sí. Tan inteligente, sexy y formal... ¿Cómo no iba a hacerlo?

¿Mi abuela acaba de llamar «sexy» a Stefan Dalca?

Me aclaro la garganta y hurgo en una grieta de la vieja mesa de madera.

—¿Y? —insiste.

—¿Y qué?

—¿Te ha roto el corazón?

Me tiembla el labio inferior.

—Sí.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —pregunta; sigue organizando los ingredientes

y los utensilios de cocina.

—No sé... ¿Nada? No creo que vaya a perdonarme, y yo no soy de las que se arrastran. Ni siquiera estoy segura de haber hecho algo mal. Es... complicado.

—Mira, Mira, Mira. —Sacude la cabeza y chasca la lengua—. Has trabajado muy duro para alcanzar tus metas: el colegio, la carrera, tu independencia... Y lo has hecho sin que te importara la opinión de los demás. ¿Por qué esto es diferente? ¿Qué te hace pensar que no vas a tener que esforzarte?

—Yo...

Me interrumpo porque no tengo una buena respuesta. Lo único que se me pasa por la cabeza es la imagen de Stefan preguntándome si alguna vez he hecho algo que no me beneficiara. Supongo que tener la temeridad de perseguirlo contaría, pero ¿y si le molesta? Es como si su frase me persiguiera, porque sospecho que es bastante acertada. Me hice veterinaria para ayudar a los animales, para dar voz a los que no la tienen, y sé que he ayudado a mucha gente en el camino. Por lo general, la gente adora a sus animales y valora mi trabajo. Pero tal vez no hago nada a menos que me ayude de algún modo. ¿Solo salvo animales porque me hace sentir bien? Y si es así, ¿qué tiene de malo?

—¿Lo quieres?

No necesito pensar la respuesta.

—Sí.

—Entonces ve a por él. Vi cómo te miraba embobado cuando estuvo aquí. A lo mejor los demás pensaron que intentabas engañarnos con una cita falsa para evitar el interrogatorio sobre tu vida, pero yo no. Nada de ese día fue falso para él.

Está intentando tranquilizarme, pero no lo consigue. El peso en mi pecho es tan grande que apenas puedo respirar.

—Vale. —Se me entrecorta el aliento y la cabeza me da vueltas.

¿Qué he hecho? ¿Cómo he descartado tan fácilmente lo nuestro, como si fuera algo pasajero? ¿Por qué he renunciado a él cuando jamás he renunciado a nada que me importara? A lo mejor no es tan malo que solo actúe en mi propio beneficio.

Tal vez mi error sea no convertir a Stefan en una de esas cosas a las que no renuncio.

—¿Y bien? —Pone los brazos en jarras—. Entonces, ¿qué estás haciendo

aquí, fingiendo que te has quedado sin *samosas*? —¿Cómo puede ser tan lista?—. Fuera de aquí. Ve a por él. Nadie se aleja de mi nieta favorita a no ser que ella quiera.

Estaba tan preocupada por la opinión de los demás que no me he dado cuenta de que ese gran hombre me adora y es perfecto para mí, y le he hecho daño. Me da igual quién tenga la razón. Aquí no hay culpables. No importa nada más que el daño que le he hecho a un hombre que se ha preocupado por mí como nadie antes.

Ni siquiera le respondo a mi abuela. No tiene sentido negar que mi congelador está repleto de *samosas* y que pensaba regalárselas a Billie y a Violet. Asiento, cojo las llaves de la encimera y salgo por la puerta principal.

Mi corazón sabe lo que siente por él, pero mi cabeza es más complicada y se mueve en un mundo de ciencia y verdades absolutas. Lo que pasa es que no hay absolutos en el amor.

No, eso es cosa del corazón.

En cuanto me subo a la camioneta, entusiasmada y decidida, suena el teléfono a través del sistema de *bluetooth*. Es Nadia. Pulso el botón, pensando que va a preguntarme sobre cómo cerrar la clínica por la noche.

Y me sorprende el pánico en su voz.

—¡Mira! ¡Hay un incendio en los establos de Cascade Acres!

Nunca había conducido de forma tan temeraria. Conozco las carreteras secundarias del pueblo como la palma de mi mano, así que voy recta en todas las curvas e incumplo todos los límites de velocidad. Nadia no ha podido darme mucha información: ha recibido una llamada del encargado de los establos y ha salido hacia allí.

Le he pedido a Vaughn que cierre la clínica y he regresado a Ruby Creek en un tiempo récord. El humo aparece ante mí como un mal presagio, y se me revuelve el estómago al ver esas nubes oscuras sobre la pintoresca propiedad de Stefan.

Inspiro hondo e intento mentalizarme para lo que me voy a encontrar. Los incendios no son algo raro porque, por desgracia, el heno y la madera son muy inflamables, pero el resultado nunca es bueno: quemaduras, inhalación de humo... Las consecuencias siempre son horribles y desgarradoras.

Sobre todo, teniendo en cuenta el tamaño de la humareda: no es un fuego

pequeño.

Confirmando mis sospechas cuando atravieso el camino de entrada: los establos están rodeados de humo y las llamas lamen la parte posterior del edificio. Las luces parpadean en la oscuridad de la noche y oigo los gritos de los bomberos cuando aparco y bajo de un salto de mi camioneta, directa hacia el incendio.

Encuentro a Leo, el encargado de los establos, contemplando la escena boquiabierto, con el resplandor de las llamas iluminándole el rostro.

—¿Han salido los caballos? —pregunto.

—No, no todos. Acabábamos de meterlos en los boxes para pasar la noche cuando ha sucedido.

Me da un vuelco el corazón. *Loki, Farrab*. Me dejo llevar por la ira.

—¿Y qué haces aquí parado?

—¿Y qué otra cosa puedo hacer?

Es un imbécil total.

—¿Estabas aquí cuando ha empezado?

Asiente con expresión solemne. El muy cobarde estaba aquí y no ha hecho una mierda; se ha quedado mirando las musarañas.

—¿Dónde está Stefan?

—Viene de camino.

—¿Dónde está Nadia?

—Ha entrado.

Un escalofrío me recorre la columna y me congela los huesos.

—¿Perdona?

Señala los establos.

—Hace un par de minutos.

—Joder, Leo. Eres un puto gallina. —Voy hacia los establos, furiosa, y me acerco a un bombero que está totalmente equipado—. ¿Saben que hay una persona dentro?

—Acabamos de llegar, señora. Estamos evaluando la situación.

No es suficiente. Nadia está ahí y Stefan no puede perderla. Eso acabaría con él.

Unos instantes después, Nadia aparece en las puertas del establo, con los ojos desorbitados, pero mi alivio apenas dura un segundo.

—¡Necesito unos guantes! —grita—. ¡No puedo abrir los boxes! Los cierres metálicos queman.

Se da la vuelta y regresa corriendo al interior del edificio. Un bombero corre hacia ella para tratar de detenerla antes de que desaparezca entre el humo.

Me da un vuelco el estómago y no puedo apartar la mirada del establo. Las llamas siguen creciendo y sus palabras me persiguen.

Todo por lo que Stefan ha trabajado tanto, la redención que buscaba, los caballos que ama en silencio, esas almas buenas que no pueden salvarse solas...

Su hermana.

Ni siquiera me paro a pensarlo: me pongo en marcha. Cojo un par de guantes del parachoques del camión de bomberos y corro hacia el establo antes de que alguien pueda detenerme. No voy a quedarme aquí planeando una estrategia mientras esos caballos y mi amiga mueren abrasados. No hay otra opción.

Oigo gritos a mis espaldas; me pongo los guantes y atravieso la puerta. Se me pasa por la cabeza que estoy cometiendo una estupidez monumental, pero ignoro esa idea. Si puedo salvar a unos cuantos caballos y salir, seré feliz.

Una densa humareda llena el establo oscuro. Oigo los relinchos por encima del crepitar del fuego, y juraría que hasta puedo saborear el pánico. Y entonces veo a Nadia: intenta agarrar un pestillo, pero se aparta bruscamente cuando chisporrotea contra su piel.

—¡Mira! —grita al verme, señalando hacia donde el humo es más denso, pasillo abajo—. ¡Loki está ahí! ¡Todos están ahí!

No hace falta ser médico para darse cuenta de que se ha quemado las manos en su intento fallido de abrir los boxes.

—Nadia, fuera. Necesitas un médico. Yo me encargo.

—¡Déjame ayudarte! —Está en estado de *shock*; las lágrimas se derraman por su rostro.

—No.

—Mira, no lo entiendes. Si pierde a Loki, no se lo perdonará jamás. Va a pensar que todo lo que toca se convierte en mierda. Tengo que sacarlo.

—¿Y si te pierde a ti, Nadia? —La agarro, la cobijo bajo mi brazo y la empujo hacia las puertas abiertas—. Ve. Yo me encargo de Loki.

Me mira suplicante cuando los equipos de emergencia llegan hasta ella, pero yo regreso a los establos antes de que me pillen.

Camino con rapidez, tapándome la nariz con el abrigo, y abro el primer box. Entro, le doy una palmada al caballo en las ancas y él corre hacia las puertas. Los caballos se escapan cuando están aterrados, así que espero que alguien tenga la sensatez de pararlos. De cualquier manera, mejor eso a que se

quemien.

Me abro paso con rapidez por el establo, dando gracias porque muchos de los animales de Stefan vivan en el hipódromo y el lugar no esté lleno.

El humo se vuelve más denso a medida que avanzo por el pasillo. Hace mucho calor, pero eso no me detiene. Por suerte, el fuego parece peor en el exterior del edificio. Creo que han salido todos los caballos excepto los que yo quería con desesperación.

—A la mierda con todo —murmuro contra la tela de mi chaquetón, y voy hacia el final del pasillo, donde se guarda a Loki y a Farrah.

Escogí específicamente que estuvieran al fondo porque hay menos corrientes de aire, y ahora me arrepiento. Farrah mueve las patas con nerviosismo cuando llego hasta ellos; Loki está acurrucado contra ella, y su valor se ha diluido en puro terror.

—Hola, chicos. Ya estoy aquí. —Abro la puerta.

Farrah no necesita ayuda. Corre hacia la seguridad de la puerta principal, con Loki a su grupa, galopando para seguirla.

Me doy la vuelta para ir tras ellos y me mareo.

Tengo que salir de aquí.

Ese es mi último pensamiento antes de que todo se funda en negro.

31

STEFAN

No tengo ni idea de lo que voy a encontrarme, pero sé que no es bueno. He podido ver el resplandor en mi propiedad desde la carretera, cuando volvía del juicio al que he ido a Vancouver con toda la intención de enterrar para siempre a ese baboso de Patrick Cassel.

Cuando atravieso las puertas de hierro con el corazón en un puño, me recibe el caos. Las luces parpadean y los caballos andan sueltos por toda la propiedad. Dejo escapar un suspiro de alivio al ver a Farrah y Loki encerrados en el corral más cercano a la casa. *Gracias a Dios.*

Menos mal que la camioneta de Mira está aquí: sospecho que vamos a necesitar ayuda, y estoy dispuesto a aguantar el daño que me va a hacer estar cerca de ella si eso supone salvarles la vida a mis caballos.

Nadia viene corriendo hacia mi coche, agitando las manos vendadas, con churretones de rímel decorándole las mejillas. Para ser una chica que siempre va muy arreglada, está hecha un desastre.

Me quedo congelado, en absoluto seguro de que vaya a ser capaz de afrontar lo que estoy a punto de encontrarme. Mi propósito está envuelto en llamas, literalmente. He pasado los últimos años persiguiendo una venganza, y aquí estoy, viendo cómo se convierte en cenizas. Ni siquiera sé cómo sentirme.

Nadia abre de un tirón la puerta del conductor y grita como una loca, pero no soy capaz de entender lo que dice. Estoy demasiado obsesionado con el fuego, con lo que representa. Es casi hipnótico.

La mano de Nadia aterriza con fuerza en mi mejilla y me obliga a prestarle atención.

—¡Despierta, joder! Mira está ahí dentro, ¡no ha salido! —vocifera, angustiada.

Y de golpe, me alcanza toda la ansiedad, todo el horror. Me pongo en marcha sin pensarlo siquiera; dejo la puerta abierta y corro hacia los establos,

consciente de lo devastador que es el incendio.

—¡Stefan! ¡Han dicho que no podíamos entrar, pero ella está ahí dentro! ¡Me ha echado y ha entrado ella! ¡Quería sacar a Loki y a Farrah, pero ya han salido! ¡Son los últimos que han salido, pero ella no venía detrás!

El dolor de mi hermana me alcanza en oleadas. Todo el mundo se queda atrás, mirando.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Mira?

Es la voz de Billie, a mis espaldas, junto a Hank. Sus ojos dorados recorren la multitud mientras que los de Hank están anegados en pura agonía; abraza a Billie por la cintura para retenerla.

En un pueblo pequeño las noticias vuelan, e imagino que habrán visto el fuego desde su propiedad. Han debido de llegar unos instantes después que yo, y estoy seguro de que han oído a Nadia.

Estoy furioso con la inacción. Estoy furioso conmigo mismo. Le dije a Mira que solo actuaba en su propio beneficio y ahora está en mi establo en llamas, salvando a mis caballos, salvando a mi hermana.

Eso fue lo que le dije, pero debería haberle dicho que la amaba, que solo necesitaba algo de tiempo para lamerme las heridas, pero que iba a volver junto a ella, que íbamos a estar bien. Que jamás había sentido nada parecido por nadie y jamás volvería a sentirlo.

La necesidad de decírselo me abrumba y el instinto supera al sentido común. Solo sé que la necesito, que necesito que sepa que la quiero.

Cruzo la mirada con el que creo que es mi padre y entre nosotros surge un acuerdo, un entendimiento. Acabo de encontrarlo y ahora podría perderlo, pero si no intento sacar a Mira de ahí, seré yo el que se pierda. Me hace un gesto con la cabeza y, con su bendición, me abro paso entre los bomberos.

—¡Señor! ¡Señor, deténgase! ¡La estructura no es estable!

Una mano intenta frenarme, pero yo soy más fuerte: estoy repleto de adrenalina.

Me zafo de él y me tapo la boca con un brazo para protegerme del humo. En cuanto cruzo el umbral, me doy cuenta de que las llamas están en el exterior del edificio, pero el humo del interior es sofocante: está atrapado como el vapor de la ducha en un cuarto de baño cerrado. En el fondo, sé que estoy haciendo una estupidez al entrar en un edificio en llamas, pero, más que eso, sé que es la decisión acertada. La única decisión posible.

Corro por el pasillo para ver dónde puede estar. Las puertas de todos los

boxes están abiertas, y me inunda el pánico cada vez que me asomo a uno y no la veo. Puedo soportar el humo, pero no sobreviviré a perderla ahora que acabo de encontrarla. Es lo que me atenaza la garganta y hace que me escuezan los ojos.

Las llamas, avivadas por el heno del fondo, atraviesan el humo. El calor es insoportable, y se me pasa por la mente la idea de dar media vuelta, pero me la quito de la cabeza.

Y entonces veo un bulto oscuro en el suelo. *Mira.*

Me abalanzo sobre ella, me quito la chaqueta y le cubro la cabeza con ella. Tiene las puntas de su largo cabello chamuscadas por las llamas; se las saco de la chaqueta y recojo su cuerpo inerte.

—Stefan... —Apenas puedo oírla—. Los he sacado para ti.

Sus palabras hacen que me flaqueen las piernas. *Esto es culpa mía.* Le dije algo tan cruel que ha entrado en un edificio en llamas para demostrarme que estaba equivocado.

—Mira, te quiero. —Pero no me oye. Su cuerpo es un peso muerto en mis brazos.

Flácido. Sin vida.

No responde, pero sigo entonando esa confesión mientras me doy media vuelta y corro hacia la puerta.

Te quiero, te quiero, te quiero mucho.

Hace unos meses saqué a un potro sin vida de este establo, de este preciso lugar, y ella cavó un hoyo conmigo bajo la lluvia para él, aunque no tenía por qué hacerlo. No sé por qué lo hizo ni cómo supo que necesitaba su compañía tranquila y serena esa mañana, pero pienso pasarme la vida compensándoselo. Por aguantarme, por no rechazarme, ni odiarme ni pensar lo peor de mí a pesar de que todos lo hacían.

Por protegerme.

Y ahora me toca a mí protegerla.

Salgo corriendo del establo, agachado y estrechándola contra mi cuerpo lo más fuerte posible. Sus extremidades se balancean cuando la pego a mí, y rezo a cualquiera que esté escuchando para que, por favor, no permita que esto sea todo. Se lo repito una y otra vez, con la esperanza de que me oiga.

Te quiero, te quiero, te quiero mucho.

Salgo tambaleándome al aire fresco, jadeando para conseguir llevar un poco de aire a mis pulmones.

—¡Socorro! —Toso, alejándome lo más posible del edificio en llamas—. ¡Necesita ayuda! —La gente se agolpa a nuestro alrededor; caigo de rodillas y la dejo con cuidado sobre la grava—. Mira. —Le aparto el pelo quemado de su hermoso rostro, dejando un rastro de cenizas al paso de mis dedos—. Mira. — La sacudo con suavidad, pero su cuerpo no ofrece resistencia. Los bomberos se agachan junto a nosotros, pero yo no puedo apartar la vista de ella—. Te quiero.

¿Y si lo último que le dije fue esa frase tan dura? ¿Y si lo último que hice fue hacerla llorar?

—Señor, tiene que moverse. —Me agarran unas manos para alejarme de ella, cuando lo único que deseo en este mundo es cubrir su cuerpo con el mío, darle todo lo que necesite: pulmones, piel, la vida. Todo es suyo.

Te quiero, te quiero, te quiero mucho.

—Stefan, necesitan un poco de espacio. —La voz tranquilizadora de Hank se impone al caos y su mano me aprieta la nuca para instarme a que me aleje de ella—. Retrocede y déjales hacer su trabajo.

¿Y si no vuelvo a verla nunca? Jamás me lo perdonaré.

Me entran náuseas y, por segunda vez en una semana, me levanto y corro hacia el lago, donde puedo vaciar el estómago en paz. Los sanitarios se cruzan conmigo, llevando sacos de lona y oxígeno. Hay un gran estruendo a mi alrededor, pero solo puedo oír el rugido de la sangre en mis oídos y el acelerado latido de mi corazón; me apoyo en un árbol y me rindo a la debilidad.

¿Y si se muere por haber salvado lo que creía que más quería sin saber que ella lo es todo para mí?

Te quiero, te quiero, te quiero mucho.

La culpa me corroe, me desgarran el corazón. Es como si me arrancaran la piel a tiras. Jadeo y me quedo mirando el lago, deseando que mi madre estuviera aquí. Una mano cálida se desliza por mi hombro.

Hank no dice nada, pero sé que es él. Hemos conectado, aunque apenas nos conocemos. En el fondo, sé que es mi padre. Sí, una prueba de ADN lo demostrará, pero yo ya lo sé: me lo dice el corazón.

Su mano firme sobre mi hombro me tranquiliza, e intento recuperar el control.

—Ella respira. Va a ponerse bien.

Miro por encima de mi hombro y me inundan al mismo tiempo el alivio y el

arrepentimiento.

—No puedo perderla.

Asiente con solemnidad.

—Lo sé.

—La amo.

—Sí, hijo —suspira—. Lo sé.

Vuelvo a mirar el lago, orando en silencio a mi madre para que nos envíe un poco de su fortaleza, de esa fuerza que la ayudó a soportar años de tortura para mantenernos a salvo. Ahora soy yo el que necesita esa fuerza para mantener a salvo a Mira.

—Estaría orgullosa de ti. Yo lo estoy.

Mi respiración se convierte en un jadeo y me escuecen los ojos; me encantaría ser lo bastante hombre como para responder a eso, a lo que he querido oír toda mi vida, pero solo puedo pensar en Mira.

Le aprieto la mano.

—Gracias.

—Ve con ella. Te necesita.

No me gusta su tono, suena demasiado... definitivo. Me siento como un imbécil por haber perdido un tiempo precioso vomitando cuando podía haber estado con ella, aunque lo que necesita es atención médica.

Me apresuro a través del césped y veo cómo cargan su cuerpo inconsciente en la camilla, con una máscara de oxígeno colocada sobre su delicado rostro. Billie y Nadia están acurrucadas una junto a la otra, con las lágrimas brillando en sus mejillas. Las puertas traseras de la ambulancia se abren y Billie sube con Mira.

—No —digo—. Voy yo.

Me fulmina con la mirada: sus ojos brillantes por la luz de las llamas me evalúan, y creo que no doy la talla.

—No sé qué ve en ti. No sé qué la lleva a defenderte, a apostar por ti cuando podría tener a cualquiera. No sé qué la ha llevado a adentrarse en las llamas por ti. —Me clava el dedo en el pecho—. Pero esta es tu oportunidad para demostrar lo que vales. Y si vuelves a hacerla llorar, tengo un terreno enorme a mi disposición para enterrar tu cadáver.

Siempre he pensado que Billie estaba chalada, pero ama con desesperación. Me encanta que Mira tenga una amiga así; yo jamás la he tenido. Y acepto encantado el desafío.

Asiento, mirándola a los ojos.

—¿Quién va con ella?! —grita un sanitario desde la parte trasera de la ambulancia.

—Yo —digo sin detenerme un segundo. Me agarro al asa y me siento en el pequeño banco que hay junto a Mira.

Un segundo después, veo cómo varios pares de ojos se clavan en mí: su amiga; mi hermana; mi padre. Y entonces las puertas se cierran y solo quedamos nosotros.

Le agarro la mano y reposo la cabeza sobre su pecho. Quiero que lo nuestro dure para siempre.

Las horas en el hospital están borrosas. He pasado la noche dormitando en una silla muy incómoda, demasiado nervioso para dormir, pero demasiado agotado como para tener los ojos abiertos. Entra y sale gente y, cuando los padres de Mira atraviesan la puerta, me pongo de pie.

Su madre se derrumba entre mis brazos y sus lágrimas me empapan la fina tela de la camisa de vestir.

—Gracias. —Si supiera las cosas que le dije a su hija, no me daría las gracias —. La has salvado. Gracias.

Se aferra a mí como si fuera un salvavidas: es más que un abrazo, es algo más profundo. Su gratitud me envuelve mientras estrecha mi cuerpo, temblando entre mis manos. El padre y la abuela de Mira están detrás de ella, estoicos.

Cuando Sylvia se aparta, el padre de Mira me estrecha la mano, lloroso, incapaz de hablar, y me parece bien.

Pero su nana se acerca y me agarra la barbilla con fuerza con sus dedos huesudos. Y sonrío.

—¿Cómo te sientes?

—Culpable —confieso con sinceridad, porque a esta mujer no hay quien le mienta.

Ladea la cabeza, con los ojos brillantes.

—¿Por qué?

Me paso las manos por la cara.

—Me siento responsable de que esté aquí, herida. Dios sabe que... —Se me quiebra la voz y aparto la mirada.

Me da unas palmaditas en el pecho, sacudiendo la cabeza.

—No seas tonto. Ella iba a ir a por ti. ¿Es que no la conoces lo suficiente como para saber que no se rinde jamás? Y ha entrado en el granero porque así es ella. Un poco irritable pero leal hasta la muerte cuando te la ganas. Y no te preocupes: te la has ganado. Más bien creo que estás atado a ella para siempre.

El llanto me atenaza la garganta. Sé que solo quiere que me sienta mejor, pero la culpa sigue ahí, magnificada por el anhelo de estar con ella. Solo quiero abrazarla y, cuando despierte, no volver a alejarme de ella jamás. Voy a disfrutar pegándome a ella cueste lo que cueste.

Y voy a decirle que la quiero. Una y otra y otra vez.

32

MIRA

Nada tiene sentido. Un pitido constante cala en mi consciencia; los párpados me pesan una tonelada y me duele todo el cuerpo. Me paso la lengua por los labios para aliviar la sequedad, pero mi garganta parece papel de lija; la siento tan irritada y dolorida que no puedo reprimir un gemido.

Alguien me aprieta un antebrazo, y siento unos dedos firmes en la otra mano. Me obligo a parpadear. Noto los ojos como si estuvieran llenos de arena. Estoy en una habitación en penumbra, apenas iluminada por unas tenues luces que derraman un resplandor amarillento. Debe de ser de noche.

—Hola. —Miro a mi mejor amiga, que me contempla con ansiedad.

—Hola. Dios. —Le tiembla la voz—. Es la hostia de bueno verte.

Intento sonreír, reconfortada por los tacos de Billie: me devuelven a la realidad.

—¿Estoy...? —Dios, la garganta me está matando.

—Estás en el hospital. —Me acaricia el antebrazo y señala al otro lado con un gesto de la cabeza. Me vuelvo lentamente; alguien me sujeta la mano, pero no es mi amiga y, al mirar hacia abajo y a mi izquierda, me topo con una figura desplomada sobre una silla y una hermosa mata de cabello dorado descansando sobre la cama, junto a mí.

Está aquí.

Suspiro; me duele el pecho y me arden los pulmones.

Está aferrado a mi mano como si le fuera la vida en ello, sentado en esa incómoda silla de hospital, con la cara apoyada junto a mi muslo. Parece agotado, pero me embebezo de su rostro como si fuera el sol y yo no hubiera estado bajo su luz durante años. Tiene los altos pómulos cubiertos por una sombra de barba mucho mayor que de costumbre y los labios carnosos entreabiertos. Unas enormes ojeras rodean sus ojos.

No estoy segura de nada, salvo de él: nunca he estado más segura de nada en

toda mi vida.

—No se ha separado ni un momento de ti —susurra Billie—. Nadia tuvo que traerle ropa limpia porque la que llevaba apestaba a humo, pero se ha negado a dejarte.

Se me llenan los ojos de lágrimas al mirar al hermoso hombre que duerme a mi lado, y solo quiero que me abrace y me diga que todo va a salir bien.

—Entró en el establo en llamas, a pesar de que todos le dijeron que no lo hiciera, y te sacó de ahí. Si no fuera por él, dudo que ahora estuviéramos aquí. Quiero decir: literalmente, atravesó un infierno por ti. —Las lágrimas caen por mis mejillas y Billie se levanta para enjugármelas, desviando mi atención de Stefan por un momento—. Este tío es una pesadilla. —Se le quiebra la voz, parpadea y continúa—: Pero no como yo pensaba. No ha mencionado ni una vez sus establos, y casi echa abajo el hospital para conseguirte la mejor atención posible y lo que, fijo, es una vigésima opinión. —Su risa es llorosa, y le devuelvo la sonrisa—. Oye, Mimi. —Suelto un gemido y sacudo la cabeza. Billie está loca, pero es la mejor—. Me equivoqué, y lo siento. Cualquier hombre que te quiera tanto como él merece la pena.

—Gracias —ronroneo. No necesito su permiso, pero saber que lo acepta, que acepta lo nuestro, me alegra el corazón—. ¿Habéis hablado?

Ella resopla y pone los ojos en blanco.

—¿De qué? ¿De que Hank es su padre o de que le ha puesto nombre a mi caballo?

Asiento.

—Sí, es toda una noticia. Sé que Hank ha sido como un padre para ti desde hace mucho tiempo. —La señalo—. Y sabes que el nombre es genial.

—Sí, lo reconozco. —Ríe entre dientes—. Y, vaya, Hank es muy feliz. Es hasta contagioso, así que no puedo no alegrarme por ellos. La vida tiene sus propios planes, Mimi. —Me guiña un ojo, intentando dominar la emoción—. A ver, necesito otro hermano tonto tanto como una bala en la cabeza, pero es lo que hay. —Hace un gesto hacia la figura dormida de Stefan.

Se remueve en el asiento como si le pitaran los oídos. Le doy un rápido apretón en la mano y levanta la cabeza. Sus ojos se clavan en los míos al instante.

—Me voy —anuncia Billie; me da un apretón suave en el brazo y un beso en la coronilla. Ni la miro—. Vale, adiós.

No puedo apartar la vista de Stefan, de sus fascinantes ojos verdes, de esa

nariz un poco torcida. Me lo bebo, intentando no pensar en cómo casi lo deajo escapar.

—Hola. —Sonrío, incapaz de interpretar su expresión cuando se cierra la puerta. Parece casi enfadado.

—¿Cómo estás? —Sus dedos se deslizan entre los míos.

—Dolorida. —¿Para qué mentir? Me duele todo el cuerpo.

—Has inhalado humo y has sufrido una conmoción cerebral al desmayarte. Llevas inconsciente casi un día.

—Vaya...

Su voz es profesional.

—El médico ha dicho que la tráquea y los pulmones sanarán por completo, pero estoy esperando una segunda y una tercera opinión. —Se tensa—. No voy a arriesgarme a que se les haya pasado algo por alto.

—Vale. —Estoy segura de que me pondré bien, y soy perfectamente capaz de entender el diagnóstico, pero si manejar la situación hace que se sienta mejor, no voy a interferir—. ¿Cómo estás tú?

Le acaricio el dorso de la mano con el pulgar, deleitándome con el tacto de su piel, y un calambre me recorre el brazo solo con ese sencillo roce. Este hombre me vuelve loca. Quizá por eso salí corriendo sin pensar en mi seguridad. Con él ya había experimentado más calor del que podía imaginar, así que lo del establo no podía ni comparársele.

—Mira, no debiste entrar en los establos —dice, con la mandíbula tensa.

—Tú tampoco.

—No podía dejarte ahí. —Su voz se quiebra cuando desliza la vista hacia nuestras manos entrelazadas.

Levanto la mano y le acaricio el pelo, disfrutando de la sensación de los mechones al deslizarse entre mis dedos. Algo que creí que jamás volvería a experimentar.

—Amas con locura, igual que yo. No me lo pensé dos veces antes de entrar.

Su mirada encuentra la mía; más que eso, se clava en la mía como si pudiera leerme el alma.

—¿Amor?

Mi mano se desliza por su mejilla y el tacto de su barba contra mi palma me pone la carne de gallina.

—Sí, me quieres.

Es tan intenso que me envalentono: un hombre que hubiera roto conmigo

no me miraría así.

—¿Quién te ha dicho semejante cosa?

Mira hacia el otro lado de la cama, donde estaba sentada Billie, pero le agarro la barbilla para que vuelva a enfocarse en mí.

—Me lo has dicho tú.

—¿Me oíste cuando estábamos en el establo? —Su voz suena enronquecida y su acento es un poco más fuerte de lo habitual; posa la mano libre en mi rodilla y me la acaricia.

Muevo la cabeza porque sé que he dado con fibra sensible.

—No. Pero ¿te has metido de cabeza entre las llamas por alguna otra mujer últimamente, Stefan?

Sonrío, pero sus muros se derrumban ante mis ojos. Se le descompone la cara y un sollozo estremece su cuerpo cuando pierde el control. Se tumba en la pequeña cama de hospital que hay a mi lado y vuelve mi cuerpo hacia él con sumo cuidado, con una delicadeza desgarradora. El suave aroma de su colonia me envuelve cuando entierro la cara en su pecho. Me regocijo al sentir sus fuertes brazos a mi alrededor y su cálida piel contra la mía.

Respira de forma entrecortada y me ahueca la cabeza amorosamente.

—No puedo perderte. Siento mucho haberme alejado. —Su aliento me acaricia el cuero cabelludo—. Te quiero demasiado, joder.

—Lo sé —respondo, acariciándole el pelo—. Yo también te quiero, Stefan.

—No me importaba nada más cuando pensé que podías morir. Nada. Y no hay nada que puedas hacer para que me aleje de ti porque jamás me perdonaré haberlo hecho una vez.

Asiento, al abrigo de su pecho, y mis ojos se anegan en lágrimas de nuevo.

—No sé si seré capaz de mantenerte a salvo, pero, si me dejas, voy a pasarme la vida intentándolo.

—Ay, Stefan, ya lo haces —digo con la voz quebrada, acariciándole la espalda—. Me salvaste anoche. Crees en mí, me escuchas, me defiendes. Te enfrentaste a mi familia por mí, Stefan. ¿Y Patrick? Te lo has cargado por mí.

—Río a través de las lágrimas—. Mierda, si hasta le mentiste a la policía por mí cuando Nadia y yo lanzamos huevos al coche del director...

—Ese tío se lo merecía.

Vuelvo a reírme, pero mis carcajadas se frenan en seco cuando él se separa un poco y me levanta la barbilla.

—Te quiero, Mira. —Su confesión es serena y profunda, íntima, solo para

nosotros. Y aunque ya me lo ha dicho, esta vez sí cala en mí—. Me haces ser un hombre mejor. Un hombre más feliz. Ya te lo dije una vez: eres mía y yo soy tuyo. Descenderé a los infiernos por ti. Adoraré tu cuerpo. —Sus ojos se posan en mis labios, e incluso ahora, que estoy hecha polvo en la cama de un hospital, me siento la mujer más hermosa del mundo—. Volvería a meterme de cabeza entre las llamas por ti una y otra vez. Siempre.

Y sus labios descienden sobre los míos, suaves y exploradores. Es un beso tan perfecto que se me caen las bragas. Sus manos me acarician como si fuera un tesoro.

Y me derrito. Me derrito por él, por nosotros.

Gimo, embargada por la emoción, embelesada por su contacto, por cómo me abraza. Me siento infinitamente segura entre sus brazos.

—¿Te duele? —Se echa hacia atrás, con la preocupación pintada en su hermoso rostro.

Me aferro a su camiseta y la estrujo entre los dedos; nuestras piernas se entrelazan sobre la diminuta cama del hospital.

—No —murmuro—, por favor —suspiro—, no pares nunca —imploro.

Apoya su frente en la mía.

—Me encanta cuando suplicas, doctora Thorne.

Me da un beso infinitamente dulce en la mejilla.

—Te quiero. —Pasa a la otra y un cosquilleo feroz me recorre el vientre—. Te quiero. —Nuestros labios se unen en un beso perfecto y desgarrador, y él repite por tercera vez—: Te quiero.

Y nunca había sentido nada más auténtico.

Lo quiero, lo quiero, lo quiero.

EPÍLOGO

TRES MESES DESPUÉS

STEFAN

Estamos sentados a la mesa y los dedos de Mira se clavan en mi muslo. Hank está frente a nosotros, y acabamos de terminar una cena estupenda que he cocinado para dos de las personas más importantes de mi vida: pechuga de pato a la plancha con una salsa especial de arándanos que ha preparado Mira, solo para recordarme nuestra primera cita «falsa».

Dejo un sobre en el centro de la mesa. Contiene los resultados de los análisis de ADN. Estaba esperándolo, pero ahora que ha llegado, no estoy seguro de querer abrirlo. Hank y yo hemos estado pasando tiempo juntos como padre e hijo, recuperando el tiempo perdido. Y he estado asimilándolo todo. Pase el tiempo que pase con él, nunca será suficiente, siempre quiero más, quiero compartirlo todo con él durante los años que nos queden. Aunque mi percepción de qué supone aprovechar el tiempo ha cambiado drásticamente desde el incendio. Fue como una llamada de atención para que dejara de vivir en el pasado.

—¿Es lo que creo que es? —pregunta Hank, con la vista clavada en el sobre amarillo.

Quién iba a decir que algo que puede cambiarnos la vida iba a venir envuelto en algo tan vulgar.

—Lo es.

Traga saliva, y yo lo observo, con la firme presencia de Mira a mi lado. Las puntas de sus delicados dedos me acarician el interior del muslo y me hacen pensar en cosas que no debería en un momento así, pero siempre me provoca eso.

—Es curioso. —Hank sonríe—. He estado esperando esto y ahora que lo tengo delante... Bueno, es que no me importaría seguir como estamos, sin necesidad de pruebas. —Se hace el silencio hasta que Hank continúa—:

¿Sabes, Stefan? Aunque este sobre no contenga lo que esperamos..., bueno, me gustaría continuar como hasta ahora. Lo que sentía por tu madre sigue ahí, y me agrada pensar que estaría contenta de vernos pasar tiempo juntos independientemente del ADN.

Me relamo los labios y me fuerzo a ignorar la quemazón en mis ojos.

—Me gustaría.

—¿Queréis que lo lea yo? —pregunta Mira en voz baja; su pulgar dibuja círculos relajantes sobre mis vaqueros. Mueve la cabeza para mirarnos a uno y a otro, y el brillante pelo negro le acaricia los hombros.

Después del incendio se cortó las puntas quemadas y eligió un corte recto y despuntado que le sienta de maravilla. Está preciosa, y aún puedo aferrarme a su pelo cuando la tomo desde atrás.

Hank y yo mantenemos un breve contacto visual y asentimos. Mira aparta la mano y sus ojos brillan, expectantes. Yo me siento como en una montaña rusa, pero Mira es pura estabilidad y me ancla los pies a la tierra.

En un abrir y cerrar de ojos rasga el sobre y saca unos papeles de un blanco prístino. Sus ojos inteligentes escanean la página, pero su rostro impassible no revela nada. Deja los papeles sobre el mantel individual y frunce los labios cuando su mirada encuentra la mía. Podría perderme en esa mirada; a menudo lo hago, pero ahora espero encontrar una señal, un indicio, aunque ella no muestra nada.

—Stefan... —Esto es una tortura. Ni siquiera sé si está tardando una eternidad en soltarlo o es que el tiempo se ha detenido. Sus suaves labios carnosos esbozan una sonrisa—. Me gustaría presentarte oficialmente a tu padre.

Hank suelta una sonora carcajada y se echa hacia atrás en la silla, con una palmada sobreactuada. Yo tiro de Mira y la estrecho entre mis brazos.

Su pelo huele a miel y su camiseta, a jabón de lavandería.

Y me doy cuenta de que sin ella, sin que el universo la pusiera en mi camino, sin ese caballo enfermo, sin mi madre muerta, sin todo esto, quizá no habría encontrado a Hank. Sin Mira, quizá nunca habría conocido a mi padre.

—Gracias. —Me acurruco contra su cuello y me distraigo unos segundos pensando cómo voy a agradecersele esta noche.

—Siempre. —Me aparta y sonrío, con los ojos brillantes por las lágrimas no derramadas—. Y ahora ve a abrazar a tu padre.

Obedezco. Doy la vuelta a la mesa y me lanzo a los brazos abiertos de Hank.

A los brazos abiertos de mi padre.

Dios, qué bien sienta.

—Encantado de conocerte oficialmente, hijo.

Su voz está cargada de emoción, y no estoy seguro de poder responder, así que lo estrecho con más fuerza. Me he pasado la vida buscándolo y por fin lo he encontrado.

Los treinta minutos siguientes transcurren entre charlas, risas y alivio. Cuando acaba la noche, Hank abraza a Mira.

—Gracias por traerme a mi chico —susurra.

No se me escapa el modo en que se limpia los ojos y asiente.

No sé cómo podré pagárselo, cómo podré compensar al universo por ponerla en mi camino.

En realidad, sí, sé exactamente cómo hacerlo y por eso, en cuanto Hank se va, le sugiero que vayamos a dar un paseo hasta donde estaban los establos. Han quitado los escombros y ahora solo es una gran explanada, lista para que los reconstruya.

Junto al lago, Loki y Farrah pastan felices en su corral. Loki relincha al verme.

—Tu caballito del alma te está saludando, amor —dice Mira.

La rodeo con un brazo y la pego a mí, infinitamente agradecido.

Después del incendio Billie me propuso un trato: la mitad de la propiedad del pequeño potrero por lo que había hecho para salvarlo. La mujer que tanto me odiaba ahora me llama «su hermano de otra madre» y me regala la mitad de uno de sus caballos más preciados. La vida es muy extraña.

Vamos hacia el centro de la explanada cogidos de la mano. Cuando salió del hospital, Mira vino a vivir conmigo. No acepté un no por respuesta. He aprendido que la vida es demasiado corta como para desaprovechar nuestro tiempo juntos. Además, cuando terminó el curso, Nadia se fue a la ciudad para asistir a la facultad de Veterinaria porque le encantó trabajar con Mira. No tardará en mudarse a Vancouver para ejercer y nos dejará la casa para Mira y para mí solos.

Un silencio cómodo nos envuelve. Hoy es uno de los días más felices de mi vida, y estoy a punto de hacer que sea aún más feliz.

Una parte de mí piensa que estar aquí tras el incendio que costó tanto debería entristecerme, pero solo siento alivio. Aquí fue donde casi pierdo a Mira. Aquí fue donde la llevo para aceptar nuestro trato. Aquí fue donde pasé las

noches con ella, conociéndola. Aquí fue donde arriesgué mi vida para salvarla.

Y mi madre puede vernos desde donde esparcí sus cenizas.

Este lugar es mi mundo. Mi destino y mi futuro.

A partir de aquí voy a empezar a reconstruir mi vida.

Mira y yo somos como un fénix renacido de las cenizas, y no querría que fuera de otro modo. Está contemplando el tapiz rosado y naranja del cielo cuando el sol desciende hacia el horizonte tras las montañas.

Me arrodillo.

—¿Qué haces? —Posa una mano sobre su pecho.

—¿Qué crees que hago? —sonríó.

—Es...

—¿Crees que me he arrodillado para arreglarte el zapato otra vez? —Abre los ojos de par en par y mira sus zapatillas de deporte—. No te preocupes, gatita. Puedo... —le guiño un ojo— arreglarte el zapato más tarde. Pero antes quiero preguntarte algo.

—Dios mío. —Desliza la mano alrededor de su cuello, y casi puedo ver cómo le late el pulso ahí.

Saco una pequeña caja de terciopelo del bolsillo.

—Nunca me he considerado un hombre demasiado bueno, pero tampoco un mal hombre. Solo uno con un pasado triste y sin nadie a quien amar. Y entonces te vi, y me bastó una mirada para saberlo. —Su mano libre me acaricia cariñosamente la mejilla—. Supe que mi vida no iba a volver a ser la misma. No siempre me trataste como si fuera bueno, pero sí me hiciste querer ser mejor. Y tengo la intención de pasarme la vida intentándolo.

—Ay, Stefan. —Una lágrima rueda por su mejilla cuando abro la caja para enseñarle el fino anillo de oro con una brillante esmeralda en forma de lágrima. Dice que el verde es su color favorito porque le recuerda a mí.

—Ese fuego casi te arranca de mi lado. Casi te pierdo, y es un error que no voy a volver a cometer. Voy a atesorarte como te mereces. Ese fuego arrasó con todo, Mira, quemó mis ansias de venganza. Lo que saqué de él es lo único importante. Nos dio un nuevo comienzo. El resto solo es polvo y ceniza en el viento. Y ahora me doy cuenta de que lo que de verdad importa es lo que salió de ahí: tú y yo. —Hago una pausa y veo el mismo amor que yo siento reflejado en sus ojos—. Mira Thorne, ¿me harías el honor de ser mi esposa?

Cae de rodillas ante mí al instante, y me ahueca la cara con las manos.

—Sí, sí, sí, sí. Nada me haría más feliz. Ni a mí ni a mi nana.

Deslizo el anillo *vintage* en su dedo con una enorme sonrisa, y cuando vuelvo a mirarla a los ojos, solo veo nuestro futuro.

Te quiero, te quiero, te quiero mucho.

—El verde es mi color favorito, Stefan. —Se mira la mano con una sonrisa temblorosa. Me río y le enjugo las lágrimas antes de estrecharla contra mí y posar mis labios sobre los suyos. Sobre esos labios que pienso besar el resto de mi vida.

Un hombre mejor que yo no habría hecho un trato con ella, pero yo no soy el mejor de los hombres, y nunca he lamentado nada menos en toda mi vida.

NOTA DE LA AUTORA

Este libro contiene material para adultos, incluidas referencias a la muerte de animales típica de la vida en una granja, así como al maltrato doméstico y al acoso sexual. Espero haber tratado estos temas con la delicadeza que merecen.

También me gustaría expresar mi especial agradecimiento a Anna P. por su minuciosa lectura de sensibilidad para garantizar que Mira y su familia quedaran reflejadas con el cuidado y la precisión oportunos.

AGRADECIMIENTOS

Durante la secundaria y la preparatoria, mis padres me sacaban de la escuela un día al mes para que pudiera ir de voluntaria con la veterinaria de mi caballo. Un día nos llamaron porque había un incendio en unos establos. Por suerte, lo más grave fue que una yegua que quedó atrapada había inhalado humo, así que la llevamos a la clínica. Cuando llegamos, apenas podía respirar. La veterinaria sacó un libro de texto, leyó durante unos minutos y realizó una traqueotomía de emergencia, un procedimiento que nunca había llevado a cabo. Salvó a la yegua improvisando un procedimiento desconocido, y recuerdo que pensé que era una mujer increíble.

Era guapa, inteligente, divertida, amable y me acogió bajo su ala. Me tenía encandilada, y los días que pasé con ella fueron algunos de los más memorables de mi vida. Mi madre siempre decía que no todo se aprende en las aulas, y tenía razón. Aprendí mucho esos días. ¿La escena de la castración? Está basada en hechos reales, aunque la siguiente vez me dejó hacerlo sola.

Durante años, juré que de mayor iba a ser veterinaria equina, pero creo que la doctora Mira Thorne es lo más cerca que voy a estar de ese sueño. Y me parece estupendo, porque su personaje tiene mucho de mí y la quiero un montón.

Espero que vosotros también.

Este es mi tercer libro y estoy muy orgullosa de él. Además, estaré eternamente agradecida a todos los que contribuyeron a hacerlo posible.

A mi marido, que me anima a encerrarme en mi cuarto y a salir con hombres de ficción. Eres mi pilar. Mi gente.

A mi hijo, que ha empezado a decirle a todo el mundo: «Mi madre tiene fecha de entrega». Tú también eres un remolón, y creo que lo has heredado de mí. Lo siento. Pero te quiero como de aquí a la luna.

A Paula, mi editora: es una bendición trabajar contigo. Tus comentarios no solo me ayudan, sino que también me reconfortan. Te confío tanto mis palabras como mis preocupaciones, y sigo pensando que deberías cobrarme por ser mi terapeuta.

A Krista Callaghan: ¡me alegro un montón de que se hayan cruzado nuestros

caminos! Ni siquiera puedo empezar a explicar lo mucho que me has ayudado. ¡Eres una superestrella!

A Anna P., que fue mi lectora de sensibilidad en este manuscrito: gracias. Gracias por ayudarme a hacerles justicia a Mira y a su familia. Y te prometo que no volveré a llamarlo «pan *naam*».

A Casey: creo que nuestras portadas son cada vez mejores. Me encanta trabajar contigo, y estoy deseando hacer más portadas bonitas contigo.

Brandi, Shannon y Laetitia: me quito el sombrero ante vosotras por vuestro excepcional ojo para los detalles y por el tiempo que habéis dedicado a analizar mis palabras. Agradezco mucho vuestra ayuda.

A mis lectoras beta, Lena, Amy, Amber y Christy: gracias por leer mi manuscrito cuando todavía era un revoltijo. Todas me ayudáis a ver las cosas con más claridad.

A mi relaciones públicas y los miembros del equipo de *marketing*: ¡estoy abrumada por vuestro apoyo! Se me empañan los ojos al pensar en todo lo que habéis hecho por mí. No sé cómo voy a poder agradeceréoslo. Os mando un enorme abrazo a todos.

A Melanie Harlow, que lo da todo de sí misma y de sus conocimientos para ayudar a los nuevos autores. Gracias por tus atentas respuestas cada vez que te acoso.

Sarah y Jenn, de Social Butterfly: gracias por compartir vuestra sabiduría y ofrecerme vuestros consejos y vuestro ánimo. Me encanta trabajar con vosotras.

Por último, gracias a las Chicas de oro, mis compañeras de correrías. Amigas mías, os quiero a las dos, albóndigas incluidas.

GANAR SIEMPRE

SINOPSIS



Stefan Dalca es guapo, inquietante y mandón. También es el enemigo público número uno en este pequeño pueblo, con un pasado turbio que es difícil pasar por alto. Puede que yo sea una veterinaria de renombre, pero me encuentro en una situación difícil y Stefan es mi última esperanza. Necesito su ayuda para salvar a un potro enfermo, y él a cambio quiere tres citas conmigo.

Todo comienza como una simple transacción, pero cuanto más tiempo paso con él, más me pregunto si realmente es el villano que todos dicen que es. Stefan me hace sentir como nadie antes, y valora mi inteligencia con tanta pasión como mi cuerpo. Me hace reír. Me hace sonrojarme. Me llama «gatita».

Con cada conversación íntima, con cada mirada robada, la temperatura entre nosotros aumenta. Y, cuando por fin me toca, saltan chispas.

De pronto, me veo anhelándolo de una forma que los que me rodean no van a aprobar ni a entender. Ceder ante Stefan Dalca es jugar con fuego, pero no me importa...



BIOGRAFÍA DE LA AUTORA



Elsie Silver es una autora canadiense de novelas románticas que adora a los novios de novela y a las heroínas descaradas que los ponen de rodillas.

Vive en las afueras de Vancouver, en la Columbia Británica, con su marido, su hijo y tres perros, y lee vorazmente novelas románticas desde mucho antes de lo que se suponía que debía hacerlo. Le encanta cocinar y probar nuevas recetas, viajar y pasar tiempo con su hijo, especialmente al aire libre.

Elsie también disfruta levantándose a las cinco de la madrugada, que es la hora a la que suele escribir. Afirma que en ese momento puede tomar una taza de café caliente y soñar con un mundo ficticio lleno de historias románticas que compartir con sus lectores.

Ganar siempre es la tercera novela de Elsie en Phoebe, después del arrollador éxito conseguido con *Ganar a toda costa* y *Ganar al límite* (2023).

elsiesilver.com

IG: [authorelsiesilver](#)

TW: [AuthorElsie](#)

FB: [authorelsiesilver](#)

TT: [authorelsiesilver](#)

OTROS TÍTULOS
DE LA AUTORA EN
PHOEBE ROMÁNTICA



GANAR A TODA COSTA

ELSIE SILVER



Vaughn Harding es mi nuevo jefe. Tiene negocios familiares en Vancouver, pero también es el propietario de este rancho, en el que cada vez pasa más tiempo.

Disfruto de nuestros combates verbales, pero hace tiempo me autoimpuse alejarme de este tipo de hombres. Estar cerca de Vaughn puede ser un suicidio en mi trayectoria profesional como entrenadora de caballos de carreras. Soy la nueva responsable del rancho y de un caballo con problemas que he prometido convertir en todo un ganador.

Tengo muchos planes, y no voy a permitir que un hombre me distraiga. Por mucha electricidad que haya cuando nos miramos o por mucho que mi cuerpo entre en combustión cuando nos rozamos. Vaughn es un vívido recuerdo

de cada tío que he tenido alrededor mientras crecía: guapo, rico y privilegiado.

Pero hay cierta tristeza en él a la que me es imposible dar la espalda. Un lado sensible bajo ese cuerpo perfecto. Burlarme de él a ratos es una cosa, ¿pero entregarle mi corazón?

Debería haberlo pensado antes...

Mantener una relación profesional con mis empleados nunca ha sido un problema. Hasta que Billie Black se presenta en mi propiedad.

Billie tiene talento, no sabe mantenerse callada y es jodidamente tentadora. No podemos dejar de retarnos desde el momento en que nos conocemos. Y aquí es difícil mantener las distancias. Y todavía es más difícil evitar que esa fricción se convierta en fuego.

Billie lo tiene todo, es una mujer inteligente con un cuerpo con el que fantaseo a todas horas, y posiblemente la única mujer que puede salvar mi negocio... y a mí.

Me vuelve loco en todos los sentidos de la palabra. Deseo sus labios, su confianza, su alma... Lo quiero todo.

Pero ¿cuál será el precio que tenga que pagar por ello?

Porque, de repente, no solo quiero que mis caballos ganen carreras: también quiero conquistar a esa chica.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Ganar a toda costa



GANAR AL LÍMITE

ELSIE SILVER



He visto cada delicioso milímetro del cuerpo de Violet Eaton, pero ella no tenía ni idea de quién era yo.

Hasta ahora.

Lo que ocurrió entre nosotros *online*, en los chats, se suponía que era anónimo y que debía permanecer en el pasado.

Hasta que dejó de hacerlo.

Este es un mundo muy pequeño, y el pueblo de Ruby Creek lo es aún más. Cuando me he mudado aquí y nos hemos visto obligados a vivir bajo el mismo techo, mi máscara de hombre duro se ha venido

abajo sin remedio.

Con cada rubor de sus mejillas, en cada ocasión en que sus ojos brillan con calidez, cada vez que me suplica que no pare, el muro de hielo que he levantado a mi alrededor se derrite un poco más. Ella me hace desear cosas que no pueden ser. Cosas con las que sueño desde que la vi por primera vez hace dos años. Cosas que no merezco.

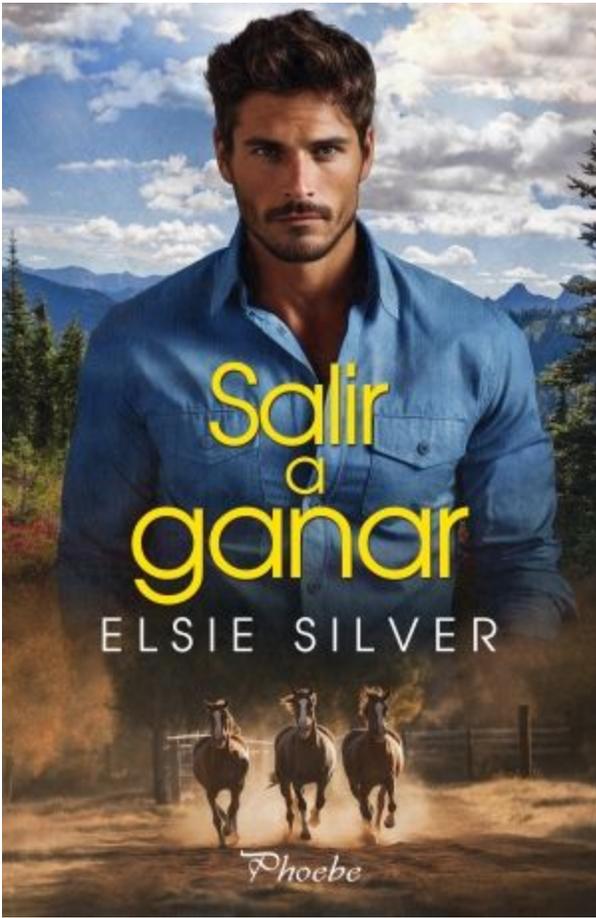
Pero las heridas de mi pasado tienen el poder de destruirnos a los dos. Como exsoldado, debería tener la disciplina necesaria para alejarme, pero cuanto más me abro a Violet, más quiero permanecer a su lado.

Regresé de la guerra como un hombre diferente, pero mis cicatrices eran muy anteriores, y más profundas de lo que nadie podría imaginar. Planeaba que todo siguiera igual y mantener ocultos mis secretos.

Hasta que apareció ella...

Captura en el código
los primeros capítulos de
Ganar al límite





Salir a ganar

Silver, Elsie

9788410070004

135 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Dermot Harding es diez años mayor que yo, un amigo de la familia y un empleado del rancho de mi padre. Y estoy enamorada de él desde que tengo memoria. Cuando tenía dieciocho años, lo besé y me rechazó porque decía que yo era demasiado joven. El ejército lo apartó de mi lado durante tres largos años, pero ahora que ha regresado al Gold Rush Ranch me mira de un modo diferente y sus manos se demoran sobre mí más de lo debido. Además, se ha ofrecido a ayudarme a entrenar al caballo de carreras que siempre he deseado tener. Creía que lo había superado, pero la química que hay entre los dos es demasiado fuerte, y los motivos que nos hemos dado para mantenernos alejados desaparecen rápidamente junto con toda nuestra ropa. Él piensa que es demasiado mayor, que no es bueno para alguien como yo y que lo nuestro nunca podrá funcionar, pero su cuerpo me cuenta una historia bien distinta. Ya me he tragado el orgullo por él una vez. ¿Seré lo bastante insensata como para hacerlo de nuevo?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Te
esperaré
siempre

WHITNEY G.

Phoebe

Te esperaré siempre

G., Whitney

9788410070035

355 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

«Por favor, deje su mensaje después de la señal...». Tatiana, son ya las cuatro de la madrugada y no puedo dormir porque estoy borracho y en vela, pensando en ti... En que casi fui tuyo, y tú casi fuiste mía. Mi vida es un desastre, y toda mi carrera como luchador en la MMA pende de un hilo. Soy muy consciente de que tengo que cambiar muchas cosas. Necesito que me devuelvas el favor que me prometiste, ese que aún tenemos pendiente desde hace años. Necesito que finjas ser mi prometida durante noventa días. Solo noventa días. No tenemos por qué hablar a escondidas ni tampoco ser amigos de nuevo. Ni siquiera tenemos que besarnos, aunque te aseguro que ningún otro hombre te habrá besado mejor que yo... Te prometo que no nos tocaremos, a pesar de que la última vez que nos vimos parecía que era eso precisamente lo que deseabas (no intentes negarlo). En resumidas cuentas: quiero cobrarme ese antiguo favor que juraste que me deberías «siempre». No te estoy pidiendo demasiado. Solo necesito que finjas por mí que es real...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

LAURA MAQUEDA

Una
estrella
solo para
mí



Phoebe

Una estrella solo para mí

Maqueda, Laura

9788410070059

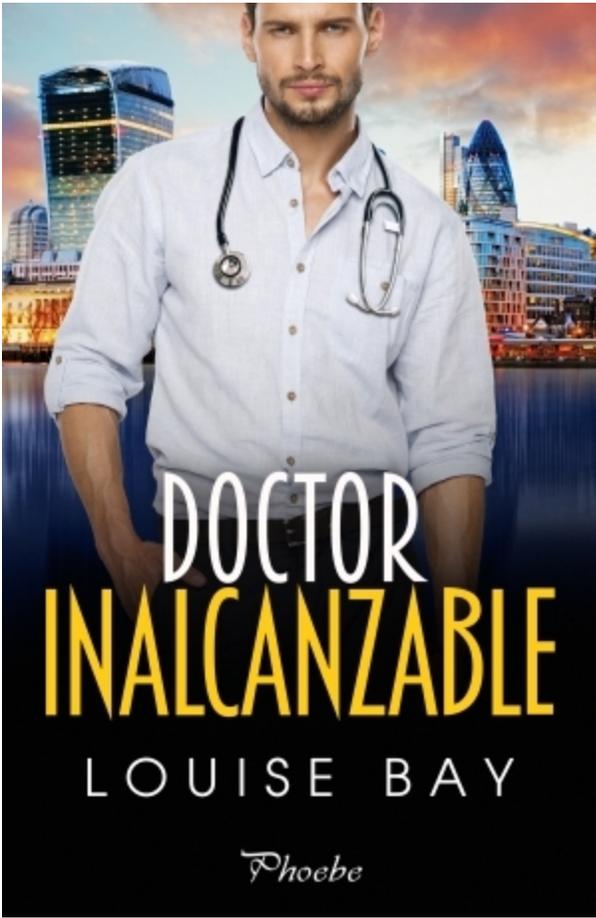
310 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La máxima aspiración de Leslie, mientras trabaja en Los Ángeles como asistente de la insoportable actriz Barbara Williams, es ser guionista de cine, así que cuando, de la noche a la mañana, le ofrecen el papel principal para interpretar a una diva de Hollywood en un biopic, su vida da un giro radical: ¡va a convertirse en actriz! Pero lo más sorprendente es la identidad de su coprotagonista: Rhys Hudson, el oscarizado actor... y amor de adolescencia de Leslie. El Rhys adulto se muestra como un hombre muy reservado y celoso de su vida privada; sin embargo, al reencontrarse con Leslie no tardará en descubrir que todo aquello en lo que ha basado su vida está a punto de desmoronarse, y se verá empujado a replantearse su propia existencia. Leslie comprueba que lo que un día sintió por Rhys no se ha disipado del todo, y Rhys dará muestras de que Leslie sí le importó entonces más de lo que aparentaba..., porque la pasión que empieza a despertar entre los dos es innegable, y con un rodaje en Grecia, que incluirá escenas subidas de tono, no podrán ni querrán poner freno al deseo que los embarga. Con las islas griegas y las luces de Hollywood como telón de fondo, Rhys y Leslie volverán a compartir momentos del pasado

al tiempo que saldrán a la luz secretos que podrían poner en peligro su incipiente relación. Aunque... ¿y si sale bien?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



DOCTOR
INALCANZABLE

LOUISE BAY

Phoebe

Doctor inalcanzable

Bay, Louise

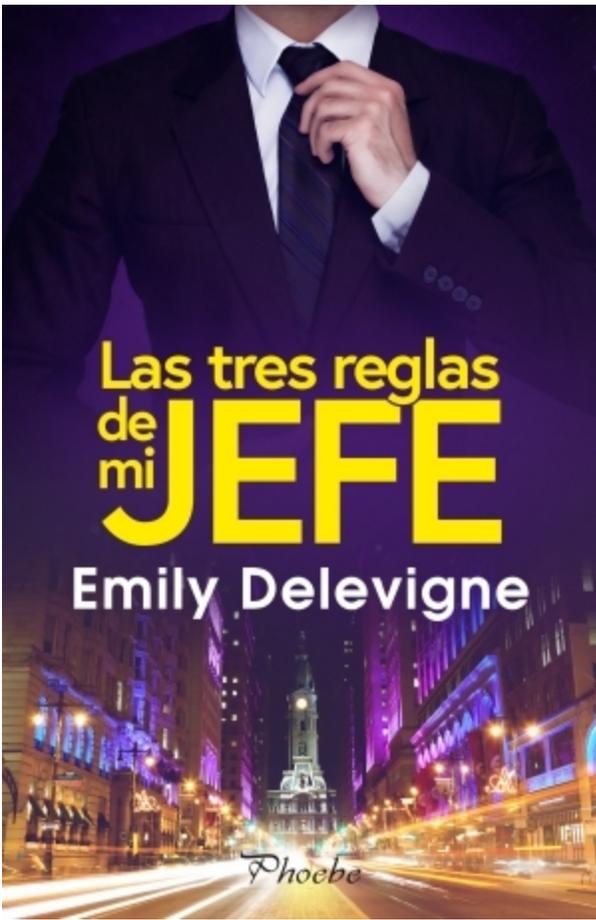
9788419301550

295 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

He renunciado a los hombres para centrarme en el trabajo de mis sueños, que empiezo el lunes, pero mi mejor amiga me convence para que me divierta una última noche, así que me organiza una cita a ciegas. Acepto porque él se va a ir a África con Médicos sin Fronteras en unos días. Sin duda, es la mejor cita de mi vida. El doctor África me hace reír y me pone tanto, tanto, que quiero hacerle un examen físico completo. Es así como se convierte en el doctor Aventura-de-una-noche, y no siento el más mínimo remordimiento por ello. El lunes por la mañana me siento entusiasmada y emocionada a la vez, hasta que me topo con... ¿Lo habéis adivinado ya? Al parecer, a nuestra cita no asistió el doctor África, sino que le sustituyó su hermano, también médico, y ahora trabajo en el mismo hospital que el hombre con el que pasé la mejor noche de mi vida. ¿Os he mencionado ya que es mi nuevo jefe? Creo que voy a tener que ir directamente a Urgencias para encontrar cura a lo que siento por el doctor Inalcanzable.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Las tres reglas
de mi **JEFE**
Emily Delevigne

Phoebe

Las tres reglas de mi jefe

Delevigne, Emily

9788419301581

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Me llamo Rhys Knight y soy uno de los hombres más ricos de Estados Unidos. Nunca he mezclado los negocios y el placer, y prueba de ello es el imperio que he levantado en poco tiempo. Cierro contratos, destino dinero a causas benéficas y salgo con mujeres preciosas a las que no vuelvo a ver al día siguiente. Mi vida es perfecta, o al menos lo era hasta que mi mejor amigo me pidió el favor de contratar a su hermana pequeña como secretaria..., y desde ese día soy incapaz de no imaginármela desnuda. Casey Evans es todo lo que no suelo buscar en una mujer: habla demasiado y le gusta el contacto físico, lo que supone el incumplimiento de dos de mis reglas a la hora de trabajar conmigo. Sin embargo, supe que todo cambiaría esa noche, cuando celebramos haber cerrado un acuerdo con un magnate ruso... A partir de ese momento tuve claro que no podría mantenerme alejado de ella nunca más.

[Cómpralo y empieza a leer](#)